

JORGE L. MARIUS

Palabra de Amodio
La otra historia de los Tupamaros



Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, de fotocopiado o cualquier otro, sin autorización de los titulares de los derechos de autor.

Título: **Palabra de Amodio. La otra historia de los Tupamaros**

Autor: **Jorge Marius**



Zelmar Michelini 1329 loc. 18 y 20

www.edicionesdelaplaza.com.uy

Edición: Federico Leicht

Corrección: Valeria Schiappapietra

Diseño de portada y diagramado: Augusto Giusi

ISBN: 978-9974-48-250-0

Impresión: Zonalibro S.A.

Índice

Introducción	5
Los duros años	9
De violencia política	9
Los últimos meses	17
Conversando en el Parque Rodó	25
Epílogo	131
Apendice documentario	135
Documento no. 1 <i>Comisión de Constitución y Legislación de la Cámara de Senadores . . .</i>	135
Documento no. 2 <i>“Carta de Héctor Amodio Pérez a Federico Fassano...”</i>	138
Documento no. 3 <i>“...Libro de Héctor Amodio Pérez de 1972...”(Según su propia versión)</i>	139

Introducción

Antes que empecemos con el intercambio de ideas, creo que son necesarias unas palabras por mi parte que hagan de introducción. Seguramente usted ha leído sino toda, la mayoría de las cosas que se han escrito sobre mí desde 1972 hasta el presente. Desde Nelson Caula y César Di Candia, pasando por Hugo Fontana, Carlos Caillabet, Gerardo Tagliaferro, Alfonso Lessa, Álvaro Alfonso, Clara Aldrighi y un largo etcétera de analistas e historiadores, todos, se han creído con derecho a opinar sobre mí y sobre lo sucedido desde abril de 1972 hablando y escribiendo de oídas y a veces al dictado de gente interesada en mantener una determinada versión de las cosas.

Quiero creer que muchas de esas publicaciones han sido hechas con buena intención, pero la buena intención no otorga validez a las opiniones, sobre todo si al mismo tiempo se ha impedido que una de las partes implicadas, la parte acusada, pueda dar su opinión. Y lo paradójico del caso es que la mayoría, sino todos los escritores y disertantes, pregonan a los cuatro vientos su sana intención de buscar la verdad, creyéndose portadores de una verdad que desde mi punto de vista, que es lo que trataré de explicar respondiendo a sus preguntas, está montada sobre una gran mentira, mentira que se fragua en el bar Santiso, entre Raúl Sendic y Julio Marenales, en las horas posteriores al 20 de mayo de 1972, cuando mantuve con ellos la última discusión en presencia de Henry Engler y los acusé de ser los responsables de la debacle que se vivía en esos momentos, debacle que era ya inexorable, sin vuelta atrás y que se hubiera dado de todas las maneras, porque el MLN-T estaba herido de muerte como consecuencia de las disidencias internas, del abandono de todas las formas organizativas que lo mantenían vivo y activo, que alcanzan su punto más alto en la reunión que según Jorge Zabalza se produce el 16 de marzo de 1972 y la puesta en práctica de un accionar que empieza a fraguar-

se en Punta Carretas y para el cual el Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros (en adelante MLN-T) no estaba preparado.

Y para peor, la plana mayor de la Dirección, el Comité Ejecutivo y los órganos más cercanos, los Comandos Generales de Montevideo y del interior, están mayoritariamente ocupados por militantes con serios déficits en materia organizativa.

Otra cosa que quiero que quede clara con respecto a mi actuación dentro del MLN-T es que no fui nunca ese guerrillero audaz y omnipresente como algunos se han empeñado en presentarme para así poder dar más importancia a mi traición. Tienen que presentarme como el militante más importante dentro de la organización para así poder adjudicarme la responsabilidad de la derrota.

Es cierto sí que estuve en el Ejecutivo, en el comando de la Columna 15 y en el Comando General de Montevideo. Fui responsable militar y de servicios de la Columna 15, y designado por el Ejecutivo intenté ayudar al desarrollo de las Columnas 1 y 10, pero en ninguna de ellas conseguí lo que en la 15, porque las concepciones del trabajo eran muy diferentes. Soy el responsable de la disolución de dos columnas inicialmente dirigidas por Fernández Huidobro, la 5 y la 25, luego de un trabajo de depuración de la mayoría de sus integrantes, y que veremos más adelante.

En alguna oportunidad José Mujica ha dicho que tuve la suerte de dirigir una columna muy eficaz, y eso lo dijo en el 2001, cuando después del tiempo transcurrido sus ideas deberían haber sido más claras.

Cuando en 1968 Eleuterio Fernández Huidobro y Sendic me incorporan al Ejecutivo propongo que trabajemos para conseguir la descentralización que se había aprobado poco tiempo antes, así que la 15 no existía, la hicimos entre todos los que la integramos. Tuve sí la responsabilidad, compartida con Alicia Rey, de convencer a todos los que pasaron por los comandos de la 15 de las bondades del trabajo en equipo y de controlar que ellos a su vez trasladaran a los militantes a su cargo esa forma de trabajo.

La 15 creció, se hizo la columna más numerosa, mejor organizada y con una actividad tal que en algún momento monopolizó el accionar del MLN-T. Esa forma de trabajo permitió superar las caídas que esa misma actividad provocaba. Pero no lo hice solo. Ahora bien, seguramente usted en este aspecto estará dispuesto a aceptar que digo la verdad. Sé que en cuanto a mi supuesta trai-

ción las dificultades serán mayores. Han pasado más de 40 años de aquellos sucesos y se ha diseñado un relato que es el único que se conoce y que se ha aceptado como verdadero.

Como dijo Marcelo Pereira en 2013, no existe un relato que avale mis afirmaciones. Claro que no existe: desde la intervención de Fasano se ha impedido que ese relato existiera. Luego, las condiciones imperantes durante la dictadura lo hicieron inviable, y desde 1985, en que se produce la puesta en libertad de los presos y los cambios que empiezan a darse en lo político, me llevaron a escuchar a aquellos que me dijeron ¡no te metás! Pero aquel no te metás se interpretó como que yo daba por válidas las acusaciones.

Pero estamos ahora aquí y yo voy a darle mi versión de lo sucedido. He prometido no poner reparos a ninguna pregunta y he prometido decir mi verdad. Asimismo, he pedido que usted se atenga fielmente a mis palabras y que ellas se den a conocer de manera textual, sin montajes ni manipulación de ningún tipo. Así que podemos empezar.

HÉCTOR AMODIO PÉREZ

Prólogo

Tras las elecciones que ganó el Partido Colorado, fraude mediante, apareció un 1972 de violencia y muerte como nunca el país había tenido. Distinto al sucedido en 1904, último año en que los uruguayos dirimieron sus desavenencias con armas en la mano. Las duras batallas políticas dadas en el Parlamento, permitieron comprobar que el país estaba radicalmente dividido entre quienes reafirmaban que el pacto democrático debía ser confirmado por la participación ciudadana, mientras que otros procuraban dejarlo de lado. El país vivió en el permanente espíritu golpista de los autodenominados como *buenos* y de los denominados *malos*. Meses enteros hablando de las torturas que sufrían los integrantes del Movimiento de Liberación Nacional detenidos por las FFAA. Pasamos por un *golpecito* en octubre de 1972 y por el *Febrero Amargo* de 1973, verdadera fecha del golpe de estado (el de los *malos*). Vimos ciudadanos muertos debido al radicalismo con que se vivía: unos por torturas en cuarteles y otros por ser solo policías haciendo horas extras de guardia en la puerta de un Banco, de un comercio o de una industria. Y así llegamos al 27 de junio de 1973, día que puedo asegurar, muchos uruguayos lo esperaban para terminar con una situación de violencia insoportable.

Vinieron tiempos de paz, de la paz de los sepulcros y no una paz consensuada. Vinieron las tinieblas de once años de gobierno de facto. Se prohibió la actividad política. Se clausuraron diarios opositores. Se disolvió a la Convención Nacional de Trabajadores (CNT). Se ilegalizaron partidos del Frente Amplio (los marxistas-leninistas), se catalogó a los ciudadanos en ciudadanos A, ciudadanos B y ciudadanos C o más conocidos como *alcabuetes* (los A), los *vejigas* (los B) y *carretera* (los C); se gobernó con Cónclaves; vimos muchos civiles que influyeron en la orientación del gobierno; se instituyeron los Actos Institucionales para cambiar la Constitución cuando esta molestaba «a los objetivos del proceso». El 12 junio de 1976 echaron como a un perro a Juan María Bordaberry

«porque nosotros solo queríamos calafatear el barco mientras él quería comprar uno nuevo» dijo uno de los generales «malos» (el General Rodolfo Zubía). Pusieron al Dr. Aparicio Méndez, cuyo mérito como político fue haber firmado la carta enviada a la Corte Electoral reclamando por el fraude electoral de noviembre de 1971, pero que como civil al servicio del gobierno de facto, tuvo el mérito de romper pantalones en las rodillas. Construyeron Salto Grande, Palmar, los puentes con Argentina, la boya petrolera. Nos dejaron el Mausoleo de Artigas y nos endeudaron en 1.8 mil millones de dólares. Rompieron *la tablita* y hasta tuvieron la Operación Carpincho. Firmaron con tres partidos de los cuatro el Pacto del Club Naval. Eran los «malos». Los «buenos» desaparecieron con el Coronel Ramón Tralal en diciembre de 1974.

Ninguno de los problemas que tenía el país desde lo social, lo cultural y lo económico en el año 1973 se había solucionado. Estaban peor todos ellos. Llegamos al final del gobierno de facto con las manos vacías. Vacías de humanismo, de solidaridad y hasta de democracia. Se había negociado todo para que Sanguinetti fuera presidente. Felicitaciones a Julio María: hizo entrar a la izquierda vernácula y enquistada en su cúpula en el Pacto del Club Naval. En aquel momento no entendíamos nada: los que habían sufrido las peores atrocidades del régimen, fueron como corderos humildes y negociaron todo, absolutamente todo, incluyendo la violación de los Derechos Humanos.

Salimos del gobierno de facto cojeando. Salimos por el sendero que nos establecieron quienes negociaron desde muchos años anteriores a 1984. ¿Tal vez después del Plebiscito de 1980? ¿O antes del plebiscito? ¿O poco después del plebiscito? ¿Antes de las Internas de 1982? ¿O cuando nombraron al General Gregorio Álvarez presidente? Tiene que haber sido por esos años. *Alguien o alguien*, habló o hablaron durante varios meses con algunos generales del proceso bien intencionados y los convencieron de que se iban o *los iban*, no el pueblo, el cual estuvo ajeno durante todo ese tiempo a lo que pasaba en las esferas altas del poder, lo de *los iban* era la situación general del país, el entorno de la región, el Departamento de Estado y el nuevo tiempo que se venía. Convencidos los Generales, alguien habló con el General (R) Gregorio Álvarez, el cual aseguró que él se responsabilizaba de mantener en calma a sus correligionarios y así se llegó al Club Naval. Se

les zafó el sector nacionalista de los Wilsonistas a pesar de que un año antes, en Santa Cruz de la Sierra se les dijo que «Wilson no será candidato. Cuando llegue al Uruguay será detenido y su nombre está vetado para las Presidenciales» Para igualar y explicar que del lado de la oposición también había vetados, se puso el ejemplo de un dirigente colorado y del General (R). Como para que los nacionalistas no se calentaran.

Cojeando. Con el tendón de Aquiles roto y con los ligamentos cruzados quebrados. Peor no podía ser. Se habló de una Constituyente para 1985. Después no hubo Constituyente por más que el General (R) se comprometiera en ella. Amnistía total e irrestricta para los escasos presos que quedaban por violar la Constitución en grado de conspiración. Se olvidaron de los que ejercieron violación a los derechos de los detenidos para sacar información, digamos, los torturadores. Para algunos el tema *estuvo en el aire* en el Club Naval pero nunca lo bajaron a tierra. Los que se creyeron con la verdad se rasgaron las vestiduras y hablaron, gritaron, gesticularon y hasta incitaron a las asonadas alrededor del Palacio Legislativo en diciembre de 1986.

¿Cuándo recuperamos la postura normal al caminar? Yo creo que el 16 de abril de 1989. El pueblo, siempre el pueblo, salva al pueblo, les dijo a los que aún cojeaban, que la salida había sido mala y que a partir de ahí sepultaba definitivamente lo que los dirigentes no supieron hacer: todos iguales ante la Ley, los que la violaron de una manera y los otros de otra se nivelaban al fiel de la balanza. Si hubo libertad para algunos, había que hacerla para los otros.

Debo volver un poco atrás. Es necesario para *enganchar* buena parte de este libro. El desafío que se nos presentó a partir de febrero de 1972, cuando el Partido nos ofreció coordinar la Bancada Parlamentaria alcanzada en la elección: un Senador (Juan P. Terra) y siete Diputados (tres de Montevideo: Daniel Sosa Días, Oscar Bruschera y Julio Baraibar; uno de Salto, Carlos Texeira; uno de Paysandú: Sebastián *Bachán* Elizeire; uno de Soriano: José *Pepe* Díaz y uno por Colonia: Antonio *Tono* Sarachu). Éramos solo cinco personas para atender a los ocho. Dedicación *full time* durante el año y medio que estuvimos en el Palacio Legislativo. Dividimos el país entre los siete Diputados, asignándole a cada uno (aparte del suyo) dos o tres departamentos más. Todos los fines de sema-

na visitándolos. Junto a los Ediles que el Partido había logrado en el interior (menos Durazno, Soriano, Río Negro y Florida, en todos los demás teníamos miembros en las Juntas Departamentales) se estructuró un Plan de Trabajo a llevar adelante con los Legisladores, dejando a Juan P. Terra para las actividades propias del Frente Amplio en cada departamento. Después de junio de 1973 y evaluando con otros compañeros lo realizado en ese poco menos que año y medio, sentimos satisfacción por los logros políticos alcanzados.

En esa tarea de coordinar la Bancada tuvimos el privilegio enorme de realizar algunas que tuvieron importancia desde lo político a la interna y a la externa de la estructura partidaria y frentista. Hubo una muy especial y que relaté muy especialmente en el libro *La Tiranía de la Miseria* que escribimos y publicamos a través de Editorial Cruz del Sur durante el año 2013 (ver páginas 131 a 174). Era el desconocido entonces libro de Héctor Amodio Pérez que tuvimos que traducir de algo más de 80 hojillas de cigarrillos durante toda una noche, encerrados en el despacho de Juan P. Terra.

Fue en el mes de setiembre de 1972 y el rumor de la existencia del libro llegó a la clase política a través del periodista Federico Fasano, quien en una reunión personal con el General (R) Líber Seregni y el Senador Wilson Ferreira Aldunate lo dio a conocer y la forma en que a él le había llegado ese manuscrito. Ferreira Aldunate, que de tonto tenía muy poco, le pidió las hojillas y de inmediato se las guardó. Pocas horas después conversaba con Juan P. Terra, con el que tenía una amistad muy afectuosa que venía de los tiempos en que desempeñaba el cargo de ministro de Ganadería y Agricultura del segundo gobierno colegiado del Partido Nacional, cuando Terra era Técnico de la CIDE e integraba los equipos de investigación y redacción de los siete proyectos de ley enviados al Parlamento por el Poder Ejecutivo de entonces y patrocinado por Ferreira Aldunate desde el Ministerio con el nombre de Proyectos de Leyes de Reforma de las Estructuras Agropecuarias. Terra me ubica en la Bancada de Representantes y vamos juntos al despacho de Ferreira Aldunate. Este me entrega las hojillas y poco rato después estaba trabajando sobre ellas.

Las hojillas tenían una letra muy pequeña, por lo que había que recurrir a lupas para comprender su contenido. Trabajé toda

la noche y a la mañana siguiente guardé una copia en una carpeta. El tema se perdió rápidamente porque a los pocos días se produce el desacato de las FFAA al no respetar una orden del Poder Ejecutivo de liberar a cuatro médicos detenidos y sospechosos de integrar el MLN-T, suceso que quedó en la historia como el *golpecito de octubre* y la detención del Dr. Jorge Batlle, perdiéndose de esa manera interés por él. En el mes de mayo de 1973, se produce en la sede del Liceo Militar de Camino Castro, la reunión entre la Comisión de Constitución del Senado, que analizaba el pedido de desafuero remitido por el Poder Ejecutivo, del Senador del Frente Amplio Enrique Erro, con el detenido Héctor Amodio Pérez, uno de los que acusaba al Senador de integrar el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros. Durante esta, el Senador nacionalista Dardo Ortiz le hace poner a Amodio Pérez en un papel «cualquier frase... ponga estamos en una unidad militar». Guardó el papel y a la salida del local tuvo un duro altercado con el Coronel Ramón Trabal que le pidió al Senador Ortiz que se lo entregara, a lo que este se negó. Fue la última aparición pública de Héctor Amodio Pérez, ya que después vino la historia de la traición. Al año siguiente, en el mes de octubre de 1973, fui citado por la Administración militar del Palacio Legislativo para retirar todos los materiales de ambas bancadas, la del Senado y la de los Representantes. Repartí entre cada uno de ellos carpetas o materiales con los nombres de cada uno. Y me olvidé del tema.

En el año 1986, recibo una llamada de una vieja compañera y amiga que me informa que había hablado con Daniel Sosa Días y que este le había dicho que me ubicara y me entregara una carpeta que esta amiga y compañera había guardado en 1973 a pedido de Daniel. Mi sorpresa fue cuando la abrí y allí estaba la copia del libro de Héctor Amodio Pérez de 1972. Comencé con él a estudiar el MLN-T; a interesarme como se había organizado; a observar la convivencia en la clandestinidad de seres humanos que provenían de ámbitos distintos en lo social y en lo económico; a cómo habían planificado sus más importantes golpes como la operación La Burra o el asalto a la sede del Arsenal de la Armada o la toma de Pando o el asalto al Casino de San Rafael. Puse especial atención en la actividad interna de Héctor Amodio Pérez, sin encontrar respuesta al final que él mismo tuvo como Tupamaro: de

fundador del MLN-T a traidor del MLN-T, término que hoy a tantos años de distancia aún se mantiene. Por aquello de Goebbels.

Leí varios libros para completar la información: desde la versión oficial de la historia del MLN-T escrita por Eleuterio Fernández Huidobro, pasando por *Actas Tupamaras*, los libros de Clara Aldrighi, el militar Rúben D'Albenas, la *Ira de Leviatán* del Capitán Jorge Tróccoli, los comunicados de las FFCC con detalles de los operativos y quienes lo conducían y dirigían y varios otros. El tema de Héctor Amodio Pérez siempre rondó en mi cabeza, pero nunca encontré la respuesta a mis dudas. Incluso más: en la Biblioteca del Poder Legislativo leí con mucha atención varios capítulos de *Mate Amargo* donde se analizaba el libro de Amodio Pérez. Estaba incompleto y con opiniones muy parcializadas. Tiempo después apareció *La Piel del Otro*, del periodista Hugo Fontana. Sin dar una palabra final, debo decir que también incompleto y en un formato donde se mezcla *libro* con redacción propia del autor. Aseguro que no encontré respuesta a mi inquietud. Más agrego: en el año 2003 un periodista amigo consiguió permiso para visitar la casa donde funcionó la Cárcel del Pueblo del MLN-T en la calle Juan Paullier y me pidió que lo acompañara, a lo cual acepté con mucho gusto. Nos recibieron dos oficiales de las FFAA los cuales dejaron claro que responderían solo preguntas de un protocolo del Servicio de Inteligencia Militar. No fue necesario hacer ninguna. Saqué mis propias conclusiones: el cuarto piso de la Jefatura de Policía que conocí en el año 1974 era un «cinco estrellas» comparado con las celdas que tuvieron a los Dres. Ulysses Pereira Reverbel y a Carlos Frick Davie algo más de año y medio sin ver un solo día el sol, sin saber si era de día o de noche, en una promiscuidad que asustaba. Pero para algunos ciudadanos, eso no fue violación a los derechos humanos, fue solo un divertimento.

En el mes de marzo de 2013, el día 24 más precisamente, me llama un periodista amigo del diario *El País* y me pide vernos ese mismo día porque tenía algo importante que mostrarme y conocer mi opinión. Acordamos vernos un par de horas después en mi casa. No bien llega me entrega un sobre con el nombre del destinatario «Sr. Director, Diario *El País*, Calle Zelmar Michelini, Montevideo» y un remitente con un nombre falso y domicilio en «Avenida de Mayo 725, Buenos Aires» domicilio por otra parte del más que famoso Café Tortoni. El sobre había sido despachado

en Madrid el día 19. Era una carta de casi nueve carillas escritas en computadora y firmada por Héctor Amodio Pérez y con el título de «Aclarando algunas cosas. A propósito de cómo se escribió la historia».¹ El desaparecido había aparecido. Me tomé el tiempo de leerlas y de releer aquellos puntos que no conocía. El contenido general era muy similar al libro de 1972 y el estilo, el de un gráfico: 10 renglones, punto y aparte. Cotejamos la firma de la carta con una que yo tengo en mi computadora vi que eran similares, aunque en lo personal no me animé a ser categórico en ello, pero sí en el contenido y estilo: la carta era de Héctor Amodio Pérez y así se lo hice saber a mi amigo. Le pregunté que pensaba hacer con ella *El País* y lo primero que me dijo fue que iban a asegurarse con un perito calígrafo por la firma y que realizarían alguna otra consulta sobre su contenido a quienes les podrían asegurar su autenticidad y que luego de ello, verían los siguientes pasos. Es que tras esas dos lecturas que le pude hacer a la carta comprobé que había cosas que no eran como yo las tenía. Se hacía necesario ir más adelante.

El País trató por todos los medios de verificar la autenticidad de la carta en cuestión y *El Observador* le ganó de mano: no solo logró contactar a Amodio Pérez, sino que a través de su *Observador Digital* le hace quince preguntas que el desaparecido responde y de ahí a la entrevista personal que se hizo en Madrid y que emitió el canal VTV en el mes de julio del mismo año. Pero *El Observador* hizo algo más: en una separata que editó el día 26 de mayo sacó la totalidad de las cartas y dicen que su tiraje fue enorme, agotándose a media mañana de ese mismo día. Negocio *redondo* desde lo económico.

Tengo por testigos a varios amigos que en distintas conversaciones les comenté que tenía escrito un pedazo de la historia política del Uruguay del cual fui partícipe en primera línea, entre los años finales de la década del sesenta y los primeros años del gobierno de facto. Me faltaban dos cosas: el dinero para poder editarlo y un impulso final. Lo primero lo logré solucionar con los amigos de Editorial Cruz del Sur y lo segundo, fue la carta que

1 La carta que hacemos referencia es la publicada por el diario *El Observador*, suplemento especial del día 23 de mayo de 2013, página 4 con el título: Carta 1: *Aclarando algunas cosas... a propósito de cómo se escribió la historia.*

había enviado Héctor Amodio Pérez al diario *El País*. Comprobé que buena parte de la historia política uruguaya de ese tiempo aún no se había escrito o no se había escrito para que todos nos enteráramos de todo lo sucedido, de la verdadera historia de aquellos años, con absoluta objetividad.

Y así salió *La Tiranía de la miseria* en julio de 2013.

Vamos a empezar con el contenido de esa primera carta que aportaba nuevos elementos para todo lo que afirmamos antes. Y si había algo que nos demostraba que Héctor Amodio Pérez daba *en el clavo*, aportando más elementos para esclarecer lo vivido en aquellos años, fue la reacción de muchos de sus excompañeros del MLN-T, hoy vinculados casi todos ellos al gobierno de turno, volviendo a la misma cantarola de siempre: «es un hombre muerto, o para mí es el traidor que entregó la estructura del MLN-T, o debimos ejecutarlo cuando decidimos hacerlo,» y cosas por el estilo. Y también silencio, mucho silencio. Como usted lector puede apreciar, todo sin respuestas serias. No vimos un solo reconocimiento a errores ideológicos o estratégicos o a errores organizativos; no vimos un solo reconocimiento a la equivocación de interpretar la justicia por manos propia; no vimos una sola frase de haber mandado a la muerte a una cantidad de jóvenes inmaduros políticamente; solo vimos soberbia y también desdén hacia los que nunca creyeron, no creen ni creerán que agarrando una metralleta y asaltando el poder constitucional, me guste o no me guste quién lo ejerza, se iban a solucionar los problemas del país. Hoy esa misma gente comprueba que a pesar de diez años de gobierno progresista, con mayorías parlamentarias absolutas para sacar todos los proyectos e ideas que se quieran y cualquiera de las medidas que se les antojara, no han llegado a solucionar ninguno de los graves problemas que aquejaban y aquejan a una sociedad que se ha embrutecido ante un presidente que sin problemas asegura «que es más importante lo político que lo jurídico». Esta frase, expresada por nuestro benemérito presidente, es el mejor argumento que había escuchado hasta entonces para justificar el golpe de estado del 27 de junio de 1973. Lo aseguro: el mejor y el más contundente.

En el mes de mayo del 2014, recibí una llamada de los amigos de la Editorial Cruz del Sur, por la que me informaban sobre un correo electrónico reenviado por ellos: «fíjate por favor en el correo que te enviamos y decínos qué le contestamos». El correo

decía lo siguiente: «Necesito ponerme en contacto con el Sr. Jorge Marius, autor del libro impreso por ustedes, *La tiranía de la miseria*. Les ruego se lo comuniquen para así intentar iniciar un intercambio de información acerca de lo publicado en su libro. Agradeciendo desde ya su interés, les saludo muy atentamente. Héctor Amodio Pérez». Con mi expresa autorización, el Sr. Fernando CAstrillón de la editorial le envió mi correo, mi domicilio y mi teléfono. Así se hizo y al día siguiente recibí el primer correo, al cual siguió un intercambio extenso y con mucho contenido. Discrepando en una cantidad de sucesos de la historia, coincidiendo en otros, el diálogo se ha mantenido, porque yo seguía con mis inquietudes por conocer realmente la verdad de aquellos años. Ese contacto que el propio Amodio Pérez tomó con nosotros, nos permitió avanzar bastante más en la búsqueda de esa verdad que la historia oficial pretendía ocultar.

¿Que decía esa primera comunicación del Sr. Amodio Pérez?

Textual:

Sr. Jorge Marius. A través de la editorial Cruz del Sur –supongo que con su autorización– he recibido la forma de contactar con usted. He leído con demasiado retraso su libro *La Tiranía de la Miseria*. Atraso motivado por el anuncio de que su libro se basa en mi manuscrito de 1972 y cuyo original estaba escrito en hojillas de papel de fumar. Como mi manuscrito no se corresponde con dicho anuncio, el libro quedó archivado, creyendo yo que el libro de su autoría sería uno más de los muchos que se han escrito para mayor gloria de los sostenedores de la historia oficial y de paso, hacer caja, por aquello de que unos mangos nunca vienen mal. Sin embargo y pese a los muchos errores que su libro contiene, tengo que reconocerle el mérito de estar escrito de buena fe y que los errores se deben en un *fifty/fifty*, en que al igual que todos, parte de una premisa falsa que nadie ha podido demostrar y que a mí se me impide argumentar en contrario, salvo el intento realizado al conceder la entrevista al periodista Gabriel Pereyra, intento que al no poder tener la continuidad precisa, ha quedado a mitad de camino. Dice usted en la página 133 de *La Tiranía de la Miseria* que «no hay respuesta porque los que conocen más no desean hablar, porque aún las heridas de aquellos años permanecen abiertas y porque como tantas cosas oscuras de la historia uruguaya este hecho ha entrado en los tabúes que tenemos y en demasía, los orientales», de lo que deduzco que un intercambio entre usted y yo puede servir para desentrañar el inmenso engaño perpetrado antes, durante y después del golpe

de 1973. Las autocríticas se harán después, como acto final. Si usted cree que ese intercambio puede ser útil, no tiene más que responder a este correo. Espero que comprenda las medidas de seguridad adoptadas por mí. Héctor Amodio Pérez.

Acepté el reto. Respondí y a la vez propuse sinceridad, veracidad y ética: yo pregunto, usted responde. Todo lo que usted aporte para esclarecer los duros años que vivió el país en los sesenta y setenta del siglo pasado y en los que usted participó en la mayoría de ellos por su condición de Tupamaro y desde la clandestinidad, será presentado tal cual usted lo haga. También dejé claro que en lo personal mantendría con la mayor claridad posible los errores políticos, ideológicos, tácticos y estratégicos de su actividad y de todo el MLN-T en su conjunto.

Y así comenzamos nuestro dialogo y se plasmó esta *Palabra de Amodio*

La primera observación que me hace el Sr. Amodio Pérez, es que el «Libro de Amodio Pérez de 1972 no fue escrito en hojillas de cigarrillos, sino en 60 carillas de papel de carta normales y con una parker 21, propiedad de Alicia Rey Morales y que el original había sido entregado al periodista Federico Fasano Mertens a través de mi padre». Esa afirmación me dejó perplejo y me provocó una gran preocupación, ya que además agregaba que yo había sido engañado o por Juan Pablo Terra o por Wilson Ferreira Aldunate. Respondí duramente a esta apreciación, mucho más por Juan Pablo, con el cual por encima del compañerismo político diario en los últimos dos o tres años anteriores, existía un conocimiento personal de mi familia para con la suya. Con Wilson Ferreira la cosa podía ubicarse como algo más lejana, pero para mí alcanzaba la confianza de Juan Pablo hacia el líder nacionalista para saber que se trataba de una persona honorable desde lo personal y un poco más distanciado, desde lo político.

La primera pregunta que me vino a mi mente fue: ¿Entonces, qué fue lo yo *traduje* de hojillas de cigarrillos aquella noche ya perdida en el tiempo de setiembre de 1972? No encontré en ese primer momento respuesta posible y decidimos comenzar a investigar en dónde se había producido la anomalía; en dónde se había producido el cambio de hojas redactadas a hojillas escritas. Porque lo aseguré, lo aseguro y lo aseguraré de que lo que hici-

mos, lo hicimos. No lo soñé. En primer lugar analizamos *El libro de Amodio Pérez* redactado por él que me envió vía internet y lo comparamos, párrafo por párrafo con el traducido por mí. Entre el original y el traducido por mí faltan muchos párrafos. Parece que quien elaboró el de las hojillas no resumió el verdadero, sino que fue o fueron eligiendo párrafos y haciendo desaparecer otros. Creo que lo mismo ha pasado en el análisis del semanario *Mate Amargo* y el libro de Fontana *La Piel del otro*, que ya mencionamos. El conocido *duende de las imprentas* se transformó en el *duende de las hojillas* para mí, para los compañeros del partido que tuvieron acceso y para todos los que de un modo u otro leyeron nuestro trabajo en *La Tiranía de la miseria*.

Estos hechos nos empezaron a plantear preguntas, la mayoría de ellas sin respuesta.

¿Fue esa una labor de Inteligencia Militar? ¿Había capacidad en el entorno del Coronel Ramón Trabal para su realización? ¿Había posibilidad de que el tema se desviara de objetivo con un libro fraguado ante el verdadero? ¿Cuál era el objetivo buscado?

¿Puede haberse dado el hecho en el entorno del periodista Federico Fasano? ¿Con qué objetivo? ¿Puede haberse debido para dar a conocer una versión fraguada y quedarse con el original?

¿Podía haberse hecho en el entorno del General (R) Seregni? ¿O de Wilson Ferreira Aldunate?

¿En estos dos últimos casos, tal vez el objetivo era no aparecer teniendo relación entre ambos o sus grupos políticos con el MLN-T?

¿En cualquiera de los casos, se buscó el objetivo de distorsionar e incomodar la situación política general? ¿Se buscó embarrar la cancha? ¿Con qué objetivos?

¿Esto era una maniobra del sector de las FFAA golpistas hacia los que no lo eran? ¿Eran los del «golpe bueno» contra el golpe malo? ¿O viceversa? ¿Quién maniobró a quién?

En aquel tiempo, recuerdo que evaluamos a nivel partidario que el famoso *Libro de Amodio Pérez* traía consigo desprestigiar a todo el espacio político, con el objetivo de llevar adelante un plan de pedidos de desafueros de una cantidad importante de Senadores o Diputados, según los casos. Nos faltaba información, pero debemos decir que no estuvimos tan errados los demócratas cristianos que jamás tomamos contacto con el MLN-T, porque ambos

estábamos en estrategias políticas absolutamente dispares y sin posibilidad alguna de algún punto de encuentro, decisión que se tomó en una Comisión Nacional que se realizó en Paysandú, los primeros meses de 1969, cuando el MLN-T comenzaba a aparecer con fuerza y presencia.

Es que en la izquierda tradicional uruguaya siempre se consideró a los integrantes del MLN-T como luchadores sociales por lo que el todo vale entraba a funcionar sin ningún distingo. Para nosotros, los valores de ética, de compromiso solidario, de respeto hacia las instituciones y al sistema democrático no podían considerarse dentro del todo vale. Los que estuvimos detenidos muchos meses por actividades políticas fuimos en realidad presos políticos. Nunca tomamos un arma con el fin de hacernos del poder y nunca aceptamos la frase conocida de que el partido manda al fusil, tal cual hoy siguen creyendo algunas corrientes filosóficas y políticas, por algo que la historia nos enseñó: lo que comienza con derramamiento de sangre, termina en sangre derramada, muchas veces de gente inocente. Hoy, donde los valores se han distorsionando, algunos uruguayos nos creerán estúpidos por esas decisiones de aquellos tiempos. En lo personal y cuando puedo, reivindicó ese hecho dejando bien en claro los campos en donde actuábamos cada uno, por más que en el año 1969 fuéramos parias en la política. Hicimos la opción de ser cabeza de ratón y jamás cola de león, aunque sabíamos muy bien que había grupos dentro del Frente Amplio que asentían con la cabeza cuando explicitábamos las diferencias sustanciales de las estrategias y luego se reunían con los otros.

Recuerdo una reunión de Bancada del Frente Amplio en la mañana del 18 de mayo de 1972, citada con urgencia ante el atentado del MLN-T con la muerte de los cuatro soldados en la puerta de la casa del Comandante en Jefe del Ejército, General Florencio Gravina. Nuestra Bancada planteó la urgencia de que el Frente Amplio emitiera una declaración condenando el hecho y deslinando estrategias. La credibilidad democrática obligaba a ello. La acompañaron los Diputados Hugo Batalla e Isidro Etchegoyen del grupo Patria Grande liderado por Enrique Erro. El General (R) Seregni guardó silencio sin emitir palabra alguna. Tras la discusión, no hubo declaración grupal. Al día siguiente, en el diario *Ahora* apareció la declaración de la Bancada 808 condenando el

asesinato realizado por el MLN-T. Solos por supuesto, aunque días después en el *Semanario Marcha*, su Director, el Carlos Quijano condenará también el hecho por las mismas razones expuestas en esa reunión de Bancada.

Por supuesto que esa actitud de firmeza ante hechos de sangre sin explicación desde lo humano, no nos permitió aclarar nunca las dudas sobre aquel tiempo. En primer lugar, porque gente que tuvo mucho que ver en la aparición del Libro de Amodio Pérez de 1972 han fallecido. En segundo lugar, porque provocarle un problema más a los muchos que tenía y tiene el periodista que intervino entonces, no nos parece lo justo y además, porque seguramente recibiríamos la respuesta que siempre tuvo sobre el tema. Nos quedamos con las dudas y la incertidumbre, pero las dudas de actuación artera de alguien o alguienes se mantuvo, se mantiene y se mantendrá.

En lo personal pido las disculpas del caso por mi error de entonces.

El tema planteado por Héctor Amodio Pérez nos trajo la necesidad, además, de comenzar a investigar nuevamente la historia del MLN-T. Desandar el camino. Volver a leer y releer materiales de aquel tiempo. Porque se ha mentido tanto por los propios miembros del MLN-T y por adláteres de humilde alcahuetería hacia todo lo que hacía, decía o efectuaba la guerrilla. ¿Alguien puede negarlo? Creo que no. Hace ya más de cuarenta años que seguimos con el tema de las violaciones a los derechos humanos y el tema de los desaparecidos. Se piden investigaciones sobre tal o cual torturador o se trata de ocupar la sede del Poder Judicial o directamente se hicieron y se hacen escraches. También podrían hacerse investigaciones sobre violadores que secuestraron y mantuvieron presos en pocilgas repugnantes a ciudadanos. No vale en este caso el argumento de algunos alcahuetes de que «unos pagaron con la cárcel mientras los torturadores no». No vale esa apreciación ya que muy buena parte de los integrantes del MLN-T no estuvieron ni cinco minutos en un calabozo de cualquier Comisaría. Y eso lo saben los que violaron los derechos humanos de un lado y del otro.

J. M.

Introducción histórica (1962-1972)

Los orígenes del MLN-T

Para analizar los hechos que sucedieron en el país a partir de 1963, año del inicio de la actividad guerrillera en el Uruguay, se hace necesario ubicarse en un país con gobierno colegiado del Partido Nacional, electo democráticamente en las elecciones nacionales de 1962 y que se debatía en sus propias contradicciones entre sectores conservadores (el Herrerismo-Ruralismo) y sectores más liberales (el Nacionalismo Independiente). La crisis económica que comenzó en los primeros años de la década anterior no solo se mantenía, sino que se agravaba día a día. Era otro tiempo y otra realidad. Y también otro país.

La presencia en Cuba de un proceso político absolutamente disímil al resto de Latinoamérica trajo consigo grupos que entendían ese proceso como un camino que nuestros países debían hacer suyo, a lo que le agregamos que la crisis económica e institucional que el país tenía, motivó nuevas formas de organización en la izquierda, que no alcanzó a las cúpulas de los partidos Comunista y Socialista. Las crisis adoptaron formas distintas en el PC y el PS (Partido Socialista). En el primero, la división era total, no solo ideológica: un sector de la UJC (Unión de Juventudes Comunistas) fue separado y otros se desafilieron, dando nacimiento al MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). En el PS la división era solo ideológica, ya que la dirección no podía sobrellevar otra crisis que se sumara a la creada por el absoluto fracaso electoral de la Unión Popular y soportó en su seno a un sector de opinión de enorme peso político que coincidía ideológicamente con el sector escindido del PC. Este grupo del PS era liderado por Raúl Sendic, miembro de la dirección y con un gran prestigio debido a su trabajo sindical en el interior, fundamentalmente con los arroceros y los cañeros nucleados a través de UTAA, Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas.

Aparecieron también otros grupos como el MAC (Movimiento de Apoyo Campesino) y también los anarquistas a través de la FAU (Federación Anarquista Uruguaya). A todos los unía lo que sucedía en Cuba y a la vez, la unanimidad de descreer en la vía electoral considerando que la vía armada era la única posible para llegar al poder e iniciar los cambios sociales que se consideraban necesarios, como se afirmarían en documentos posteriores.

Todos los grupos comenzaron a reunirse en los primeros meses de 1963. Desde el primer momento se comprobó que entre estos, no todo estaba claro. No sería nada fácil coordinar operaciones por la falta de experiencias en este tipo de organizaciones. Se nombró un Coordinador en el cual se ubicó a todos los grupos con un representante por cada uno de ellos. Los nombres del Coordinador: Washington Rodríguez Belletti por el MIR, Eleuterio Fernández Huidobro por el MAC, Mauricio Gatti por la FAU, Jorge Manera por el PS, Mario Navillat por los independientes a los cuales se agregó como miembro nato a Raúl Sendic. El Coordinador se dedicó a la discusión interna con el fin de lograr acuerdos mínimos y básicos que dieran cohesión organizativa, decidiendo que las discusiones se trasladarán a sus respectivos grupos. Con el correr de los meses se pudo comprobar que era casi imposible lograr un mínimo acuerdo, ya que cada grupo pretendía imponer sus consideraciones con prescindencia de las razones de los demás. Pese a todas esas dificultades se llevaron a cabo un par de acciones: el robo de fusiles al Tiro Suizo en la localidad de Nueva Helvecia y una armería de la calle Galicia. El intento de realizar acciones conjuntas se descartó, optándose porque cada sector realizara lo que entendía correcto dentro de los problemas políticos, sindicales o de apoyo a movimientos revolucionarios de países de la región. El peso de las acciones recayó en el PS y en el MAC, por contar con un mínimo de organización.

Después del Tiro Suizo, Sendic pasa a la clandestinidad dedicándose al reclutamiento en el interior. Desaparece el Coordinador y se comienzan a producir duros enfrentamientos internos. A principio de 1965, la FAU se retira y las tareas recaen en el MAC mientras que el sector del PS se encontraba en la disyuntiva de mantener la legalidad bajo las directivas de las autoridades de su partido o hacer prescindencia de ella. Los problemas internos eran el centro de toda la actividad. Es que había enfrentamientos

entre los grupos por problemas tácticos a nivel sindical e incluso ideológico. El MAC y el MIR temían que el PS capitalizara para sí el accionar de todos, por lo que ganaba espacios la idea de que los integrantes del PS renunciaran al partido, empezando por Sendic. Esto nunca fue aceptado por los propios PS, ya que entendían que de hacerlo se verían privados de una importante cantera de reclutamiento. Recalcaban que seguirían actuando con total prescindencia del Comité Ejecutivo del Partido. Existía una realidad en el PS: como partido no podía controlar a su militancia, tanto la legal como la que actuaba en las acciones directas. Hubo dos hechos donde el Dirección del PS debió intervenir: en el fallido asalto al Banco de Cobranzas de la avenida Rivera y Arrascaeta, donde fueron detenidos tres integrantes del sindicato UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas) Julio Vique, Nelson Santana y Atalivas Castillo todos afiliados al PS y el segundo cuando pocos meses después son detenidos Julio Marenales y Jorge Manera, tras un fallido asalto al banco de Cobranzas en la antigua Larrañaga y San Martín. En ambos casos y debido a la presión de las bases para que el PS radicalizara sus decisiones políticas, la Dirección del partido puso como ejemplo estos hechos para demostrar que se estaban haciendo acciones. La Dirección no se atrevió a tomar medidas contra sus afiliados y puso como ejemplo estos hechos para demostrar que se estaba en la línea de *la gente de Sendic*.

En esos tiempos se reúnen todos los grupos para encaminar las acciones. Por el PS participan Sendic, Tabaré Rivero y Amodio Pérez; Rodríguez Belletti y Germán Vidal por el MIR, Mauricio Gatti por la FAU y Eleuterio Fernández Huidobro por el MAC, a los cuales se agregó José Díaz, sin otro motivo que para tomar conocimiento de las resoluciones y aclarar la posición del Comité Ejecutivo Socialista.

La idea predominante, expuesta por Sendic, fue la de convertir al grupo de hombres que estaban dispuestos a emprender la lucha revolucionaria en el Uruguay en el brazo armado de la izquierda, con capacidad para responder a los ataques que desde los gobiernos de turno se dirigían contra las clases populares. Se separó entonces definitivamente la FAU y se disolvió el Coordinador. Se nombró un comité ejecutivo provisorio integrado por Sendic, Fernández Huidobro y Rivero, que comenzaron a trabajar de inmediato para reorganizar los respectivos aparatos. Se echan

entonces las bases de lo que sería el movimiento Tupamaro. Habían transcurrido dos años, se habían recogido algunas experiencias, se habían procesado algunas acciones propagandísticas con un costo elevado: un clandestino, Raúl Sendic, y seis presos: los tres cañeros, Manera, Marenales y Alberto Giménez, un militante filioanarquista vinculado a Sendic.

Comenzó 1965 con un cambio estructural bastante de fondo. El Comité Ejecutivo provisorio designó a Sergio Benavides, integrante del MIR como cuarto miembro, ya que hasta el momento el MIR era la única organización que no tenía un integrante en el Comité Ejecutivo. Aparentemente, ese Comité Ejecutivo era otro coordinador, pero nada más inexacto: comenzó a redactar un reglamento interno bastante rígido para el momento, que le permitía controlar bastante a fondo los problemas de línea política, y disciplinarios. Dividió cada sector en células de seis integrantes y puso a su frente a los militantes más firmes, a razón de un responsable militar y un responsable político en cada una, y las aisló unas de otras, comenzando a practicar lo que se llamó compartimentación. Elaboró un modesto plan de finanzas con asaltos de poca consideración, pero de fácil concreción (no hay que olvidar que los únicos dos asaltos a bancos intentados fallaron y en los dos hubo presos) a fin de poder llevar adelante la compra y/o alquiler de algunos locales. Se comienza a hablar del Sector Servicios (logística) pero dejando su concreción práctica para una segunda etapa.

Se concretaron algunas operaciones financieras en forma rápida y se alquiló una casa en José L. Terra y Larrañaga y un sótano en San Fructuoso y Marsella. Esto fue muy importante, porque permitió que las células tuvieran un local fijo y seguro (al que se llamó el Club) y el sótano se usaba como depósito de lo conseguido en los asaltos, que hasta esa fecha, era llevado a domicilios particulares. A cada célula se le asignó día y hora fijos de reunión y se controlaron directamente todos los movimientos a fin de que el vecindario no sospechara. Se puso para asegurar esto un cartel, como si aquello fuera una academia de enseñanza mercantil, dando así inicio a lo que comenzó a llamarse cobertura de los locales y que tenía como fin mantenerlos en el tiempo, dotándolos de una apariencia normal.

El resultado de los primeros seis meses de 1965 fue muy beneficioso. Se cumplieron todos los planes elaborados, la moral y la disciplina internas eran excelentes y los responsables políticos y militares habían llevado adelante una muy buena labor. Los primeros se habían preocupado de llevar adelante un acelerado programa de formación marxista, se profundizó el estudio de los materiales elaborados por los cubanos y se incentivó la discusión de temas políticos nacionales. Los responsables militares trabajaban fundamentalmente en lo que tenía que ver con la capacitación técnico-militar, la que dado el escaso armamento del que se disponía, era más teórica que práctica. A pesar de lo auspicioso del panorama, se decidió seguir trabajando para adentro, es decir, seguir impulsando las tareas de consolidación. Para eso se formaron, a iniciativa del Comité Ejecutivo, dos organismos nuevos que se llamaron coordinadores: uno político y el otro militar, que se integraron con los responsables políticos y militares de cada célula y que funcionaban semanalmente con un miembro del Comité Ejecutivo: Fernández Huidobro en el político y Tabaré Rivero en el militar.

En junio de 1965 quedan en libertad Manera, Marenales y Giménez. Este último es expulsado porque se entendió que de sus declaraciones a las autoridades policiales y judiciales se había detenido a los dos primeros. Manera y Marenales se integran al equipo de redacción del diario *Época* cuyo administrador, Andrés Cultelli se integró al movimiento y convertirá al diario en el vocero oficioso de este. En lo relativo a las acciones directas pueden anotarse los atentados contra Moore McCormack Lines, Coca Cola, City Bank y Bayer, empleando explosivos y solo con el objetivo de propaganda, procurando con especial cuidado evitar posibles muertes. Fueron tiempo también de recibir cursos de formación, de guerrilla rural, uso y manejo de explosivos en Cuba a los cuales con el tiempo, se pudo comprobar que de poco servían por las condiciones geográficas de nuestro país. Fueron también tiempos en los que se discutió sobre la necesidad de consolidar una organización que procesara la lucha armada en el Uruguay, realizando acciones que respondieran a la problemática interna por la necesidad de lograr el apoyo de la población, en especial de los sectores obreros y la necesidad de una mejor inversión de hombres y medios. Surge, para comenzar, la necesidad de realizar

una acción sobre Radio Carve y contra la empresa Manzanares, cadena de almacenes en conflicto con sus funcionarios. Ambos hechos se realizaron con total éxito.

Estas decisiones, prácticamente orientadas a la actividad interna del país, trajo aparejado que en febrero de 1966 y en la Primera Convención Nacional, que se realizó en el Balneario San Cristóbal, en el kilómetro 28 de la Ruta Interbalnearia, se retirara el MIR y las Juventudes del PS. Debemos decir que ambas corrientes estaban conformadas en base a sectores de la intelectualidad con muy escaso espíritu popular y desarraigado del sentir nacional. Habían hecho del marxismo un esquema y trataron de explicar la situación nacional de acuerdo con las experiencias vividas en Rusia y en China en sus respectivos períodos revolucionarios. Sus planteos fueron además siempre de tono doctoral y muchas veces empleando métodos divisionistas. El lugar de esa primer Convención era un rancho edificado en un terreno propiedad de Violeta Setelich, integrante del MIR y en esos momentos compañera de Sendic y la construcción la habían realizado el mismo Sendic y algunos integrantes del sindicato de UTAA. Ese mismo rancho y los montes cercanos venían siendo utilizados desde 1964 para realizar reuniones numerosas, pero fundamentalmente para guardar vehículos robados en Montevideo. Allí se repintaban y blindaban, manteniéndolos ocultos.

Claramente en la Convención había dos sectores, dos evaluaciones distintas de la realidad, dos estrategias a llevar adelante. Uno de ellos, los que ya en la interna se los conocía como Movimiento Tupamaro, cerró filas ante lo que consideraron un ataque interno a su organización y prepararon así su contragolpe. Sendic, Huidobro y Amodio Pérez fueron los encargados de organizarlo. El movimiento Tupamaro, que tenía entre sus metas la unificación de la izquierda, debía asumir que existen posiciones que en lo ideológico se hacen irreconciliables y debe asumir la tarea de clarificar la situación interna, aún a costa de postergar esa misma unidad que persigue. En ese punto, las juventudes del PS y el MIR plantearon la opción de crear un partido político, de clara orientación marxista-leninista, que debería ocuparse principalmente de las tareas del frente de masas, editar un diario, etc.

Debería elegirse una dirección política, la que será el órgano máximo de dirección y al que se subordinará toda actividad mili-

tar; el aparato armado se disminuirá en sus efectivos dejando solo los indispensables a fines de conseguir los fondos necesarios para el mantenimiento del partido y procesar las acciones que el partido ordenase. Los que entonces formaban parte del movimiento Tupamaro sustentaron que la forma de lucha principal era la lucha armada, a la que se subordinarán todas las demás; la dirección será político-militar y se elegirá entre los mejores militantes; el marxismo-leninismo se acepta como un método de análisis socio-político y no como un dogma esquemático; la orientación política será encaminada a la solución de los problemas que afligen al país. Dentro de esta línea, si bien no se dejará de lado la solidaridad con las otras organizaciones políticas de izquierda, no se supeditará a las concepciones políticas que se le pretenda imponer por parte de esas organizaciones en el marco de posibles acuerdos sobre problemas concretos; en lo internacional, se mantendrá también una política de solidaridad revolucionaria, pero manteniendo también independencia en ese sentido; los militantes podrán militar en cualquier organización política o sindical, pero supeditarán sus actividades en estas a las necesidades de la organización Tupamaros, sin definirse en cuanto a su orientación ideológica.

Los partidarios de la ponencia primera acusaban a los de la segunda de pequeños burgueses impacientes, aventureros, putchistas, etcétera. Estos a su vez contestaban con algo que estaba muy cerca de la verdad; los miristas y juventudes socialistas no habían desarrollado ningún tipo de militancia productiva, más bien podía decirse que habían tenido una actitud contemplativa ante el trabajo de los demás, y era evidente que las dos organizaciones que compartían lo expuesto en dicha ponencia aspiraban a ser ellos la dirección política, por lo que tenían una vocación dirigentista de tipo burocrático.

Los pocos volantes difundidos fueron en relación a las acciones procesadas. La ausencia de definición política y el hecho de que los volantes marcaban una tendencia nacionalista, hizo que los militantes izquierdistas, acostumbrados a profusas declaraciones marxistas-leninistas, identificaran al movimiento como una corriente de extrema derecha. Esto fue evidente en la militancia comunista, cuyo Comité Central alentó deliberadamente esa visión. Este riesgo había sido previsto por los del movimiento Tupamaro, pero se prefirió propagandear un método de acción polí-

tico-militar inédito en el Uruguay y después hacer las definiciones teóricas e ideológicas. Es decir, se optó por el camino contrario al seguido por los partidos tradicionales de la izquierda, que habían navegado en ríos de tinta y montañas de papel.

El último domingo de febrero de 1966 se culmina con la etapa de crisis divisionista que se había gestado desde mediados del 65. Las organizaciones presentes se comprometen a mantener el secreto de todo lo conocido en común así como los resultados y la realización de esa reunión; el MIR se compromete también a devolver las armas y explosivos que tenía en custodia, ya que eran de la organización, y ellos la abandonaban. Esta última parte del acuerdo no se cumplió nunca.

El Movimiento Tupamaro asimiló muy bien esta crisis; es más, puede decirse que salió de ella fortalecido. Se liberó del lastre que significaban dos organizaciones completamente anodinas en su militancia y cultivadoras de un chauvinismo político exasperado. Se encara entonces una etapa de reorganización interna que comienza por efectivizar en el Comité Ejecutivo a Sendic, Rivero y Fernández Huidobro, estando así representadas las dos organizaciones fundamentales, el MAC y el sector socialista, ratificando a Sendic como miembro aglutinador. Este Comité Ejecutivo designa a Manera, Marenales y Amodio Pérez para organizar un plan de trabajo a nivel servicios y de infraestructura.

La comisión, formada por Manera, Marenales y Amodio Pérez entiende que para darse un pleno desarrollo en lo militar, es necesario desarrollar prioritariamente el sector servicios. Es necesario montar laboratorio de explosivos, afianzar el taller mecánico y de armas, montar un servicio de recarga de municiones y un taller para la falsificación de documentos. En cuanto a infraestructura, se divide en humana y locales. En cuanto a la humana, se considera necesario proceder a un plan de instrucción que abarque capacitación física y técnica lo más amplia posible. Los meses venideros verán la concreción de esta directiva: se hace judo, se dan cursos de explosivos y armas, se enseña a conducir a todos los militantes y se dan cursos de primeros auxilios.

En cuanto a los locales, se aconseja que se dedique un local a cada servicio, para evitar que la caída de un local desmorone el aparato, y teniendo en cuenta la inversión que eso supone, se proponer realizar un operativo en un banco para cubrir esas

necesidades. Dicho operativo se cumple con éxito (Banco Caja Obrera, Sucursal Uruguayana) obteniéndose 303.000 pesos. Esta acción fue muy importante internamente, ya que no solo la suma era importante para ese momento, sino que además levantó la moral en grado sumo, ya que la acción evidenció mucho ingenio y audacia (se estuvo dentro del banco más de una hora, a puertas cerradas, habiendo entrado al banco con uniforme de la guardia metropolitana, antes que llegara el verdadero). Durante esa hora se dejó entrar al toma consumo de UTE (Usinas y Teléfonos del Estado) y como el cajero llegó tarde, el banco abrió con 15 minutos de retraso y para no llamar la atención todos los campanas se ubicaron en la puerta con los clientes y atrasaron sus relojes, y se ingeniaron para convencerles que su hora era la correcta.

Previamente se tomó contacto con cuatro argentinos que habían integrado la Organización Argentina Tacuara. Ellos eran Joe Baxter, Daniel Rodríguez Primón, Andrés Cataldo y José Luis Nell Tacci. La conexión se logró a través del MIR, que tenía integrado a Abraham Guillén, quien a su vez se había conectado con los argentinos a través del diario *Época*.

A mediados de 1966 se concretó su integración al movimiento Tupamaro, pero manteniendo ellos la posibilidad de conexión con su organización en la Argentina. En el movimiento Tupamaro su integración se dio en distintos encuadres: Baxter funcionaba en el coordinador político, Nell Tacci y Cataldo en grupos de acción y Rodríguez Primón en el laboratorio de explosivos. Previamente a esta integración, el Comité Ejecutivo produjo un informe donde hacía un análisis de la trayectoria de los argentinos y su evolución desde la extrema derecha a su concepción marxista-leninista, su estadía en China, etc., así como también el aporte que ellos podrían hacer al movimiento considerando su experiencia, fundamentalmente en lo militar. En este último aspecto se hacía mucho hincapié. Hay que considerar que en ese momento los integrantes del Movimiento Tupamaro carecían de experiencia en ese sentido, y se creyó que los argentinos con su aporte llenarían esa carencia. El tiempo demostraría lo equivocado de ese análisis; pero, prescindiendo de esto, de lo que recién se tendría evidencias a mediados de 1967, su integración fue bastante costosa.

Veamos las causas: el movimiento, como se dijo, tenía un alto porcentaje de integrantes provenientes de clase media baja y con

una modestia muy acentuada: vivían y actuaban en forma modesta y austera a todos los niveles. Los argentinos desentonaban en todos los aspectos; vivían y vestían con cierta opulencia y elegancia, hablaban en forma doctoral y fundamentalmente, lo que más chocaba, era su propensión a aparecer siempre sabiendo más y a emitir juicios apresurados, con pocos elementos. Para rematar esto, propusieron que se llevara a Abraham Guillén a dar algunas charlas al *club* sobre problemas de estrategia revolucionaria. Se aceptó, luego que los argentinos le hicieran a Guillén mucha propaganda.

Los resultados no pudieron ser más negativos: Abraham Guillén resultó ser un pedante y un mitómano que nunca pudo aportar nada. Culminó su hazaña escribiendo en 1969 un libro *Estrategia de la guerrilla urbana* tomando como base los documentos del MLN-T y los análisis críticos internos.

Pese a esos problemas la integración de los argentinos se fue logrando, y a mediados de 1966 se hizo un análisis y balance de lo realizado, que culmina con una reorganización interna, y ellos fueron encuadrados en las células que se formaron, separándolos entre sí. Veamos cuál era ese análisis: el balance y la reforma organizativa.

La situación política, económica y social se consideró favorable al movimiento, ya que la crisis se había acentuado, con su secuela de huelgas, conflictos y represión, lo que posibilitaba entonces oportunidad de accionar, con su secuela de fogueo para los militantes y también de reclutamiento y propaganda; había quedado evidenciado que el Partido Nacional no constituía garantía seria en cuanto a solucionar la crisis. Es más, la había acentuado, y el Partido Colorado era ya demasiado conocido como para que se alentaran esperanzas. Pero existía una alternativa que, de darse, podía tener como consecuencia un retroceso en el accionar de los Tupamaros, que era el triunfo electoral del General Oscar Gestido.

Como consecuencia, había que prepararse: conseguir fondos suficientes para que si ganaba Gestido y era conveniente un receso en lo militar, que este se diera con posibilidades firmes de fortalecimiento interno, y si lo que se daba era el triunfo de cualquier otro candidato blanco o colorado, era necesario llegar a esa etapa lo más fuerte posible. El desarrollo del movimiento era

cualitativo; numéricamente los Tupamaros eran 52 en todo el país (setiembre 1966), con la mitad en Montevideo.

Se decide entonces organizar a esos militantes en cinco células de seis integrantes cada una, que en lo sucesivo funcionarán en dos tandas de tres cada una buscando con esto mayor agilidad y facilidad de movimientos. En las operaciones donde fuera necesario invertir más de tres integrantes, funcionaría la célula completa. En cuanto a las finanzas, se decidió realizar un operativo en un banco de la zona suburbana de fuerte concentración granjera y que en determinadas fechas movilizaba fuertes cantidades y proceder, a fin de año, cualquiera fuera el resultado electoral, a un operativo en FUNSA (Fábrica Uruguaya de Neumáticos S.A.), que reportaría 6.000.000 de pesos. Posteriormente se decidiría realizar la misma madrugada del acto electoral, un operativo en una armería, eligiéndose entonces la Del Cazador.

El banco elegido reportó 450.000 pesos y la armería, además de los pertrechos, un enorme impacto publicitario cuando se conocieron los detalles técnicos. Mientras el país entero participaba en el acto electoral, los Tupamaros desvalijaban una armería. El mensaje no podía ser más claro. El escrutinio culminó con el triunfo del Gral. Gestido. La situación interna era de euforia, ya que paso a paso, se iba consolidando como organización, a tal punto que Sendic planteó que no se realizara el operativo en FUNSA. Pese a que se entendió lo correcto del planteo, se decidió realizarlo dado que un operativo de ese monto obligaba a esperar un año para tener otra oportunidad.

Se estaba en la primera semana de diciembre de 1966 cuando se tomó esa decisión y en forma simultánea se suscita un problema de muy graves características. Desde un par de meses antes, Tabaré Rivero, miembro del Comité Ejecutivo, venía teniendo una serie de problemas con su compañera, Elsa Garreiro, que culminarán con la ruptura de relaciones. Esto no habría tenido nada de anormal ni extraordinario, si no hubiese sido porque Rivero comenzó a acosarla en todo sentido, lo que creó disconformidad en otros militantes, creándose un malestar generalizado, que no se manifestó abiertamente, pero que se ponía de manifiesto cada vez que se abordaban temas de igualdad y respeto, llegándose a cuestionar los métodos por los que Tupamaros iba a la búsqueda del hombre nuevo.

Esa situación afectó fundamentalmente a Amodio Pérez, quien se sentía unido a Rivero por una gran amistad, además de compartir con él los objetivos políticos. Mediatizado por ese sentimiento de amistad, Amodio se mostró condescendiente con Rivero, pese a conocer las circunstancias. Sabía, además, que Rivero estaba utilizando una motoneta que había sido robada, para movilizarse en sus tareas de militancia, cosa que era conocida y aceptada por todos. Pero en una oportunidad, que concurrió a visitar a una mujer (que después se supo era su compañera desde su rompimiento con Elsa Garreiro) fue detenido por la policía, dado que la motoneta carecía de la chapa de matrícula, anomalía que Amodio, que había sido encargado de la falsificación de la documentación, le había hecho notar; pero además ese día olvidó la documentación en la casa de su nueva compañera. Si bien consiguió huir de la policía, lo hizo después de haber dado su documentación y su dirección, por lo que debió pasar a la clandestinidad. Toda esta serie de errores, el único que la conocía era Amodio, que no había planteado nada en forma orgánica y se había limitado a criticarlo personalmente.

Unos días más tarde, Fernández Huidobro citó a una reunión urgente a Marenales, Manera, Rivero y Amodio Pérez en la que hizo un planteo acerca de que no se podía tolerar, bajo ningún sentido, que se estuviera hablando mal de un compañero de dirección, sobre todo cuando lo que se decía era injusto. A todo esto Rivero dijo que evidentemente era objeto de una persecución interna, y culminó pidiendo sanciones para sus detractores, a lo que Amodio Pérez respondió haciendo una minuciosa enumeración de todos los errores que Rivero había cometido. Esto trajo como consecuencia que la reunión sufriera un viraje total, culminando con el reconocimiento por parte de Rivero de las críticas recibidas. Fernández Huidobro reconsideró su posición y planteó recomendar su sanción al Comité Ejecutivo. A los pocos días, Rivero fue separado del organismo donde funcionaba y queda sin militancia hasta el 22 de diciembre de 1966, en que la organización pasa a la clandestinidad.

En la mañana del 22 de diciembre se inicia una nueva e importante etapa en el Movimiento Tupamaro. A las 7.00 h de la mañana se pone en movimiento todo el complejo mecanismo que culminaría con el asalto de los funcionarios de FUNSA que

pasaban a pocos metros de un portón abierto, sin armas y sin custodia. La camioneta Chevrolet robada días antes se dirigió a Propios (hoy José Batlle y Ordóñez) y Gral. Flores a recoger el equipo operativo, cuando es detectada por un amigo del dueño y llama a la policía. Se dirige al lugar un coche patrullero, iniciándose un intenso tiroteo, que culmina en Burgues y Bella Vista, con la muerte de Carlos Flores, que había empuñado una pistola Mauser que se encasquilló al tercer disparo.

Para los Tupamaros fue el primer enfrentamiento con la policía con un saldo totalmente negativo: no se llegó a concretar el objetivo del asalto, se utilizaron armas en mal estado, las granadas utilizadas en la fuga no explotaron por utilizar dinamita en mal estado y se perdió un integrante. Para peor, cuando la policía logró identificar a Carlos Flores, comenzó de inmediato a detener a familiares y la esposa del muerto, que más por resentimiento que por afán de colaborar con la policía, denunció a varios amigos que se reunían en la casa de Flores, los que fueron detenidos. Dos de ellos, Héctor Nieves y Araquel Saradonian tomaron la actitud de colaborar a lo que sumado a la nula compartimentación, aportaron nombres y lugares los que fueron rápidamente en un caso detenidos y en otros allanados. Son detenidos Raúl Domínguez y Carlos Rivera Yic y los militantes de Montevideo deben pasar a la clandestinidad. Pasados unos días y estudiados los materiales obtenidos, la policía asegura estar ante una organización armada con fines políticos.

En algunos materiales dados a conocer posteriormente por las FFAA, se reconocía por parte de algún integrante del movimiento Tupamaro que quedaban entonces en una situación muy deficitaria, ya que habían perdido sus locales, se hizo imposible funcionar en los domicilios particulares, como se había hecho cientos de veces, tuvieron que dejar de usar los vehículos de los clandestinos, con lo cual perdieron las posibilidades de movilización independiente y por haber actuado con imprevisión solo disponían entonces de unos ciento veintisiete mil pesos, cantidad insuficiente para el mantenimiento organizativo... La imprevisión, fruto de la inexperiencia, hizo que fuera realmente difícil esa primera etapa de la clandestinidad, ya que no se tenían locales propios que fueran seguros y en cantidad suficiente como para cubrir las necesidades. Solo había un rancho en el kilómetro 23 de Av. Italia,

en el Balneario Solymar y un sótano en Gonzalo Ramírez y Juan Paullier. En cada uno de esos lugares se alojaron muchas veces hasta doce militantes, mientras algunos dormían en casas de amigos con simpatías hacia el movimiento.

Pocos días después se reúnen Sendic, Marenales, Manera, Fernández Huidobro y Amodio Pérez evaluando la situación. Deciden hablar con José Díaz, del Partido Socialista, a los efectos de plantearle la necesidad de colaboración. Otra de las decisiones tomadas fue ponerse nombre y así nació el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y aunque lo más difícil fuera eludir a la Policía, era necesario tener un lugar de residencia y un alimento acorde a la situación. La respuesta de José Díaz, en nombre del Partido Socialista fue clara y contundente: no solo no hay ayuda sino que se exigía la renuncia de Manera y Marenales y los nombres de los demás miembros del Partido para darles de baja.

Por parte de los clandestinos del Partido Socialista, la respuesta de José Díaz fue tomada como de mala fe y deshonestidad. En primer lugar por negarse a colaborar en algo mínimo y en segundo lugar porque dejaba a Raúl Sendic como afiliado para aprovechar su prestigio en ciertos sectores de la izquierda, como aglutinador de voluntades. Se toma la decisión de que Sendic, Manera, Marenales, Alicia Rey, Amodio Pérez, Bassini y Rivero renuncien al Partido. La ruptura con el Partido Socialista se mantuvo hasta 1968 y la desafiliación en masa provocó graves problemas a la interna de la estructura Socialista, ya que la dirección había utilizado a Sendic y su gente, como se llamaba a quienes mantenían mayor afinidad con él, para aparentar posiciones revolucionarias y ese hecho permanentemente fue cuestionado por quienes no compartían la decisión.

Durante enero y febrero de 1967 los que se mantienen activos son Sendic, Fernández Huidobro, Manera y Marenales. Cataldo y un militante legal, Carlos Tikas Plechas, oficiarán de enlaces. Poco a poco la vida de los clandestinos se fue adaptando a la nueva situación. Se retira el argentino Baxter con el pretexto de ir a Cuba a buscar ayuda, cosa que no se le creyó y que efectivamente nunca sucedió. El resto de los argentinos procuraron enterradores que no compartieron con los clandestinos uruguayos. De ellos, el único que colaboraba era Cataldo, ya que Rodríguez Primón a los

pocos días volvió a la Argentina y Nell Tacci prácticamente había desaparecido.

El panorama político estaba entonces convulsionado y el MLN-T se había convertido en el centro de la atención pública. Es cuando se inician las relaciones con el Partido Comunista. El Comité Central, a través de Mauricio Rosencof, quien después se integrará en el MLN-T y ocupará la Dirección a partir de agosto de 1970, ofrece alojamiento para la Dirección del MLN-T. Se analizó dicha propuesta y se valoró como muy positiva, habida cuenta de la asumida por el Partido Socialista y porque podía significar el abandono de las posiciones conservadoras del Comité Central del Partido Comunista. Pero, pese a esas valoraciones positivas, también podía constituir una estrategia del Partido Comunista para aislar a los miembros de Dirección del MLN-T entre sí y del resto de las bases. El MLN-T no acepta la proposición y como contrapropuesta, plantea que esos enterraderos sean destinados a alojar a los militantes de base, cosa que el Partido Comunista acepta.

Es así como durante enero y febrero de 1967, la casi totalidad de los militantes clandestinos del MLN-T se entierran en casas de afiliados comunistas, a quienes se les oculta la situación real. Creían estar dando alojamiento a militantes comunistas en situación comprometida, ya que la policía estaba realizando allanamientos a domicilios de dirigentes gremiales. También la Federación Anarquista colaboró con algunos locales, pero fundamentalmente con la confección de documentación falsa. Es así, gracias a dos organizaciones con las que no se mantenían relaciones, que el MLN-T sobrelleva la primera y más dura etapa de la clandestinidad.

Con los pocos documentos falsos de que se disponía, se compraron dos terrenos en los balnearios Solymar donde se construyeron sendos ranchos que se conocían en la interna como el 2 y el 3. El 2 lo compró Sendic y construyeron el rancho Manera, Marenales y Huidobro, apartándose de sus funciones específicas de dirección, pero se prefirió esto para ganar en compartimentación, ya que se entendía que la debilidad en ese aspecto era la razón de la situación que se vivía. Se adoptó como norma en el funcionamiento que cada uno supiera nada más que lo necesario para funcionar correctamente. Esto se consiguió al fin pero no sin esfuerzo, ya que muchos comprendían la necesidad de la compar-

timentación, pero no la practicaban; es decir, tenían tan solo una comprensión intelectual de esa necesidad.

Se comenzó también una política de austeridad motivada no solo por razones económicas sino fundamentalmente políticas. A tal punto se llevó adelante esa norma de conducta que hasta la policía reconoció ese hecho públicamente. Esto no quiere decir que si por razones de funcionamiento era necesario invertir mucho dinero en alquileres o ropas eso no se hiciera, aunque para conseguirlo se comiera mal. Esta norma de conducta, a la que se llamó proletarización, precipitó los problemas con los argentinos Nell Tacci y Cataldo, que exigían un apartamento en Montevideo. Como se les contestó que no era posible ni por razones económicas ni por funcionamiento, pidieron que se les autorizara a realizar un asalto a un banco para solventar esos gastos, a lo que también se contestó que no.

Superados los primeros meses de clandestinidad, se analizó lo logrado. La meta que se fijó el 6 de enero de 1967 fue la de subsistir y era evidente que en abril ese objetivo se había logrado. Era necesario entonces trascender esa etapa, y si los años anteriores se había trabajado para adentro, acumulando fuerzas, ahora era necesario crecer, trabajando hacia afuera. Allí los teóricos del MLN-T debieron agudizar la inteligencia y la capacidad de organización para llevarlo adelante. Se llevó adelante una reorganización interna, fusionando en los grupos a legales y clandestinos, ya que se evaluaba que el clandestino, por su calidad de tal, perdía contacto con la realidad social que lo rodeaba, por lo que los legales debían ser los ojos y oídos en ese sentido y también para que los clandestinos no tuvieran que moverse demasiado. Para eso, los legales debían ocuparse también de los abastecimientos. Esta integración de los grupos, que aparecía como muy buena en la teoría, fracasó totalmente en la práctica. Como los locales estaban en los balnearios y los legales trabajaban y estudiaban, el contacto diario con los clandestinos era imposible, y como el funcionamiento estaba basado en largas discusiones, los problemas no se resolvían y se trasladaban de semana en semana. Para obviar este problema, se resolvió realizar reuniones con los responsables políticos de los grupos, a fin de aunar los distintos criterios.

El mal funcionamiento hizo que en los grupos el trabajo de crecimiento se discutiera muchísimo, sin que se llegara a concre-

tar en la práctica. Fueron evidentes dos problemas: uno, que el reclutamiento se magnificó en su importancia y en sus dificultades; y dos, se hizo evidente una contradicción, ya que ningún integrante de grupo se animaba a consentir el reclutamiento de alguien a quien no conocía, y no podía conocerlo por la compartimentación. Pasaban así los meses sin que fuera posible que se insinuaran resultados satisfactorios, y el MLN-T comenzó a debatirse en tensiones provocadas por la actitud democrática de los legales por un lado, y en cierta forma la impaciencia de los clandestinos, quienes veían pasar los meses sin haber tenido oportunidad de hacer algo productivo. Esas tensiones aumentaban considerablemente por la inactividad en materia militar, ya que la expectativa creada por la presidencia de Gestido era evidente, y una acción del MLN-T hubiera sido totalmente rechazada a nivel popular, y aunque las finanzas eran muy escasas no se quiso reaparecer con un asalto a un banco.

Dadas las condiciones políticas del país, el trabajo interno pausó la actividad hasta julio de 1967, ya que se consolidó una buena infraestructura material para las necesidades de esos momentos. El punto más alto de los enfrentamientos provocados por las contradicciones internas lo constituyó el suscitado entre Alicia Rey y Amodio Pérez, como responsables de un local en Solymar, donde además vivían Elsa Garreiro, Andrés Cataldo y Nell Tacci. En ese local, funcionaban Luis y Leonel Martínez Platero, Aníbal de Lucía y María Elia Topolanski. El enfrentamiento se debió no solo a los diferentes criterios para el enfoque del trabajo interno, sino que tuvo como elemento primordial la conducta personal de Nell Tacci, que tenía una personalidad totalmente nociva para el MLN-T. Pedante en sus planteamientos y soberbio en sus actitudes, pretendía hacer gala de una cultura política que no era otra cosa que la repetición de esquemas muchas veces contradictorios, pero hechos en tono grandilocuente. Pretendía, además, llevar un ritmo de vida que no se correspondía con el aceptado orgánicamente, y atentaba contra la seguridad pretendiendo llevar a su novia al local donde él vivía. Como eso no pudo hacerlo en el local de Solymar, se las ingenió para que Leonel y María Elia, que se habían casado, le ofrecieran su casa, apoyados por el resto del grupo. Nell se las ingenió para que el Comité Ejecutivo lo trasladara de local.

Como responsables del grupo, Rey Morales y Amodio Pérez elevan un informe al Ejecutivo sobre la actuación del grupo, responsabilizando fundamentalmente a Nell Tacci por su conducta disolvente y se opusieron a que se mudara a un local donde no sería controlado y finalizaron pidiendo fuera dado de baja antes de que su conducta provocara mayores daños. El Comité Ejecutivo de entonces, Sendic, Manera, Marenales y Fernández Huidobro consideró que el informe se debía a cuestiones personales y minimizó las críticas, pero antes de que el Ejecutivo comunicara su resolución, Nell Tacci estaba preso, por la forma desaprensiva con que se comportaba. Estaba en contacto con estudiantes a quienes les dijo quién era y a los que condujo al local donde vivía, que no era otro que el domicilio de dos de los integrantes que bajo responsabilidad de Alicia Rey y Amodio funcionaban en Solymar. Además, en el momento de ser detenido, se le encontraron planos de los balnearios donde se había montado toda la infraestructura existente y boletos de ómnibus de la misma zona.

La detención de Nell Tacci costó la mayor parte de la infraestructura lograda en los seis primeros meses de 1967 y la clandestinidad de los hermanos Martínez Platero, de María Elia Topolanski y de Aníbal de Lucía. El Comité Ejecutivo reconoció el error que había cometido al menospreciar los planteos recibidos, pero no llevó la discusión al grupo, por lo que este no tomó conocimiento de los errores cometidos y siguió considerando a Nell Tacci un buen militante. Para hacer más complejo aún el panorama interno, el MLN-T recibió por parte de Ariel Collazo (Movimiento Revolucionario Oriental) y Rodney Arismendi (PCU), de forma separada pero aduciendo ambos ser representantes de emisarios cubanos, un planteo tendente a incorporar al MLN-T al foco que luego instalaría el Che Guevara en Bolivia. Ambos emisarios coincidieron en sus apreciaciones: no hay condiciones en el Uruguay para la lucha armada y menos con el carácter urbano que se pretende, es necesario apoyar el nuevo foco, etc.

Una vez más se advierte que detrás de los planteos sobre las condiciones existentes en Uruguay subyace la intención de eliminar al MLN-T del panorama político y que estos se basan en consideraciones oportunistas: por parte de Ariel Collazo para detentar en exclusiva su condición de super revolucionario y por parte del Partido Comunista para continuar con su posición centralizado-

ra, sacándose de encima un posible competidor en el mañana. La dirección del MLN-T, pese a estas consideraciones, decidió trasladar a las bases el planteo recibido, y estas resolvieron no aceptarlo, por considerar erróneas las apreciaciones sobre la realidad uruguaya y por estar convencidos de que su puesto de lucha era en Uruguay, sin desmedro de su vocación internacionalista. El único que consideró aceptable el planteamiento fue Mejías Collazo, quien finalmente también desistió.

Pese a esta posición adoptada por unanimidad, la situación interna, lejos de mejorar, empeoró. A mediados de agosto de 1967, Cataldo y Elsa Garreiro plantean su deseo de integrarse a una organización argentina y el Comité Ejecutivo resuelve aceptar la solicitud. Ambos, a esas alturas, no veían con claridad el desarrollo del MLN-T y estaban siendo manipulados por María Elia Topolanski, Leonel Martínez Platero y Tabaré Rivero, que constituían un grupo que cuestionaba a la Dirección, pero fuera de los organismos correspondientes.

No se hacían planteamientos fundamentados, sino que utilizando las conversaciones informales y los corrillos entre tarea y tarea se fueron deslizado críticas, fundamentalmente hacia Manera y Marenales. La tónica de crítica permanente fue empleada fundamentalmente por María E. Topolanski y Rivero, pero aunque en menor grado, participaron de ella los hermanos Martínez Platero y Aníbal de Lucía. Las causas de las críticas eran reales y objetivas, pero los medios utilizados estaban fuera de las normas de funcionamiento establecidas. De manera fundamental, la inactividad del MLN-T y el esquematismo que tanto Marenales como Manera aplicaban en las discusiones cualquiera fuera el motivo, eran la base de las críticas. Las causas subjetivas eran considerar como improductiva toda la actividad desarrollada hasta ese momento para reflotar las infraestructuras, junto con las penurias económicas que tenían como consecuencia el hacinamiento y la mala alimentación. Las causas eran reales y hubiesen tenido fácil solución en un clima interno de armonía, pero no fue así. Tabaré Rivero, que ocultó detrás de su apariencia humilde y tímida una gran ambición personal, guardaba demasiado rencor por su separación del Comité Ejecutivo. María Elia Topolanski no le iba en zaga en cuanto a ambición, pero tenía una menor experiencia personal, por lo que Rivero pudo utilizarla sin dificultades. El

tandem Rivero-Topolanski funcionó durante meses, hasta que Rivero, a propósito de un tema en discusión, acusó a Alicia Rey y a Amodio de ser obsecuentes con la Dirección.

Hasta ese momento, la dirección Tupamara, integrada por Fernández Huidobro, Manera, Marenales y Sendic, aunque era consciente de la situación interna, había evitado enfrentarse directamente a Rivero y Topolanski, pero un planteo realizado por Amodio Pérez y Rey Morales, basado en su experiencia como responsables de uno de los grupos mejor consolidados y sus planteos anteriores con relación a la conducta de Nell Tacci, les hace reconsiderar su forma de proceder. En esas fechas, mediados de diciembre de 1967 más o menos, Sendic estaba en Cuba, por lo que los restantes miembros de la Dirección resolvieron citar a un simposio de todos los clandestinos, que finalmente se realizará los días 24 y 25 de ese mes, para discutir el informe que Amodio Pérez y Rey Morales les habían presentado.

En dicha reunión, las discusiones se polarizaron entre los autores del informe y Rivero y Topolanski. El resto de los asistentes, Leonel y Efraín Martínez Platero, Ismael Bassini, Hebert Mejías Collazo, Gabino Falero, Aníbal de Lucía, Graciela Jorge Pancera, Heraclio Rodríguez, Edith Moraes y los tres miembros de la Dirección asistieron como meros espectadores, pese a que ni Rivero ni Topolanski pudieron levantar una sola de las acusaciones. La actitud del comité Ejecutivo fue tan equivocada, que los únicos beneficiados fueron Rivero y Topolanski, quienes consiguieron imponer su criterio de que el informe estaba motivado por cuestiones personales. Los tres miembros del Ejecutivo fueron incapaces de comprender que lo que se estaba discutiendo era la supremacía de lo organizativo sobre lo individual y que tendrá gran importancia a partir de octubre de 1968, cuando el MLN-T inicia su etapa de desarrollo y que explicará, aunque sea parcialmente, el desigual desarrollo de las columnas. Rivero siguió aprovechando cada oportunidad para aparecer solícito y buen compañero y Amodio Pérez y Rey Morales fueron los que quedaron en peor situación.

Para estos dos últimos fue evidente que la experiencia de Nell Tacci no había servido para nada. Producida la vuelta de Sendic, este elabora un informe acerca del estado de las relaciones con los dirigentes cubanos, que insisten en su planteo acerca de la

inviabilidad del foco urbano y aconsejan integrarse a organizaciones argentinas. Acerca de las posibilidades de recibir ayuda, tanto económica como en armamento, la respuesta es negativa. Desde fuentes gubernamentales se ha escrito mucho acerca de las ayudas cubanas al MLN-T, pero la verdad es que no existió nunca en un volumen como para considerarse una ayuda real, y cuando se hizo, fueron algunos pocos miles de dólares y una partida reducida de M16 confiscadas a los invasores de Bahía de Cochinos y convertidas, con el paso del tiempo, casi en chatarra, cuyo uso era más peligroso para el que la tuviera en uso que para el potencial enemigo.

El viaje de Sendic, como casi todos los realizados a Cuba por esos años, fue haciendo un largo periplo por varios aeropuertos europeos y que dejaba al descubierto la precariedad de la documentación falsa que se empleaba. Para solucionarlo, el Ejecutivo designó a Amodio Pérez para elaborar un plan y poner en marcha el servicio de documentación, para lo cual Fernández Huidobro le propone trasladarse de local y así aliviar en algo las tensiones que él y Rey Morales venían soportando desde el simposio de los clandestinos. La respuesta de Amodio Pérez fue que si lo que se buscaba era trasladarlo de local para evitar enfrentamientos con otros compañeros en vez de resolver las causas de esos enfrentamientos, estaba dispuesto a marcharse, pero no de Marquetalia, como se le proponía, sino del propio MLN-T. Este hecho, hasta donde pudimos investigar, fue el primer planteo de Amodio Pérez de pedido de baja por desavenencias internas.

Raúl Sendic, que ignoraba las discusiones que en su ausencia se habían producido, ante la gravedad y el tono de la discusión reabierta tercia en esta y se compromete con Amodio Pérez a que el Ejecutivo estudiará a fondo su situación y la de su compañera y tomará las medidas oportunas para resolverlas. La intervención de Sendic contó con la aprobación unánime del resto del Ejecutivo y logró que Amodio Pérez diera su consentimiento, pero la verdad es que nunca se reconsideró la situación, ni se tomaron las medidas oportunas que se prometieron. Todo el Ejecutivo, pero Sendic especialmente, estaba convencido de que los problemas internos, fueran del orden que fueran, no los resolvían las discusiones, sino el tiempo. Esta creencia hizo que muchos problemas se enquistaran y también tendrá gran importancia a partir del ya citado octu-

bre de 1968. Será una de las causas que propiciará el lento declive del MLN-T, motivado por la gran fuga de Punta Carretas de 1971 que, contra lo esperado, fue motivo de grandes dificultades internas, aunque la imagen proyectada al exterior fuera la contraria.

El auge del movimiento

La muerte del presidente General (R) Oscar Gestido y el ascenso a la presidencia de Uruguay de Jorge Pacheco Areco puso fin a las expectativas políticas y sociales creadas un tanto artificialmente. El MLN-T, que en esos meses se había mantenido inactivo, a la espera de una ocasión propicia para volver a la acción, la encuentra a raíz de un hecho totalmente fortuito. A raíz de un enfrentamiento casual con una patrulla policial en Canelones, en la zona de los balnearios, que buscaba a unos ladrones de autos, resultó herido un agente policial, aunque no de consideración. El MLN-T, a iniciativa de Sendic, que mantenía una larga y estrecha relación con Carlos María Gutiérrez, director del diario *Época* y en cuyo consejo de redacción el MLN-T tenía una considerable influencia, envía, previo acuerdo, una *Carta abierta a la policía*. Carlos María Gutiérrez había prometido a Sendic publicar la carta, aunque tuviese que enfrentarse a la clausura del diario, como sucedió finalmente. *Época* estaba integrado, a nivel de consejo directivo y de redacción, por militantes de varias organizaciones políticas: del partido Socialista, del MIR y de la Federación Anarquista Uruguaya, cuyos locales y publicaciones sufrieron la misma orden de clausura. Más tarde se clausurará al partido Trotskista. El gobierno de Pacheco Areco, de una forma torpe y completamente equivocada, las dejó fuera de la ley, sin considerar que toda la actividad de esas organizaciones era estrictamente legal, tomando una medida exagerada y que solo favoreció al MLN-T, que volvió a los primeros planos explotando los errores de un gobierno autoritario y casi sin esfuerzo alguno vio incrementadas sus posibilidades de crecimiento. Más adelante veremos cómo tanto el MLN-T como Pacheco Areco se autosustentaron uno con el otro.

A comienzos de 1968, la dirección del MLN-T está prácticamente absorbida por la atención del crecimiento, mientras la base, constituida por los clandestinos, ya que ningún legal tiene una

integración real, está dedicada a pequeñas tareas de orden doméstico, que la desgastan y desmoralizan. Transcurren así enero y febrero en un clima de escepticismo: la base comienza a cansarse de realizar planteos sobre su situación, que nunca la Dirección los discutió a fondo, y la Dirección comienza a desconfiar de quienes tienen una actitud crítica hacia ella, identificando crítica con falta de compromiso. Al aumentar entonces el crecimiento, aumenta en forma paralela y simultánea el volumen de trabajo de la Dirección con lo que tiene que dejar de lado sus tareas específicas: análisis de la situación general para organizar y formar a los militantes. Durante esos dos meses Manera era el chófer que conducía a Marenales y Fernández Huidobro para realizar una serie enorme de contactos callejeros, no menos de diez contactos cada uno, por día, mientras Sendic hacía lo mismo pero valiéndose de otros medios.

En el MLN-T entonces aparecen dos niveles bien identificados: la dirección y la base, separados entre sí por un gran vacío que nadie sabe cómo eliminar. Al subjetivismo propio de la situación se suma una inmadurez personal y política evidentes en todos los integrantes, fueran de base o de dirección. Esto queda patentizado en marzo de 1968, en que se realiza la Segunda Convención Nacional, con la asistencia de todo el Comité Ejecutivo y de representantes de los distintos locales, llamados cantones, donde vivían o funcionaban clandestinos y tres o cuatro legales. ¿Qué pasó en marzo de 1968? La dirección produjo un voluminoso informe sobre el grado de desarrollo y perspectivas del MLN-T, que nadie está en condiciones de discutir y analizar por falta de elementos: la base no conoce al MLN-T, por lo que debe confiar en ese informe, y así lo hace.

Como forma organizativa se propone el centralismo democrático, copiándose textualmente páginas enteras de libros de Lenin, que eran desconocidos para la gran mayoría, y se hace un paralelismo entre la organización bolchevique y el MLN-T totalmente esquemático. El MLN-T tenía una militancia escasamente activa, compuesta por sus clandestinos que no llegaban a treinta y según el informe de la Dirección 250 periféricos, nombre que se le daba a los legales, que no incidían en nada, ya que su integración era muy relativa. El centralismo democrático se presenta como la panacea para la solución de los problemas internos, pero dado el grado de

desarrollo y de formación política de los militantes, se convierte nada más que en una conjuración mágica que elimina todas las discusiones: todo se ordena y todo se cumple en aras del centralismo democrático. En la convención, la discusión de este aspecto se realiza desganadamente, todos quieren trabajar más y discutir menos, pero las posibilidades son muy pocas. Al tratarse el problema de la Dirección, se reeligió el mismo Comité Ejecutivo. Nadie está conforme con su actuación, pero es evidente que no hay recambios. Luego de la Convención y ante el empuje del crecimiento, se resuelve descentralizar alguna tarea.

Había ingresado al MLN-T un gran contingente proveniente del sector estudiantil, con preponderancia de elementos trotskistas. Como era un sector con buenas posibilidades materiales, no compartimentado entre sí y cohesionado por su militancia estudiantil, se entendió conveniente mantenerlo como una unidad, designando a un clandestino para que le aporte experiencia y organización. El Ejecutivo designó a Tabaré Rivero para esa tarea, teniendo en cuenta su experiencia, que es real, ya que lleva cuatro años de militancia, pero no teniendo en cuenta los enormes errores organizativos cometidos por él. Seguramente influyó más la necesidad de alejarlo de los clandestinos sobre los que ejercía una evidente influencia, impulsado por su ambición y su egocentrismo, cometiendo un error cuyas consecuencias se harán sentir durante todo 1969.

Olvidó la dirección del MLN-T que una organización revolucionaria, en el grado de desarrollo en que se encontraba el MLN-T, necesitaba algo más que saber usar una pistola, un fusil o fabricar una granada. Era necesario conocer los lineamientos generales básicos en lo estratégico y en lo táctico, por lo menos, para luego de discutidos, lograr una organización coherente en lo ideológico. Y esa tarea debió realizarla quien no ambicionara convertirse en líder de un sector, como Rivero había demostrado. El MLN-T crecía en cantidad pero no en calidad. No se formaba a los nuevos integrantes y los cuasi fundadores se van gastando y desmoralizando. Pero el Ejecutivo, que tuvo que ver ese problema con claridad, no pudo hacerlo, ya que actúa alienada por realizar pequeñas tareas que no se animaba a delegar en militantes de base por su inexperiencia objetiva, pero que al no realizarlas tampoco está en condiciones de adquirirla.

Ese círculo vicioso en que se movía el MLN-T era evidente para los militantes de base, quizás porque eran los que sufrían las consecuencias; pero descreídos de sus posibilidades y convencidos de la inutilidad de realizar planteos que la Dirección sistemáticamente dejaba de lado, terminaron por aceptar la situación, en la creencia de que nada podía cambiarla. Es a mediados de mayo de 1968, que Amodio Pérez, Rey Morales y Alfredo Rivero Cedrés (hermano de Tabaré Rivero), quizás por funcionar juntos entre sí y separados del resto, habían logrado mantener una mayor objetividad de criterios, que les permitía análisis más cercanos a la realidad, elevaron al Comité Ejecutivo un planteo donde se analizaba la situación y se proponían soluciones. Este establecía:

1) La experiencia de 1967, indicaba que era posible la permanencia del MLN-T, pese a los golpes recibidos,

2) que esa experiencia no había sido gratuita, sino más bien había costado muchos sacrificios a todos, tanto en lo material más elemental como en lo afectivo (separación de los familiares, abandono de posiciones alcanzadas con trabajo y estudios pacientes;

3) que esos sacrificios, lejos de ser un peso para los clandestinos los había fortalecido y convertido en ejemplo para muchos que se habían planteado integrarse al MLN-T;

4) que no alcanzaba con ser sacrificados para estar en condiciones de contribuir al proceso revolucionario, sino que además debe adquirirse la necesaria capacidad técnica y política para contribuir a la formación de los nuevos militantes (aclarando que capacidad política se refiere a claridad para llevar adelante la línea de la organización);

5) que esa capacidad no existía en los militantes, pero como lo indica la experiencia general del MLN-T, esa experiencia se adquiere en la práctica;

6) que para que esa práctica se diera, era necesaria una política de consecución de nuevos locales y materiales, a fin de dotarse de los elementos imprescindibles que posibilitaran la desconcentración de los clandestinos en los locales y la descentralización de tareas y responsabilidades;

7) que esa tarea debía emprenderse de inmediato sin esperar a tener todos los elementos materiales para formar a los militantes, sino que debe hacerse paralela y progresivamente, teniendo en cuenta, además, la urgencia con que debe atenderse la formación

de los nuevos militantes, los periféricos, a fin de que no se sientan descreídos de sus posibilidades de aportar al proceso, ya que era evidente el crecimiento cuantitativo, mientras el cualitativo era casi nulo.

El Comité Ejecutivo, no sin reticencias, resolvió aceptar el planteo y así lo comunicó a la base, creándose una gran expectativa, pero nunca lo puso en práctica en su totalidad. Para eso hubiese sido necesario algo más que un entendimiento intelectual del problema a resolver. Era necesario tener la convicción de la necesidad de hacerlo, cosa que no era posible en una Dirección donde Manera y Marenales, cuyas concepciones organizativas se basaban en un rígido centralismo, tenían una influencia importantísima. Ese planteo llevaba implícito un concepto organizativo basado en la descentralización de tareas y responsabilidades, que se discutió nuevamente en octubre de 1968 y que será el concepto que pautará el desarrollo del año 1969.

De todo lo propuesto, lo único que se consigue es que algunos grupos de periféricos, conectados por miembros del Ejecutivo, pasen a ser atendidos por algunos de los clandestinos, los que son elegidos en función de la valoración personal que los miembros de la Dirección tienen de ellos y que al ser totalmente subjetiva, lo que consigue es que los seleccionados transmitan los mismos conceptos organizativos que sus predecesores. También se realiza un asalto a un banco con un monto de algo más de \$ 1.000.000, que solo alcanza para las necesidades más urgentes.

En julio de 1968, el MLN-T llevaba 19 meses de clandestinidad, había perdurado y había crecido, aunque ese crecimiento fuera solo peso muerto, y logrado expectativas y simpatías en amplios sectores de la población, aunque en general no había logrado superar la imagen delictiva que el grueso de la población tenía. Es cuando la Dirección se plantea el secuestro de Pereira Reverbel y lo hace a instancias de Sendic. El Ejecutivo ya lo tenía decidido, pero consideró necesario consultar con algunos militantes, tanto clandestinos como legales, ya que el paso a dar comprometería a toda la organización y el Ejecutivo no quiso darlo sin su respaldo.

La fundamentación del secuestro era bien clara y sencilla: la política del presidente Pacheco Areco era realmente antipopular y Pereira Reverbel era uno de sus consejeros con gran influencia en ese sentido. Había aplicado en UTE una política antisindical bien

definida y en su vida privada se benefició de un trato de favor por parte del poder judicial.

Los objetivos que se perseguían con el secuestro eran también sencillos: demostrar la vigencia de MLN-T, cuestionar al régimen deteniendo por unos días a uno de sus hombres más importantes y salir a la luz pública con una acción de neto corte político. La fundamentación y los objetivos son compartidos por todos los consultados, con la excepción de Amodio Pérez, que entendía que el MLN-T no estaba en condiciones de sobrellevar una campaña represiva como la que se desataría, con pocos locales y superpoblados, que se arriesgaría todo lo conseguido hasta ese momento por realizar una acción de consecuencias imprevisibles y creyó preferible realizar una serie de acciones menores de tipo propaganda armada, aprovechando la coyuntura propicia, fundamentalmente en los sectores sindical y estudiantil, lo que permitiría ir fogueando en la acción a los periféricos, lo que a largo plazo sería mucho más beneficioso.

Su posición quedó en minoría y se decidió procesar el secuestro. El montaje de la operación y su planificación insumieron todo el mes de julio. Como en todas las acciones realizadas hasta ese momento se cuidaron los más mínimos detalles, lo que permitió que los imprevistos que se presentaron se resolvieran fácilmente. Se puso tanto énfasis en que Pereira Reverbel tenía que ser secuestrado con vida, que en el Land Rover que lo conducía, para que no reconociera ni la zona ni el vehículo que haría el último trasbordo, se le aplicó una inyección de pentotal. Esto le produjo un vómito que casi lo asfixia, cosa que se evitó con respiración boca a boca. Por lo demás, el resto se desarrolló tal como se había planeado y los resultados propagandísticos fueron los deseados.

Muy cerca se estuvo de que las salvedades que Amodio Pérez había planteado se cumplieran también: el día que Marenales y Fernández Huidobro resolvieron liberarlo —Manera se encontraba en Cuba y Sendic en el interior— la policía estaba realizando un rastrillo por la zona donde se encontraba el secuestrado y fue necesario evacuar un local donde vivían siete clandestinos con abundante armamento y explosivos. Inexplicablemente, la policía no allanó dicho local, por lo que se recuperó posteriormente.

La liberación provocó casi tanto impacto como el secuestro, ya que en una ciudad como Montevideo, saturada de autos de la

policía y militares, el MLN-T se movió con toda precisión y empezó a ser considerada, por amplios sectores, como una organización política. Pereira Reverbel fue dejado sobre la calle Vidal y Fuentes casi avenida Cataluña, en pleno Parque Batlle.

El empuje del crecimiento fue también muy importante por ese tiempo y como consecuencia, aumentaron las contradicciones internas, ya que en lo fundamental muy poco había cambiado la situación y las responsabilidades contraídas a nivel popular, a partir del secuestro, eran enormes. Simultáneamente, comenzó a plantearse un problema, que no era nuevo en realidad, ya que se arrastraba desde los inicios, pero que sale a la luz dadas las condiciones internas: es lo que se dio en llamar el problema de las mujeres, que era en realidad la subestimación, inconsciente, pero real, que Manera y Marenales evidenciaban hacia las militantes, en forma fundamental hacia las clandestinas.

Este problema se convierte en crisis a mediados de setiembre cuando Alicia Rey Morales, luego de una discusión con el Comité Ejecutivo, pide la baja del MLN-T, considerando que su militancia no es considerada por la Dirección y hace un análisis del papel al que se relega a las mujeres. De forma simultánea, Sendic renuncia al Comité Ejecutivo, con las siguientes consideraciones: un dirigente revolucionario debe ser un cuadro político militar, y él no lo es, en razón de que sus compañeros del Ejecutivo no lo dejan participar en las acciones que se procesan, en virtud de su peso político, a lo que se agrega el malestar por no haber sido consultado para la liberación de Pereira Reverbel. El Comité Ejecutivo no aceptó las renuncias, pero ante la gravedad de la situación, citó a una reunión a la que concurren Marenales, Fernández Huidobro, Falero, Sendic, los hermanos Martínez Platero y Rivero Cedrés, Topolanski, Bassini, Mejías Collazo, Violeta Setelich, Alicia Rey, Amodio Pérez, Andrés Cultelli, Heraclio Rodríguez Recalde y Edith Moraes. Esta reunión se citó para la penúltima semana de setiembre de 1968 y transcurrió de forma alterada, violenta en algunos momentos, durante dos días. La gravedad de los temas y la tensa situación interna impidieron llegar a alguna conclusión, por lo que volvió a convocarse la reunión para los últimos días de setiembre y se prolongó durante dos o tres días.

Esta reunión, que luego será conocida como el Simposio de Octubre, marca un momento muy importante en la historia del

MLN-T, ya que si bien el hecho circunstancial que la motiva son las renunciaciones, a medida que se discuten estas, se evidencia que el problema es mucho mayor y lo que se discute no son las renunciaciones, sino los hechos que las motivan, de lo que surge nítidamente un cuestionamiento al Comité Ejecutivo. La renuncia de Sendic no es aceptada, pese a que Fernández Huidobro hizo una reseña crítica muy dura de la actuación de Sendic en el Comité Ejecutivo, y de su posición surge con claridad que él consideraba que debía aceptarse. El otro miembro del Ejecutivo, Marenales, no discrepa del planteo de Fernández Huidobro y agrega un detalle importante: una vez liberado Pereira Reverbel, Sendic les planteó la renuncia y no se le aceptó. Por tanto, agregó, Sendic, al haber puesto en conocimiento de la base su renuncia sin conocimiento del resto del Ejecutivo, lo estaba coaccionando. Sendic especuló con que la coacción existiría, ya que ningún militante de base concebía la Dirección sin Sendic, y fue la base quien lo mantuvo en la Dirección, con su apoyo en dicha reunión.

La consideración de la renuncia de Alicia Rey Morales no fue menos violenta. Aquí también Marenales y Fernández Huidobro acusan de deshonestidad, argumentando que se ensucia la discusión con el planteo de la renuncia. Sendic, inexplicablemente, aportó poco a la discusión, aunque muchos de los elementos que se manejaron, reforzaban considerablemente los planteos suyos. Aunque en esos momentos la actitud de Sendic pasó desapercibida, será una constante en el futuro, tensando situaciones organizativas de forma innecesaria, proponiendo a continuación soluciones que si las tensiones no hubiesen existido no habrían sido ni siquiera consideradas, buscando mantenerse como el factor de unidad imprescindible, el único posible y real. De la lectura de su biografía, escrita por Blixen para intentar contrarrestar las críticas a su actuación, comprendida fundamentalmente entre 1969 y 1972, surgen con claridad elementos de este tipo, asignándole mérito al hecho de que ante un mismo problema Sendic fuera capaz de mantener diferentes opiniones según fuera su interlocutor y haciéndolo aparecer como el impulsor de decisiones en las que tuvo poca o escasa participación y en algunas, oponiéndose a ellas.

Amodio Pérez consideró que los motivos de las renunciaciones podían desaparecer si lo que se discute es el problema de fondo, que no es otro que el método de trabajo del Comité Ejecutivo y la

forma organizativa que ese método de trabajo traía aparejada. Se entró a considerar la situación desde ese ángulo y entonces surgieron tres posiciones bien definidas: la primera, de Fernández Huidobro y Marenales, netamente centralistas, la segunda, de Amodio Pérez, Rey Morales y Alfredo Rivero, que presentaron un plan de descentralización basado en el ya presentado en el mes de mayo, pero mejorado en muchos aspectos, recogiendo la experiencia de los últimos meses, y la tercera, de Sendic, que abogó por una autonomía táctica: una línea política general para todo el MLN-T y autonomía para llevarla adelante.

En la discusión, de forma equivocada, se hicieron coincidir las posiciones 2 y 3, lo que llevó a que se discutiera sobre dos extremos: centralismo rígido o autonomía. El centralismo rígido ya había demostrado su inoperancia y la autonomía táctica era inviable, como se demostrará en la etapa comprendida entre el 16 de marzo de 1972 y mayo del mismo año, pero menos lo era con el grado de desarrollo alcanzado en esos momentos de 1968. Tan convincentes fueron Marenales y Fernández Huidobro enumerando los déficit formativos de los militantes de base que estos mismos apoyaban el centralismo rígido, sin comprender que hasta que ese centralismo no se rompiera, los déficit no se superarían, por lo que el plan de descentralización de Amodio Pérez, Rey Morales y Rivero, pese a los esfuerzos que los tres realizaron, estaba destinado al fracaso.

Sin embargo, quizás porque nadie vislumbrara soluciones al estancamiento interno, surgió una nueva posición, por parte de Cultelli, el que de una forma sumamente ambigua, que no definía las distintas posiciones, pero que las contemplaba todas, propuso que el Comité Ejecutivo buscará las formas que permitan una descentralización progresiva, etcétera, que fue aprobada rápidamente y casi sin discusión, fruto del cansancio acumulado. Ante esta resolución se decidió no aceptar la renuncia de Alicia Rey Morales. Por esos mismos días, el Comité Ejecutivo comenzó a dar los primeros pasos para llevar a la práctica lo acordado. Se dividió al MLN-T en dos columnas, que se denominan Columna 1 y Columna 2 y designó a los respectivos comandos: Aníbal de Lucía, Leonel Martínez Platero y María Elia Topolanski en la Columna 1; Falero Montes de Oca, Ismael Bassini Campiglia y Graciela Jorge Pancera en la Columna 2.

Amodio Pérez y Rey Morales, quienes desde el mes de mayo habían planteado planes de descentralización y que aportaban resultados concretos en sus respectivos sectores, no fueron tenidos en cuenta. Para llevar adelante los planes presentados por ellos, se designó a militantes que hasta ese momento eran partidarios del centralismo rígido. La Columna 1 será atendida desde el Ejecutivo por Marenales y la 2 por Sendic y Fernández Huidobro.

El 8 de octubre de 1968 se produjo un hecho que incidirá de manera fundamental en el desarrollo futuro: fueron detenidos algunos miembros del MLN-T en uno de los contactos callejeros tan comunes en esos momentos, Marenales entre ellos. El día 11 Fernández Huidobro le plantea a Amodio Pérez la necesidad de integrarse al Comité Ejecutivo en sustitución de Marenales. A ese pedido Amodio Pérez respondió que aceptaba sustituir a Marenales en el sector servicios, pero no en el Ejecutivo, habida cuenta del cuestionamiento que se le hacía, que si bien no se exteriorizaba en críticas, era evidente que existía, tanto desde la base como desde el mismo Ejecutivo. Fernández Huidobro, para convencerlo, argumentó que en lo tocante al Ejecutivo no es así y que el mismo planteo de incorporación es prueba suficiente. Finalmente acordaron que lo haría de forma provisional, hasta la llegada de Manera de Cuba, lo que se produciría en diciembre de ese mismo año. En la primera reunión en que Amodio Pérez participa en el Comité Ejecutivo, se le informó de la división del MLN-T en siete columnas, en lugar de las dos definidas en un principio, para hacerlas más reducidas en tamaño y del plan de desarrollo que se quería llevar adelante que es, detalle más, detalle menos, el plan de descentralización que Amodio Pérez y Rey habían presentado en el simposio, pocos días atrás, y que no había contado con apoyos.

Para llevar adelante dicho plan, eran necesarios varios millones de pesos, fundamentalmente para el incremento de locales. Se le informó acerca de una operación que estaba en estudio pero sobre la cual no se sabía qué había ocurrido, ya que el mismo día de la detención de Marenales se allanó la casa de Alberto Candán Grajales, el que tenía en su estudio, debajo del pie de una ampliadora, un relevamiento fotográfico del Casino de Carrasco, el objetivo señalado. Del estudio estaba encargado Gabino Falero Montes de Oca. En esa misma reunión se decidió que desde el

Ejecutivo, Amodio Pérez se encargara de la supervisión de la posible operación.

Candán Grajales, a través de su familia, informó que el relevamiento estaba en su sitio, pero al retomar el estudio se comprobó un refuerzo de las medidas policiales, lo que era señal de que el relevamiento había sido detectado y vuelto a dejar en su sitio, para montar una ratonera en el Casino. Esas medidas se mantuvieron durante unos veinte días, y cuando se retiraron, se comenzó a reestudiar la operación, que se realizó con la dirección de Falero y Amodio Pérez en la madrugada del 29 de noviembre.

El monto fue de algo más de \$ 6.000.000, que se distribuyeron a razón de \$ 700.000 por cada columna y dejándose el resto en depósito para el Ejecutivo. Esta operación, a efectos propagandísticos, una vez conocidos los detalles sobre su realización, acabó siendo mayor que la contraria, producida por la detención de Marenales, sindicado públicamente como miembro de la Dirección del MLN-T, por lo que la policía hablaba de golpe durísimo a la organización. En realidad, con la proyección de lo sucedido posteriormente, no es aventurado concluir que la detención de Marenales y la incorporación de Amodio Pérez a la Dirección terminaron teniendo un saldo positivo, ya que con Marenales en el Ejecutivo la descentralización, base del desarrollo del MLN-T en 1969, hubiera sido imposible o, en el mejor de los casos, se habría retrasado considerablemente. A mediados de diciembre es localizada una chacra en Pando, donde son detenidos Bassini, Falero y Arturo Dubra, que constituían el comando de una de las columnas recientemente formadas, por lo que los integrantes de esta se refunden en otras, al no existir recambios para el comando detenido. Este golpe fue calificado por la policía como de golpe mortal, lo que si bien era exagerado, era de una gran dureza. Se perdía un comando íntegro, en el que estaba Falero, un hombre con una gran experiencia militar y seguro tanto en la planificación como en la ejecución; Bassini, en ese momento único experto en explosivos y gran cantidad de materiales.

Esto vino a reafirmar lo erróneo del antiguo método de trabajo y las dificultades con que habría que enfrentarse para superarlas. En esos momentos, los pocos locales existentes todavía estaban atestados de militantes, en los que funcionaban servicios y grupos de acción y tampoco se habían previsto recambios en puestos fun-

damentales como el de Bassini. Pero además, se habían cometido gruesos errores en materia de seguridad, de los cuales Sendic era responsable en un noventa por ciento, ya que él era el responsable directo del funcionamiento del local. Cuando en el Ejecutivo Amodio y Fernández Huidobro se lo plantearon, Sendic reaccionó como hacía siempre que se le señalaba un error: airadamente y criticando al que lo criticaba. Si bien Sendic compartía (tenía que compartir el planteo de fondo, dada su posición en el Simposio de octubre) se negó a aceptar la crítica y los mismos errores provocaron la caída de otro local y varios militantes en julio de 1969.

En esos momentos Fernández Huidobro trataba de asimilar los criterios de la descentralización que sin pérdida de tiempo comenzaron a implantarse en la Columna 15, pero cometió el error, por inexperiencia y apresuramiento, de transformar la descentralización en autonomía, lo que quedará en evidencia luego de su detención en la toma de Pando. Desde el primer momento, en la Columna 15, el estilo de trabajo marcó las diferencias. El primer comando, formado por Amodio Pérez como responsable del sector militar, Alicia Rey Morales en el sector político y Pablo Blanco en el de servicios, inicia su funcionamiento con un estilo de trabajo que se mantendrá en el tiempo y será uno de los elementos que hará que pese a ser la columna con el mayor número de presos, consecuencia lógica de su mayor accionar, mantendrá de forma permanente su estructura interna. El comando en su conjunto analizaba los problemas de cada sector y aportaba elementos para solucionarlos. El responsable de cada sector estaba encargado de adoptar las medidas que se habían acordado y debía informar a los otros responsables acerca de su trabajo.

De esta forma, cada uno de los miembros del comando tenía un conocimiento profundo de cada sector, por lo que, llegado el caso y como sucedió en varias ocasiones, sus responsabilidades fueron intercambiadas. Todas las acciones desarrolladas por la Columna 15 fueron supervisadas por los comandos actuantes en cada momento, por lo que la experiencia que el accionar iba aportando, era asimilada por el comando en su conjunto y le permitía, a cada uno de sus miembros, transmitirla y mantener el accionar y el crecimiento de forma paralela.

Otro aspecto que tendrá gran importancia en el desarrollo de la columna es la transmisión de experiencia en materia de cobertura

de locales, que fue siempre muy amplia y variada, lo que permitió que lo invertido en ellos se rentabilizara rápidamente. Aunque de forma desigual, 1969 se inició con perspectivas muy auspiciosas. En los últimos días de diciembre se supo que en el Juzgado de Instrucción de Primer Turno estaban depositadas las armas que la policía había incautado en los procedimientos contra el MLN-T.

La acción se realizó bajo la responsabilidad de Tabaré Rivero, participando militantes de la Columna 5, todos provenientes del sector estudiantil y que no tenían experiencia anterior. Aunque con dificultades, la descentralización está en marcha. Las acciones que se llevan a cabo así lo demuestran, no solo por los resultados materiales, sino también por los formativos. Manera no llega en la fecha prevista, por lo que Amodio permanece en el Ejecutivo de forma interina. Hacia finales de enero se hizo un somero análisis de la situación: subsistían cinco de las siete columnas creadas inicialmente, correspondiendo las 1, 5, 10 y 15 a Montevideo y la restante, la Columna 7, al interior; se constató el gran avance en materia de servicios, que el crecimiento se había mantenido y que muchos militantes iban recogiendo experiencia, aumentando su capacitación. Es de hacer notar que la Columna 7, que tenía sus fuentes en el interior, también se desarrolla en Montevideo.

Con esta forma organizativa se pretendía que cada columna fuera una organización en pequeño, con su comando de dirección y su base dividida en tres sectores diferenciados y compartimentados entre sí: sector militar, sector servicios y sector político o de reclutamiento. De esta forma, lo que se que pretendió fue salvaguardar la organización de los golpes represivos, por duros que estos fueran. Este fue, sin duda alguna, el más grande acierto del Comité Ejecutivo, aunque su aplicación tuviera características diferentes en cada columna.

A mediados de febrero de 1969, Fernández Huidobro presentó a consideración del Ejecutivo un documento, que luego se conocerá como Documento 4 que explicita y fundamenta la forma organizativa y lanza algunas pautas de trabajo futuras. Fernández Huidobro, que tres meses antes se había mostrado como un acérrimo defensor del centralismo organizativo, asumió como propias las posiciones que Amodio y Rey habían defendido y que puestas en práctica eran las que estaban propiciando el desarrollo del MLN-T.

Pero el Documento 4 tuvo una serie de lagunas y contradicciones que desde el Ejecutivo no se percibieron y se creyó estar alcanzando un acuerdo que luego se demostró que no era real. Trasladado el Documento 4 a los comandos de columna y a las bases de estas, se aplicó en cada una según la interpretación que cada una hizo, salvo en el caso de la Columna 7, ya que Sendic, pese a dar su aprobación en el Ejecutivo, nunca dio a conocer ese documento a su base.

Se dio entonces la paradoja de que un documento que pretendió ser la base del desarrollo del MLN-T a nivel nacional sirvió para fundamentar los conceptos más contradictorios. Cuando esto se advirtió, esos conceptos contradictorios se habían institucionalizado. Como consecuencia de esas distintas concepciones, las columnas que dependieron de Fernández Huidobro tuvieron como finalidad preponderante la formación de sectores políticos mantenidos en la militancia sindical y estudiantil, sin fortalecer sus sectores militar y de servicios, que la que dependía de Sendic fuera un todo indiferenciado e indiferenciable, mientras que la Columna 15 formó un gran aparato militar y logístico, utilizando al sector político como cantera de reclutamiento, lo que le permitió, durante un período de tiempo bastante prolongado, llevar el peso del accionar del MLN-T. Esto fue consecuencia de un estilo de trabajo que se impuso desde el comando de la columna, basado en la especialización, pero con responsabilidades colectivas, con real funcionamiento en equipo, evitándose la creación de feudos, lo que terminó ocurriendo en las demás columnas.

Al conocerse la fecha del regreso de Manera de Cuba se le integró al Comando de la Columna 5, al que no llegó a incorporarse, ya que es detenido casi de inmediato y como consecuencia de los errores que en la documentación que portaba cometieron los servicios cubanos. Se resolvió entonces modificar la integración del Ejecutivo, incorporando a Mansilla, que de la Columna del Interior pasó a atender la 15 en reemplazo de Amodio Pérez, que pasó a coordinar el Sector Servicios del MLN-T, continuando Sendic con la Columna 7 y Fernández Huidobro con las 5 y 10. Durante su funcionamiento con el comando de la Columna 15, integrado por Alicia Rey Morales, Candán y Alberto Cocco Pérez, Lucas Mansilla recogió de primera mano los valores del funcionamiento en equipo, valores que intentó trasladar a la Columna 7, lo que no

logró, ya que Sendic, pese a que de palabra se mostraba de acuerdo, en la práctica actuaba con las concepciones individualistas de su personalidad y que nunca rectificó, lo que tendrá una incidencia fundamental en el declive del MLN-T a partir de julio de 1970, cuando Amodio Pérez fue detenido la primera vez y desapareció del Ejecutivo el único miembro de la dirección capaz de controlar e intentar corregir los gruesos errores con que Sendic se conducía. En febrero de 1969 se procesaron dos acciones que motivaron un extraordinario nivel de simpatía popular: la financiera Monty y el Casino de San Rafael. Este último, además de por el monto, que ascendió a \$ 54.000.000, por el posterior ofrecimiento de devolver \$ 6.000.000, que correspondían a las propinas de los empleados, lo que no se hizo por la prohibición expresa del gobierno a los empleados, a los que el Casino terminó pagando después de un corto conflicto. De la Monty, el MLN-T se llevó los libros de contabilidad y los puso a disposición de Samuel Lichtensztein, quien redactó el informe dado a conocer públicamente por el MLN-T, informe que provocó un escándalo mayúsculo, y si motivó nada más que la renuncia de Frick Davie, dirigente de la Monty y ministro de Ganadería, cargo este al que renunció, fue nada más que porque en los libros figuraban demasiados integrantes del gobierno como para que alguien se animara a investigar a fondo.

El directorio del banco de Crédito, bajo cuya tutela funcionaba la Monty, en una maniobra tan burda como inútil, ordenó el incendio de los archivos, mientras miles de volantes con los nombres de Jorge Batlle, Pereira Reverbel, Pintos Risso y Venancio Flores, entre otros, inundaban las calles de Montevideo. A mediados de marzo se produjo una crisis en la Columna 5 que casi provocó la separación de Tabaré Rivero, la que si no se concretó fue por la incapacidad del Comité Ejecutivo para llegar al fondo de los problemas cuando estos eran difíciles. Y este lo era, porque Rivero inició, desde su posición como responsable del Sector Militar de su columna, una campaña contra Sendic y Amodio Pérez, en la forma velada y sutil que le era característica. Como el Comando de esa columna no funcionaba correctamente, se separó de sus puestos a los tres integrantes, con lo que las responsabilidades se diluyeron. Si la situación se hubiera analizado correctamente, se habría visto que la descentralización se iba

convirtiendo, poco a poco, en autonomía, ya que ni el Ejecutivo controló el trabajo de Fernández Huidobro ni este al comando.

Esa falta de análisis de la Dirección, que solo habría sido un déficit a subsanar, se convirtió en su estilo de trabajo. Esto hizo que no solo las columnas tuvieran orientaciones distintas, sino que además impidió que la experiencia recogida en una columna sirviera a las demás. El MLN se fue transformando en una federación de columnas aliadas, que coordinaban su accionar a nivel del Ejecutivo, perdiendo este su calidad de equipo, llegándose a creer que una columna funcionaba correctamente porque procesaba acciones, sobre todo si eran espectaculares, descuidando aspectos fundamentales como la formación, entendiendo esta en su sentido más amplio.

La falta de control llegó incluso a lo material, a tal punto que los \$ 54.000.000 de San Rafael se agotaron en agosto. De cualquier forma, era evidente el avance alcanzado en lo cualitativo en el sector militar y la influencia que se detectaba en algunos sectores en lo sindical. Tampoco el Ejecutivo dio línea clara en ese sentido. No porque no la tuviera, sino que omitió hacerlo, pese a que varios comandos lo reclamaran. Esa omisión permitió que se ambientaran corrientes internas que opinaban que el accionar del MLN-T en lo militar debía estar pautado por los conflictos sindicales, es decir, la misma posición que había mantenido la FAU en 1964.

Esa línea era más fuerte en las columnas cuya base era predominantemente reclutada entre los militantes sindicales y estudiantiles. Esto obligó a separar a Mejías Collazo del Comando de la Columna 10, quien se marchó a los grupos de acción de la FAU y a segregarse de la Columna 5 a todo el sector *sindicalista*, como se le llamó entonces, y formar con ellos una nueva columna, la Columna 25. Cuando estalló la huelga frigorífica la tendencia sindicalista planteó acciones de apoyo a esta, proponiendo una serie de atentados que el Ejecutivo no aceptó. Pero unos días después la policía allanó y destrozó varias viviendas de huelguistas, por lo que se decidió contestar con acciones similares, «allanando» los domicilios de los políticos responsables de la orientación económica del país, a quienes se responsabilizaba de la huelga. Por una serie de errores en cadena, el único que se realizó fue el de Manuel Flores Mora, que así, aislado, perdió toda significación. Fue ne-

cesario entonces realizar la toma de Radio Sarandí, para explicar lo sucedido y sus motivaciones, al mismo tiempo que se apoyaba la huelga y se explicaban los fines estratégicos del MLN-T. A esa altura la ineficacia policial alcanzaba ribetes casi cómicos, lo que redundaba en beneficio directo de la Organización.

Durante la huelga bancaria, los huelguistas son militarizados e internados en cuarteles. Se presentó entonces una situación propicia para el MLN-T: Juan Carlos Peirano Facio, orientador de la política económica del gobierno, con cuantiosos intereses en la banca y que resultó ser uno de los beneficiados por la huelga frigorífica, es un claro objetivo para el MLN-T. Se le asignó el objetivo a la Columna 15, pero unos días antes de la realización, uno de los integrantes de la columna que iba a participar en la acción es detenido con documentación relativa a la operación, lo que la hace fracasar. Se resolvió entonces secuestrar a Gaetano Pellegrini Giampietro, uno de los duros de la patronal bancaria, cuya libertad se pensaba negociar por la solución del conflicto. Esto no se logró porque la Dirección del Sindicato, controlada por el Partido Comunista, manióbró una asamblea que se realizó 24 horas después del secuestro pretendiendo poner fin al conflicto.

La dirección del MLN-T resolvió no liberarlo. Muchos funcionarios bancarios habían sido despedidos y otros detenidos. La patronal bancaria, en la persona de uno de sus integrantes, vinculado a intereses financieros internacionales, sufrirá también las consecuencias del conflicto. Finalmente se lo liberará a cambio de la publicación en *La Mañana* de una serie de comunicados, posteriormente a la toma de Pando. A pesar de algunos golpes recibidos, la pérdida de dos laboratorios y la detención de doce militantes de primera línea, el accionar del MLN-T había tenido una gran continuidad y se recogieron muestras de arraigo popular. De una forma no muy clara ni definida, se elaboró una tesis de dualidad de poder y hostigamiento. Pero ni la situación política ni el desarrollo interno permitieron que ambas tesis se consolidaran en la práctica, aunque se realizaron acciones de ese tipo.

Se decidió entonces volcar todo el accionar de la Organización en una acción que evidenciara el desarrollo organizativo y se inscribiera en la línea del *Doble Poder* y de cuestionamiento al régimen. Nada mejor que la toma de una ciudad que permitiera, además, resolver algunos problemas financieros. Pando reunía to-

das esas condiciones, además de permitir una rápida evacuación del lugar. Sin embargo, una serie de desperfectos mecánicos y otros imponderables hicieron perder unos minutos de tiempo en plena retirada, lo que permitió la intervención policial cuando ya se estaba abandonando la zona de peligro. La acción policial se dio con especial dureza, el MLN-T perdió tres militantes y fueron detenidos diecinueve. La acción policial sobre los detenidos, y especialmente sobre los heridos, que fueron rematados ya desarmados, convirtió el fracaso militar en un éxito político.

El MLN-T nunca analizó lo sucedido en la evacuación de Pando, ni nunca extrajo la experiencia del intento hasta donde nosotros sepamos. Se ha escrito mucho sobre lo sucedido, pero siempre han sido opiniones emitidas cuando el MLN-T ya no existía y tuvieron como objetivo contribuir al mantenimiento de la historia oficial. Sobre todas, destacan las de Mujica, que atribuye el fracaso al camino elegido para la evacuación y la de Zabalza, que lo atribuye a que un coche de la policía caminera, ubicado en las cercanías del Instituto Miguel Zerbino, pudo dar la alarma, al no haber sido reducido. Ambas versiones son tendenciosas y fueron emitidas con el fin de desprestigiar la labor del coordinador del operativo, Amodio Pérez, cuando este ya había sido convertido en traidor por sus ex compañeros.

Veamos los hechos. En primer lugar, nunca tuvo como objetivo ser un homenaje al Che. La acción estaba prevista para realizarse en el mes de setiembre y sucesivas incidencias lo fueron retrasando. Fue la prensa la que relacionó las fechas, pero la intención, como tal, no existió. Fue un hecho totalmente casual. Una de las incidencias que retrasaron la acción fue la detención de un grupo de militantes de la Columna del Interior, entre los que se encontraba el mismo Zabalza, el que sin embargo se ha atribuido funciones como coordinador en la planificación, pese a estar detenido en Punta Carretas. En segundo lugar, aunque constituyó el error fundamental, fue la acción en sí. Se puso en juego lo más granado del aparato militar, anteponiendo los objetivos propagandísticos sin tener en cuenta que esos mismos objetivos dependían del éxito militar. Si se hubiera tenido en cuenta, si se hubiese considerado lo militar sobre el marketing, se hubiese apreciado que utilizar el cortejo era un error. Pero se prefirió lo ingenioso ante lo seguro, y en vez de utilizar seis o siete coches selecciona-

dos para el evento, se contrató el cortejo, cuyo estado no se podía controlar y en cuanto fueron exigidos, los coches fallaron.

Y ese fallo, unido al disparo que causará la herida de Hernán Pucurull y al militante olvidado en el Banco República, al que fue necesario ir a recoger, fueron los responsables de la pérdida de tiempo. Fue el tiempo perdido en abandonar Pando lo que posibilitó la acción policial y no el camino elegido. Sobre este aspecto, referido por Mujica, el que se adjudica una responsabilidad que no tuvo, se ha repetido otras veces, pero no es verdad. El plan general y los objetivos de cada columna fueron responsabilidad de Amodio Pérez y Mansilla y supervisados por el resto del Ejecutivo, en esos momentos, Fernández Huidobro y Sendic. Cada columna estudió su plan, pero el acceso y la retirada eran conjuntas. Ningún grupo tuvo la potestad de elegir un camino alternativo, ya que el plan consideraba que en caso de un enfrentamiento, el conjunto los hacía más fuertes. El servicio de sanidad más importante estaba montado en Montevideo, al que se llegaba por Camino Maldonado y luego 8 de Octubre, y fue el camino que recorrió la carroza, conducida por Candán, mientras Amodio Pérez taponaba la herida de Pucurull.

En el camino de regreso se cruzaron con numerosos coches policiales que no hicieron ningún intento por detenerlos, pese a la superioridad en esos momentos. Lo que sí pudo haber sucedido es que el grupo en que se encontraba Mujica, al ver el cerco, haya tomado otro camino, pero como una decisión impuesta por las circunstancias y no como una decisión predeterminada. De los sesenta millones conseguidos en el inicio solo se recuperaron siete. Puede decirse que el balance militar fue negativo y durante algunos días también lo es el político. Los días posteriores a Pando los medios policiales hablaban del golpe mortal al MLN-T. Era, sin ninguna duda, el golpe más fuerte de cuantos se habían recibido, pero el desarrollo alcanzado le permitió recuperarse y mantener la continuidad operativa, que recayó momentáneamente en la Columna 10, la única que en Pando no sufrió bajas.

Su accionar se orientó a la consecución de dinero y armas, objetivos que si no se alcanzaron con holgura, lo fueron en cantidades suficientes para paliar algunos déficits. Pero era necesario realizar una operación que no solo resultase ventajosa en lo material, sino que evidenciara la permanencia del MLN-T como

organización. Se eligió para ello la casa central del Banco Francés e Italiano, cuyo directorio estaba implicado en una serie de maniobras de las cuales se tenía conocimiento, así también como del lugar donde las pruebas de esas maniobras se encontraban. El comando de la Columna 15 se encargó de la planificación y su sector militar de la ejecución. Se lograron todos los objetivos menos el financiero, ya que por un error en el uso de una de las llaves no se pudo abrir el tesoro. Allí dentro, a la vista, pero por una abertura por la que no se podía llegar al dinero, quedaron, según hemos podido conocer, \$ 96.000.000.

Cuando la prensa publicó los detalles de la operación, se vio que el MLN-T seguía con una potente estructura militar, aunque internamente se estaba gestando una crisis que culminaría recién en enero de 1971, pero cuyas raíces se encuentran en las Columnas 5 y 25 y cuyos síntomas aparecen en octubre de 1969, inmediatamente a la acción de Pando. En esta oportunidad, el comando de la Columna 5, integrado por Héctor Méndez, Fernando Romans Lederman y Sofía Faget, secundados por algunos, entre los que se encontraban Susana Alberti, Ferreira Scaltritti y Washington de Vargas Saccone, entre otros, se habían constituido en portavoces del sector sindicalista e iniciaron una campaña contra el Comité Ejecutivo por lo que ellos llaman conducción suicida, tratando de aprovechar la supuesta debilidad de la Dirección después de Pando. Aunque Tabaré Rivero no participó de las discusiones, fue evidente que muchos de los argumentos que estos manejaban le pertenecían. Al ser detenido Fernández Huidobro en el operativo de Pando, el Comité Ejecutivo envió a Amodio Pérez a interiorizarse del estado de esas columnas. Luego de algunas reuniones con sus respectivos comandos, Amodio Pérez propuso la disolución de ambas columnas como tales y la integración de sus militantes en las Columnas 1, 10 y 15. Las razones eran bastante simples: los Comandos eran totalmente inoperantes, los sectores militar y de servicios, inexistentes, no formando columnas como tales.

Todo era un conglomerado donde el conocimiento mutuo era total, se daban contactos *horizontales* a diario y las reuniones de sus integrantes en los locales que como columna tenían asignados se utilizaban para discutir los problemas que se daban en los sectores gremial y estudiantil. Ambas columnas contaban con locales, en algunos casos mejores, que las columnas operativas. Costaba creer

que la situación fuera esa y no se comprendía cómo la Columna 5, con más de un año de trabajo, hubiese conseguido tan poco internamente y que la Columna 25 casi no existiera. Surgían de esa situación errores que Fernández Huidobro como responsable de esas columnas había cometido y del propio Ejecutivo, que no controló el trabajo de uno de sus integrantes. En realidad, y eso se supo después, como consecuencia de esta situación, el Ejecutivo nunca había controlado, en conjunto, el trabajo que sus miembros realizaban en las columnas a su cargo. El trabajo había quedado mayoritariamente librado al buen criterio de los comandos respectivos, y como estos tenían a su vez distintas concepciones, el desarrollo y sus formas eran heterogéneas.

La primera reacción del Ejecutivo fue no aceptar la propuesta de disolución, por creer que el informe de Amodio Pérez era exageradamente pesimista, pero luego de varias reuniones lo aceptó, rindiéndose a la realidad. Cuando el Ejecutivo comunicó a los comandos esa decisión, el comando de la Columna 5 lo aceptó sin más, negándose el comando de la 25 a acatarla. ¿Cuáles eran las razones? Los sindicalistas creyeron ver en una simple medida administrativa una maniobra de la Dirección para liquidarlos como tendencia interna, cuando en realidad el Ejecutivo no tenía idea de que esa tendencia existiera.

Elaboraron entonces varios informes donde se acusaba al Comité Ejecutivo de aventurerismo y de impedir la discusión interna acerca de la línea política y a este propósito presentaron un plan que, según ellos, colocaría al MLN-T en la línea correcta. El Ejecutivo hizo un planteo de respuesta y lo difundió internamente junto con el de los *sindicalistas*. A los pocos días, la respuesta de los comandos fue unánime: la base pedía la expulsión de todos aquellos que no acataran la resolución de absorción. Cuando los que se negaban a aceptarla vieron que la posición del Ejecutivo era de firmeza y que fuera de su sector no contaban con apoyos, acataron la absorción.

Pese a ello, y como consecuencia de las desviaciones constatadas en las discusiones, Amodio Pérez propuso la expulsión de Méndez, Lederman, Faget y Daniel Ferreira Scaltriti. El Ejecutivo se opuso, sancionando a Méndez con una suspensión de seis meses. Todos ellos, sin embargo, junto con algunos más, serán expulsados en enero de 1971 por el Comité Ejecutivo que asume

la dirección en agosto de 1970. Los dos primeros meses de 1970 se dedicaron fundamentalmente a conseguir dinero y armas, ya que se pensaba concretar un plan de acciones a partir de marzo, que evidenciara el afianzamiento del MLN-T como organización revolucionaria, pensándose combinar acciones propagandísticas y denuncias políticas con acciones puramente militares.

Es así que en marzo la Columna 15 realiza la fuga de la Cárcel de Mujeres, que dirigieron Candán Grajales y Alicia Rey Morales y la Columna 10, con la colaboración de Juan Almirati, el robo de la caja fuerte de Mailhos, que arrojó como resultado más de \$ 100.000.000 en libras de oro y lingotes, así como la documentación allí existente. Estas dos acciones elevaron considerablemente el peso político del MLN-T, de forma especial la acción de Mailhos, ya que esta familia, una de las más ricas del país, estaba desprestigiada como consecuencia de su política antisindical. Al conocerse la denuncia del robo, Pacheco Areco decretó la detención, bajo el Régimen de las Medidas de Seguridad del propietario de las libras, por la comisión de algunos pequeños delitos económicos, en lo que pareció sería el comienzo de una investigación profunda, lo que en realidad no ocurrió. El MLN-T entregó los libros incautados al juzgado correspondiente junto con un informe elaborado internamente y nadie se preocupó más del tema. Pero antes, la familia Mailhos había hecho llegar al Penal la oferta de otros \$ 100.000.000 a cambio de los libros, oferta que la Dirección del MLN-T decidió rechazar, por considerar que el MLN-T debía tener una conducta intachable en su honestidad y moral revolucionaria. El gobierno dictó una serie de medidas tendentes a impedir la negociación de las libras y lingotes, pero pagando una comisión del 10 por ciento se colocaron buenas partidas en las casas de cambio.

En la Jefatura de Policía se había formado una Brigada Especial —así era su nombre— que dirigía el comisario Héctor Morán Charquero, secundado por los Subcomisarios Héctor Villar y Ismael Besson. Esta brigada, ante la ineficacia mostrada por los Cuerpos de Inteligencia, se hizo cargo de algunos procedimientos antitupamaros, empleando la tortura como método, lo que provocó una investigación parlamentaria y judicial. Se decidió ejecutar a Morán Charquero y sus ayudantes, pero solo el primero fue ubicado, y aunque el montaje fue muy dificultoso, se realizó

una mañana en plena Rambla. Esta acción benefició en Jefatura a los Cuerpos de Inteligencia y la Brigada Especial fue disuelta. Salvo raras excepciones, como en el caso de algunos detenidos en la calle Almería en agosto de 1970, no se aplicó en Jefatura ningún tipo de apremio físico ni moral hasta mayo de 1972.

Por la misma época, se produjo en Montevideo una entrevista entre Sendic y uno de los hermanos Peredo, que acudió a buscar apoyo para reactivar el foco boliviano, y muchas libras se enviaron a Bolivia, vía Chile. Se extendía así a Bolivia, como antes a Argentina, la órbita de influencia del MLN-T, influencia que se daba no por la imposición de determinada línea política ni de un estilo de trabajo, sino en el aporte de experiencia y como en este caso, apoyo económico y que en el caso boliviano fue fundamental, como lo reconoció Chato Peredo en una carta dirigida al MLN-T y que este dio a conocer los primeros días de agosto.

Mayo se invirtió en la preparación de la acción del Centro de Instrucción de la Marina (CIM) y que fue realizada por la Columna del Interior y dirigida por Mansilla, quien había reclutado tiempo antes a un marinero, Fernando Garín, que prestaba servicios en esa unidad y que jugó un papel fundamental antes y durante la realización del operativo. Cuando este se concretó, el MLN-T respondió a la conducta que la Marina, más concretamente el CIM, había tenido en el conflicto de UTE meses antes. No era, como se pretendió por parte del Ministerio del Interior, un ataque a las Fuerzas Armadas (el Ministerio del Interior quería involucrarlas en la lucha antisubversiva), sino que era una acción de respuesta a los plantones y apaleamientos que los obreros en conflicto habían soportado.

La Marina nunca dio a conocer el inventario completo de las armas, municiones y granadas que los Tupamaros se llevaron del CIM en tres camiones de la propia Marina, pero era más que suficiente para provocar la conmoción creada, que superó con creces a la que el propio MLN-T tenía prevista. La policía desató entonces una serie de operativos a la búsqueda de las armas, sin éxito, pero deteniendo a dos militantes, gravemente heridos y uno resultó muerto, Hernán Pucurull, estando desarmado y que según el dictamen del forense, murió desangrado por falta de asistencia. Por parte de testigos se supo que los heridos lo fueron cuando salieron del rancho en que se encontraban, desarmados y con las manos en alto. Se tuvo conocimiento, además, de que el procedimiento

lo realizó la Guardia Metropolitana. La Dirección decidió entonces que se tiroteara a miembros de ese cuerpo. A esa altura, la represalia estaba consolidada como línea de acción.

En esos momentos se pensó, por parte de políticos y militares, que el MLN-T con el armamento recién adquirido encararía una escalada en su accionar, y de forma simultánea se produjeron dos incidentes en los dos cuerpos militarizados de la policía, que se negaron a salir a la calle, lo que cumplieron durante algunos días. Este hecho pasó inadvertido para el MLN-T, que había sido tomado por sorpresa por los acontecimientos. En ese momento se produjo un hecho que indica bien a las claras el peso militar y político del MLN-T. Un abogado de los insurrectos de la Guardia Republicana solicitó, por intermedio de los presos de Punta Carretas, un contacto entre la dirección del MLN-T y el grupo político que dirigía el ex presidente del consejo de Gobierno, Alberto *Titito* Heber.

Este contacto se aceptó, concurriendo por el MLN-T Víctor Mansilla y por el grupo de Heber los diputados Héctor Gutiérrez Ruiz y Alberto Gutiérrez Chirimello, quienes realizaron el siguiente planteo: el sector que ellos representaban veía con simpatías la labor del MLN-T, a quienes comparaban con los contingentes armados de Aparicio Saravia; entendían conveniente mantener estrechos contactos para profundizar en el conocimiento mutuo que permitiera llegar en el futuro a acuerdos de fondo; a tales efectos solicitaron una tregua de 45 días en los que ellos, con las fuerzas que contaban en los Cuerpos Policiales y en las Fuerzas Armadas promoverían el derrocamiento del gobierno de Pacheco Areco y cuando ello se diera, se conversaría con el MLN-T acerca de un plan de gobierno común, amnistía para los presos del MLN-T y la integración de algunos a nivel de gobierno.

La Dirección, a excepción de Amodio Pérez, recibió el planteo con gran entusiasmo y decidió aceptarlo, pero con una tregua de veinte días. Para oponerse, Amodio argumentaba que no creía en la honestidad de los hermanos Heber, que habían llevado desde el gobierno una línea netamente antisindical y estaban implicados en la quiebra del Banco Transatlántico, que la propuesta era nada más que un señuelo para conseguir una tregua que los prestigiaría políticamente y opinaba que era una decisión demasiado importante para adoptarla sin consultar a los Comandos de Columna. Los argumentos de la otra parte, de manera fundamental los de

Sendic, eran claramente oportunistas: el MLN-T no tenía previsto realizar ninguna acción en esos veinte días, por lo que en realidad no concedía nada y por otro lado la negociación era secreta, con lo cual el MLN-T no arriesgaba nada *negociando* con los Heber.

A los pocos días el diario *El Debate*, que pertenecía al grupo de los Heber violó el secreto de las negociaciones, anunciando la tregua. Pese a ello, la dirección del MLN-T mantuvo los contactos y contribuyó a financiar el diario, pero lo ocultó a los comandos, tal era el malestar por la ruptura del secreto. Además está decir que el golpe no se produjo. Se decidió entonces incluir dentro del plan de acciones el *Plan Satán*, elaborado en Punta Carretas por los presos y que consistía en el secuestro de varios diplomáticos extranjeros que serían propuestos en canje por presos del MLN-T en momentos en que la coyuntura política le fuera favorable. De acuerdo a los contactos que se mantenían con Gutiérrez Ruiz y Chirimello se creyó que ese momento había llegado y se encargó a los comandos de las columnas la planificación de los objetivos asignados y la construcción de las que después se llamarían *Cárceles del Pueblo*.

Los primeros días de julio acabó el plazo otorgado y como prueba inequívoca de que era así, por algunas noches se procesaron acciones de desarme de agentes policiales, con un saldo de varios de ellos heridos y uno muerto, lo que provocó un bajón importante en la simpatía popular y constituyó un error desde el punto de vista político, ya que las víctimas eran agentes de seccionales, que no participaban en la represión.

El 28 de julio se llevó a cabo el secuestro del Juez de Instrucción Daniel Pereira Manelli, quien en su juventud había sido socialista, pero que en su actuación como juez que entendía en la casi totalidad de los procedimientos contra Tupamaros, actuaba con arbitrariedad y cometiendo además gruesos errores jurídicos. Era además conocida su afición a llegar a acuerdos con delincuentes de alto vuelo, siempre y cuando estos pagaran las coimas estipuladas. Los objetivos eran conocer los medios por los cuales el Poder Ejecutivo presionaba al Poder Judicial impidiendo la liberación de varios procesados por causas menores; conocer las razones de por qué dicho juez había condenado con penas exageradas a algunos militantes y en definitiva advertir al Poder Judicial de que el MLN-T seguía su actuación con gran atención.

Estos objetivos se cumplieron en su totalidad y fueron muy esclarecedores acerca de la independencia del Poder Judicial, lo que se convirtió en un gran impacto propagandístico. El 28 de julio daría comienzo al *Plan Satán*, pero una serie de inconvenientes hizo que algunos objetivos no se montaran a tiempo, y como debían ser simultáneos para que el secuestro de un diplomático no alertara al resto, se concretó solo el de Pereira Manelli, ya que no era relacionable.

El viernes 31 se secuestró a Aloysio Díaz Gomide y Dan Mittrione, pero fracasó el de Gordon Jones, quien a los pocos días abandonó el Uruguay. En la correspondencia que el Ejecutivo mantiene con los presos a través de Amodio Pérez, único responsable de las comunicaciones con el exterior del penal, comunicó su intención de realizar un nuevo secuestro, una vez que se haya planteado el canje de Díaz Gomide y Mittrione por todos los presos políticos. El Ejecutivo creyó que un nuevo secuestro, unido a las presiones que los gobiernos de EEUU y Brasil realizarían sobre Pacheco Areco, llevarían a este a aceptar el canje, y si eso no sucede, los secuestros se inscribirían dentro de la línea de hostigamiento al gobierno.

En esos momentos comenzó a producirse una serie de divergencias entre los presos y la Dirección en el exterior. Los presos tenían un órgano de dirección, que aunque no tuviera más que facultades internas, su opinión era importante, ya que reflejaba la opinión de 200 presos, aproximadamente. En ese órgano de dirección interna, estaban Manera, Marenales y Fernández Huidobro. Amodio Pérez, dada su condición de preso reciente, se integra de forma inmediata. En esos momentos, Manera, Marenales y Fernández Huidobro coinciden en que:

1) era muy difícil que tanto los EEUU como Brasil no advirtieran que la liberación de 200 tupamaros significaría la caída del gobierno de Pacheco Areco;

2) ante esa posibilidad, la presión que pudieran ejercer, se amortiguaría;

3) no era comparable la calidad de los tupamaros presos con los presos recientemente liberados por el mismo Brasil, ya que estos eran procesados por delitos menores;

4) por todo esto, era conveniente presentar el canje por un lote seleccionado;

5) ante la eventualidad que Pacheco se negara tajantemente a negociar, no plantear el canje, porque sería contraproducente tratar de cambiar la finalidad de los secuestros en hostigamiento en vez de canje, convirtiendo el canje en un objetivo fracasado;

6) de ninguna manera presionar con la muerte de los secuestrados;

7) es preferible plantear el canje, y si este no es aceptado, transformarlo en un objetivo a largo plazo.

Amodio Pérez apoyó esa posición, ya que salvo matices coincidía con su opinión cuando todavía ocupaba la Dirección. El Ejecutivo, en carta del propio Sendic, contestó en forma desmesurada, no aceptando las sugerencias y alrededor del 4 de agosto se lanza la propuesta de canje por todos los presos, pero sin dar plazo para su aceptación, utilizando una frase muy ambigua donde se dice que de no aceptarse la propuesta, se hará justicia.

El miércoles 5, el senador Pedro Zabalza, convertido en correo oficioso del MLN-T, informó acerca de la debilidad del Gobierno de Pacheco Areco, que fuertemente presionado estaba cercano a aceptar el canje y advirtió del vacío de poder creado, a tal punto que Ferreira Aldunate y Manuel Flores Mora, que eran contactados por el MLN-T a través de Alicia Rey Morales solicitaron entrevistarse con la Dirección de forma urgente para analizar la situación. El planteo de Ferreira Aldunate en 1970 y transmitido por Alicia Rey al Ejecutivo del MLN-T, fue que ante la inminente caída del Gobierno de Pacheco, que no contaba con apoyos en las FFAA, existía la posibilidad de un golpe de estado preventivo, liderado por los coroneles Mario Aguerrondo y Alberto Ballestrino, y para evitarlo proponía un pronunciamiento civil, encabezado por el mismo Ferreira Aldunate, que sería apoyado por un amplio sector del Partido Colorado y para el que solicitaba el apoyo del MLN-T, que liberaría a los secuestrados. A cambio, las propuestas del MLN-T acerca de la tierra serían consideradas y los presos del MLN-T verían revisadas sus condenas.

En la reunión del Ejecutivo que discutió la propuesta de Ferreira Aldunate, realizada en un clima de euforia, se consideró que si el golpe de Aguerrondo y Ballestrino se producía, tanto antes como después del canje, la situación política creada solo beneficiaría al MLN-T, situación que Sendic resumió en cuanto peor, mejor. El MLN-T siempre consideró que la implantación de

una dictadura fortalecería sus posiciones y resolvió no apoyar la proposición de Ferreira Aldunate, pero manteniendo las comunicaciones para actuar según indicaran las circunstancias.

Esta decisión llegó a Punta Carretas el día 6 de agosto por la mañana, a través de Inés Capuccio, que ejercía de abogada de Amodio. Cuando la decisión del Ejecutivo llegó a la dirección interna de los detenidos, estos resolvieron enviar una extensa carta insistiendo en el planteo acerca de reducir el alcance del canje y advirtiendo acerca del hecho de que si el golpe se producía con anterioridad al canje, los presos podían pasar a ser considerados como rehenes. Amodio Pérez, encargado de las comunicaciones con el exterior, redactó la carta y ante la urgencia de la situación, la entregó a una de sus hermanas, la que formaba parte del sistema de comunicación alternativo al establecido a través de su abogada y creado para ser usado en circunstancias especiales. El Ejecutivo, la noche del 6 de agosto resolvió no tener en cuenta el planteo de los presos, al que calificó de personalista, creyendo, erróneamente, que era impulsado solo por Amodio Pérez, cuando en realidad lo fueron Marenales y Fernández Huidobro. Decidió, además, ante la recompensa anunciada por el Ministerio del Interior, consistente en un millón de pesos a quien proporcionara informes con resultados positivos, realizar acciones contra los delatores identificados sobre sucesos anteriores, para evitar las posibles colaboraciones y llevar a cabo el secuestro de Claude Fly, que se consideró sería el golpe de gracia a Pacheco Areco.

El secuestro se llevó a cabo, pero esa misma mañana la policía, explotando un dato menor, casi rutinario, allanó el apartamento de la calle Almería, domicilio de Candán y donde esa tarde se reuniría un Ejecutivo ampliado para analizar la situación. Era la primera vez que se reunirían allí, por lo que Candán los esperaba en la esquina para conducirlos. Mansilla, Sendic y Martínez Platero conocían el edificio y el apartamento, pero desconocían las señales de alarma. En el apartamento ya estaban detenidos Asdrúbal Pereira y Edith Moraes, quienes alcanzaron a colocar la señal de peligro, que fue vista por Candán a las 13:45 h, que decidió esperar al resto del Ejecutivo y alejarlos de la zona, ya que la reunión sería a las 14:00 h. A las 13:55 h Candán fue reconocido y resultó herido al intentar huir. En esos momentos llegaron en una camioneta Raúl Bidegain y Diego Picardo, quienes oyeron

el tiroteo y al ver a un hombre joven con un arma en la mano y creyéndolo un Tupamaro, le ofrecen ayuda y son detenidos. Pocos minutos después llegaron Sendic y Martínez Platero, quienes al ver la camioneta de Bidegain y Picardo rodeada por la policía, pensaron que si habían sido detenidos podía producirse un rastri- llo en la zona, y decidieron ir al apartamento a dar el aviso, siendo detenidos también. Casi al mismo tiempo llegó Mansilla, quien al ver el despliegue policial abandonó la zona, siendo el único miembro de la Dirección que no es detenido.

Alicia Rey Morales y Graciela Jorge Pancera, para entrar al edificio, tenían que efectuar una llamada telefónica, pero como la policía había bloqueado el teléfono, al no ver ningún movi- miento sospechoso en el lugar, agotadas por el trajín de esos días, creyeron en un desperfecto común y decidieron entrar al edificio, siendo detenidas. Así, sumando casualidades y errores cometidos por los Tupamaros, la policía asestó un golpe durísimo al MLN-T y fortaleció la posición del gobierno.

A las 24.00 del viernes, Pacheco Areco se dirigió a la población, anunciando su resolución de no aceptar el canje; al día siguiente, sábado 8, el Ejecutivo formado en esas circunstancias, integrado por Mansilla, Samuel Blixen y Manuel Marx Menéndez, a inicia- tiva de Mansilla, quien cree estar interpretando las resoluciones del Ejecutivo anterior, emite un comunicado donde concede al gobierno un plazo hasta el domingo 9, a las doce horas, para proceder al canje. De no aceptarse, Mitrión será ejecutado, lo que se cumple el mismo domingo a las 21:00 h. Tanto Blixen como Marx Menéndez carecían de la experiencia suficiente y lle- garon a la dirección del MLN-T forzados por las circunstancias y motivadas por las sucesivas caídas, no así Mansilla, que desde las primeras reuniones en las que se consideró la viabilidad del plan Satán, había mantenido una actitud más moderada en cuanto a sus objetivos, cercana, cuando no coincidente, con la sostenida por Amodio Pérez cuando ambos compartieron la dirección del MLN-T. Sin embargo, será él quien asuma la responsabilidad de la ejecución de Mitrión, empujando definitivamente al MLN-T a un callejón sin salida.

Fue tan grande el deterioro organizativo, que el mismo domi- ngo fue detenido el ejecutivo en pleno. Se produjo entonces en el MLN-T un vacío de dirección, hasta que dos días después, el martes

11 de agosto y por un acuerdo de los comandos de columnas, se designó a Adolfo Wassen Alaniz, de la columna 15, a Mauricio Rosencof, de la Columna 10 y a Nelson Berreta, de la Columna del Interior de forma interina, hasta que fuera posible consultar a los miembros de la dirección recientemente detenidos, consulta que recién se realizó en octubre, cuando aquellos fueron conducidos al Penal, y fueron ratificados como miembros de la Dirección.

El lunes 10, tras la muerte de Mitrión, a instancias del Poder Ejecutivo, un acuerdo parlamentario suspendió por 20 días las garantías individuales, desatándose una muy dura represión y una campaña propagandística totalmente negativa para el MLN-T. La amenaza de la tortura sobre los detenidos estaba en el ambiente. El martes 11 de agosto, un día después de la suspensión de garantías individuales, y a tres de que Pacheco anunciara su determinación de no negociar, se inició una negociación entre el gobierno, representado por su ministro Carlos María Fleitas y el MLN-T representado por Sendic. La iniciativa partió del Juez de Instrucción de quinto turno, Manuel Díaz Romeu, pero la intervención de Fleitas, Ministro de Cultura y del Ministro del Interior, general Antonio Francese, le concedieron carácter oficial. Francese no apareció vinculado directamente, pero tuvo que estar en conocimiento de lo sucedido, ya que Sendic realizó entrevistas en la propia Jefatura con los detenidos en Almería y luego fue conducido en un vehículo policial al penal de Punta Carretas, custodiado por el Segundo Jefe del Departamento 4 de la Dirección de Inteligencia, subcomisario Pablo Fontana y por el oficial inspector Pedro Panizzolo.

En el Penal, Sendic se reunió con Manera, Marenales y Fernández Huidobro a solas, mientras en un patio exterior, bajo la lluvia, Fleitas, Fontana, Panizzolo, el Director de Instituciones Penales Coronel Fortunato, esperaban los resultados de la entrevista. Amodio Pérez, pese a llevar menos tiempo preso, no fue llamado por Sendic. Este hecho, que le fue recriminado por el propio Amodio, inició un proceso de enfrentamiento entre ambos y que se prolongará, pese a acuerdos circunstanciales, hasta mayo de 1972. ¿Qué había sucedido? Díaz Romeu le planteó a Sendic la posibilidad de que el MLN-T liberase a Dias Gomide y Claude Fly y que la policía pasara de inmediato a todos los detenidos al

juzgado, con lo que los detenidos evitarían todos los problemas derivados de la suspensión de garantías.

Sendic, como era lógico, no podía resolver, pero logró autorización para consultar con los detenidos junto con él en Almería. Entre todos se decidió que Sendic planteara ser trasladado al Penal para consultar con los presos, en esos momentos convertidos en árbitros de la situación. Por otro lado, eran los únicos que en esos momentos podían comunicarse con el Ejecutivo. Sendic era partidario de aceptar la negociación. Tanto él como los detenidos en Jefatura consideraban que el MLN-T no estaba en condiciones de soportar la represión en medio de la suspensión de garantías, sabían que eran más de cien los detenidos y que entre ellos se encontraban quienes conocían tanto los locales donde estaban los secuestrados como otras bases importantes de la infraestructura. Se temía, fundamentalmente, al uso del pentotal y las torturas con que se les amenazaba. Manera, Marenales y Fernández Huidobro manifestaron su desacuerdo y le recordaron a Sendic los planteos formulados acerca de la negociación por el canje, a la que consideraron nefasta, por haberse extralimitado en sus objetivos iniciales. Consideraron también que luego de haber llevado al MLN-T a un callejón sin salida, aceptar la liberación de los secuestrados por un objetivo menor, como era el pase a la Justicia de los detenidos, era un retroceso político.

Se habían invertido los papeles y quien antes defendió una postura defendía la contraria. El MLN-T se encontraba inmerso en una crisis total, a la que había sido conducido de forma irresponsable, cercana al aventurerismo, por un Ejecutivo en el que Sendic impuso su criterio sin dificultades. Finalmente, acordaron solicitar autorización para realizar en Punta Carretas una reunión amplia, para considerar, sobre la base de la propuesta traída por Sendic, una fórmula de negociación que conformara a las partes. Se quería dejar claro que los presos solo actuarían como intermediarios y que ellos no eran quienes dirigían al MLN-T, que la dirección estaba fuera del Penal y que era la única que podía decidir. Se confiaba, además, en que mientras esa negociación se mantuviera vigente, la suspensión de garantías no se aplicaría y daría tiempo a tomar las medidas para salvaguardar la situación.

El ministro Carlos Fleitas concedió la autorización pero, aduciendo estar actuando a espaldas del Gobierno, pidió que la res-

puesta estuviera pronta en 24 horas, a lo que se respondió que era imposible: se precisarían por lo menos 3 días, con lo que la respuesta estaría el viernes 14 por la noche. La reunión se realizó en la celda 281 del Penal de Punta Carretas con la presencia de Marenales, Manera, Fernández Huidobro, Amodio, Mujica, Leonel Martínez Platero, Falero, Pablo Blanco, Heraclio Rodríguez, Bassini y Zabalza, informando Huidobro y Marenales lo discutido con Sendic y fundamentaron su discrepancia, la que fue, durante unas horas, la opinión mayoritaria.

Solo Amodio Pérez se manifestó de acuerdo con lo propuesto por Sendic, ya que los acontecimientos se habían desarrollado como él había previsto, y si precisamente Sendic temía el desarrollo de los acontecimientos, era necesario aconsejar a la Dirección que la propuesta fuera aceptada. Finalmente, se resolvió informar de todo lo desarrollado en las discusiones, la opinión de los presos de Jefatura y la de los presos de Punta Carretas, esta última desarrollada y fundamentada extensamente, terminando con la frase siguiente: la Dirección son ustedes y a ustedes les corresponde decidir.

La decisión se tomó el miércoles 12 por la mañana y Amodio Pérez la envió por la tarde, a través de Inés Capuccio, no solo para actuar rápidamente, sino para evitar los posibles controles que sobre las comunicaciones se pudieran ejercer en las cercanías del viernes 14. Tal como era lógico esperar, la nueva Dirección, con total desconocimiento de la real situación interna del MLN-T, pagando tributo a su inexperiencia, rechazó la propuesta. Durante los veinte días de suspensión de garantías se detuvieron a 43 militantes, 20 de ellos de primera línea. Pero el temor policial por las represalias evitó las torturas y el uso del pentotal, aunque limitado, se mostró inútil. La ineficacia policial, que allanó dos locales –uno donde se encontraba Días Gomide y otro que servía de depósito– evitaron que el desastre fuera mayor.

Era el golpe más duro que el MLN-T había soportado en toda su historia y la nueva Dirección, que asumía la responsabilidad de dirigir una organización caótica, dividida y desconcertada, eran casi inexpertos y resistidos por amplios sectores. Asumían la responsabilidad de sacar al MLN-T del tembladeral que la improvisación del Ejecutivo anterior lo había metido. En el ínterin se había producido una lucha por la dirección. La Columna 1, que

no estaba integrada al Ejecutivo provisional, resolvió no aceptar a dicha Dirección, propiciando así una división del MLN-T encabezada por Elida Baldomir. Esta fue detenida poco después, lo que si bien disminuyó el poder de esa fracción, no evitó que siguiera existiendo, aumentando la situación de caos interno. En forma simultánea, los integrantes del sector sindicalista iniciaron una lucha interna contra el nuevo Ejecutivo, aprovechando la caída de los que ellos llamaban vacas sagradas.

La pugna por la dirección del MLN-T

Hacia el 20 de agosto, Rosencof, en nombre del Ejecutivo, en carta firmada Leonel, informa sobre la situación del MLN-T. Dicho informe trasunta un optimismo exagerado, dadas las circunstancias, debido al desconocimiento de la situación real y a una característica de Rosencof, como era ver las cosas mucho más fáciles de lo que después la práctica demostraría que eran. Después se sabría que fue un intento de mantener la moral de todos, especialmente de los presos, que se presumía muy baja.

En esa misma carta, que desmiente el tono optimista, Rosencof planteó las dificultades que tienen como dirección novel y acabó proponiendo que los presos de Punta Carretas actuaran como *asesores*. Esa asesoría, que en principio parecía lógica y hasta indispensable se transformó luego en dependencia total, lo que motivó que desde setiembre hasta fines de 1970, la orientación político-militar se desarrolló en el Penal, haciendo que el MLN-T cometiera gruesos errores y su accionar tuviera marchas y contramarchas.

A partir de enero de 1971, cuando las dificultades iniciales comienzan a desaparecer y la dependencia por parte de la Dirección se comienza a romper, muchos de los ex-dirigentes intermedios, como Zabalza, Bidegain, Diego Picardo Estévez, y algunos del Ejecutivo, como Sendic y Mansilla, todos integrantes de la Columna del Interior, comenzaron a mirar con desconfianza lo realizado por *los nuevos*, luego discreparán y terminarán por retirarles la confianza, lo que acabó dividiendo al MLN-T en dos sectores bien diferenciados: Montevideo por un lado y el interior por otro. Esta división, larvada en sus inicios, alcanzará su máxima expresión el 16 de marzo de 1972 y conducirá al MLN-T a un cambio de

estrategia que precipitará su derrumbe. En el correr de la última semana de agosto y dentro del marco de la dirección compartida se elaboró en Punta Carretas un documento donde se desarrollaba la línea que a juicio de los presos debería llevarse adelante en lo inmediato, y terminaba proponiendo un plan de acciones que se dio en llamar Plan Cacao. Ese documento, que se elaboró fundamentalmente con el aporte de Fernández Huidobro, contó con la aprobación de Manera, Marenales, Falero, Bassini, Martínez Platero, Mujica y Pablo Blanco. No contó con la aprobación de Amodio Pérez y otros, por considerar estos que dicho plan se apartaba de la línea que el MLN-T venía procesando y que no existían posibilidades materiales de concretarlo.

Como se dice en el documento, con el Plan Cacao se trata de convertir al MLN-T en una organización que pasa a la ofensiva, luego del golpe del 10 de agosto, y que como objetivos a largo plazo se plantea la dualidad de poderes y la posibilidad de que este sea la futura base de canje. Dice textualmente ese documento: Es evidente que los rehenes no les resultaron suficientes para el canje o la amnistía. Si no les alcanza y no negocian, no perdemos nada. Habremos avanzado en la línea de hostigamiento y habremos dado una condigna respuesta al régimen. En esas líneas se sintetiza toda la fundamentación del Plan Cacao y sobre ellas se centró la discusión y las discrepancias de Amodio Pérez y otros, que serán más adelante compartidas por Sendic, Candán, Mansilla, Blixen y Efraín Martínez Platero cuando ya en octubre llegaron al Penal.

Esas discrepancias se resumen en dos puntos:

1) Fue un error replantearse el canje como objetivo, después de la experiencia del Plan Satán y del indudable fortalecimiento del gobierno de Pacheco y

2) los medios por los que se planteaba llegar al caos eran absolutamente impolíticos y terminarán por enajenar el resto de apoyo popular que aún se conservaba, ya que las acciones que se proponían, sabotajes a las líneas de alta tensión, voladuras de puentes y vías férreas, incendios de locales y depósitos de empresas extranjeras, voladuras de centros de reunión de la oligarquía, etcétera, en nada cuestionaban la acción del Gobierno y producirán recelo y desconfianza en los sectores donde el MLN-T tenía su base.

La influencia que en dicho plan ejerció el libro *Argelia año uno* era innegable, ya que las acciones propuestas son las mismas que en dicho libro se indican como las realizadas por los grupos guerrilleros argelinos en sus inicios, y se hizo, por parte de Fernández Huidobro, un paralelismo entre la situación política argelina en 1954 y la del Uruguay en 1970. Lo mismo sucedió en 1971, cuando a través de los libros acerca de la independencia griega y la lucha del Viet Cong, Sendic y Zabalza, con el apoyo de la mayoría de los integrantes de su columna, elaboraron el Plan Tatú y cuya puesta en práctica, desconociendo las directivas del Comité Ejecutivo, acabó siendo otro elemento que facilitó el trabajo de las FFAA para la destrucción del movimiento guerrillero.

El Ejecutivo del MLN-T recibió el plan, lo aprobó y lo puso en práctica. Los resultados fueron desastrosos: la quema de Sudamtex trajo aparejada una campaña propagandística negativa y creó a nivel popular un gran desconcierto, a tal punto que los simpatizantes sindicales del MLN-T pensaron que el incendio había sido provocado por la policía; murieron militantes por inexperiencia y desconocimiento en el uso de los explosivos, ya que no había gente capacitada en su manejo. Esa inexperiencia y desconocimiento hizo que muchos explosivos fallaran y los objetivos no se concretaran, lo que dio pie a pensar que el aparato militar del MLN-T no existía. Y cuando no fallaron, se puso en grave riesgo la vida de inocentes, en muchos casos trabajadores, a lo que hay que agregar el trágico atentado contra el Bowling de Carrasco.

Hacia fines de setiembre ya se vislumbraban los resultados negativos del Cacao, dentro y fuera del MLN-T. Internamente se comenzó a notar que dicho plan es una desviación metodológica, lo que aumentó la desconfianza que muchos tenían ante el nuevo Comité Ejecutivo, y este no encuentra mejores argumentos que admitir que se elaboró en Punta Carretas, lo que si bien conformó a algunos, a otros les afirmó en la desconfianza, hecho que los *sindicalistas* supieron aprovechar, secundados por María Elia Topolanski, quien aspiraba a integrar el Comité Ejecutivo. Se advierte un bajón evidente en el apoyo popular y por primera vez merma el reclutamiento. Es así que en los primeros días de octubre, recién llegado a Punta Carretas, Sendic pidió una reunión para discutir y analizar el Plan Cacao. Esa reunión se realizó con Sendic, Mansilla, Candán, Huidobro, Manera, Marenales, Efraín

Martínez Platero, Blixen y Amodio Pérez. Todos, ex miembros del Comité Ejecutivo.

¿Qué planteó Sendic? Que el Cacao era un plan que se apartaba de la línea del MLN-T, que era impopular y que debía abandonarse de inmediato, para encarar un plan de acciones que reconquistara el apoyo y prestigios perdidos. Aunque sus críticas iban dirigidas al conjunto, en un determinado momento las personalizó en Amodio Pérez, que tuvo que aclararle que había sido el único que no apoyaba el plan, a lo que Sendic respondió que no era esa la información que manejaba. Amodio Pérez señaló como testigos a Manera, Marenales y Fernández Huidobro, quienes reconocieron que era así, y a su vez planteó que se analice la conducción del plan Satán, causante, según su opinión, de la situación vivida recientemente. Responsabilizó a Sendic de haberse apartado de los objetivos iniciales sin causas que lo justificaran, así como de haber evitado que Alicia Rey Morales integrara el Ejecutivo al ser él detenido, para evitar la presencia en la Dirección de alguien capaz de ejercer control sobre las decisiones que Sendic podía tomar.

Sendic se opuso, considerando que en esos momentos «discutir sobre el Satán es perder el tiempo y que lo que Amodio Pérez pretende es que se discutan situaciones personales». Dado el carácter que adquiere la discusión, se planteó suspenderla y seguirla por la tarde. Al mediodía se produjo una requisita de la guardia y entre las pertenencias de Amodio Pérez, se encuentra una nota enviada a Zabalza, fuera de los cauces internos de correspondencia y que estaba entre las páginas de *El padrino*, a esas alturas un libro de cabecera en Punta Carretas. Amodio Pérez fue castigado por las autoridades, con la pérdida de recreo por cinco días, no concurriendo a la continuación de la reunión.

Esa misma tarde, a propuesta de Sendic, Amodio Pérez fue suspendido con ocho días de suspensión del funcionamiento interno a partir del día que recobrar los recreos. La propuesta fue fundamentada por el hecho de considerar inadmisibles que a un miembro de la Dirección se le encontraran papeles comprometedores. Amodio Pérez pidió que se considerara su baja definitiva del funcionamiento en el Penal y que se informara a la Dirección afuera detalladamente, para así adoptar una resolución definitiva, cosa que no se aprobó. Finalmente, a propuesta de Zabalza, que reconoció como suyo el error, la sanción fue descartada.

De cualquier forma, la propuesta de Sendic en dicha reunión fue aprobada y se envió como *Operación Remonte*, con lo que se inician acciones simpáticas a nivel popular, repartos de leche y alimentos en cantegriles, allanamientos de domicilios de patronos que mantenían conflictos con su personal, etc. Pero desde ese momento quedó patentizado el enfrentamiento personal entre Sendic y Amodio Pérez, que se irá agudizando en el futuro, aunque coincidan muchas veces en sus planteamientos políticos. Analizando estas incidencias en perspectiva, se puede concluir en que Sendic nunca estuvo de acuerdo con el Plan Cacao, pero dejó que se llevara adelante para que cuando los errores fueran notorios, aparecer él proponiendo la fórmula salvadora. Y es a partir de allí que Sendic, será considerado por todos los que ignoraban estas incidencias internas, como un hombre imprescindible en la Dirección.

A mediados de noviembre se vislumbró la concreción del Frente Amplio y se planteó por parte de Sendic distribuir públicamente una proclama de apoyo crítico, proclama que el mismo Sendic elaboró. Los objetivos de dicha proclama eran apoyar antes que nadie dicho frente, para que si llegara a concretarse, no quedar aislados de esa masa que ve las elecciones como una real alternativa; con el apoyo del MLN-T el Frente Amplio sabrá que sus simpatizantes lo apoyarán, con lo que se podrá tratar de crear una fuerza legal que represente al MLN-T en dicho frente y si el frente no llega a concretarse, el MLN-T aparecerá como el abanderado de la unidad popular. Era, sin lugar a dudas, un planteo oportunista, en todas las acepciones de término.

La proclama de apoyo fue enviada al Ejecutivo, quien la aprobó y la dio a publicidad sin discutirla internamente, lo que provocó muchos problemas internos, pero sin consecuencias graves. Amplios sectores discreparon con el reconocimiento tácito que se hacía del proceso electoral y veían en ese reconocimiento una contradicción con la razón de ser del MLN-T: la lucha armada como única herramienta válida.

No impulsar la discusión de un tema tan controvertido constituyó un gran error político del Comité Ejecutivo actuante, que apareció imponiendo una decisión que no le era propia, por la vía de los hechos consumados. Tanto es así que cuando también a propuesta de Sendic se intentó que UTAA fuera quien representara al MLN-T en el Frente, el sindicato cañero, pese a la gran influencia

que en él tenía el MLN-T en su conjunto y Sendic en particular, expresó su negativa. La creación posterior del Movimiento de Independientes 26 de marzo respondió a una doble necesidad del MLN-T en esos momentos: conseguir estar representado en una organización política legal que concurrirá a las elecciones futuras y dar un encuadre orgánico, y por tanto disciplinario, a toda una serie de integrantes del movimiento sindical y cultural que le eran afines, pero que no estaban en condiciones de integrar el aparato armado.

Este fue el germen de lo que posteriormente constituyó la Columna 70, la que aunque siempre fue dirigida desde la clandestinidad por integrantes del aparato armado, nunca dejó de ser considerada la hermana menor, un sitio en el que podría integrarse cualquiera que expresara sus simpatías hacia el movimiento armado. Se consideró que la integración en la Columna 70 era como consecuencia de la imposibilidad, cualquiera fuera la razón, de integrar el sector militar, y eso era sinónimo de un menor compromiso, lo que no impidió que algunos, muy pocos, integrantes de la Columna 70 dieran el salto a la clandestinidad. Una vez desaparecida la dictadura, muchos integrantes de dicha columna reivindicaron su militancia en el MLN-T atribuyéndose a sí mismos una condición que el movimiento nunca les atribuyó, y en algunos casos, aduciendo una integración que no existió o de dudosa comprobación. Lo que sí es cierto es que las FFAA nunca hicieron distinción según fuera la denominación de las columnas, y trató a todos con la misma dureza.

Diciembre de 1970 fue un mes muy agitado: se envió desde el Penal un plan de fuga, al que se denominó Plan Gallo —elaborado por Almiratti y Amodio Pérez— y el Ejecutivo decide poner en práctica de inmediato. También se reciben en el Penal dos informes: uno sobre el grupo sindicalista al que se denominará microfracción y cuya expulsión se está estudiando, a la luz de las informaciones que un militante del MLN-T, apodado Lucas, infiltrado en la microfracción proporcionó al Comité Ejecutivo. El otro informe propone desarrollar la línea que se llamará de *Justicia Revolucionaria* y que le permitirá al MLN-T no bajar el ritmo del sector militar sin comprometer o sin arriesgar el apoyo conquistado, en un año tan difícil como se prevé que será el 71, fundamental-

mente en lo político, con un proceso electoral incluido. Se llegó así a fines de 1970.

En lo externo, se logró recuperar el prestigio perdido por los golpes y errores cometidos, que pusieron su existencia en entredicho. En lo interno, se reconstruyó la organización y la Dirección se ha afianzado en sus responsabilidades. En los primeros días de enero de 1971 se elaboró en el Penal la tesis sobre dualidad de poderes, tomando como base el informe del Comité Ejecutivo acerca de la aplicación de la línea de la Justicia Revolucionaria.

Dicha tesis fue elaborada por José Harari, abogado de Candán, a pedido de este y luego sintetizada por el propio Candán y Fernández Huidobro. Antes de enviarse al Ejecutivo, la proposición fue muy discutida por Sendic, no porque no compartiera la tesis, sino porque Sendic tenía poca confianza en José Harari, a quien calificó de mala manera. Sendic siempre trajo a colación problemas o actitudes anteriores a la propia existencia del MLN-T, que lo llevaban a cuestionar a muchos militantes y colaboradores con los que había mantenido diferencias. En este aspecto es paradigmática su actitud hacia Salvador Allende, que desde noviembre de 1970 desempeñaba la presidencia de Chile y hacia el que mantuvo una línea de crítica constante, basada fundamentalmente en que consideró que el triunfo de la Unidad Popular no aportaba gran cosa a la revolución continental. De Sendic partió la iniciativa de que los liberados por la justicia uruguaya, pero que eran mantenidos detenidos al amparo del régimen de Medidas Prontas de Seguridad se exiliaran a territorio chileno, para que Allende haga algo positivo para la revolución.

En Chile acabó formándose un grupo al que se denominó *La Guacha*, integrado por militantes de todo nivel y compromiso, que fue utilizado por el MLN-T para organizar desde allí el regreso a Montevideo de los seleccionados por su nivel de militancia y de capacitación. *La Guacha* acabó siendo, para Allende y la Unidad Popular, un serio problema interno y que terminó teniendo influencia en su derrocamiento, lo que el MLN-T siempre ocultó. La tesis elaborada por Harari no daba para grandes discusiones, ya que era una síntesis del capítulo escrito por Leon Trotski en su *Historia de la Revolución Rusa*, y aportaba experiencias recogidas en otros países por distintos movimientos revolucionarios. Finalmente se envió como aporte teórico al Comité Ejecutivo, quien

la aprobó y difundió a todo nivel en el MLN-T, ya que sería la base ideológica en la que se sustentaría el accionar futuro.

Simultáneamente, el Comité Ejecutivo informó acerca de algunas medidas reorganizativas que condujeron a formar el equipo de Dirección con Wassen, Rosencof, Henry Engler, Mario Piriz Budes y Donato Marrero. Dentro de las medidas reorganizativas se planteó el ordenamiento del interior, trabajo en el que según el informe, Berreta no había cumplido correctamente, por lo que fue suplantado por Marrero, un hombre con gran capacidad organizativa y de formación. Además, el Ejecutivo en su informe valoraba que el principal déficit del interior era precisamente en esos dos aspectos: organizativo y de formación y realizó algunas apreciaciones críticas hacia la forma en que los anteriores comandos del interior encararon esos aspectos. Es entonces que con la excepción de Rosencof, todos los miembros del Ejecutivo provenían de la Columna 15, hecho que no pasó desapercibido para los militantes de las columnas del interior presos en el Penal y quienes ya, motivados por las diferencias surgidas entre Sendic y Amodio Pérez, habían tomado parte por aquél y veían, no sin recelos, que en la práctica, afuera, se aplicaran criterios de trabajo con los que ellos discrepaban, pese a que la práctica los convalidaba.

Es a partir de este momento que los militantes del interior comenzaron a reunirse periódicamente en el Penal, organizados en grupos de trabajo, para elaborar planes y documentos pero, fundamentalmente, para analizar meticulosamente los trabajos que el Ejecutivo informaba que se estaban llevando adelante en el interior. Cada uno de los planes y documentos por ellos elaborados fue enviado al Ejecutivo con el consentimiento de la dirección del MLN-T en el Penal; pero, lo que no se sabía y recién se supo en el mes de julio, era que esos mismos planes y documentos eran enviados como aportes y sugerencias de trabajo a militantes de comando y de base del interior, quienes al recibirlos se lanzaban a aplicarlos, provocando así que muchas veces lo que ellos hacían estaba en contradicción con los planes generales que el Comité Ejecutivo elaboraba. Cuando el ejecutivo constataba esa anomalía debía intervenir para corregir lo actuado, lo que fue contribuyendo para que mucha de la gente del interior comenzara a perderles la confianza, ya que no comprendían cómo se podía

dejar de aplicar una sugerencia de Sendic, que firmaba esos documentos con el seudónimo *Pico y Pala*.

Para agravar todavía más esa situación, Sendic comenzó a criticar que los planes que ellos elaboraban no se cumplían, y esas críticas, en más de una oportunidad, no llegaron al Ejecutivo, sino a manos de los militantes del interior, ya fueran de comando o de base. Alrededor del 5 de enero se comunicó por parte del Ejecutivo que eran inminentes los secuestros del embajador inglés, del francés y del argentino, que se realizarán simultáneamente, dando comienzo a la aplicación de la línea de *Justicia Revolucionaria*, sin aportar elementos que fundamentaran esa decisión.

La respuesta que se envió desde el Penal decía que no se entendía qué relación podían tener tres embajadores extranjeros con la *Justicia Revolucionaria*, que tenía que ser aplicada por problemas uruguayos exclusivamente. Cuando en el penal se esperaba aún la respuesta a ese planteo, se informó por las radios del secuestro del embajador inglés. Con esa decisión, el Ejecutivo materializó su independencia en cuanto a la conducción del MLN-T, hecho que contribuyó a agravar las diferencias con Sendic, Zabalza, Mansilla, Picardo y Bidegain y a través de ellos con los presos del interior.

A mediados de enero se puso en funcionamiento todo el andamiaje necesario para concretar la fuga o Plan Gallo, y en forma simultánea se expulsó a la microfracción, contándose entre los expulsados a todos los integrantes del sector *sindicalista*: Romans Lederman, Daniel Ferreria Scaltriti, Pablo Recagno, Héctor Méndez, Sofía Faget y otros, a quienes se suma María Elia Topolanski, los que antes de ser expulsados pusieron armas y municiones fuera del alcance del MLN-T, quedándose además con varios locales y vehículos.

Pocos días después se sabría en los corrillos estudiantiles que se planeaba una fuga desde el Penal y se daban algunos detalles del plan. ¿Qué había ocurrido? Los integrantes de la microfracción, pensando que la fuga de los viejos dirigentes del MLN-T acabaría definitivamente con sus posibilidades de cambiar la orientación del movimiento Tupamaro, decidieron delatarla indirectamente, y el 5 de febrero, en forma casual el plan fue descubierto por la policía y el ministro Santiago De Brum Carbajal, que suplantara al General Antonio Francese en el Ministerio del Interior, se apuntó un tanto muy importante. Mientras que en el Penal se formaba una

comisión que planificará una nueva intentona de fuga, formada por Almiratti, Amodio Pérez y Falero, el MLN-T desataba una campaña de propaganda armada: todos los días se hacían presentes en un comedor popular, obra en construcción, fábrica o cine un grupo armado que luego de una arenga política distribuía folletos de propaganda.

Estas acciones eran llevadas por delante por los GAF (Grupos de Acción en Formación) que eran un escalón intermedio entre los CAT (Comandos de Apoyo Tupamaro) y los grupos de acción o militares, que se encargaban de las acciones de mayor envergadura. Los CAT, en forma paralela, se dedicaron a atentar con cócteles molotov contra los clubes del oficialismo y a realizar volanteadas y pintadas de muros con consignas que al MLN-T le interesara difundir. Así se hizo con la consigna «La Metro con los ricos, los Tupamaros con el pueblo» que se hizo difundir en forma simultánea con la iniciación de una campaña contra los agentes y oficiales de la Guardia Metropolitana, que consistió en allanarles sus domicilios, quitarles armas y uniformes, exigirles que abandonaran sus puestos, obligarlos a mudarse de barrio, etc., culminando con represalias mortales cada vez que un Tupamaro moría en un encuentro con la metro.

En forma simultánea se inició una campaña similar contra los integrantes de la Dirección de Información e Inteligencia que llevó en ambos casos a anularlos como cuerpos represivos. A estas acciones se superpusieron secuestros como el del Fiscal del Gobierno Guido Berro Oribe, cuyas declaraciones, publicitadas por el MLN-T, causaron un escándalo de proporciones en momentos en que el gobierno levantó una medida totalmente inútil como fue la de prohibir que se informara sobre la organización. Luego se secuestró a Ricardo Ferrés, un industrial complicado en la quiebra fraudulenta de un complejo económico encabezado por él, Pereira Reverbel nuevamente y otro industrial, Jorge Berembau.

La comisión encargada de la fuga elaboró un plan que a primera vista pareció descabellado, pero que aseguraba limpieza en cuanto a su realización y permitiría que se fugaran tres veces más militantes que con el fallido Plan Gallo. Consistió en unir en el Penal 27 celdas mediante boquetes y en excavar desde fuera un túnel de 437 metros de largo, utilizando para ello la red cloacal, al que se llamó Gallo 2. El Comité Ejecutivo lo aprobó y en marzo

se comenzaron a practicar los boquetes y a excavar el túnel. Aproximadamente por esta fecha desapareció un colaborador del MLN-T Abel Ayala, que trabajaba en Sanidad Policial y que proporcionó a los Tupamaros miles de direcciones, fotos y demás datos de los archivos policiales correspondientes a funcionarios de todas las reparticiones policiales. Se comenzó entonces a concretar lo que ya se sospechaba: existen en el Uruguay comandos cazatupamaros, cosa que se confirmará luego con la desaparición de Héctor Castagneto, ex militante del MLN-T y la muerte de Manuel Ramos Filippini, ex procesado por asistencia a la asociación.

También en marzo, el Comité Ejecutivo tomó conocimiento que la dirección de la microfracción, integrada por Héctor Méndez, María Elia Topolanski, Sofía Faget y Romans Lederman, había decidido ejecutar a los miembros de la dirección del MLN-T, aprovechando que conoce uno de los locales donde se reúnen, en la calle Garibaldi 2190. El MLN-T reaccionó y durante cinco días mantuvo secuestrado a un integrante de la microfracción, Rodríguez Larreta, convenciéndole así de la inutilidad de la medida contra el Ejecutivo y proponiéndole un statu quo que luego la microfracción aceptará. El MLN-T no quería agregar al ya complicado panorama un enfrentamiento con la microfracción. Mientras tanto, y durante los meses siguientes, los presos del interior acentuaron la actividad de sus grupos, ante la perspectiva de una fuga. Es así que en mayo de 1971 está elaborado, a iniciativa de Sendic, quien se inspiró en *Guerra de Guerrillas*, del general Giorgios Grivas, un plan al que se llamó Plan Tatú y que consistía en la construcción de refugios subterráneos en montes, chacras y estancias propias o ajenas, para ser utilizados como base de operaciones, depósitos de armas, etc.

El Ejecutivo recibió dicho plan y respondió que podía ser una línea de trabajo futuro, pero que en esos momentos no encajaba con los planes del MLN-T, que se encaminaban a la formación de núcleos sólidos en las ciudades donde se contaba con militantes firmes, y que por cierto, estos no abundaban, a lo que la gente del interior contestó airadamente iniciando otra polémica interna que a nada positivo conducirá, como lo demostrarán los sucesos posteriores a setiembre de 1971, cuando la concreción de la fuga de Punta Carretas.

Los que se discutían eran detalles y aspectos muy parciales de un plan de trabajo, sin ver que lo que se estaban enfrentando eran dos criterios, dos métodos de trabajo distintos, dos concepciones de lo organizativo y formativo distintas. Mientras los militantes del interior creían que organizar era nada más que formar grupos y que para formar a los militantes alcanzaba con darles cursos de armas, explosivos y un pico y una pala para hacer un pozo. La Dirección entendía que los grupos debían ser lo más homogéneos posible y eso no se lograba sin un cuidadoso proceso de selección que llevaba su tiempo, y que, además de esos cursos, era necesario darles a los militantes nociones de funcionamiento, seguridad y clandestinidad, discusión de los documentos donde se especificaban los planes y la línea política a efectos de que cada uno adquiriese conciencia del papel que debía asumir y dejara de verse como una pieza de un engranaje predeterminado.

Esta polémica se prolongó durante 30 días, suspendiéndose alrededor del 15 de junio sin que las dos partes se pusieran de acuerdo. Era evidente, para cualquiera que analizara la situación en forma objetiva, que el MLN-T estaba dividido entre Montevideo por un lado y el interior por otro. Nadie vió o quizás no se pudo ver el peligro que ese hecho representaba para el MLN-T, y si alguien lo intuyó careció de los elementos necesarios para llegar al fondo del problema, que era el cambio de estrategia, un cambio que llevará, ya en 1972, con la implantación del llamado Segundo Frente, a practicar acciones de guerrilla rural, ignorando las condiciones sociales y geográficas de un país que se decía conocer y careciendo, además, de las mínimas condiciones, tanto humanas como materiales.

Alrededor del 7 de julio llegó al Penal Adolfo Wassen, que había sido detenido cinco días antes. Wassen era miembro del Ejecutivo desde agosto de 1970. Cuando ingresó a la Dirección era, sin duda, el de mayor experiencia global y contrabalanceaba su naturaleza demasiado impulsiva con un respeto por lo organizativo que lo convirtió en uno de los pilares del resurgimiento Tupamaro después de Almería. A su llegada proporcionó a la dirección de los presos abundante información interna que desataría nuevamente la lucha de tendencias siempre latente, y que, como no podía ser de otra forma, se materializó en un durísimo enfrentamiento entre Wassen y Sendic.

Nuevamente se discutió en forma equivocada y si bien Wassen vió la necesidad de que se discutiera a nivel de las concepciones organizativas, le faltó a su argumentación el peso que a Sendic le sobraba: el peso del mito. Allí, a propósito de los informes de Wassen, quedó patentizada la división interna que existía, por lo menos dentro del Penal, y era evidente que para los militantes del interior fundamentalmente, pero también para muchos de Montevideo, las opiniones de Sendic eran ley. Wassen informó, además, que el Gallo 2 demoraría varios meses, ya que eran muchos los problemas técnicos a superar, y que si bien el aporte de Almiratti, fugado poco antes del Juzgado, había contribuido a solucionarlos, restaban algunos aspectos no resueltos. Ante eso, se había decidido hacer otra fuga de la Cárcel de Mujeres (Cabil-do), ya que el MLN-T necesitaba procesar una acción de carácter espectacular y sin sangre antes de las elecciones. No había otra posibilidad, los trabajos ya habían sido iniciados, y se calculaba que a fines de julio se concretaría.

La información de Wassen fue recibida de mala manera. Las críticas abarcaron todos los aspectos posibles, y Wassen respondió a cada una de ellas con serenidad y aplomo, señal de que el tema había sido ampliamente discutido. Finalmente, se terminó aceptando la resolución, pero quedó claro que la gran mayoría de los viejos dirigentes no la compartían, pero al carecer de argumentos sólidos para rebatir los de Wassen, fue quedando claro que la oposición venía motivada por considerar que volcar el esfuerzo prioritario del MLN-T en una fuga de compañeras era un dispendio sin sentido. Machismo a flor de piel, aunque se argumentara lo contrario. Otro aspecto que quedó meridianamente claro fue que las dificultades del Gallo 2 eran demasiadas, y alguna, casi insuperable. Fue entonces que Amodio Pérez planteó al C1, el organismo de Dirección en el Penal, dos alternativas: una, desde la casa de Blixen, situada a escasos cien metros del Penal, hacer un túnel que conectara con la red cloacal, mientras desde el Penal se hacía el túnel hasta llegar a dicha red. La otra, hacer el túnel desde adentro, hasta alguna casa de la calle Solano García.

El C1 le encomendó formar una comisión que desarrollara ambas posibilidades, comisión que integraron Armando Blanco Katras, Zabalza, Picardo y Mansilla. Las dos opciones eran fruto de las posibilidades que Amodio Pérez y Almiratti habían analiza-

do durante algunos meses y la comisión descartó la posibilidad de utilizar la casa de Blixen, ya que ello sería causa de la clandestinidad de su esposa, lo que se consideró un precio excesivo a pagar, pese a la insistencia que Blixen puso en el tema. La comisión elaboró un plan inicial para salir por la calle Solano García. La dificultad mayor era encontrar la forma de desprenderse de la tierra excavada, ya que las contempladas a primera vista –evacuarla por los inodoros o hacerla esparcir por presos comunes afines en la cancha de fútbol– presentaban muchas posibilidades de fracaso.

Pero una tarde, estando formando en la planchada de la tercera planta para salir al recreo, Mansilla tuvo la solución: en la segunda planta, organizando la salida, estaba el jefe de la guardia interna de apellido D’Albena, conocido como el Tacoma, por su capacidad para el contrabando. Se decía de él que por dinero era capaz de cualquier cosa y se ofreció para sondearlo. Si se conseguía comprarlo, la tierra no sería necesario evacuarla: alcanzaba con dejarla debajo de las camas. D’Albena debía realizar una serie de requisas mensuales. Lo único que había que hacer era evitar las requisas en las celdas en las que hubiera tierra depositada.

Cuando la comisión presentó el plan, contó con la cerrada negativa de Manera y el escepticismo de Marenales, Sendic, Candán, Fernández Huidobro y Mujica. Pero como ninguno de ellos, a no ser Sendic que quería tomar los muros de guardia, tenía otro plan sustitutivo, se terminó aceptando que se trabajara en la elaboración final del plan y que fuera enviado a la Dirección afuera para su aprobación o no. El plan final se elaboró y se aprobó, con la condición de que los trabajos no comenzaran antes de que se concretara la fuga de la Cárcel de Mujeres de la calle Cabildo. Cabildo se hizo el 29 de julio y los trabajos en el Penal comenzaron el 11 de agosto y culminaron el 6 de setiembre, con lo que fue la acción más espectacular, efectiva y limpia del MLN-T.

Algunos días antes de concretarse la fuga, cuando se planificaba la integración de los fugados en las estructuras del MLN-T, Wassen le comunicó a Amodio Pérez que cuando se creía en las posibilidades de concreción de El Gallo, el Comité Ejecutivo había resuelto renunciar en pleno para que la Dirección fuera asumida por *los viejos*, pero que las discusiones mantenidas dentro del Penal, en manera especial con Sendic, le indicaban la necesidad de no hacerlo. Amodio Pérez se mostró de acuerdo y abundó en

algunos puntos. Por un lado, era evidente que los que conducían al MLN-T en esos momentos tenían en su haber un saldo altamente positivo. Por otro, algunos de los viejos hacía ya dos años que estaban presos y se habían formado en una organización distinta, con otros métodos de trabajo, y que necesariamente tendrían que sufrir un proceso de adaptación, como en el caso de Manera, Marenales y Fernández Huidobro. Otros, como Candán y el propio Fernández Huidobro habían experimentado una evidente desviación hacia el teoricismo, apartándose muchas veces de la realidad del MLN-T y del país, por una tendencia a asimilar a la realidad uruguaya lo que los clásicos revolucionarios planteaban en sus textos. Que en el caso de Sendic y Fernández Huidobro había que analizar los errores, reconocidos incluso por ellos, que en la conducción de las columnas habían incurrido y que en su caso personal, solo se creía en condiciones de trabajar en los servicios. En síntesis, que había que analizar a *los viejos* despojados de todo aspecto mitológico.

Diferencias estratégicas

Al producirse la fuga, el MLN-T llegó a su punto máximo de prestigio y poderío político, pero paradójicamente comenzó la etapa de su destrucción, ya que trasladó al seno del aparato la división existente en el penal. El 5 de setiembre de 2011, dijo Zabalza:

...Los presos salimos con los planes hipopótamo y del 72 en el bolsillo y en la cabeza. Salimos a trabajar empeñosamente construyendo tucuceras en el Collar y en el Tatú, a conectar berretines con las cloacas, a armar milicias con la Columna 70, a desarrollar el aparato militar hasta sus últimas consecuencias. El contrapoder guerrillero fue el imaginario que nos predispuso a tomar Soca y la comisaría de Camino Repetto, a declarar la guerra en Paysandú y a las jornadas del 14 de abril y del 18 de mayo de 1972. El MLN-T no se quedó sin estrategia, sino que implementó una equivocada: desarrollar el aparato guerrillero hasta dejarlo en condiciones de tomar Montevideo como el 8 de octubre de 1969 se había tomado Pando. La gran fuga fue la apoteosis de la concepción del doble poder, la confirmación por la práctica de que era posible instaurar un poder guerrillero contrapuesto al poder del aparato represivo... Las anteojeras que colocó al MLN-T en

el doble poder no permitió ver la concepción que entrañaban las movilizaciones populares de base en los barrios, los sindicatos de la tendencia combativa y los gremios estudiantiles donde crecían la ROE y los FER. Se pensó la insurrección como tarea del aparato guerrillero desarrollado en una telaraña que llegara «hasta el pueblo», pero no se pudo imaginar la insurrección como tarea de un pueblo organizado autónomamente y armado hasta los dientes. No se percibió, ni se discutió, ni se elaboró una insurrección en el marco del poder popular y ese error de concepción llevó a morir en la batalla aparato contra aparato.

Zabalza, inconscientemente, apunta hacia una de las contradicciones más profundas de la historia del MLN-T, como es la del militarismo, que habría sido causado por la desviación política incurrida por la Columna 15, bajo la conducción de Amodio Pérez y la influencia que las traiciones tuvieron en su derrota militar. Cuando dice «Los presos salimos con los planes Hipopótamo y del 72 en el bolsillo y en la cabeza» debió decir *algunos* presos salieron con esos planes. Porque esos planes ya habían sido puestos a consideración del Ejecutivo y habían sido, sino rechazados, puestos en barbecho. Y entre esos algunos presos se encontraban los que después de la derrota del MLN-T serán considerados los líderes de la concepción contraria, nunca especificada con claridad, y ocultando que son los que elaboraron los planes Tatú y del 72, que llevaron al MLN-T a desarrollar el aparato militar hasta sus últimas consecuencias. El contrapoder guerrillero fue el imaginario que predispuso a tomar Soca y la comisaría de Camino Repetto, a declarar la guerra en Paysandú y a las jornadas del 14 de abril y del 18 de mayo de 1972. El MLN-T (T) no se quedó sin estrategia, sino que implementó una equivocada: desarrollar el aparato guerrillero hasta dejarlo en condiciones de tomar Montevideo como el 8 de octubre de 1969 se había tomado Pando. Oculta que Sendic y Fernández Huidobro, con su colaboración, fueron los autores de tamaños dislates y que en ellos nada tuvo que ver ni Amodio Pérez y ni Alicia Rey Morales.

El 10 de setiembre, en una reunión a la que concurren Sendic, Manera, Marenales, Wassen, Candán, Amodio Pérez y Fernández Huidobro, Rosencof informa del estado del MLN-T, las carencias que como dirección tiene el Ejecutivo y propone que se nombre otra dirección entre los allí presentes, además de proponer, pero

solo a título personal, algunos cambios organizativos. Sendic y Candán se mostraron de acuerdo con la proposición tal como se presentaba, mientras que Fernández Huidobro, partidario de la fórmula, adelantó que no aceptaría su integración y solicitó ser enviado a un grupo de base, para conocer al MLN-T desde adentro. Solo Amodio Pérez se mostró contrario a la fórmula en forma categórica, y lo hizo con los mismos argumentos que antes le había manifestado a Wassen, y en cuanto a los cambios organizativos manifestó creer que ninguno de los fugados (quizás con la excepción de Wassen, ya que había estado solo sesenta días preso) estaba en condiciones de opinar en forma objetiva y seria, ya que era honesto reconocer que un informe sumario como el recibido no significaba conocer el real nivel del MLN-T.

Las apreciaciones de Amodio Pérez no gustaron a Sendic, quien fundamentó largamente las bondades de la fórmula presentada, y finalmente, en una actitud que contradecía su posición inmediata anterior, como Fernández Huidobro, solicitó ser enviado a un grupo de base. Ni Manera ni Marenales tuvieron una posición definida, estando a lo que se decidiera. Finalmente, se resolvió dejar las cosas como estaban y realizar una reunión después de las elecciones, para discutir los cambios que fuesen necesarios, siempre que se entendiera así. A los pocos días el Comité Ejecutivo decidió el reintegro de Wassen, incorporando a Amodio Pérez al Comando General de Montevideo como responsable del sector servicios. El Comando General quedó integrado entonces por Alicia Rey Morales, como responsable de la Columna 10, Gabriel Schroeder por la 15, Amodio Pérez como coordinador de los servicios de ambas columnas y por el Comité Ejecutivo lo hacía Wassen.

En las primeras reuniones del Comando general se procedió a encuadrar en Montevideo a un número de fugados considerados imprescindibles para paliar algunas carencias fundamentales y poder encuadrar en las ciudades del interior al grueso de la militancia con experiencia asentada, tanto en lo militar como en lo organizativo, cumpliendo así con la directiva emanada del Ejecutivo, que había decidido volcar el máximo de esfuerzos en el interior, con el fin de sacarlo del estancamiento en que se encontraba. Se creyó que encuadrando en las dos columnas del interior a gente

que tradicionalmente militó en ese sector, como Sendic, Zabalza, Picardo, Bidegain, etcétera, pero con serios déficits en lo organizativo y en su capacidad para formar nuevos cuadros, con gente que provenía de la Columna 15 que era fuerte en esos aspectos, se lograría un buen trabajo.

En Montevideo se tenía como línea de trabajo el fortalecimiento interno, evitando procesar acciones que llevaran o propiciaran un golpe de estado, ya que se quería que el proceso electoral, de no cumplirse, fuera por responsabilidad del gobierno o de los sectores golpistas; nunca que la responsabilidad, ni siquiera indirectamente, fuera del MLN-T, a fin de no enajenar la opinión de los muy amplios sectores de la población que esperaban las elecciones con expectativa y esperanza.

Era necesario entonces poner el acento en lo formativo y organizativo, así como en algunos planes de desarrollo, fundamentalmente en lo que se refería a la política del frente de masas, de lo que se encargaba un sector conocido como Columna 70, que controlaba desde el Ejecutivo Rosencof y a cuyo comando se integró Candán. Muy rápido se hizo evidente que el aluvión de clandestinos que produjeron las fugas, si bien constituía un aporte, en muchos sentidos eran causa de serios problemas organizativos, de funcionamiento, de infraestructura y hasta de convivencia.

Los comandos de columnas no estaban en condiciones de solucionar esos problemas por dos razones: una de orden práctico – sencillamente, no tenían el tiempo necesario, tal era el volumen de trabajo que tenían que atender– y la otra, que costó mucho esfuerzo eliminar, fue la supeditación y la sobrevaloración hacia los fugados, evidenciada por los integrantes de los comandos en particular y por la militancia en general. Si a esto se le suma el individualismo que naturalmente se crea en la cárcel y que muy pocos de los fugados fueron conscientes de ese problema, se podrá tener una idea aproximada del desorden interno.

Se resolvió entonces disolver el Comando General de Montevideo para aprovechar mejor la experiencia que Rey Morales y Amodio Pérez tenían en lo organizativo y se los incorporó al comando de la Columna 10, volviendo Schroeder al de la 15. Desde el Ejecutivo, Marrero controlaba la Columna 10 y Wassen la 15. Se integró a Pérez Budes al Ejecutivo, para controlar el trabajo en el interior. A finales de octubre, cuando pareció que las posibili-

dades electorales del Frente Amplio eran mayores, se coordinó con un sector de militares vinculados al general Seregni y con el Partido Comunista, un plan que se llamó de contragolpe, para el caso de que el triunfo electoral del Frente Amplio, ya fuera nacional o departamental, fuera evitado mediante un golpe de estado.

Inmediatamente de las elecciones, se vio que todo el panorama político era favorable al MLN-T: por un lado, las denuncias de fraude que retrasaron el escrutinio y por otro, lo que se entendió como fracaso del Frente Amplio y por tanto, fracaso del método electoral. El MLN-T decidió que cualquiera fuera el presidente, Bordaberry o Wilson Ferreira, deberá encontrar al MLN-T más fuerte que nunca, tanto en lo político como en lo militar. Esto era válido fundamentalmente si el triunfo electoral le correspondía a Ferreira Aldunate, el cual podría entonces crear una distensión social que tendiera a crear condiciones políticas poco favorables al MLN-T e incluso llegar a plantear una negociación. En ambos casos, era necesario crear entonces, antes del 1 de marzo, una situación para que de triunfar Wilson Ferreira, lo hiciera en una situación política tal que no le permitiera maniobrar con la distensión y de negociar debería hacerlo con un MLN-T sumamente fuerte. Como primera medida, el Comité Ejecutivo designó nuevo Comando General para Montevideo, que quedó integrado por Alicia Rey Morales como responsable de la Columna 15, Amodio Pérez por la 10 y Candán por la 70. Desde el Ejecutivo, la responsabilidad recayó en Marrero.

Marrero llevó al Comando General una directiva: comenzar a procesar acciones que replantearan el problema de la lucha armada, acciones espectaculares, que en lo posible se procesarían sin muertes. La situación de las dos columnas militares de Montevideo evidenciaba grandes carencias, como consecuencia del método de trabajo posterior a la caída de Almería, basado fundamentalmente en el tesón y el empuje puestos de manifiesto. Esas dos cualidades, positivas en sí mismas y que fueron además fundamentales para sacar adelante al MLN-T en el período de agosto del 70 y enero del 71, al no canalizarse correctamente, se convirtieron, en peligrosas y fueron la causa de muchos errores. Es decir, lo accidental, lo que sirvió en un momento excepcional, se hizo norma. Al descuidarse la verdadera formación integral, se impidió el mejor desarrollo de los militantes.

Los que en agosto de 1970 llevaban tiempo en el MLN-T perdieron, por imperio de las circunstancias, algo tan fundamental como fueron las normas de funcionamiento clandestino, resintiéndose al máximo la compartimentación. Se optó por las soluciones fáciles, cualquiera fuera el problema a encarar, sin ver las consecuencias que esas soluciones *fáciles* podían acarrear. La militancia se acostumbró así a no pensar, a no analizar los pasos que se daban. La Dirección en ese momento no solo no vio esas carencias, sino que alentó esa forma de trabajo, llevando a los grupos a un accionismo deformante y creyendo que los cuadros se forman en tres meses como aseguró entonces, Wassen. Lo que se había hecho de setiembre 71 a diciembre, no era suficiente para eliminar esas deformaciones, aunque algunos pasos positivos se habían dado en lo que tenía que ver con la clandestinidad. Muy poco era lo conseguido en cuanto a lograr que los militantes se ubicaran políticamente, analizando los objetivos no solo en su faz militar. Esta carencia fue una de las causas fundamentales del progresivo deterioro del MLN-T: al no analizar los hechos, se dejó de ver los errores que se cometían, y los que tuvieron como método hacerlo encontraron incomprensión y aislamiento. Con este panorama en Montevideo, lógico era suponer que en el interior la situación era aún más deficitaria.

Pese a ello, el Ejecutivo aprobó un plan de acciones que elaboró Sendic y que fue transmitido por Píriz Budes. El plan comprendía la toma de Quebracho, por parte de la Columna del Interior, el 22 de diciembre, emitiendo una proclama, la que más adelante se propagaría tomando las radios de Minas y Durazno y en Montevideo por Sarandí y Universal. En Montevideo, se tomarían tres seccionales policiales y el Collar tomaría Soca. Todo esto acompañado por movilizaciones promovidas por la Columna 70 a través del 26 de Marzo. También se incluían secuestros dentro de la línea de Justicia Revolucionaria, como el de Juan Carlos Peirano Facio por la quiebra del Mercantil y el del comisario Macchi, por las actividades del escuadrón de la muerte. Por los ataques recibidos desde el diario *Acción*, el secuestro de su redactor responsable, Homero Fariña, lo que además permitiría averiguar los últimos negociados de Jorge Batlle.

El plan era de una gran envergadura, y aunque estaba previsto realizarlo entre fines de diciembre y mediados de febrero, las difi-

cultades eran enormes. Alicia Rey Morales creyó que la Columna 15 estaba en condiciones de realizar algunas acciones y Amodio Pérez descartó la participación de la columna a su cargo, la Columna 10. Marrero insistió en la necesidad de efectuar la reunión pensada para después de las elecciones y proceder a un cambio en la Dirección, que se decidiría entre los miembros históricos: Sendic, Manera, Amodio Pérez, Marenales y Fernández Huidobro. Al insistir Marrero acerca de la necesidad de encarar el plan aprobado recientemente, ya que el Ejecutivo lo consideraba viable, Amodio renunció al Comando General. En esa situación, recibió la responsabilidad de organizar una nueva fuga de Punta Carretas, a pedido expreso de los miembros del MLN-T allí detenidos.

El interior no pudo hacer Quebracho, pero posponiendo la fecha se logró tomar Constancia, así como también el aeropuerto de Paysandú, el radio-faro y una cantera de calcita, donde se consiguieron explosivos, detonadores y mecha. En otros puntos del país aunque se intentaron, no se lograron los objetivos. En Montevideo, tal como era previsible, se cometieron gruesos errores de seguridad y planificación, que hicieron fracasar los objetivos o los convirtieron en negativos para el MLN-T. Así, el secuestro de Peirano fracasó porque el chofer de uno de los vehículos no controló y venía siendo seguido por un coche policial y en el tiroteo murió un cadete Heber Castiglioni, sobrino del Comisario del Departamento 5 de la Jefatura de Policía de Montevideo; la Seccional 27 fue la única que se procesó y un error del responsable del grupo la hizo fracasar. Otras dos Seccionales fracasaron y la de Soca arrojó un saldo político negativo, con un agente muerto y varios heridos.

Sin embargo, los informes que venían del interior eran alentadores y pareció que el Segundo Frente, como se lo llamaba, se consolidaría en forma rápida y exitosa. Pero en el correr de enero y febrero se vió que no era así: las detenciones de militantes y la pérdida de locales en el interior se tornó incesante, los grupos se desbarataban a las pocas horas de concretar un operativo, fuera exitoso o no. Otros grupos desaparecieron sin haber concretado nada. Las causas eran dos: lo endeble de la infraestructura y la poca formación y experiencia de los militantes. No se vio o no se quiso ver que Montevideo, «la selva de cemento», como la llamaba Sendic, había costado dos años de trabajo y cientos de millo-

nes de pesos el montaje de la infraestructura y para la formación de los militantes no alcanzaba con mandar gente con experiencia desde Montevideo si después su trabajo caía en el vacío.

Esto se daba en gran medida porque todos los responsables de grupos, pero fundamentalmente los integrantes de los comandos y coordinadores del interior estaban convencidos a priori de que en las ciudades nada se podía lograr y había que irse al monte. El Ejecutivo del MLN-T opinaba lo contrario, pero debilitado, carente de apoyos entre los dirigentes históricos —con la excepción de Amodio Pérez— consintió en mantener el Segundo Frente tal como estaba planteado y Montevideo se convirtió en abastecedor de todo lo que aquél exigiera, tanto en hombres como en armas, municiones y materiales, que fueron pasando, y no poco a poco, a manos de las FFAA. El gran argumento de Sendic era que en las ciudades del interior se producían el 95 por ciento de las caídas. Eso era cierto, pero lo que Sendic no quiso nunca admitir fue que la mayoría de esas detenciones se producían por gruesos errores de seguridad que no los toleraba ni Montevideo.

El Segundo Frente entrañaba también un cambio de estrategia: se abandonaba la guerrilla urbana para instalar la guerrilla rural, en un país que no reunía condiciones ni geográficas ni sociales para ello. El MLN-T no estaba en condiciones de atender dos frentes. Los grupos instalados en el interior no estaban en condiciones de actuar para formarse y pertrecharse, y se pretendió que Montevideo, que ya de por sí tenía su propia problemática que atender, se dedicara a conseguir lo que del interior se reclamaba: botas, ropa, armas, municiones. Las botas y las ropas se podían comprar, pero las armas y las municiones, no. El MLN-T nunca tuvo acceso al mercado de armas, porque nunca consideró la formación de un ejército. ¿Cómo se resolvió esto? Montevideo se comenzó a desprender de su armamento. Los comandos del interior no planificaron cómo se iba a organizar el Segundo Frente y el esfuerzo que le iba a costar a la Organización. El Ejecutivo autorizó su puesta en marcha en momentos en que la Organización solo existía en Montevideo y tampoco tuvo en cuenta que no se contaba con los elementos humanos y materiales.

Así, desaprensivamente, se trasladó el centro de la atención interna de Montevideo al interior del país. Cuando los ideólogos del Segundo Frente presentaron su plan, estaban convencidos de

que se podían abastecer directamente, pero estaban convencidos subjetivamente. La práctica demostró que a no ser la comida, todo lo demás se pidió a Montevideo, que debió enajenar su aparato para atenderlo, y así y todo no era suficiente.

El 1 de marzo se realizó en Montevideo un simposio del interior para analizar la situación y desarrollo del Segundo Frente. Los comandos del interior fueron sus impulsores, sabedores que la detención de Amodio Pérez, producida tras una cadena de fallos de seguridad, ha privado al Ejecutivo del principal apoyo en materia organizativa. Asistieron Sendic, Almirati, De Lucía, Domínguez, Piccardo, Bidegain y Fernández Sola por los comandos del Interior y Píriz Budes por el Comité Ejecutivo. Todo giró en torno a la opinión de Sendic, quien planteó la necesidad de abandonar las ciudades del interior por parte de los clandestinos, quienes se irán a los montes, junto con los militantes legales integrantes de los grupos de acción, dejando en las ciudades los servicios de apoyo logístico y abastecimiento. Nada más sencillo, aparentemente. Para eso, el interior tenía excavadas ya doscientas tatuceras. Nadie cuestionó el hecho de que las tatuceras hubiesen sido construidas a espaldas de las directrices del Comité Ejecutivo. Una vez más, Sendic hizo uso de la política de los hechos consumados.

Todos apoyaron a Sendic, menos De Lucía, quien entendió que era mucho lo que aún podía hacerse en las ciudades, sin descartar totalmente la ida a los montes, pero haciéndolo en forma progresiva y paralelamente al asentamiento en zonas urbanas, a fin de montar los servicios de apoyo y enlace necesarios, que hasta esa fecha no existían. Era este un requisito fundamental, ya que sin ellos los grupos quedarían aislados. La ida a los montes se puso en práctica, sin que este requisito fundamental se hubiera cumplido. De Lucía tenía como respaldo de su posición su propia experiencia en Paysandú, realizada pacientemente y con criterios de clandestinidad y funcionamiento sólidos. Pero no alcanzaba para cuestionar la proposición de Sendic, aunque este no presentó un plan de trabajo, sino que se limitó a presentar la idea, y como fundamentación, citó las experiencias de Grivas en Chipre y de Mao en China. De esa forma, Sendic asimiló al Uruguay situaciones políticas, sociales y militares que le eran ajenas. Tampoco tuvo en consideración que nadie enseñó a organizar a través de un libro, ni nadie aprendió leyéndolos. Solo los que habían dedi-

cado años a organizar y construir fueron capaces de darse cuenta de lo disparatado del planteo, y aunque Sendic nunca organizó nada, lo que lo llevó a despreciar lo organizativo, logró imponer sus ideas, pese a estar presentadas de forma vaga e inconexa. Al mismo tiempo, pasó a ser la cabeza visible de un sector del MLN-T que ya desde finales de 1970 cuestionó el trabajo de la Dirección del Movimiento y se convirtió en el líder indiscutible de ese sector, aunque contó con apoyos muy importantes fuera de él. De todas maneras, para poner en práctica la ida a los montes, es decir, establecer el Plan Tatú, aún faltaba el consentimiento del Comité Ejecutivo, este sabe que de no otorgarlo, arriesga una división en el seno del MLN-T, y es indiscutible que ese detalle nunca pasó inadvertido para Sendic.

Hubo en ese tiempo una fecha que la podríamos catalogar como clave o de quiebre. ¿Qué hizo entonces el Comité Ejecutivo? Optó por la salida más fácil. Prefirió la unidad aparente a la real, y citó para el 16 de marzo de 1972 a Sendic y Picardo por el interior; Candán y Alicia Rey Morales por el comando General de Montevideo, Marenales por la Columna 7 y Fernández Huidobro por su condición de *viejo*, ya que en ese momento no ocupaba ningún cargo de dirección. Años después se sabrá que participó junto a Sendic en las tareas de acoso y derribo del Ejecutivo materializada en esa reunión. Por el Ejecutivo concurren Marro, Rosencof, Wassen y Engler. Los motivos de la reunión fueron tomar conocimiento de la resolución del simposio del interior y elegir nuevo Comité Ejecutivo, ya que sus integrantes renuncian a sus cargos.

Producida la información referida al simposio del interior, solo Alicia Rey Morales intenta rebatirla. Todos los demás la aprueban, considerando que las condiciones para una etapa superior de lucha ya estaban dadas. Rosencof, en nombre del Ejecutivo, planteó la integración de los organismos de dirección. Comité Ejecutivo: Candán, Fernández Huidobro, Rosencof y Engler. El Comando General de Montevideo: Alicia Rey, Wassen, Marenales y Beca, siendo Candán el responsable desde el Ejecutivo. Rosencof y Engler atenderán el interior. Fernández Huidobro el secretariado, de nueva creación.

Si bien a esas alturas el deterioro organizativo era pronunciado, la decisión del 16 de marzo será el principio del fin. En toda

la historia del MLN-T y seguramente que en ninguna organización, ni tan siquiera en la más pequeña empresa de producción se debe haber producido jamás un trastrocamiento de funciones de la magnitud que se produjo a partir de esa fecha. Veamos el Comité Ejecutivo: Candán, del comando de la Columna 70 al Comité Ejecutivo para atender el Comando Gral. de Montevideo; Rosencof, de atender la Columna 70 pasó a atender el interior; Engler, de atender el Collar o Columna 7 también, al interior; Fernández Huidobro, de integrante de un grupo de acción de la Columna 7 a atender el Secretariado.

Veamos el Comando General de Montevideo: hasta ese momento en la capital funcionaban tres columnas, dos de las cuales, la 10 y la 15 eran columnas militares, aunque su capacidad operativa estaba seriamente cuestionada. La tercera era la Columna 70, encargada de todo lo concerniente al trabajo del frente de masas y cuya función fundamental era aportar militantes y colaboradores. A partir del 16 de marzo se creó la Columna 45 o de servicios, que se formó con los servicios que se sacaron de la 10 y de la 15. Se resolvió también que la Columna 7, que antes dependía del Comando General del Interior, pase a depender de Montevideo. Así es como Wassen se hizo cargo de la Columna 15, función que ya había ocupado anteriormente y al que se acusaba de haber cometido gruesos errores. También se le atribuía la responsabilidad de haber deformado el sector militar de esa columna, llevándolo al accionar por el accionar mismo, desprovisto de toda fundamentación política. Alicia Rey Morales, que antes atendió la 15 pasó a la 10; Becca pasó a ser responsable de la 7 y Marenales de la 45.

La creación de la 45 bajo la responsabilidad de Marenales respondió a la necesidad de agilizar el funcionamiento de las columnas militares y de coordinar toda la producción. Ese pasaje de columnas, aparentemente tan sencillo, no lo fue en realidad. Supuso mucho más que una simple medida administrativa y respondió al viejo concepto del control directo y personal. Marenales representó mejor que nadie al sector voluntarista del MLN-T y el resultado de esa combinación no podía ser otro que el que se dio en la práctica: desde el 15 de marzo no hubo servicios en el MLN-T. Funcionaron nada más que aquellos que le hacían por sí solos, como sanidad y documentación, pero así y todo lo hicieron a media máquina. Amodio Pérez había sido detenido el 24 de

febrero, un día después del secuestro de Nelson Bardesio. Como quedó dicho anteriormente, había renunciado al Comando General de Montevideo como responsable de la Columna 10 y se había hecho cargo de la planificación de la fuga que se proyectaba desde Punta Carretas. Al ingresar a Punta Carretas pasó a formar parte del C1 y se hizo cargo, a través de Inés Capuccio, de las tareas de coordinación con el exterior.

En esa función tomó conocimiento de las resoluciones adoptadas el 16 de marzo, y al comunicarlas a los demás integrantes del C1 las consideró nefastas. Años después, en *La piel del otro*, de Hugo Fontana, Zabalza admitirá que junto con Mujica, incidieron en dichas decisiones y reconocerá explícitamente la participación que ambos tuvieron en el largo proceso de división del MLN-T, encabezado por Sendic y Fernández Huidobro. Una de las primeras resoluciones del Comando General formado el 16 de marzo, fue que la Columna 10, a cargo de Rey Morales, se hará cargo de la concreción de la fuga, o Plan Gallo y que la 15, a cargo de Wassen, se hará cargo de las acciones de Justicia Revolucionaria surgidas de las declaraciones de Bardesio, y que se llamará Plan Hipólito.

Pero la situación entró a tornarse más difícil y compleja, ya que la reorganización que se pretende impulsar, que se estima imprescindible para encarar la aplicación de la línea táctica para el año 1972 entra en contradicción con los planes inmediatos, Hipólito y Gallo. Esa situación no pasó inadvertida, ni para el Ejecutivo ni para el Comando General de Montevideo, pero todos, acuciados por las urgencias impuestas, no analizaron las consecuencias que esa situación podía acarrear. El 12 de abril se concretó la fuga y al día siguiente Candán planteó a Amodio Pérez su nuevo encuadre: responsable del Servicio de Información, «...ya que es necesario organizar de una vez por todas el Servicio y que el MLN-T no dispone de otro más capaz...» Amodio planteó dudas acerca de la integración de los organismos de dirección y sobre la situación interna, que podían incidir en su responsabilidad futura y acordaron discutir las en una reunión que se fijó para el 16 de abril.

El 14 de abril es el día en que el MLN-T pone en marcha el plan Hipólito, que consistió en la ejecución de los responsables de algunas de las acciones llevadas adelante por el Comando Caza Tupamaros, conocido vulgarmente como escuadrón de la muerte. Todas las declaraciones de Bardesio así como las investigaciones

que el MLN-T llevó adelante a partir de ellas indicaron nombres y responsabilidades coincidentes. Se concretaron entonces los operativos contra Guzmán Acosta y Lara, sindicado por Bardesio como el creador de los Comandos Caza Tupamaros, contra el Subcomisario Oscar Delega y contra el capitán de corbeta Ernesto Motto, sindicados por Nelson Bardesio como los torturadores y responsables de la muerte de Castagneto. Fracasaron otras: contra Miguel Sofía, acusado por Bardesio de participar en la muerte de Castagneto y contra Hugo Campos Hermida, Jefe el Departamento 5 de Inteligencia y Enlace.

Doce horas después el MLN-T contabiliza un saldo totalmente adverso: ocho muertos y muchos detenidos. ¿Cómo fue posible que dos hombres con la experiencia militar de Wassen y Candán no calibraran el riesgo que significaba no poder coordinar los operativos en un lapso tan corto de tiempo? Si no lo percibieron antes, ¿cómo fué que a las 10:00 h de la mañana no dieron orden de levantar los operativos que aún no se habían concretado, cuando ya Montevideo estaba saturada de represión? ¿Cómo fué posible que algún grupo estuvo apostado durante horas a la espera del objetivo, siendo esta la causa por la que murieron dos militantes en el Cerrito de la Victoria, esperando a Miguel Sofía? ¿Cuáles fueron las razones por las que estuvieron reunidos Candán, Armando Blanco y Joaquin Schroeder? ¿Cómo fue posible que se usara como un local tan importante la casa de Luis e Ivette Martirena, fichado policialmente desde hacía una década?

Es evidente que se actuó en circunstancias donde el desorden organizativo y la improvisación fueron los signos dominantes, analizando todo con superficialidad. Esto hizo que no se calibrara cabalmente las repercusiones que tendrían las acciones, que estas se llevaran a la práctica en forma poco planificada y cometiendo gruesos errores desde el punto de vista militar que si no tuvieron consecuencias más graves aún fue por casualidad, que se subestimara al enemigo a tal punto que en un día como ese el MLN-T siguió funcionando como si nada hubiese pasado.

Nadie ha querido reconocer que el 14 de abril fue fruto de las desviaciones en que el MLN-T estaba sumido. Es la única decisión por la que nadie se dice o se reconoce responsable. EL MLN-T desató una serie de acciones y hoy se conocen los detalles y hasta los autores, pero no sabemos quiénes la decidieron. Pero el 14 de

abril existió, y aunque no señala el inicio de la debacle, la acentuó de forma considerable. Y como todo tiene una causa, se hizo necesario encontrar una. Así, fueron surgiendo ideas por aquí y por allá, para intentar hacer creer que el MLN-T procesó las acciones de forma inducida, casi sin quererlo y así hacer desaparecer las responsabilidades colectivas e individuales del MLN-T.

La historia oficial del MLN-T hizo suyas las ideas que se fueron aportando y las expuso, bien a través de medios propios o recurriendo a voceros interesados o desinformados. El biógrafo de Sendic, Samuel Blixen, en la página 220 de la tercera edición de *Sendic*, afirma:

...Una emboscada es una acción militar en la que una de las fuerzas en combate es tomada absolutamente por sorpresa, atacada de forma fulminante, paralizada y anulada por la contundencia del golpe. El combatiente que entra en una emboscada siente que el cielo se le desploma sobre la cabeza, que se desatan fuerzas inesperadas y que lo golpean implacablemente desde todos lados, sin darle oportunidad a respirar, a reflexionar, a reaccionar. Si está muy entrenado, cohesionado, ese contingente quizás pueda replegarse, tomar posiciones defensivas, dar combate, acaso contraatacar y evitar, de esa manera, que la emboscada culmine su objetivo: la aniquilación... Pues bien: el 14 de abril de 1972 el MLN-T cayó en una emboscada que le tendieron el gobierno y las Fuerzas Armadas y el golpe fue tan devastador que en siete meses la estructura militar de los tupamaros quedó desarticulada, herida de muerte. Por cierto, el Ejército y los cuerpos represivos de la Policía hicieron bien su trabajo, pero nunca hubieran obtenido el resultado que recogieron si no fuera por las profundas contradicciones, las desviaciones, las desprolijidades y las frivolidades que como un cáncer venían comiendo el cuerpo de la guerrilla, úlceras que quedaron expuestas al primer golpe...

Pero veamos: ¿quién secuestró a Bardsio? El MLN-T. ¿Para qué? Para tener información acerca de los grupos cazatupamaros. ¿Para qué? Para ejecutarlos, en función de la justicia revolucionaria. Esta es la verdad. Mucho palabrerío se ha utilizado para hacer creer lo contrario. El Plan Hipólito lo decidió el MLN-T porque creyó que tenía fuerzas suficientes para llevarlo a cabo, y con eso le bastó. Los militantes del MLN-T no sintieron que el cielo se les desplomaba hasta que no se tomó conciencia de lo que se había desatado. Y no estaba ni entrenado ni cohesionado. Se pudo haber

replegado pero no lo hizo, conducido por una Dirección inútil y ella sí desconcertada, que hizo oídos sordos a quienes tenían más experiencia. Por cierto, Blixen no se arriesga a señalar a quienes hicieron posible las profundas contradicciones, las desviaciones, las desprolijidades y las frivolidades que menciona, no sea cosa que su teoría pierda sentido y el personaje biografiado quede despojado de los oropeles con que ha entrado en la historia.

Otros autores, unos guiados por la obsecuencia y otros pretendiendo validar la teoría de que las FFAA ya estaban preparando el golpe desde 1970, hacen referencia a las muertes de los militantes del MLN-T producidas esa misma tarde y las achacan a la contundencia con que actuaron las fuerzas militares.

Olvidan que fueron integrantes de los departamentos 4 y 5 de Inteligencia y Enlace los autores de esas muertes. El departamento 4 a las órdenes de Campos Hermida en la calle Amazonas y el 5 a las órdenes de Víctor Castiglioni en Pérez Gomar. Cuando Fernández Huidobro y Cámpora relataron los momentos en que fueron detenidos, no mencionaron la presencia de ningún militar en el interior de la casa. Los soldados y oficiales del Florida se limitaron a cerrar las calles. Será muchos años después que tanto Fernández Huidobro como David Cámpora acusarán a Carlos Calcagno de participar en los hechos de la calle Amazonas, cuando las relaciones entre el MLN-T y Calcagno se habían roto.

El 14 por la noche, Engler y Rosencof, los dos miembros del Ejecutivo que quedaron en libertad —Candán muere y Fernández Huidobro es detenido— resuelven incorporar a Marenales a la Dirección en una muestra más del apresuramiento e improvisación con que se actuaba. Marenales hacía un mes que estaba en el Comando General, donde su trabajo aún no había dado resultados y su conocimiento de la organización era muy relativo, ya que desde su ubicación de responsable del sector servicios de la Columna 7 y luego de la 45, la visión que pudo adquirir era sumamente parcial. Marrero y Alicia Rey Morales reunían mejores condiciones que Marenales, pero seguramente influyó en esa decisión el sometimiento intelectual en que Engler se encontraba con relación a él.

Marenales, Engler y Rosencof resolvieron acelerar la difusión de las declaraciones de Bardesio para dar a conocer el motivo de las acciones de ese día y desvirtuar así las razones por las que el

Poder Ejecutivo solicitaba el establecimiento del Estado de Guerra. Se creyó que tras la difusión el gobierno quedaría como defensor del escuadrón de la muerte.

Pese a que esas declaraciones tuvieron repercusión parlamentaria, el Estado de Guerra fue decretado. El Comité Ejecutivo y el Comando General de Montevideo, en una reunión conjunta realizada en un local cercano al hospital Piñeiro del Campo, en el que Amodio Pérez se encontraba grabando casetes con las declaraciones de Bardesio, Marenales, Engler, Rosencof, Rey, Wassen y Jorge Becca, coincidieron en que era necesario poner el acento en el enfrentamiento al escuadrón, pero ahora desde el punto de vista político, cesando todo accionar militar. Amodio fue consultado y apoyó esa conclusión. Rosencof viajó entonces a entrevistarse con el Comando General del Interior para coordinar la aplicación de esa resolución. Se necesitaba una gran movilización propagandística, ya que la situación era cada vez más confusa, pero las dificultades internas eran enormes. Los grupos han perdido los contactos establecidos y el desconcierto es total.

El Comité Ejecutivo resolvió integrar a Rodolfo Wolf, que hasta esa fecha era responsable político del comando de la Columna 15, al Comando General, en sustitución de Marenales y como responsable de la columna de servicios. Nunca había tenido nada que ver con los servicios. El comité Ejecutivo resolvió paralizar la reorganización, en un vano intento por reconducir el caos. Con ese panorama, la situación interna se tornó dramática, dado que los locales comienzan a caer uno tras otro, minando la infraestructura en forma alarmante y la caída de los militantes continúa sin cesar. Ningún local ofrece garantías ya que a juzgar por los resultados, nadie soporta los interrogatorios.

Los cambios organizativos, el pasaje de gente de una columna a otra, del interior a Montevideo y viceversa, más la pérdida de valor en materia de seguridad, hizo que prácticamente la compartimentación no existiera. A esto hay que agregarle un factor muy importante, como es que desde la muerte de Morán Charquero en 1970, ningún militante del MLN-T debió soportar apremios en los interrogatorios, y cuando las FFAA lo hicieron, se encontraron con gente descompartimentada, pero lo que es peor, desmoralizada por una situación que la desborda y la arrastra pero que no entiende. Cuando Rosencof regresó del interior, confirmó la

situación de caos organizativo imperante: el Comando General del Interior resolvió acentuar el hostigamiento a las FFAA, en un intento por detenerlas en su accionar y ablandar sus procedimientos, en total contradicción con la línea del Comité Ejecutivo, que expresamente había dejado de lado acciones de ese tipo.

Marenales y Engler se reunieron nuevamente con el Comando General de Montevideo, reunión en la que también participó Amodio Pérez. La opinión es unánime: es imprescindible detener las acciones en el interior. El MLN-T estaba intentando convencer a los líderes políticos, a través de Zelmar Michelini, Gutiérrez Ruiz y Ferreira Aldunate, de que las acciones del 14 de abril estaban dirigidas contra los integrantes del escuadrón de la muerte y que no se quería propiciar un enfrentamiento con las FFAA, pero las acciones en el interior lo desmienten y Ferreira Aldunate se negó a retirar su apoyo al gobierno, pese a que ya las torturas han tomado estado público.

Sendic ni siquiera se planteó consultar con el Ejecutivo, actuando con una autonomía que nunca nadie le concedió. Una autonomía que desde 1968 estaba reivindicando sin conseguirlo, pero que ahora, aprovechando el caos organizativo que él mismo contribuyó a crear, ejerce con total impunidad. Dentro del plan de agitación propagandística y antes de partir nuevamente hacia el interior, Rosencof se entrevistó con Gutiérrez Ruiz, con quien coordinó un simulacro de secuestro para mantener una conversación con Bardesio. El acuerdo incluyó que luego, en la Cámara de Diputados, plantearía una investigación sobre el escuadrón de la muerte y pediría el levantamiento del Estado de Guerra. El simulacro se planteó para el sábado 21, pero Gutiérrez Ruiz no concurrió, en señal evidente de que su apoyo era muy débil. Finalmente, presionado, aceptó. La entrevista con Bardesio se produjo el 24 de abril, pero luego Gutiérrez Ruiz no cumplió lo acordado, por lo que los objetivos no se consiguieron. El aislamiento del MLN-T es total.

La campaña propagandística en su contra es absoluta y su intento de denuncia de las torturas es ineficaz y contraproducente. Los detalles de los métodos empleados por las FFAA solo contribuyeron a minar más la moral de los militantes y la de los colaboradores, lo que en esos momentos constituyó un factor importantísimo, ya que casi toda la capacidad de alojamiento la proporcionaban los colaboradores.

El 26 de abril, con el hostigamiento en el interior en marcha e imposible de detener ya que los contactos orgánicos están rotos, los resultados negativos son evidentes. En una reunión de Marenales con el Comando General de Montevideo, Amodio Pérez, al que las circunstancias convirtieron en un miembro más del Comando, planteó lo que a su juicio era una necesidad impostergable: retirar toda la militancia de la calle, dejando solo los contactos imprescindibles para preservar a la gente y con ello los pocos locales; suspender la reorganización hasta tanto las circunstancias lo permitan; que el Ejecutivo y el Comando General de Montevideo analizaran la situación interna como requisito fundamental antes de plantearse accionar, ya que a esa altura se habían perdido cuadros fundamentales como Blanco Katras y Schroeder Orozco en el comando de la Columna 15, Candán en el ejecutivo, en la Columna 10 se había perdido casi toda la infraestructura y en general nadie sabía cuántos ni quiénes estaban detenidos, y como último punto, pero no por ello menos importante, analizar la responsabilidad de Sendic en la situación creada en el interior.

Marenales reaccionó como siempre lo hizo cada vez que alguien planteaba algo distinto a lo que él pensaba y sostuvo que «...el momento no es propicio para ponerse a discutir...» Sin embargo, bien pronto cambió de opinión cuando los argumentos de Amodio Pérez fueron ilevantables:

...¿no es el momento de discutir cuando en el MLN-T existen objetivamente dos organizaciones, con dos direcciones y dos líneas diferentes? ¿No es el momento de discutir cuando por esa línea de hostigamiento suicida habían muerto compañeros inútilmente? ¿No es el momento de discutir cuando todos sabemos la debilidad militar y organizativa del interior, cuando todos sabemos que los compañeros pasan hambre y frío y que de muchos de ellos no se tienen noticias desde hace días, cuando todos sabemos que los compañeros van al combate con las municiones contadas, y cuando en Montevideo, en esta misma reunión, ya no se habla de accionar o no para aprovechar o no determinada coyuntura política, sino que se prevé la necesidad de accionar por simple solidaridad? ¿Si este no es el momento, cuando lo será...? Cuando el 16 de marzo el Ejecutivo transó ante Sendic, lo hizo buscando mantener la unidad del MLN-T. Puede decirse que el interés era plausible, pero lo hizo por el camino más fácil y por debilidad: no dijo lo que pensaba, no enfrentó esa resolución que

todos ellos sabían equivocada. Y si después de discutir se hubiese llegado a la conclusión de que se debía transar, hoy serían dignos de ser respetados en su decisión, pero de la situación es tan responsable Sendic como el Ejecutivo que le permitió hacer lo que quiso, y si ustedes continúan en esa línea, también lo serán...

En ese momento, Wassen, Becca, Wolf y Rey Morales, coincidieron con esas apreciaciones y el propio Marenales reconoció que Amodio Pérez tenía razón y que a Sendic se le debía sancionar.

Entre el 26 y el 28, el Ejecutivo resolvió incorporar a Raúl Sendic, para «poder controlarlo» según fundamentó Marenales. Creyeron que Sendic, incorporado al Ejecutivo, se sometería a su disciplina y por tanto, a su línea política. A esas alturas, ya muy pocas esperanzas se podían tener de que se rectificaran rumbos y así se lo manifestó Amodio Pérez a Engler, en una reunión mantenida para considerar la puesta en libertad de Nelson Bardesio. Engler coincidió plenamente con Amodio Pérez y le comunicó su intención de plantearle al Ejecutivo, la necesidad de que Sendic y Marenales discutieran con Amodio Pérez y Rey Morales para aclarar los problemas. La respuesta de Amodio Pérez no se hizo esperar. ¿Para qué discutir con Amodio Pérez y Rey Morales si todo el Comando General de Montevideo coincide con sus apreciaciones? ¿De qué le sirve al MLN-T que Amodio Pérez y Rey Morales aclaren sus dudas si las mismas seguirán en la cabeza de los que hoy tienen que sacar la organización adelante? Engler recibió ese día la nota que Amodio Pérez remitió al Ejecutivo y que fue conocida como anexo a la carta 4.

Resultado: el Ejecutivo decidió llevar adelante la reunión de Marenales y Sendic con Amodio Pérez y Rey Morales, pero al mismo tiempo disolvió el Comando General. El Comité Ejecutivo pudo alegar muchas razones de orden interno, administrativo, etcétera, para haber disuelto en esos días el Comando General de Montevideo, pero lo hizo justamente en esos días, eliminando el único organismo que en esas circunstancias podía controlarlo.

Como resultado de la incorporación de Sendic al Ejecutivo, Montevideo comenzó a plantearse acciones contra las FFAA. Primero se intentó aplicar un mínimo de selectividad en la elección de los objetivos, pero el caos interno lo impidió: el material del servicio de información ha desaparecido, los grupos no existen,

no hay locales, la gente está desconectada, pero con lo que anda a mano, se deciden acciones. Los objetivos ya no importan, con tal de que sean de las FFAA. Sin embargo, pasan los días sin que los operativos se concreten: fueron asignados a grupos que ya no existen o están apunto de desaparecer, pero el Ejecutivo lo ignora.

El 7 de mayo se produjo la reunión de Amodio Pérez y Rey Morales con Sendic y Marenales. A pesar de que la situación era cada vez peor, que los locales y los militantes caían produciendo un efecto dominó, Sendic pintó un panorama optimista de la situación, y Marenales, que unos pocos días antes habló de «cortarle la cabeza» no lo contradijo y apoyó su decisión de seguir adelante, «para que no nos acusen de crear una situación que no pudimos controlar» cuando esa era, precisamente, la situación real. Fue una huida hacia adelante que ya no tendría solución. El 7 de mayo se terminó la división del MLN-T: Sendic impuso su orientación, integraba el Comité Ejecutivo y solo faltaba salir a la calle. Que no hubiera grupos, locales, armas ni municiones no era problema para los dirigentes del MLN-T: se actuaría con lo que hubiera y desde donde se pudiera. «Desde las cloacas y si no hay armas, usaremos granadas» dijo Marenales.

Muy bajo había caído la experiencia militar del MLN-T cuando se planteaba el hostigamiento en la ciudad a base de granadas con más de treinta metros de radio de acción y sin que ningún integrante de los grupos estuviera capacitado para arrojarlas. Y que no hubiera explosivos: «Bueno, le decimos a Manera que haga» Sin embargo, para el ejecutivo todo estaba bien: no había locales, armas, dinero y los pocos militantes con experiencia estaban desconectados, pero, a juicio del Ejecutivo, todo se solucionaba con un cambio de mentalidad. Lo fundamental era convencer a la militancia de que ya no habrá locales ni base de operaciones, que de ahora en adelante se funcionará en la calle y se actuará a los ponchazos. Esto era, precisamente, de lo que nadie tenía que convencer a Amodio Pérez, ya que era una realidad que rompía los ojos: no quedaba MLN-T, ya era una realidad.

Lo que los dirigentes políticos y militares del MLN-T no fueron capaces de comprender, fue que cualquiera fuera la forma de actuar —incluso a los ponchazos— siempre se necesita una forma organizativa y que no bastaba con decir «el ejército tortura» si no se tomaban medidas de seguridad. Pero para esto había que orga-

nizar, mal que les pese a los voluntaristas desorganizadores. El 18 de mayo la situación era realmente angustiosa, habiéndose perdido toda la infraestructura de Montevideo. Sin embargo, el Comité Ejecutivo del MLN-T, siguiendo las sugerencias de un grupo de militares denominado 1815, para intentar detener las torturas en los cuarteles, atentó contra los soldados de guardia en la casa del general Gravina, consiguiendo el efecto totalmente contrario al buscado, hasta el punto que unidades militares reacias a aplicar la tortura, se unieron a quienes la aplicaron desde los primeros momentos, como es el caso del Batallón Florida.

La muerte de los cuatro soldados fue un episodio más de la huida hacia adelante en que el MLN-T estaba sumido, conducido por dos megalómanos como Sendic y Marenales a los que Engler no pudo ni supo ofrecer resistencia, y es junto con los hechos del 14 de abril, dos episodios de los que nadie ha querido hacerse responsable y que se han intentado explicar mediante las teorías más absurdas y hasta contradictorias. Mientras, en un local conectado a la red cloacal, coincidieron Alicia Rey Morales, Mujica, Wolf y Amodio Pérez, quien les comunicó que pedirá la baja al Comité Ejecutivo, pocas horas después de conocer la muerte de los cuatro soldados. En la tarde del día 19, un destacamento de la Marina cercó dicho local y los antes mencionados, en unión de Carlos Rodríguez Ducós y la hija de Teresa, la dueña de casa, huyeron por la cloaca. Esa misma casa, en la zona de Villa Dolores, había sido utilizada como punto de salida de la fuga de abril y Amodio Pérez condujo al grupo por los mismos caños pero en la dirección contraria. Al llegar a Pocitos, Alicia Rey Morales, a la que pocos días antes le habían quitado el yeso de su pierna derecha, evidenciaba grandes dificultades físicas. Había pasado varios meses de inactividad y la estrechez de los caños obligaba, en muchas zonas, a avanzar gateando, lo que le produjo heridas en las manos y en las rodillas, en especial en la derecha.

Considerando que en esa situación sería difícil continuar la huida, Amodio Pérez propuso que él y Wolf salieran a buscar ayuda, mientras el resto se mantendría a la espera, en un lugar que Amodio Pérez les señaló. Ambos salieron en la Rambla de Pocitos y redujeron a uno de los taxistas de la parada cercana, a quien hicieron creer que estaban armados. Wolf hizo conducir el taxi hasta las cercanías de la casa de Marcelo Estefanell, quien les

proporcionó ropa seca. Acordaron que a esas horas era imposible contactar con alguien, por lo que se resolvió que a primera hora Amodio Pérez iría hasta el bar Santiso, situado en las cercanías del Mercado Agrícola. Para ello, Wolf le dió la dirección y la contraseña necesaria.

Mientras todo esto sucedía, la policía, avisada de lo sucedido en Pocitos, penetró a la red cloacal por la misma boca que Amodio Pérez y Wolf utilizaron para salir. Al oír las voces policiales y las luces de las linternas, los prófugos reiniciaron la huida, siendo detectados y tiroteados, resultando herida la hija de Teresa. Alicia Rey le comunicó a Mujica su decisión de entregarse para que así el resto consiguiera huir, lo que finalmente se concretó. En el Santiso Amodio Pérez informó de la situación y Efraín Martínez Plate-ro, junto con Eraclio Rodríguez Recalde, organizaron un equipo que hizo el camino desde La Comercial a Pocitos, para rescatar a los compañeros a quienes se los creía a la espera en el sitio en que Amodio Pérez, que formaba parte del equipo, les había señalado. Al llegar al lugar, no se encontraron a los compañeros, por lo que decidieron regresar al Santiso. Allí fueron informados de que la radio policial había informado de la detención de Alicia Rey Morales y de registros en la red cloacal en la zona del campo de golf, por lo que, creyendo que podían deberse a movimientos del resto de los compañeros, se resolvió llegar hasta la zona, mientras otro grupo lo hacía por la superficie. Al no obtener resultados, ambos grupos regresaron al Santiso.

Allí Mujica, entre lágrimas, informó a Amodio Pérez de la decisión tomada por Alicia Rey Morales y de que su gesto posibilitó la libertad de los restantes, quienes presenciaron la escena en silencio, silencio que se mantuvo mientras uno a uno lo fueron abrazando. Esto sucedió la mañana del 20 de mayo. Esa misma mañana, el Comité Ejecutivo, que ya había sido informado por Mujica, llamó a Amodio Pérez para discutir su pedido de baja. La reunión fue tan breve como violenta. Amodio Pérez entendió que el Comité Ejecutivo debía renunciar, por haber cometido muchos errores, tanto desde el punto de vista político como el militar, pero convencido de que su exigencia no sería atendida y sabiendo que con ellos en la dirección ningún cambio era posible, optaba por irse. Los acusó de aventurerismo, de haber propiciado la des-

trucción de la organización y de no haber escuchado los planteos que desde el Comando General les habían llegado.

La baja no fue ni siquiera considerada. La respuesta recibida fue que a un hombre que había ocupado muchos puestos de responsabilidad no se le concedía la baja. Tampoco se accedió a enviarlo a Chile. La resolución adoptada, enviarlo a un local quemado, contradice todas las versiones que la historia oficial del MLN-T ha mantenido durante años.

La historia oficial ha intentado rebajar la importancia que Amodio Pérez tuvo en el desarrollo del MLN-T, fundamentalmente a partir de 1968, cuando es incorporado al Ejecutivo, cooptado por dos de los que luego se convertirán en sus más grandes detractores, Fernández Huidobro y Sendic. Realmente, cuesta creer que dos dirigentes de la talla de los mencionados, a quienes se les han adjudicado cualidades políticas extraordinarias, de ser ciertas nada más que el cincuenta por ciento de las carencias políticas que a Amodio Pérez se le atribuyen, hayan cometido el error de incorporarlo a la Dirección.

Lo mismo cabe decir de las sospechas que la historia oficial ha pretendido hacer recaer sobre su persona, atribuyéndole desde robos a la Organización a colaboración con las fuerzas policiales desde 1970 y con las FFAA posteriormente. Dejan de lado que durante ese período, entre 1970 y 1972, Amodio Pérez siguió ocupando responsabilidades de primer orden, que muchas de ellas le fueron asignadas por sus posteriores detractores y que tuvo la posibilidad de destruir al MLN-T en una docena de oportunidades. Tampoco se entiende que de haber sido miembro de alguno de los servicios secretos que varias veces se han mencionado, tanto él como su compañera, Alicia Rey Morales, hayan quedado al albur de las circunstancias, arriesgando sus vidas hasta el último momento.

Por tanto, lo lógico es pensar que el MLN-T le construyó un prontuario a medida, para adjudicarle en la debacle responsabilidades que no tuvo y minimizar sus aportaciones, negadas en mayo y abrazadas como propias en julio, para justificar las negociaciones por la tregua de 1972. Esta es la historia oficial y oficiosa del MLN-T desde su fundación hasta su desaparición. La oficial siempre procuró demostrar que el MLN-T evidenció organización, disciplina, contenido ideológico y político, estrategia y compromiso personal de todos sus integrantes. La realidad de la vida ter-

minó demostrando todo lo contrario: organización en algunos de sus actos; indisciplinas varias, vaciamiento ideológico y también político, estrategia equivocada y escaso, muy escaso compromiso de quienes actuaban en sus filas añadiendo una permanente lucha por el poder interno de magnitudes no alcanzadas en otras organizaciones similares en el continente.

Se crearon, en su tiempo de actuación, fetiches que aprovecharon circunstancias políticas especiales en los siguientes años, para crear imágenes irreales y plantear una realidad distinta. Ejemplos abundan y no vamos a entrar en ello. Fueron las razones de su actuación, lo que nos llevó a acordar, con el más vilipendiado de todos sus integrantes, el más criticado e insultado, el que tuvo la leyenda negra más virulenta, el más tratado como basura desde lo humano, un coloquio tratando de poner luz sobre aquellos duros años de la vida política nacional. Se dio la circunstancia a través de un libro que vió la luz en julio de 2013 *La Tiranía de la Miseria* y en el error personal y el engaño de un montón de hojillas de cigarrillos escritas y traducidas por el autor que permitió conversar y discutir sobre los algo menos de diez años del MLN-T.

Así nació *Palabra de Amodio* y debo ser sincero: todas mis dudas fueron respondidas y entonces aparece otra historia, *la otra historia*, distinta a la historia oficial y donde aquello de *como te digo una cosa, te digo la otra* se hace presente. Del sombrero del mago aparecen palomas y conejos, de la historia oficial de la operación de *El Abuso* no aparece organización alguna, sino la simple compra de voluntades carcelarias para que nadie viera los diez camiones de tierra de un túnel en construcción, debajo de las camas de los procesados en el Penal de Punta Carretas.... A mi modesto entender, cuando detrás del mito aparece la verdad, el ídolo cae como hielo derretido por el calor del sol. El mito se transforma en la nada, cual cuchillo sin hoja al que le falta el mango. Héctor Amodio Pérez ha sido presentado como un ser enigmático. Le hicimos decenas de preguntas. Aseguro que luego de estas, la imagen cambia y la versión oficial **es** como la fama, puro cuento. Compruébenlo.

Palabra de Amodio

Desde el primer correo que recibí de Héctor Amodio Pérez, en el que me cuestionaba la veracidad de su libro escrito en las hojillas que traduje durante toda una noche, mi respuesta, en cuanto a procurar dejar la verdad de los hechos sobre el MLN-T fue siempre la misma:

...es necesario que conversemos y aclaremos un montón de hechos que han ido quedando en la mentira, en la nebulosa o en el más completo desconocimiento, de versiones que se dieron sobre algunos temas... Es que debo decir que la versión «oficial» sobre los mismos no solo presenta dudas y desconfianza, sino en muchos casos han sido verdaderas mentiras.

Mi intención no solo era conocer la verdad de los sucesos de la formación, crecimiento y desaparición de esa organización guerrillera, sino también la forma que se convivía en la clandestinidad, el trato al sexo femenino, los resultados de los conflictos internos y la lucha por el poder en la organización. Nunca nos interesó saber qué fue lo que entregó *fulanito* o *zultanito*, ni tampoco si uno fue más «revolucionario» que otro.

No dejamos de reconocer que muchos de los golpes dados por el MLN-T fueron realizados con gran inteligencia y capacidad, pero tampoco dejamos de reconocer que en muy pocos meses, bastante menos que lo que muchos calculaban, fue abatido totalmente por las FFAA no bien aplicaron la lógica de una guerra de este tipo: al detenido se lo interrogaba de inmediato aplicando los métodos necesarios para conseguir toda la información que el detenido pudiera aportar.

Cuando hablamos de métodos necesarios estamos hablando de aplicar las torturas que fueran necesarias para obtener esa información, el más común de ellos el llamado submarino, o introducción de la cabeza del detenido en un tacho de agua hasta el

principio de la asfixia, seguido por golpes o plantones de horas, en general con capuchas que no le permitía al detenido ver al o a los que efectuaban el maltrato. En este tema, en la interna del MLN-T salvo excepciones se entendía que «la organización era tan sólida que era casi imposible que sufriera destrucción alguna» según algún conocido dirigente Tupamaro.

En este caso, hablamos con Héctor Amodio Pérez, *el traidor*, según los principales dirigentes del MLN-T, «el dirigente de primera línea de combate» para algunos integrantes de la propia organización, «el jefe indiscutido de la Columna 15, la más combativa y bien organizada» para otros. Fue uno de los fundadores del MLN-T y uno de los primeros en ser solicitada su captura por integrarlo. Fue detenido por la policía, procesado y fugado en el operativo El Abuso del 6 de setiembre de 1971, detenido en febrero de 1972 y nuevamente fugado por el túnel que conectaba el Hospital de la Cárcel de Punta Carretas con los caños de saneamiento el 12 de abril de 1972 y detenido finalmente al mes siguiente, en este caso sin saberse nunca a ciencia cierta si fue por obra de una labor de inteligencia de las FFAA o utilizando el dato que les llegó a estas dando cuenta del lugar donde se encontraba.

J. M. —¿Cómo fue esa detención?

H. A. P. —En la madrugada del 23 de mayo de 1972 una patrulla del Florida llegó al local de Planimetría. Al oír los golpes en la puerta, tanto Wolf como yo supimos que había llegado nuestra hora. ¿Nos resistimos?, le pregunté. «No», fue su respuesta. Mientras yo abría la puerta del local, Wolf se dirigió a poner la señal de alarma. Al mando de la patrulla se encontraba el capitán Tabaré Camacho, que me encañonó con una M1. Detrás de él se encontraban el teniente Alberto Grignoli y el capitán Luis González, este de particular. Varios soldados ocupaban la escalera y los rellanos. Me dejaron de cara a la pared, con las manos en alto, custodiado por un soldado de apellido Gómez que, además de registrarme los bolsillos, me quitó el reloj. No tenían ni idea de a quién o quienes se encontrarían, y en un primer momento ni siquiera nos preguntaron los nombres. Lo que sí sabían era la ubicación del berretín y la forma de abrirlo, pero no lo consiguieron hasta pasados unos minutos. Sacaron de él todo lo que había

de valor y lo amontonaron sobre uno de los sillones. Buscaban armas y sobre todo, dinero.

Oí que abrían y cerraban muebles y al no encontrar nada de lo que buscaban comenzaron a amenazarnos si no les decíamos dónde estaban.

Por los ruidos y los gritos que llegaban hasta mí pensé que a Wolf lo estaban golpeando. Traté de mirar hacia donde estaba, pero Gómez me lo impidió. Oí que se lo llevaban y enseguida me pusieron una capucha y unas esposas. Pedí para ponerme un saco que estaba en una de las sillas y entre varios me bajaron a la calle, me hicieron entrar en un camello y me sentaron junto a una compañera, evidentemente la que señaló el local. Al poco rato el camello se detuvo y nos hicieron bajar a la compañera y a mí. No sé a dónde la llevaron a ella, pero a mí me dejaron en una habitación, sentado en una silla, con la capucha y las esposas puestas. Lo único que se oían eran motores de camiones y el ruido de las órdenes en el patio. Mirando hacia abajo pude ver que ya estaba amaneciendo. Alguien entró y apagó la luz.

Ese simple hecho me hizo ver que estaba completamente indefenso. Pasó el tiempo sin que nadie se acercara por allí, por lo que me animé a quitarme la capucha, al menos lo bastante para tratar de ubicarme. Frente a mí, a unos dos metros de distancia, había una mesa y sobre ella, colgado en la pared, el escudo del Florida... Si algo me faltaba para aumentar mi angustia, era saber que estaba en el Florida. Poco a poco, pero en un proceso que se dio sin pausa, me había ido hundiendo moralmente. Yo estaba convencido que me esperaba lo peor. No alcanzo a definir durante cuánto tiempo hice un repaso de los últimos meses, de los desvaríos a que nos habíamos visto empujados y que culminaban así, con compañeros presos, aislados, desmoralizados, sentados en una sala inmensa, encapuchados y esposados esperando que alguien viniera a llevárselos, igual que yo. Estaba esposado con las manos adelante, por lo que pude llegar sin dificultades al bolsillo interior del saco, agarrar el tubo, quitar el tapón y empezar a meter en la boca todo el contenido. Mientras masticaba las pastillas sentí que estaba cumpliendo con mi obligación: matarme, antes que ir contra el MLN-T, contra mis compañeros.

Cuando desperté estaba en la enfermería del cuartel. Al principio me costó ubicarme. Oía perfectamente, pero me costaba

hablar y mantener los ojos abiertos. «Dejalo tranquilo, todavía está dormido» dijo alguien que después sabré era médico, con el grado de teniente primero y de apellido Colombo. Pasado un tiempo pude ver que en el brazo derecho tenía conectada una sonda. Alguien con aspecto de enfermero se acercó a verme y decidí que lo mejor era simular que seguía dormido. Pasado un rato él mismo volvió con el médico, quien me abrió los párpados y me iluminó con una linterna. Decidí despertarme. Terminado el examen me quitaron la sonda. «Te salvaste por poco» me dijo Colombo «avisale al capitán» le dijo al enfermero...

J. M. —¿En las siguientes horas, cómo pasó en ese local de detención?

H. A. P. —Ese médico, Colombo, permaneció a mi lado hasta que llegaron dos uniformados: uno era el capitán Calcagno y otro el teniente Armando Méndez. Calcagno me preguntó por qué lo había hecho, a lo que respondí porque me van a masacrar... Calcagno me dice: «mientras yo sea el S2 a vos no te va a tocar nadie...Yo soy el capitán Carlos Calcagno y soy primo de tu tía Elsa, la mujer de tu tío Roberto. Es una promesa que le hice, así que quédate tranquilo. ¿Necesitas algo?» a lo que respondí: mear... Después me bajaron a una sala enorme en cuyo suelo, a modo de colchones, había mantas y ponchos. La luz era muy escasa, pese a lo cual pude ver que en muchos de esos colchones improvisados había detenidos. Me señalaron el lugar que debía ocupar y allí me quedé, tan silencioso como los demás. No sabía ni el día ni la hora en que me encontraba. Saldría de dudas poco después, cuando nos trajeron la cena: «las 9:00 h de la noche del 25 de mayo», me dijo un soldado. Pasé la noche despierto. Cada poco rato un grupo de uniformados entraban o salían llevándose o trayendo a alguien. Por una ventana entraba la luz del día, por lo que pude empezar la cuenta de los días: era la mañana del 26 de mayo. Pedí para ir al baño y me juntaron con otros. Nos hicieron poner la capucha y en fila de a uno nos llevaron al baño. Cada uno, por turno, fuimos entrando a los retretes y otra vez se nos puso en fila a esperar a los demás. «¿Quién sos?», me preguntó el de adelante. Amodio, le respondí. Nos volvieron a la sala, ahora iluminada. La salida al exterior me hizo notar lo viciado del aire en el interior, una mezcla de olor a letrina y tabaco. Con la luz

pude ver que tanto las mantas como los ponchos estaban llenos de restos de vómitos y excrementos. Manchas de sangre en las paredes. «Cada uno a su sitio», dijo alguien. Obedecimos y poco después se apagaron las luces. Como pude controlé mis pensamientos, tratando de ordenarlos, pero fue inútil... Estaba en esas cuando sentí que alguien se había colocado a mi lado. Me quité la capucha y nos saludamos. Era Arturo Dubra. Hacía mucho que no nos veíamos, desde el día que bajamos a Alicia para enyesarla. Nos intercambiamos información y así supe de otras detenciones. «Nos están liquidando», me dijo. Le conté lo sucedido y las palabras de Calcagno. «Cuídate», me dijo. «Y no te confíes, son unos hijos de puta». Al rato volvió. «Hay una ventana que da a la calle y no tiene rejas», me dijo. «La puerta principal está a la izquierda, como a treinta metros, así que tenemos que salir para la derecha. En cuanto se haga de noche, nos vamos...»

J. M. —¿Qué hizo entonces?

H. A. P. —Aprovechando la semioscuridad me coloqué la capucha de tal forma que podía ver la puerta de entrada a la sala. Así que pude ver que dos de los que me habían detenido entraron y se llevaron a uno de los presos. Pasado un tiempo lo trajeron a rastras un grupo de soldados y lo dejaron en medio de la sala. Cuando se marcharon los soldados, varios nos levantamos a socorrerlo. El detenido era Wolf. Su cara estaba intacta, pero el vientre era un moretón de lado a lado. Minutos después, junto a la ventana que había dicho Arturo, se situó un guardia armado. El seudónimo de Wolf era Héctor. Años después, cuando este hecho fue recordado, se dirá que el tal Héctor era yo. El resto del día se pasó más o menos igual. A la mañana siguiente me llevaron a una oficina que más parecía un depósito. Allí había de todo, desde fotocopadoras a tocadiscos, ropa y zapatos, vasos, platos y botellas, máquinas de coser, guitarras y todo lo que se podían llevar en los procedimientos.

En un rincón había una mesa llena de papeles y a su alrededor estaban Calcagno y Armando Méndez. El soldado Gómez estaba cebándoles mate. Calcagno me hizo señas para que me acercara y señaló una silla. «Aquí el Teniente Méndez tiene unos papeles para que los leas, a ver qué te parecen», me dijo. Eran las declaraciones de Manera, Fernández Huidobro, Marrero, Rosencof y otros a quienes no conocía. Al rato de estar leyendo, oí que me

invitaban con mate. «¿Fumás?», dijo Calcagno. Sí, pero rubios no, le dije. «¿Republicana?», me dijo Gómez, dejando la cajilla a mi lado. Cuando terminé de leer me dijo Méndez «bueno, ¿qué te parece?» Hay cosas que son ciertas, y otras de las que me entero ahora, le dije. Llevo tiempo sin encuadre, desconectado, a lo que respondió: «ya lo sabemos... esto te puede interesar», al tiempo que me alcanzaba otra carpeta. «Son las declaraciones del Tino», agregó. «¿Lo conocés, verdad?» De nombre, le dije. A medida que iba leyendo muchas detenciones y caída de locales tuvieron explicación. Tino les había informado sobre casi todas, había relatado acciones y señalado a sus responsables, desde Morán Charquero hasta Mitrione, los secuestros, las fugas, las vinculaciones con Erro, Ferreira Aldunate, Manuel Flores Mora, Gutiérrez Ruiz, Michelini, el acuerdo con los Heber para la tregua y la financiación de *El Debate*, los acuerdos con Allende, la vuelta de los exatriados a través de Cuba, las relaciones con Costa Gavras para la película *Estado de sitio*, las relaciones con los militares y el Partido Comunista, Los Olimareños, Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Daniel Viglietti... no faltaba nadie. Por último, un informe sobre cada uno de los militantes con responsabilidades internas pasadas y actuales, sus opiniones, discrepancias, características personales.

No falta nada, me dije, y cerré la carpeta. Me quedé esperando y para disimular mi asombro encendí otro cigarrillo. «¿Qué te parece?» preguntó Méndez. Lo mismo que te dije, antes, respondí. Lo que dice de mí es cierto, para qué lo voy a negar. Participé en todas las que dice y en otras ayudé a planificarlas, pero... «Eso no nos interesa», dijo Calcagno. «Nos interesan los militares y los políticos», agregó. «Dice que vos eras el contacto con Erro.» Pues sí, para qué lo voy a negar. Ya lo dicen los demás, sería una gilada negarlo, le respondí. Pero de eso hace tiempo, más de un año. Lo que dice sobre Gutiérrez Ruiz y las libras lo sé de oídas, nada más. Y lo del secuestro también es cierto, fue un acuerdo para interrogar a Bardesio. Yo fui con él. Yo era el contacto de un militar, pero no sé si se llama (Pedro) Montañez o qué, para mí era Ramón. De Seregni no te puedo decir nada, pero si él lo dice... «Mirá, dijo Méndez, ¿cómo querés que te llame?, ¿por tu nombre?» Gustavo, respondí. Llamame Gustavo. Bueno, Gustavo, todo eso que leíste del Tino (Píriz Budes) es porque hizo un acuerdo con el coronel Trabal. Todo eso a cambio de su libertad. Ya no está aquí, se fue.

Estoy autorizado a proponerte otro para vos. ¿Qué me decís? Yo no puedo darte lo que te dió el Tino. Ahí lo tenés todo, fue mi respuesta. Pensátelo, me dijeron.

J. M. —¿Qué pasó en los siguientes días?

H. A. P. —Gómez, me llevó al barracón, previo paso por el baño para evacuar el mate. Pronto me trajeron la comida, un ensopado a base de papas y algo de carne grasienta. Ni siquiera estaba caliente, pero me lo comí. La cabeza me daba vueltas, recordando las declaraciones de mis compañeros. Ya sabían todo sobre mí, por lo que sería de imbécil negarlas. Los habrán torturado, me dije y eso me afirmó en la idea de no negar lo que ya era evidente. Lo del Tino era otra cosa. ¿Sería verdad lo del acuerdo? Allá él, me dije un rato después. El se la ha jugado. La frialdad que traslucían las páginas y páginas de sus informes y declaraciones me desconcertaban. Yo lo había conocido muy poco, apenas una reunión cuando todavía estaba convaleciente de la cirugía de la nariz y los labios, un año y pico antes, pero la opinión de quienes lo conocían de cerca era muy positiva. Nadie podía suponer una actitud así.

Se abrió la puerta del barracón y pude ver a Méndez entrar con un soldado. Se acercaron a mí y me hicieron levantar. «Vamos al despacho del jefe», me dijo Méndez. Carlos Legnani estaba de pie, detrás de su escritorio. Me miró de arriba a abajo y movió la cabeza de un lado a otro, como que le costara creerse que yo fuera Héctor Amodio Pérez. Por fin, lo dijo: «me lo imaginaba de otra forma, más alto, más grande, cuesta creer que usted sea lo que se dice... siéntese, no sé si ya sabe el motivo de traerlo aquí, es muy importante» Fue Calcagno el que habló: «mirá Gustavo, tenemos casi ubicada la Cárcel del Pueblo. Por lo que sabemos puede caer de un momento a otro y también sabemos que entre vos, Wassen y Wolf está la clave para que no haya una masacre». ¿Como en Amazonas?, le solté. «Lo de Amazonas no fuimos nosotros, pero ahora es distinto. Estamos a cargo y no queremos una masacre». Yo no tengo nada que ver, le dije. Ya lo sabemos, está entre Wassen y Wolf. ¿Y yo qué pito toco, entonces? pregunté. «Que Wassen quiere hablar con usted», me dijo Legnani. Así es, confirmó Calcagno.

Eran las 19:00 h del 27 de mayo, minuto más, minuto menos. Durante la tarde se habían oído ruidos de camiones y movimientos de la tropa. Me condujeron a una oficina de la planta

baja. Estaban Wassen y Wolf y cuando entré los dos se acercaron y nos abrazamos. Intercambiamos la información que cada uno conocía y evidentemente el panorama era desolador. Yo le conté a Wassen mi discusión en el Santiso y les informé acerca de las declaraciones de Tino, sobre el acuerdo con Trabal, el ofrecimiento que se me había hecho y mi relativa tranquilidad personal por la relación familiar con Calcagno. El tema de la cárcel lo abordó Wassen. Según él, tenían ubicada la zona en que se encontraba y su caída era cuestión de tiempo. Aportó otros datos que Wolf confirmó como verdaderos, acerca del vehículo que se usaba por parte de la familia encargada de la cobertura, un Indio rojo. Recordó la disposición interna de ejecutar a los secuestrados en caso de producirse la caída, lo que motivaría una reacción similar a la que tuvo lugar el 14 de abril...

«En la casa hay dos botijas», dijo Wolf... Wassen nos dijo: **pedí esta reunión porque pienso que es mejor entregarla y evitar que los compañeros hagan una resistencia inútil y se provoquen entre doce y quince muertes que no servirán más que para terminar de hundirnos... Yo estoy de acuerdo**, dijo Wolf. Me ofrezco para ir a negociar. Yo los llevo y los convengo de que es mejor entregarse. Argumentó que al ser él el responsable del local, le correspondía asumir ese papel. Wassen opinó que al ser él quien propusiera la medida, debía ser quien también asumiera la responsabilidad de negociar la entrega.

Yo me mantuve al margen porque nada tenía que aportar a ese intercambio de opiniones. Todavía no habíamos entendido nuestra situación de prisioneros y creíamos que nuestra opinión podía tener algún valor. Cuando la operación se puso en marcha, ya entrada la noche, con Cristi al mando, este decidió que el negociador fuera yo, y el papel de Wassen quedó reducido a señalar el local. Y lo hizo porque consideró que yo debía tener más ascendiente sobre los integrantes del local. Como en tantos otros aspectos, las FFAA ignoraban la importancia que tanto Wassen y Wolf tenían en el MLN-T. Cuando me llevaron al camello Wassen ya estaba en él. Hacía mucho frío esa noche y no teníamos ropa de abrigo. Seguramente por la trascendencia del momento su estado de ánimo había dado un giro de trescientos sesenta grados. La firmeza y tranquilidad con que se condujo en nuestra conversación se habían disipado por completo y temblaba de pies a cabeza.

Traté de consolarlo pero fue inútil. Hicimos el camino desde el Florida hasta el Parque Rodó abrazados. Cuando llegamos a unos cien metros del local, la caravana se detuvo y Esteban Cristi se acercó a nosotros, junto con Trabal. Wassen señaló el local y me hicieron bajar. Pasados unos minutos un reflector iluminó una casa y me ordenaron dirigirme a ella. Antes, Cristi dio la orden a sus subalternos de que en caso de resistencia yo debía ser el primero en caer.

J. M. —¿Acá comienza para usted el largo camino de su traición según los principales dirigentes del propio MLN-T?

H. A. P. —No, no se equivoca. El MLN-T aprovechó este hecho para adjudicarme a mí la caída y anunciar mi condición de condenado a muerte cuando no habían pasado 48 horas, señal evidente de que todo respondía a un plan premeditado. Fue inútil que Wassen lo desmintiera, la decisión ya estaba tomada. Cuando en junio de 1972 se producen las primeras reuniones para la fallida tregua, el mismo Wassen me informó al respecto: «Negro, yo dije que fui yo, pero vos sos el cabeza de turco», me dijo. Tal como lo reconocerá Marenales en 2009, el MLN-T conocía las responsabilidades, pero lo ocultó. Habida cuenta que Wassen murió en 1984, es lícito pensar que lo sabía desde 1972. A partir de la caída de la cárcel, todos los nuevos detenidos traen la consigna de adjudicarme a mí todas las delaciones, voluntarias o no que se producían, a tal punto que incluso se me atribuyen las detenciones de compañeros que fueron detenidos antes que yo. Todo valía para una Dirección que veía como se cumplían mis vaticinios y que incapaz de asumir sus responsabilidades, me acusaba injustamente. Ingenuamente yo todavía me consideraba un tupamaro y creí que todo se aclararía en cuanto se conocieran la verdad de los hechos.

Tanto Méndez como Calcagno me mantenían al tanto de las declaraciones de los nuevos detenidos y de la consigna que cada uno de ellos era portador: estaba condenado a muerte. Es por ello que se decide trasladarme de los barracones al dormitorio de Calcagno. Allí, tanto este como Méndez me insistirán en llegar a un acuerdo para conseguir mi libertad. Es a partir de ese momento que empieza la partida de ajedrez que jugaré con Cristi y que tantas veces estuve a punto de perder. Mi traslado a la habitación de un oficial con mando me permitió seguir los acontecimientos

desde *dentro de la cancha*. Así pude comprobar que nadie tenía una idea válida en relación al MLN-T y se nos mezclaba con otras organizaciones, lo que aumentaba el descontrol sobre lo que estaba pasando. Hasta ahora, en el 2015, se dice que las FFAA liquidaron al MLN-T en un par de meses y se ensalza una labor que en los hechos no existió. El MLN-T se autoliquidó en un 50 por ciento por errores propios, un 45 por ciento fue fruto de la tortura y el 5 por ciento restante fue fruto de la casualidad. En junio de 1972 el MLN-T comienza a sentir que desencadenó una reacción que lo conduce al desastre. Entre Rosencof y Fernández Huidobro han tratado de adjudicarse la paternidad de la idea de la tregua, tregua que en esos momentos era más deseada por algunos sectores de las FFAA que por el propio MLN-T, tal como los hechos terminarán por demostrar.

J. M. —Ustedes, ¿cómo vivían aquellos momentos? ¿Cómo empezó para usted una negociación en el Florida?

H. A. P. —Cuando Wassen es trasladado al Florida para las reuniones por la tregua pide para entrevistarse conmigo, a lo que el Comandante Carlos Legnani accede. Es en su presencia que Wassen me informa que él ya ha reconocido su responsabilidad en la caída de la cárcel y mi condición de cabeza de turco. Wassen se sintió moralmente obligado a actuar de esa forma, habida cuenta de nuestra militancia conjunta. Legnani, firme defensor de la tregua, creía que el poderío del MLN-T prolongaría los enfrentamientos durante meses y eso traería como consecuencia una cantidad de muertes que se debían evitar. Esto me lo expuso apenas nos quedamos solos en su despacho y me pidió mi opinión. Yo le argumenté que por los datos que tenía ese supuesto poderío no era tal y que la guerra de la que él hablaba no existía. Se mostró desconcertado por mis palabras y me propuso que actuara como su asesor personal, a espaldas del resto de los mandos. A cambio, él intercedería ante el general Cristi para mejorar mi situación penal. Yo le pregunté entonces si su ofrecimiento tenía algo que ver con el de Méndez y Calcagno y me dijo que no, que ni siquiera lo conocía. Su respuesta fue que tener dos padrinos era mejor que tener solo uno. Por ahora usted es el único que tengo, le dije.

Al mediodía, Méndez y Calcagno vinieron a verme y me reprocharon haberle dicho a su jefe lo del ofrecimiento de ellos y

que lo habían negado todo, para no aparecer actuando a espaldas de sus mandos. Eso no quería decir que el ofrecimiento no se mantuviera, sino que se plantearía más adelante. Yo ya llevaba tiempo angustiado por la situación de Alicia, aunque me las había arreglado para asegurarme de que no la trasladarían de Jefatura a ninguna repartición militar sin conocimiento de la OCOA, es decir, de Méndez. Empecé a plantearme la posibilidad de que si mi situación personal mejoraba, esa mejora incluyera a Alicia. Empecé por hablar de ella y sobre su experiencia toda vez que me pareció necesario. Lo hice hasta que tanto Legnani como Calcagno y Méndez consideraron que sería mejor trasladarla al Florida y que yo pudiera consultar con ella los pasos a dar. Ya había conseguido algo. Mientras, Legnani le había planteado a Cristi, a través de Luis Queirolo, la conveniencia de tener mi asesoramiento durante la tregua. Cristi se limitó a admitir lo que sus subordinados decidieran y comprometió su palabra, pero anunció que oficialmente se mantendría al margen. Queirolo a su vez le informó a Trabal del acuerdo que se estaba gestando a través de Méndez, por lo que de pronto pasé de ser un cabecilla preso y desesperado a tener a media región militar tras de mí, deseosa de contar con mi colaboración.

Asesorar a Legnani acerca del MLN-T no me significaba ninguna carga moral, y así lo hice. El intento de tregua, fuera idea de Fernández Huidobro o de Rosencof respondía a una necesidad de ganar tiempo e intentar una recomposición interna, ya que era imposible que ni tan siquiera se plantearan que obtendrían alguna de las condiciones políticas y económicas que planteaban. Cuando Méndez me planteó sus condiciones para concederme la libertad: ordenar los papeles de la OCOA, me di cuenta que tenía la libertad de Alicia al alcance de la mano. Tampoco esto me planteaba ninguna carga: se me acusaba de traición, se proclamaba a los cuatro vientos mi condena, sin posibilidad de defenderme. Yo solo no voy a poder, le dije. La Negra me tiene que ayudar y tenemos que incluirla a ella. «Lo tengo que consultar», fue su respuesta.

Pese a lo pomposo del nombre, la OCOA no era nada. Llevaba en funcionamiento desde el mes de abril y durante sus dos meses de existencia ningún oficial había querido hacerse cargo de su funcionamiento. Eran tareas de oficina y ellos querían tomar

parte de la guerra. Como decía su nombre, su función era la de coordinar las operaciones y el único que le asignaba valor a esa coordinación era Méndez. Pero para un oficial del ejército del año 1972, sin capacidad política de ningún tipo, esa era tarea imposible sin la colaboración de alguien que conociera al MLN-T. Y para Méndez, ese alguien éramos Alicia y yo. Yo no hice nada para convencerlo de lo contrario. Cuando la trasladaron de Jefatura al Florida, Alicia llevaba incomunicada desde su detención. La ropa que vestía era la misma y estaba limpia gracias a que una funcionaria de Inteligencia y Enlace de apellido Montenegro la había lavado en su casa y devuelto planchada. Incluso le había proporcionado compresas y ropa interior. Pese a estos rasgos de humanidad no quiso, en ningún momento, informarle de lo que pasaba en la calle. Ignoraba, por tanto, lo que se decía de mí, aunque supo de la caída de la cárcel por notas que se dejaban en los baños. El traslado al Florida lo hizo encapuchada y tirada sobre la caja de un camión, pisoteada e insultada por los soldados que la condujeron. Iba a la tortura, le dijeron. Encapuchada la subieron al despacho en que Méndez y yo la esperábamos. Fui yo el que le quitó la capucha. Después nos dimos un beso y un abrazo. Todavía recuerdo ese abrazo. Delante de Méndez le informé de todo lo sucedido y las posibilidades que se nos presentaban de eludir la cárcel. Seremos boletas, le dije. No nos queda otra. «De acuerdo», fue su respuesta. Calcagno llegó cuando estábamos cenando en compañía de Méndez. Durante un rato se habló de la situación que nos tocaba vivir a cada uno y de lo que el futuro podía depararnos.

Después la trasladaron al barracón de las mujeres. Méndez me llevó a la cocina y me indicó dónde se encontraban los baños de los oficiales. Después me condujo a la oficina donde leí las declaraciones de Tino. «Este va a ser tu lugar de trabajo, así que organizate como quieras», me dijo. Me ayudó a hacer sitio y se marchó. Cuando me quedé solo busqué entre las ropas algo que ponerme. En la habitación de Calcagno encontré una toalla. En la cocina preparé el mate y con una barra de jabón que me dieron me lavé los calzoncillos y la camiseta. Me di una ducha larga, me vestí y subí a «mi oficina». Terminé de organizar el lugar y del armario que Méndez me había señalado saqué algunas carpetas. Mientras tomaba unos mates les eché un vistazo. Echaba en falta

un cigarrillo. En la cocina conseguí algunos y también un vaso grande de añeja especial.

Cuando Gómez llegó a las seis a tomar turno me encontró allí. «¿No sabés que hora es?» fue su saludo. No tengo reloj, me lo sacaste vos, fue mi respuesta. Tenía una sonrisa socarrona, el bueno de Gómez. Fue hasta el armario donde guardaba sus cosas y volvió con el reloj. «Yo también tengo que vivir», me dijo... No quiero dejar pasar la oportunidad de referirme a Gómez. Tanto Alicia como yo nos hicimos muy amigos suyos. Se hizo soldado como tantos otros llegados del campo, cansados de ser explotados y que creyeron que servir a la patria era la solución. Vivía en una casita más que modesta, con su mujer e hijos, en la calle Hum, cerca del cementerio del Norte. Alicia les tejió a los niños algunas ropas y los orientó en sus estudios. A través de mi familia les conseguimos libros y diverso material escolar. Cuando a raíz de lo de Fasano estuvimos a punto de perder nuestro salvoconducto, Gómez se ofreció a sacarnos del Florida y tenernos en su casa el tiempo necesario. Mantuvimos contacto con él a través de mi padre y así supe que se sentía amenazado y que temía por su vida.

Cuando en 1993 mi padre estuvo en España ya había perdido contacto con él. Luego, por otros medios, me llegó la noticia de que había muerto asesinado. Ignoro si esto es verdad, pero no me extrañaría. Sabía demasiado de demasiadas cosas que pasaron en el Florida. La tropa no lo quería porque no se mezclaba con ellos y los oficiales le temían. A muchos presos les salvó la vida quitándoselos de las manos. A otros, no pudo. Cuando Calcagno llegó, yo ya tenía el mate preparado. Le conté lo que había hecho en la noche y decidimos que cuanto antes Alicia se integrara al trabajo, mejor para todos. Yo todavía creía que en cuanto cumpliéramos nuestra parte del acuerdo, seríamos liberados. Pero Cristi tenía otros planes y a medida que pasaba el tiempo iba cambiando las reglas del juego. Lo de ordenar los papeles fue un intento fallido. Eso era un galimatías imposible de descifrar. La mayoría eran notas tomadas a mano por soldados que como dije antes, apenas sabían leer y escribir. Estaban tomadas al teléfono, con abreviaturas que ni los mismos que las habían escrito sabían diferenciar y provenían de las distintas unidades de las tres armas de todo el país. Así, de esa manera se consignaban nombres, seudónimos, posibles lugares de trabajo o de estudio de gente de

distintas organizaciones y que eran señaladas por otros militantes tras las torturas a que eran sometidos. Pronto nos dimos cuenta de que no podríamos hacerlo.

Como no podíamos tirar la toalla demasiado pronto, hicimos lo que cualquiera en nuestro lugar hubiera hecho: ganar tiempo, tomar notas y notas simulando un interés en el que no creíamos realmente. Méndez no era ningún imbécil al que se pudiera engañar así nomás, pero teníamos que intentarlo. Primero hicimos limpieza con los locales señalados con la dirección completa y que provenían de varios sitios distintos. Muchos ya habían sido allanados años antes por la propia policía y los actuales moradores nada tenían que ver con organizaciones de ningún tipo. Otros, más actuales, fueron allanados dos o tres veces por unidades diferentes llegando incluso a tirotearse entre ellas, con muertos inclusive. Eso nos permitió urdir una estratagema para salir del paso: comenzamos a «identificar» a gente que ya estaba detenida y cuyos nombres extraíamos de las listas que Gómez, como asistente de Calcagno manejaba y que no provenían de la OCOA, sino de otros jefes S2 como él. Las detenciones eran tantas que Méndez nunca sospechó que los nombres que le dábamos correspondían a presos reales cuyas identidades sacábamos por otro conducto. Era la rivalidad interna entre los distintos departamentos lo que nos dio la solución. Esto me lo guardé en la entrevista con Gabriel Pereyra porque creí que alguien saldría a desmentirme, y me daría pie para demostrarlo.

J. M. —¿Entonces era un verdadero desbarajuste interno, por más que para afuera pretendían dar la impresión de organización, disciplina y acierto logístico en sus procedimientos?

H. A. P. —Sí, así era. Era un verdadero caos. Fíjese que durante las conversaciones por la tregua tanto Legnani como Calcagno y Méndez me informaban acerca de todo, para recabar mi opinión. Así pude conocer las distintas posturas que existían entre los mandos, el total y absoluto desconocimiento acerca de las motivaciones políticas que hicieron posible el MLN-T y el desprecio que desde las FFAA se evidenciaba por la clase política en general, presidente de la República incluido. Por parte de mis ex compañeros se intentaba aparentar una posición de firmeza que no se sustentaba en la realidad. En las condiciones que el MLN-T

se encontraba, pretender poner condiciones políticas, económicas e incluso militares ante un enemigo que ya entonces detentaba parte del poder, solo podía responder a la megalomanía de sus dirigentes. La única condición razonable, el abandono de la tortura, tampoco la consiguió, ya que en la única unidad en que se dejó de torturar fue en el Florida, sede de las negociaciones. En el resto, lo mejor que puede decirse es que disminuyó en intensidad. Sin embargo, analizando en perspectiva ese período puede decirse que en el cortoplacismo en que el MLN-T se movía, algo de beneficio consiguió: poco más de treinta días para intentar reorganizarse, el contacto directo entre dirigentes presos y los que aún estaban en libertad y lo que durante un período posterior se considerará fundamental, a tal punto que modificará la estrategia del MLN-T: la relación con la oficialidad joven, desde tenientes a tenientes coroneles, que llevará a Fernández Huidobro a creer en la posibilidad de peruanizar a un sector del ejército.

Es en esos momentos que se produce un hecho que se convertirá en un tanto a nuestro favor en la partida de ajedrez con Cristi, partida que Cristi jugaba a través de otros interlocutores. A nivel de los mandos superiores estaba elaborada la teoría de que los contactos entre determinados políticos y el MLN-T los convertía en cómplices de la subversión y que por tanto debían ser considerados traidores a la patria. En el subconsciente de esos mandos y en general en la totalidad de las FFAA se consideraba ya que los políticos eran responsables de la guerra desatada y que ellos estaban llamados a imponer el bien. El MLN-T no fue ajeno a la elaboración de esa teoría, asentada sobre bases reales. En ese contexto es que se le ofreció a Méndez una entrevista con Zelmar Michelini, pero que el único objetivo que tenía era el secuestro del militar, con el fin de tenerlo como moneda de canje ante un eventual fracaso de las negociaciones. Ese ofrecimiento fue realizado por Fernández Huidobro y Wassen, quienes se referían a él como el satanazo. Pese a que Tino ya había detallado el Plan Satán, el detalle pasó desapercibido a Méndez. Es una trampa, le dije. Te van a matar.

Fracasadas las negociaciones el MLN-T cometerá uno de los errores mayúsculos que signaron esa etapa. Ejecutarán al coronel Artigas Álvarez, pero no porque dicho militar tuviera un papel destacado en la represión o se sindicara por sus posiciones golpistas: lo eligieron porque era una acción fácil de acometer. Lo

mismo que había pasado con la muerte de los cuatro soldados pasó con la muerte de Artigas Álvarez. La frustración de los militares que de buena fe apostaron por las negociaciones y la rabia y el rencor de quienes preconizaban la destrucción del MLN-T a toda costa condujeron a una nueva espiral de violencia, en este caso unilateral, ya que el MLN-T no tenía ninguna capacidad de responder. Décadas después, tanto Marenales como Sendic, bien directamente o mediante sus panegiristas, acompañados por Fernández Huidobro, Rosencof y Mujica intentarán justificar esta etapa por la necesidad imperiosa de salvaguardar los restos del MLN-T. Precisamente el planteo que, desde el mes de abril, tanto Alicia como yo veníamos preconizando sin éxito...

J. M. —Estamos más o menos en agosto de 1972. El MLN-T casi no existía o no tenía ninguna capacidad de llevar adelante acciones porque el aparato armado y sus integrantes o estaban ya detenidos o huían hacia Argentina en una primera instancia. ¿Cómo se movían los dirigentes entonces?

H. A. P. —De esa etapa, hubo dos integrantes del MLN-T que obtuvieron beneficios en su estatus personal. Me refiero a Fernández Huidobro y Rosencof, quienes habían convencido a los oficiales del Florida que las dos partes combatían por objetivos comunes y que pasarán de ser considerados archienemigos a posibles aliados, con las mejoras materiales en comida y alojamiento que eso trajo consigo. Mientras, la dirección en la calle preconizaba la defensa a ultranza, no caer preso era la consigna, para evitar la tortura y sus consecuencias. Así se dieron más muertes inútiles de militantes que pretendieron enfrentarse a dotaciones artilladas con lo que he llamado pistolitas de juguete. De esa forma, mediante comidas y cenas en el comedor de oficiales, Fernández Huidobro y Rosencof fueron ampliando su grupo de interlocutores y al mismo tiempo consiguieron su mismo estatus para otros detenidos, como Wasen, Manera, Zabalza, Cámpora, Ettore Pierri, Mujica y algunos más que en estos momentos no recuerdo sus nombres, pero de los que tengo constancia. Mientras los dirigentes presos acuerdan con los dirigentes todavía en libertad trabajar junto a un sector de las FFAA en las comisiones de los ilícitos, la militancia del MLN-T, ajena por completo a la toma de las resoluciones, cree seguir trabajando

para la revolución. Consecuentemente, siguen las detenciones, los enfrentamientos, las torturas e incluso las muertes.

Eso no fue así en el Florida, donde tanto los presos como sus captores dieron la guerra por terminada. Así, vencedores y derrotados creen que ante ellos se abre la oportunidad de trabajar juntos para combatir las causas que han provocado todos los males: la corrupción política y económica. El MLN-T aportará la documentación necesaria para que las FFAA —lo más justo sería decir que un sector de estas— lleven a cabo los procedimientos y las detenciones que vengan aparejadas. Se vivieron momentos de euforia entre la oficialidad del Florida. Los presos salían a la calle acompañados por los que habían sido sus torturadores para luchar contra el enemigo común: los corruptos de toda clase y condición... Fernández Huidobro y compañía habían logrado un punto de encuentro con los que hasta tres meses antes eran considerados enemigos irreconciliables, hasta el punto que el mismo Sendic dijera «le vamos a dar a todo lo verde que se mueva», insensatas palabras que demuestran hasta qué punto de irresponsabilidad se había llegado.

Todo fue muy rápido en el Uruguay: tres meses después de pronunciarlas, el mismo Sendic entrará al Florida y saldrá de él custodiado de manera apropiada. Mientras duró la euforia, ante mis observaciones acerca de que cuando los mandos se enteraran de los procedimientos los paralizarían y ellos serían detenidos y sancionados, optaron por dejarnos aislados. El mismo Calcagno trasladó sus pertenencias a otra habitación, para no tener que atender a mis preguntas. El único que por momentos se mostraba receptivo a mis observaciones era Legnani, que evidentemente mantenía con Fernández Huidobro y Rosencof contactos diarios y luego pretendía confrontar sus dichos con mis opiniones. Solo a través de la cocina tenía noticias de las detenciones que se producían acerca de los ilícitos y que los mismos presos participaban de los interrogatorios.

En una oportunidad en que Legnani se acercó a vernos, le manifesté nuestro temor acerca del cumplimiento del acuerdo nuestro. «Eso está fuera de toda duda», fue más o menos lo que dijo. ¿Por qué lo piensa? Porque ahora que van a hacer la revolución con los tupamaros a lo mejor volvemos a ser enemigos, le dije. «No vamos a hacer la revolución, vamos a limpiar de mugre el

país, nada más». ¿Y el Parlamento? ¿Qué van a hacer?, ¿van a dar un golpe? «Eso nunca, nosotros somos legalistas», agregó.

Días después vino Gómez a buscarnos y nos llevó al despacho de Legnani. Junto a él, de civil, estaba el coronel Trabal. Era la primera vez que nos veíamos y toda la conversación giró en torno al funcionamiento de las comisiones. Mantuvimos nuestro punto de vista y las dificultades que a nuestro juicio surgirían y expusimos otra vez los términos del acuerdo. Era evidente que Trabal estaba al tanto de todo, pero su actitud nos pareció ambigua. En lo que se mostró tajante fue en cuanto al cumplimiento: era la palabra de Cristi y eso los involucraba a todos. Ellos estaban para hacer cumplir la palabra dada...

J. M. —¿Es en ese momento que se rumorea que usted había escrito un libro sobre el MLN-T, en el que estaban incluidos los contactos que tenía la organización con buena parte de la clase política?

H. A. P. —Comienzo el libro cuando las negociaciones por la tregua ya han terminado, a principios de agosto de 1972. La idea surgió a raíz de una conversación de mi padre con Selva Pardo, mi maestra de sexto, que era maestra de mi hijo y estaba muy dolida por las acusaciones contra mí. Entre junio y agosto, mi padre no pudo visitarme, por las restricciones de visitas que hubo, con el fin de que las negociaciones por la tregua no trascendieran al exterior y la carta que yo había escrito a la señora Selva, nunca le llegó, porque falleció entremedias. Era una carta muy extensa y en ella yo narraba el desarrollo de mi integración al MLN-T y hacía una relación de sus causas y finalizaba prometiéndole un análisis de las circunstancias que habían conducido a nuestra derrota. Mi padre, al leer la carta, hizo un comentario: «un poco más y le escribís un libro». Yo me quedé con la idea.

Durante todo agosto dediqué muchas horas a escribir. Lo hacía de forma manuscrita, en papel que se usaba para la correspondencia aérea, con una Parker 21 que Graciela Estefanell le había regalado a Alicia y que esta había logrado conservar. Fueron unas sesenta hojas, por una cara. Hago referencia a la Parker y al papel para que quede claro que no fueron hojillas de cigarros ni la letra minúscula. Mi manuscrito está escrito mayormente en tercera persona, porque la idea original era que yo no apareciera siendo el

autor, porque creí que se publicaría estando preso, y lo firmaría algún familiar o allegado. Cuando tengo el libro escrito, pensando en que cuando salga no tendré medios de vida y que las familias estaban en precario, decido intentar publicarlo en Buenos Aires. Mi viejo y mi hermano viajan a Buenos Aires a principios de setiembre y en *Siete Días* les dicen que el tema no les interesa. Mi viejo me lo trae de vuelta el 9 y el 16 se lo lleva a Federico Fasano, junto con la nota.

J. M. —Fasano ha dicho que leyó el original la noche de la entrevista...

H. A. P. —Miente. Fasano lo recibe el lunes 18, lo lee y le contesta a mi viejo que quiere una entrevista y yo planteo en el Florida que un periodista quiere hacerme una entrevista porque va a escribir un libro sobre mí, y nadie se opone. Lo único que me plantearon los capitanes Aguirregaray y González fue que no le comentara nada a Legnani, porque no se lo iban a comunicar. La entrevista fue el 30 de setiembre. Nada tuvo que ver ningún militar en el intento de publicación. Eso forma parte de la historia oficial, que sirvió en su momento para desprestigiarme y que aún hoy (2015) se mantiene, para escarnio de los historiadores, cuando Fernández Huidobro ha reconocido que a partir de las negociaciones por la fallida tregua, los presos del MLN-T, con él a la cabeza, creyeron en la posibilidad del «golpe bueno» que Tralal creía poder instrumentar, y se pusieron a ello con ahínco, visitando a compañeros presos en otras unidades para ganarlos a su causa y dejar aislado a Sendic, quien a esas alturas era el único dirigente que no creía en la palabra de los militares, pero que contaba con la salvaguarda de su vida, por haber participado directamente en las negociaciones, entrando al Florida, por lo menos una vez, el 25 de agosto de 1972, si era detenido por alguna unidad de las adscritas a las comisiones de los ilícitos.

J. M. —Le recuerdo que Sendic fue herido de extrema gravedad...

H. A. P. —Efectivamente, pero la famosa frase «soy Rufo y no me entrego» formaba parte de ese ceremonial, era una especie de contraseña... si en vez del Fusna hubiese sido una unidad de las implicadas en las comisiones de los ilícitos, de inmediato esa Unidad hubiese suspendido el fuego y se daría paso a una negociación

que ya estaba pactada. Pero el Fusna (Fusileros Navales Armada Nacional) no estuvo en las negociaciones... así se escribió la historia. Yo le envié la versión auténtica, reescrita en el 9º de Caballería y que se puede confrontar con la versión incompleta publicada por *En Voz Alta*, utilizando el original que Trabal nunca me devolvió. En el libro yo no digo nada que ya no se supiera por las FFAA. Todo ya había sido puesto en su conocimiento por las declaraciones de los que habían ocupado puestos de Dirección. Lo único que agregaba era la etapa de gestación del MLN-T y los orígenes, que si bien eran aspectos ignorados, no servían a los fines represivos. Fasano se plegó a la teoría de mi traición y mientras fingió interesarse por la publicación me tendió la trampa ya conocida.

Es curiosa la coincidencia que se dió en esos momentos entre el MLN-T y la clase política, enfrentados entre sí, pero unidos para acusarme. Cuando Fasano me comunica su interés por la publicación, solicita entrevistarse conmigo. Por lo menos ya se habían producido una docena de entrevistas de presos del MLN-T con periodistas acerca de las comisiones de los ilícitos y no vi razones para no solicitarla. Calcagno y Méndez no estaban de acuerdo con la entrevista y a Legnani no se le informó de nada. Todo quedó entre dos capitanes del Florida, Aguirregaray y González, quienes decidieron que la entrevista se produciría cuando Legnani, Calcagno y Méndez, por razones de servicio, no estuvieran en el cuartel. Todo el relato de Fasano posterior a la entrevista es falso y a lo único que tiende es a dar forma final a mi condición de traidor.

El mismo día que la entrevista es conocida públicamente soy conducido a la sede de la Región 1 donde soy interrogado acerca del libro y la propia entrevista por Trabal, en presencia de Cristi y Queirolo. No me cansaré de repetir todo lo que se ha magnificado la importancia de los servicios de inteligencia militares, por lo menos hasta ese momento. Ni el mismo Trabal, y por supuesto, ni Cristi ni Queirolo tenían idea de lo que era el MLN-T. De las declaraciones de los detenidos, incluso de la del propio Tino, solo les interesaba lo que tenía que ver con las tareas de represión. En esa reunión me fue evidente que muchas de las cosas que en el Florida se habían fraguado y realizado Cristi las ignoraba, y cuando me preguntaba por alguna cosa que yo mencionaba tanto Trabal como Queirolo me indicaban el sentido en que debía res-

ponderlas. A Cristi lo único que le interesaba era quedar fuera de toda responsabilidad y quedarse tranquilo en cuanto a mi supuesta pretensión de formar otro MLN-T con militares.

Yo era consciente de que Fasano podía hacerme mucho daño induciendo a Cristi a no cumplir el acuerdo, por lo que en toda oportunidad que se me presentó lo mencioné. Tanto insistí que conseguí que Trabal y Queirolo dijeran que estaba fuera de toda duda, llevando a Cristi a dar su asentimiento, pero agregando una nueva condición: si fuera necesaria nuestra declaración ante la Justicia Militar contra los políticos mencionados en el manuscrito. A esas alturas no me podía negar. Al final solo lo hicimos referido a Enrique Erro, como lo hicieron Fernández Huidobro, Rosencof y Mujica, pero solo se han conocido las nuestras, ocultando las de los demás. Nos trasladaron al noveno de Caballería. Trabal se quedó con mi original y allí lo rehice. En el noveno, al principio fuimos visitados por Méndez y Trabal. Por entonces se decía que yo me reunía con militares por los ilícitos y para acabar con las instituciones. Con la torpeza con que siempre se movieron, este asunto se gestionó muy mal y la explicación que se me dio para no desmentir mi participación era que se acabaría reconociendo que las comisiones existían aunque no fuera yo el promotor, que lo era Fernández Huidobro, tal como él mismo lo reconocerá más adelante, pero tanto a Méndez como a Trabal les interesaba contar con nuestra opinión en muchos aspectos, sobre todo lo que tenía que ver con iniciativas planteadas por el MLN-T, por lo que decidimos volver a utilizar a mi padre como correo.

Lo de Fasano había provocado la detención de mi padre y este aceptó hacer de enlace nuevamente siempre y cuando su libertad fuera respetada. A mi padre se le otorgó la misma condición que se les otorgó a quienes participaron en el resto de negociaciones y por extensión a mi familia, lo que me permitió acabar con las acusaciones de colaboradores del MLN-T a mi hermana Ana María y su marido.

J. M. —¿Cuál fue la actitud del Coronel Trabal en todo este proceso?

H. A. P. —Con Trabal discutimos acerca de las posibilidades teóricas de un «golpe bueno» que asumiera algunas de las reivindicaciones del MLN-T planteadas cuando las conversaciones por la

tregua y que acarrearía una amnistía para los presos sin delitos de sangre, amnistía que nos evitaría abandonar Uruguay y formar parte de un gran acuerdo nacional en el que participarían políticos de todas las tendencias que no estuvieran implicados en ilícitos, ex integrantes del MLN-T y en el que él actuaría como gestor de buena voluntad. En nuestro caso él ya se estaba encargando de informar al MLN-T de que nada teníamos que ver en su derrota. Era evidente su interés por involucrar a Ferreira Aldunate, al que consideraba imprescindible. De la misma forma, pensaba que era necesaria una entrega simbólica de Sendic, para integrarse a dicho acuerdo. Creo, aunque no haga falta decirlo, que Trabal era un iluso. No volvimos a encontrarnos hasta mayo de 1973, en la reunión del IMES (Instituto Militar De Estudios Superiores), por el tema del desafuero de Erro.

J. M. —¿Cuáles fueron las consecuencias del desafuero de Erro?

H. A. P. —El desafuero de Erro hizo que desde varios sectores se me acusara de haberlo provocado, ocultando los testimonios de los demás presos. Mi condición de traidor al MLN-T valía para todo, incluso para los políticos, que para negar su vinculación con la guerrilla se aferraban al mismo sambenito de la traición y cayendo así en una contradicción evidente: si el MLN-T pretendía socavar el sistema político imperante al que los involucrados se jactaban de defender, mi traición al MLN-T me convertía automáticamente en su aliado, aspecto que tanto Wilson Ferreira como Jorge Batlle y toda la cuadrilla que les hacían coro dejaban prudentemente de lado. Se decía también que en pago a mi traición había abandonado el Uruguay y se hacían cábalas respecto del momento en que lo había hecho.

A través del Jefe del 9 ° el General Cristi me hizo saber su deseo de mi presencia en el IMES para ser preguntado por los políticos acerca de mi manuscrito y con mi presencia desmentir los rumores. Yo no me negué, ya que nada tenía que ocultar. La tarde del 7 de mayo fui conducido al IMES, donde me esperaba Trabal, quien visiblemente nervioso y contrariado me informó que Cristi había redactado un comunicado para ser leído por mí ante una cadena de radio y televisión, lo que no estaba dentro de lo previsto... En dicho comunicado se decía que yo había pertenecido al MLN-T y que este era un grupo de traidores a la patria, secuestrado-

res y asesinos y que contaba con el apoyo de varios legisladores cómplices, pero que yo no era el autor del manuscrito. Esto no lo leo, le dije a Trabal. «Pues al Viejo —por Cristi— no le va a gustar», me respondió, «lo escribió él, personalmente». Pues que venga y lo lea él le dije, yo, no. Se fue al teléfono y me hizo señas de que me pusiera. Cristi estaba histérico y me amenazó con enviarme a los barracones si no lo leía. Usted verá, le dije. Me está poniendo en una situación absurda por exagerada. Lo más que puedo hacer es reconocer que todo lo que digo es verdad. Pero nada más. Yo he cumplido con mi parte y ni usted ni nadie me puede exigir nada. Trabal oía mis palabras agarrándose la cabeza y cuando le pasé el tubo estaba más nervioso que yo. «Te tengo que convencer», me dijo después de colgar. «Es una orden que tengo», agregó. «Si esto sale bien, la semana que viene estás fuera». Vos sabés que el Viejo se embala solo, acordate lo del túnel, fue mi respuesta. Yo tengo que estar fuera porque es lo que acordamos, y ni el Viejo, ni vos ni nadie me puede exigir más.

Por la ventana pude ver cómo los legisladores iban entrando a una sala cercana. Trabal volvió al teléfono y me hizo señas para que me acercara. «Lo he intentado, mi general, pero me dice que no, que no lo lee», oí que decía. Cuando colgó me dijo: «me tenés que echar una mano con el Viejo, está rabioso. Cuando acabemos te tengo que llevar a la Región». Fuimos a la sala y allí me esperaban. Entré sin saludar y me senté en una silla que Trabal me indicó. Se creyeron que yo era un pobre desgraciado y que me correrían a ponchazos. Poco tardaron en darse cuenta que no sería así. No negué en ningún momento la autoría del manuscrito y respondí una por una a todas las preguntas. Especialmente belicoso estaba el Senador Dardo Ortiz, quien en varias oportunidades me llamó traidor. Si yo fuera un traidor usted tendría que estarme agradecido, fue mi respuesta. Por fin, se le ocurrió hacerme escribir la frasecita famosa. Dardo Ortiz llevaba una fotocopia de mi nota a Fasano y de inmediato la cotejó con mi letra. «¡Es la misma, es la misma!» gritaba. Claro que es la misma, las dos son mías. No lo niego, le contesté. A los gritos de Ortiz llegó Trabal, quien pretendió que le entregaran lo que yo había escrito, sin conseguirlo. Mientras me enfrentaron a los micrófonos y las cámaras Trabal habló con Cristi, quien le ordenó conseguir ese papel como fuera, ya que quedaba demostrado que el manuscrito existía y que yo era

el autor. Al final, desistieron de la idea. Ante las cámaras estuve unos segundos, los suficientes para satisfacer el morbo. Camino a la Región, Trabal se lamentó varias veces de que le hubiera hecho caso a Dardo Ortiz y le escribiera la frasecita. «Tendría que haberlo impedido», repetía una y otra vez. «El Viejo me cortará los huevos, tenés que hacerme un favor, decíle que lo hiciste».

J. M. —¿Cómo terminó el episodio?

H. A. P. —Le dije a Trabal que no se preocupara. Le diré que le pasé la nota por debajo de la mesa, que te engañé a vos también. Antes de ir al despacho del General Cristi pasamos por la cantina. Los dos necesitábamos un trago. Cristi estaba sentado en su escritorio y ni siquiera respondió al saludo protocolario de Trabal. A mí me recordó mi condición de preso y que como tal debía cumplir lo que se me ordenara y que él era quien daba las órdenes. Siguió despotricando durante unos minutos contra mí, hasta que se hartó y se la agarró con Trabal, quien soportó a pie firme y cuadrado como manda el reglamento la retahíla de desvalorizaciones, algunas verdaderas estupideces que salieron de la boca de Cristi. Ver a un hombre de la inteligencia y capacidad intelectual de Trabal soportar las vejaciones de un estúpido ignorante como Cristi daba pena. Nunca creí en la disciplina impuesta por el peso de los galones, en ningún orden de la vida, pero si algún resquicio me pudiera quedar, recordar aquella escena lo anula de inmediato. Como pude, metí baza en lo referido a lo de Dardo Ortiz. Lejos de calmarse, Cristi me ordenó callar y me llamó rata de cloaca. Y usted es un hijo de puta, le contesté, al tiempo que agarré una granada que estaba sobre la mesa. Cristi se cagó hasta los pelos y se me quedó mirando, agarrado al sillón, mientras yo pasaba la granada de una mano a la otra y así varias veces. Por fin, la dejé otra vez sobre el escritorio.

Años después, en uno de los libros que se han publicado y que ahora no puedo recordar, alguien relata esos momentos, pero lo hace de forma parcial, ocultando lo de la granada. No creo que el que hizo el relato haya sido Cristi, así que tiene que haber sido Trabal el que lo hizo, pero a estas alturas es imposible saber si la omisión es responsabilidad de Trabal o del autor del libro. Me inclino por esto último. En el viaje de vuelta al noveno Trabal me preguntó si realmente pensé usar la granada. Ni loco, le dije.

Solo quise echarle el freno. Vos le tendrás que aguantar lo que sea, pero yo, no. Con sus estupideces sobre mí en los comunicados les hace el juego a quienes me acusan y así dale que dale, llevamos un año. Yo era boleta y lo tenía asumido. Mi estatus me lo dieron ustedes, yo no lo pedí, así que a joderse, que hasta ahora el único jodido soy yo. «Ya lo sé», fue su respuesta, «si por mi fuera te ibas mañana mismo...»

Eran más de las 11:00 h de la noche y no habíamos comido nada desde el mediodía. La cocina del noveno estaría cerrada, así que paramos en Larrañaga y Gral. Flores a comprar asado. En el cuartel Alicia estaba esperándome. Me había visto por televisión en el casino de oficiales, pero ignoraba todo lo demás. Trabal y yo le contamos lo sucedido mientras comíamos, sin omitir detalles. Alicia planteó la necesidad de que nuestra situación se resolviera lo más pronto posible. «Si por mí fuera, se iban mañana mismo», dijo Trabal. ¿Sabés quién nos va a hacer los documentos?, le pregunté. «Yo», me respondió. ¿Y entonces por qué no los hacés?, continué. «Si no decís nada, mañana mando a hacerles las fotos», fue su promesa. Efectivamente, al día siguiente por la tarde apareció el capitán Lucero, acompañado de un civil que traía un bolso con todo lo necesario. En una oficina hicimos sitio para ubicar las tablillas con los números de identificación y nos hicimos las fotos. Entregamos los nombres que habíamos elegido y tres días después mi padre nos trajo las cédulas, credenciales y pasaportes.

Cuando cinco meses después Cristi se decidió a cumplir la parte del acuerdo que le correspondía y envió a hacernos las fotos para la documentación, no dijimos nada y nos pidieron los nombres que íbamos a usar. Les dimos otros, y cuando nos los entregaron —el propio Cristi los llevó al noveno— ya teníamos decidido que usaríamos los de Trabal, por una razón de confianza. El día 12 de octubre supimos que al día siguiente nos marchábamos. Hicimos avisar a mis padres y el 13 comimos con ellos, para despedirnos. Por falta de tiempo nos marchamos sin despedirnos de la familia de Alicia, los que estuvieron avisados telefónicamente. Mis padres supieron que los encargados de trasladarnos eran Queirolo y Méndez, quienes nos merecían total confianza. Hicimos el viaje hasta Rivera en un Fiat amarillo conducido por Queirolo y allí nos separamos. Cenamos en Rivera y pasamos la frontera hacia Brasil, donde pasamos la noche. Alicia miró atrás, como despe-

dida. Yo no lo hice y me prometí que nunca volvería. El 14, muy temprano, en ómnibus, salimos hacia San Pablo, adonde llegamos el 15 por la mañana. Compramos los billetes en Varig para salir de Congonhas a las 22:00 h de ese mismo día. Pasamos la tarde en una pensión, porque estábamos molidos. A las 7:00 h de la tarde abandonamos la pensión y empezaron nuestros problemas: conseguir un taxi al aeropuerto. Tardamos más de una hora en hacernos con uno y cuando le dijimos al taxista a Congonhas nos preguntó la hora de salida del vuelo. «No llegaremos», nos dijo. «Hay atasco». Acostumbrados a Montevideo, San Pablo fue apabullante. Afortunadamente Varig tenía un atraso enorme y embarcamos sin dificultades. La escala en Río fue bastante breve y aterrizamos en Madrid el 16 a las 15:00 h de la tarde hora española.

J. M. — En el funcionamiento interno del MLN-T en la clandestinidad, ¿cómo fue la relación entre los hombres y las mujeres?

H. A. P. —El MLN-T se formó en una sociedad machista y todos los que lo integramos lo éramos, sin distinción de género. Los hombres expresamos ese machismo de dos maneras: los que consideraban a las mujeres incapaces de asumir las mismas responsabilidades, las consideraban inferiores y las desplazaban a puestos secundarios, y los que aunque no las consideráramos inferiores adoptábamos hacia ellas una actitud paternalista, intentando protegerlas. La mayoría de las mujeres mostraron su machismo por la aceptación de su situación de inferioridad y otras, en número reducido, usaron sus atractivos físicos como instrumento político. Muy pocas se rebelaron contra su situación y debieron soportar críticas de todo calibre, incluso en la etapa posterior a la dictadura la situación de las mujeres fue de inferioridad. Parte de esa situación se muestra en *Las Rebenas* (Marisa Ruíz y Rafael Sanseviero) donde se exponen algunas vivencias muy particulares que aunque no pueden ser generalizadas, son reflejo de una forma de pensar y de actuar.

J. M. —¿Esto que me afirma se daba en la totalidad de la organización? ¿Se medía a todos por igual? ¿Existía un *protocolo* en ese sentido?

H. A. P. —No, había un doble rasero con que se midieron las relaciones afectivas y sexuales de unos y otras. Así mientras a Sen-

dic se le aceptaron múltiples, a una compañera se le cuestionó seriamente por tener a su marido preso y otro compañero dentro de la organización. Se la cuestionó solo a ella cuando lo mismo se daba por docenas. Aunque no fue una regla establecida dada la situación de precariedad que la clandestinidad imponía, se consideró conveniente evitar los embarazos. En aquellos tiempos, la inmensa mayoría no sabíamos casi nada de sexualidad, ni de anticonceptivos y se produjeron embarazos no deseados... Curiosamente, aunque para que ese embarazo se produjera, era necesaria la participación de macho y de hembra, subliminalmente esta era culpabilizada como si el macho no hubiera tenido ninguna responsabilidad. Algunas compañeras decidieron abortar conscientes de la responsabilidad que la maternidad en la clandestinidad les reportaría, mientras que otras, ejerciendo la misma libertad de elección, decidieron lo contrario. No había un protocolo único.

J. M. —¿Pero el machismo se expresaba solo en las relaciones afectivas?

H. A. P. —No. Otra expresión de machismo fue la serie de trabas con que las mujeres se enfrentaron para integrar los organismos de dirección, con algún caso verdaderamente sangrante como fue el veto impuesto a Alicia Rey Morales, militante con una experiencia extraordinaria para integrar el Ejecutivo, por el simple hecho de haber llorado al conocer mi detención en julio de 1970, pese a que era mi fantasma. Desde luego que tanto la prensa como la misma policía daban muestra del machismo imperante, adjudicándonos a los hombres responsabilidades de todo tipo, sobre todo en las acciones armadas y que habían sido planificadas y ejecutadas por mujeres.

J. M. —Quiero saber su opinión sobre algunos de sus ex compañeros. Acerca de Raúl Sendic.

H. A. P. —Lo conocí en 1964, cuando la segunda marcha de UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas). Fue el impulsor y el aglutinador en los momentos iniciales, cuando el Coordinador. Su prestigio estaba basado en el trabajo sindical con los arroceros y en UTAA se vio amplificado por su situación de clandestino y lo convirtieron ya desde los inicios en el principal referente histórico del MLN-T. Cuando la primera detención de Manera, ocupé el

lugar de este y me convertí en su acompañante en las reuniones con la dirección del Partido Socialista así como en los varios viajes que realizó por el interior, fundamentalmente a Rivera y Paysandú. Compartí enterraderos con él durante muchos meses y he podido comprobar cómo su práctica desmentía las teorías acerca de la seguridad y la compartimentación, lo que provocó algunos enfrentamientos internos que nunca se trataron con la seriedad que correspondía. Son cosas del Bebe, se decía, como si esas cosas no fueran importantes. Cuando compartimos el Ejecutivo entre octubre de 1968 y julio de 1970, nuestras discusiones acerca de la aplicación de las decisiones adoptadas fueron constantes. Iba por libre, aplicando las decisiones como quería. Años después, su libre albedrío se calificará como *autonomía táctica*, la que nunca existió en el MLN-T.

J. M. —¿Esta opinión debemos tomarla para todas las acciones del MLN-T y llevadas adelante por toda la estructura?

H. A. P. —No. El desarrollo de la Columna 15 fue netamente superior y casi monopolizó el accionar del MLN-T y esas acciones contaron siempre con el aval político de la Dirección, ya que se encuadraban dentro de su estrategia. Por consiguiente, Sendic participó en todas las decisiones cuya puesta en práctica correspondió a la Columna 15. Esta circunstancia se ha pretendido ocultar o por lo menos disimular para hacer aparecer a Sendic como el impulsor de una corriente antimilitarista que nunca existió, tal como lo reconoce Zabalza en su carta a Carlos Caillabet en abril de 1995. Es el autor de las *30 Preguntas a un Tupamaro* en que su posición con respecto a la lucha armada queda bien definida. Fue responsable directo de la división creada en el seno del MLN-T desde antes de El Abuso, la fuga de la Cárcel de Punta Carretas, elaboró junto con Zabalza, Mansilla, Picardo y otros de menor renombre, los planes Tatú y del Segundo Frente, planes que también desmienten su pretendida posición antimilitarista.

J. M. —¿Sobre el libro *Sendic* del periodista Blixen, qué piensa?

H. A. P. —Yo afirmaré en la supuesta biografía escrita por Blixen. Hay, por lo menos, 350 mentiras, casi una por página. Se le adjudican acciones en las que no participó y se le atribuyen medidas organizativas en las que no intervino más que de

forma pasiva, con el fin de hacerlo aparecer como un dirigente excepcional. Para ello se ha ocultado que todo el accionar del MLN-T entre diciembre de 1971 y julio de 1972 está encuadrado dentro de los planes militares fraguados por él y por Fernández Huidobro, impuestos luego de la campaña de acoso y derribo del Ejecutivo y que incluyeron acciones como la Comisaría de Soca, las del 14 de abril de 1972, la muerte de los cuatro soldados el 18 de mayo del mismo año y la muerte del Coronel Artigas Álvarez, al tiempo que se pretende dejarlo fuera del asesinato de Pascasio Báez Mena, ocultando que la tatucera era de la columna que él dirigía, y al mismo tiempo hicieron caer toda la responsabilidad sobre Manera y Bassini... también se han olvidado sus palabras «le vamos a tirar a todo lo que es verde», referidas por Marcelo Stefanell, pronunciadas por Sendic cuando ya estaba decidido a enviarme a ser detenido.

J. M. —¿Puede darme un ejemplo de lo que dice?

H. A. P. —Tengo escrito un análisis detallado del libro, y ahí señalo cada una de las mentiras de Blixen y pongo las cosas en su sitio. Ahora, de memoria, recuerdo dos cosas que me parecen sintomáticas: dice que Sendic comandó el grupo de apoyo en la financiera Monty... allí no hubo grupo de apoyo ni nada que se le parezca: llegamos andando y andando nos fuimos, entre la gente, por 18 de julio, y el otro, que me parece fundamental y que deja bien a las claras su supuesta condición de estrategia. Supongo que recuerda que entre los fundamentos del Segundo Frente se decía que era necesario implantarlo para conseguir que las FFAA rebajaran la represión sobre Montevideo. Bueno, resulta que lo que se consiguió fue que toda la estructura conseguida en el interior, bien poca, por cierto, se fuera al carajo y que entonces Sendic aceptó integrarse al Ejecutivo para en Montevideo poner en marcha un plan de acciones que rebajara la presión sobre el interior.

J. M. —Eso que usted dice es muy grave.

H. A. P. —Pero no lo digo yo, lo dice Blixen, así como narra todas la peripecias sufridas por los militantes, perdidos y desconectados, pese a que según Sendic, Zabalza y compañía, el Tatú era la panacea, con el Tatú iban a desarrollar no solo la guerra, sino que iban a politizar el campo, cosa de locos... absolutamente nulo en

lo organizativo, fue el responsable de haber llevado adelante su tan ansiado Segundo Frente sin armas, sin municiones y sin gente preparada para ello.

J. M. —Planteadas así las cosas parece que sus críticas al Segundo Frente no iban descaminadas.

H. A. P. —Claro que no, pero yo no era el único que opinaba así, medio MLN-T lo pensaba, por eso dieron el golpe del 16 de marzo. Le digo más: pese a que a pedido de los mismos presos de Punta Carretas, yo era el responsable de la fuga que culminó el 12 de abril, intentó confeccionar una lista de fugados en la que yo no aparecía... lo dice Aníbal De Lucía, no me lo inventé yo, y lo que nadie dice es que participó en las negociaciones del «golpe bueno», las que incluían su detención mediante un procedimiento planificado de mutuo acuerdo, mientras en la calle y los cuarteles se seguía matando y torturando a compañeros.

J. M. —Le pongo otro nombre: Fernández Huidobro

H. A. P. —Siempre tuvo una gran capacidad para adaptarse a los vaivenes internos para los que tuvo siempre una justificación ideológica, basándose en fragmentos extraídos fundamentalmente de libros de Lenin. En lo interno tuvo el mérito de intentar adaptar en su sector los criterios organizativos de la Columna 15, pero los fallos de integración masivos que desembocaron en la formación de la microfacción se lo impidieron. Encargado de pasar a papel las ideas de Sendic, las hacía suyas de inmediato, apoyándolas de manera entusiasta, pero sus carencias organizativas le impedían ver que muchas de las propuestas de Sendic eran bien irrealizables o significaban un cambio de estrategia para las que el MLN-T no estaba preparado ni las condiciones políticas y geográficas de Uruguay lo permitían... Cómplice de Sendic en la campaña de acoso y derribo del Ejecutivo en 1972, es el autor intelectual del plan Cacao, plagiando a los argelinos y autor también de los planes Hipopótamo y el llamado del 72, que están en la génesis de la debacle. Tras su detención elaboró un informe acerca de las relaciones políticas y militares del MLN-T que no ha sido posible ubicar, contrariamente a otro que ha sido conocido con el nombre de *Evaluación A-1 II* firmado por el Jefe del Departamento II del Estado Mayor del Ejército, aunque se omitió la firma y el nombre y en el que Fernández

Huidobro informa de las características personales de 44 militantes y ex militantes del MLN-T.

J. M. —¿Desde su punto de vista es un colaborador?

H. A. P. —Yo no voy a calificarlo. Voy a contarle algo que muchos saben pero lo ocultan: en junio de 1972 entendió que la derrota era inapelable y decidió salvar los muebles, para lo que convenció al Jefe del Florida de la necesidad de parar la guerra, intentando conseguir una tregua en la que él se comprometía a conseguir la rendición incondicional del MLN-T, con entrega de dirigentes y armas incluidas, a cambio de conseguir una consideración jurídica para los presos que apoyaran la medida y que no estuvieran involucrados en delitos de sangre. En tales circunstancias, Wassen le manifestó su responsabilidad en la caída de la Cárcel del Pueblo, siendo él el encargado de comunicarlo al exterior. La respuesta que recibió por parte de Sendic fue: «vamos a dejar las cosas como están», señal evidente que la decisión acerca de acusarme a mí estaba decidida de antemano. Antes de que Fernández Huidobro recibiera la consigna de Sendic, Alicia Rey Morales, todavía detenida en la Jefatura, a pedido de los propios presos iba a participar en las negociaciones, prueba evidente de la confianza que se depositaba en ella, lo que quedará sin efecto tras la consigna. Armando Lessa, uno de los miembros del oligopolio de la desinformación, dice que Fernández Huidobro fue protagonista fundamental del desarrollo del MLN-T y de muchas de sus principales acciones, cuando la realidad indica todo lo contrario. Está considerado un estratega del MLN-T, pero no tuvo en cuenta al confeccionar la lista de presos que se beneficiarían de la rendición, que estaba señalando —eso sí, sin mala intención, faltaría más— a quienes eran responsables de los delitos de sangre. También sin mala intención le relató a Calcagno que Engler le propuso pegarle un tiro y huir, aprovechando que Calcagno estaba dormido, en una de las salidas realizadas.

J. M. —¿Usted dice que Fernández Huidobro se comprometió a conseguir la rendición incondicional del MLN-T?

H. A. P. —Sí, pero Fernández Huidobro no contó con que la esquizofrenia de Marenales y Sendic estaba desorbitada y su propuesta de parar la guerra fracasó porque el MLN-T quiso poner exigencias políticas que no podían ser aceptadas ni por las FFAA

ni por el gobierno y que culminarán con la muerte de Artigas Álvarez. Inasequible al desaliento, convencerá a los oficiales del Florida de que existían puntos de concordancia entre el MLN-T y ellos, lo que dará inicio a las comisiones de los ilícitos, dándose la circunstancia de que los presos salían a la calle conduciendo vehículos requisados al MLN-T o a sus colaboradores, llevando como acompañantes –eso sí, compartimentados– a oficiales de esa unidad, para ir juntos a locales todavía del MLN-T a la búsqueda de documentos contra la corrupción. En tales circunstancias coincidió con otro conspirador, el Coronel Trabal, que también aspiraba a ocupar un puesto relevante en la historia y juntos pergeñaron la idea del «golpe bueno» en la que terminarían involucrando a Ferreira Aldunate. En 1994 junto con Marenales, criticó la falsa versión de mi manuscrito de 1972 publicado en *Mate Amargo* lo que evidencia claramente la calidad moral de ambos, ya que dicha falsificación fue pergeñada por Trabal con el conocimiento de ellos y la complicidad de Ferreira Aldunate.

J. M. –Voy a darle otro nombre: José Mujica...

H. A. P. –Aunque su militancia se remonta a los primeros años, siempre ocupó puestos secundarios por lo que la calificación de dirigente histórico que se le atribuye carece totalmente de fundamento. Píriz Budes, en su extensa documentación ni siquiera lo menciona. Será a raíz de su participación en la intentona de tupamarización de un sector de la oficialidad que su personalidad contradictoria lo convertirá en otro interlocutor posible, dada su capacidad para mantener conversaciones y procurar acuerdos con interlocutores que mantenían posiciones encontradas. Lo de *como te digo una cosa, te digo la otra* viene de muy lejos.

Después de 1985 se postuló como el palito de la colmena, sabedor de que la responsabilidad que sus compañeros rehenes habían tenido en la debacle los dejaba fuera de juego. Ante mi reaparición en el año 2013 y la publicación de mis cartas, fue partidario de reconocer lo erróneo de la acusación y adjudicársela a Sendic, el que ya fallecido, no tendría nada que objetar. No contó con el apoyo de ninguno de sus camaradas y por tanto no admitió públicamente mi afirmación de que Alicia Rey Morales se entregó para hacer posible su escapatoria. Temeroso de que continuara con la divulgación de hechos que contradecían la historia oficial, intentó por

su cuenta lograr un acercamiento mediante un mensaje de Fasano que divulgó *El Observador* y *LR21* el 5 de junio de 2013.

Posteriormente el 22 de junio lo intentará personalmente en *LR21*, en que vuelve a llamarme compañero y donde evita llamarme traidor y relativiza mi importancia en la derrota del MLN-T. De toda la vieja guardia Tupamara, por su simpleza filosófica es el único capaz de reconocer públicamente la falsedad de las acusaciones, tal como le reconoció personalmente a un allegado mío en un acto en Florida, hace menos de un año.

J. M. –Hombre sin duda muy discutido el ex presidente (2010-2015). Le agrego otro nombre: Julio Marenales.

H. A. P. –Yo no voy a opinar sobre Mujica gobernante, porque no me incumbe. Dije en alguna ocasión que es honrado pero que no es honesto, porque se ha beneficiado de circunstancias que él sabe perfectamente que son falsas. Él mismo ha reconocido que está atado, constreñido por las circunstancias que lo rodean.

Pero vamos a Marenales... ingresó al Movimiento Tupamaro cuando todavía existían tensiones internas en el Coordinador y el grupo proveniente del Partido Socialista, a instancias de Sendic pretendía convertirse en el más activo para demostrar con hechos quiénes estábamos dispuestos a hacer la revolución y quienes no. Impulsivo y dueño de un amor propio exagerado, fue detenido en la primera operación en la que participó para que no se pensara que había sentido miedo, cuando todo indicaba que lo mejor era abandonar el banco, lo que hizo que él y su acompañante, Alberto Jiménez fueran detenidos.

Gran artesano, fue fundamental en el desarrollo del sector servicios y en el montaje de la infraestructura de El Abuso. Muy individualista y esquemático, su carácter centralizador le impidió transmitir la experiencia que indudablemente poseía, por lo que se convirtió en un freno para el desarrollo. La dupla Manera-Marenales fue el paradigma de lo que dio en llamarse proletarización durante el segundo semestre de 1967, tras la detención de Nell Tacci y que trajo aparejada la desaparición de toda la infraestructura montada en los balnearios. Después de El Abuso asumió las responsabilidades que se le adjudicaron, pero no dejó de ser un esquemático individualista, lo que lo hizo incapaz de comprender

la importancia del trabajo en equipo y el estilo de trabajo descentralizador que el MLN-T había adoptado.

Esta circunstancia y la desconfianza que siempre manifestó ante las compañeras y ante los más jóvenes en general, lo fueron acercando de forma continuada a las actitudes divisionistas de Sendic y Fernández Huidobro, de los que acabará siendo el mejor aliado, avalando la puesta en marcha de la reestructuración decidida el 16 de marzo de 1972 y los planes consecuentes, generadores de la debacle. En la etapa posterior al 14 de abril, su actitud fue contradictoria, ya que reconoció la situación de caos en que se encontraba el MLN-T, pero se negó a admitir la necesidad de un repliegue táctico, lo que admitirá posteriormente en el mes de junio, cuando ya la situación era irreversible. Entretanto acompañó a Sendic en la descabellada decisión de tirarle a todo lo verde, reafirmando así su idea de que era necesario que la sangre corriera por las calles al nivel de las veredas. Metodológicamente enfrentado conmigo, personalizó en mí la frustración provocada por la debacle que le había vaticinado y fue el promotor de la acusación acerca de mi traición. Conocedor desde 1972 de la responsabilidad de Wassen en la entrega de la Cárcel del Pueblo, recién lo admitirá públicamente en el año 2009, por lo que la falsa acusación la mantuvo 37 años.

J. M. —Sobre la detención de Marenales, ¿qué nos puede decir?

H. A. P. —Yo estuve presente en el momento de la detención de Marenales, pero los hechos fueron diferentes a como los cuenta la historia oficial. El Capitán Luis Aguirregaray es el que iba al mando del vehículo en el cual me llevaban a ver a mi madre, que tenía una flebitis. Como todos los que eran transportados en un camello al juzgado o al hospital, se nos vestía de soldados con una chaqueta y un pantalón caqui puestos encima de la ropa para que no se supiera que iban detenidos en ese vehículo. En esos momentos se estaban produciendo las negociaciones por las comisiones de los ilícitos con oficiales de diferentes unidades, pero fundamentalmente a iniciativa de la gente del Florida. En esas reuniones habían estado cara a cara Engler con Calcagno y Martínez Platero con Aguirregaray. Se habían adjudicado entre ellos inmunidades recíprocas, es decir, si se encontraban en la calle, mirarían para otro lado.

En una de las reuniones que participaron Engler, Fernández Huidobro y Calcagno, Engler le dijo a Fernández Huidobro: «mirá, estas reuniones no valen nada, lo que tenemos que hacer es pegarle un tiro a ese hijo de puta y vos no volvés al cuartel». Fernández Huidobro tuvo la buena idea de contarle a Calcagno lo que Engler le había dicho. Él creía en esa época que convertiría en revolucionarios a un sector de la oficialidad. Calcagno se lo dijo a los oficiales del Florida y Aguirregaray, que era muy amigo de Calcagno me dijo: «lástima que este hijo de puta de Engler tiene inmunidad, porque lo he visto por la calle, lo veo todos los días por Larrañaga...» Me mostró una foto que me dijo era de Engler, entrando en la casa que se conocía como La Paraguaya y tomada con teleobjetivo desde un auto estacionado en la misma calle Sevilla, cerca de Tabobá. Ese día Aguirregaray, camino de mi casa, me llevó adonde decía que solía ver a Engler y me dijo: «mirá, ahí viene y se bajó del camello para decirle: no te detengo porque sos Engler». Pero el que venía no era Engler, era Marenales y cuando yo ví que era Marenales y que Aguirregaray se baja a hablar dije: no es Engler, es Marenales, lo va a matar. Entonces el sargento que iba a mi lado se tiró metralleta en mano y se enfrentaron. Estuve, pero no lo marqué.

J. M. —Lo voy a sacar momentáneamente de la interna del MLN-T, para conocer su opinión y el trato que tuvo con el Coronel Ramón Trabal.

H. A. P. —«Yo tengo más enemigos que vos», me dijo un día. Había cierto retintín de orgullo en el tono de su voz. Recordé esa frase cuando leí la noticia de su muerte en París. Habíamos pasado juntos la tarde del 7 de mayo de 1973 en la sede del IMES, en el Prado, porque se decía que yo estaba fuera del país y a Cristi se le ocurrió hacerme entrevistar por una Comisión del Senado y que diera después una conferencia de prensa para leer un comunicado de puño y letra en el que calificaba al MLN-T de banda de asesinos al servicio del comunismo internacional como ya le expliqué. Mi negativa fue paralela al comienzo de mis problemas y también los del Coronel Trabal. Yo me había jugado mi libertad y mi vida y Trabal su ascenso. Dos insensatos. Tan insensatos que allí estábamos sentados en una mesa en una parrillada, todo porque el Viejo no dejó abrir la cantina de la Región para darnos de cenar

y en la cantina solo había botellas, por lo que un par de grapas que nos tomamos nos hicieron perder el poco sentido común que nos quedaba después de tanto ajetreo. Nos habíamos visto por primera vez el mismo día que se conoció la entrevista con Fasano y fui conducido a la sede de la Región Militar No. 1 donde me interrogó acerca del libro y la propia entrevista, en presencia del General Cristi y del Coronel Queirolo. No me cansaré de repetir todo lo que se ha magnificado la importancia de los servicios de inteligencia militar por lo menos hasta ese momento. Ni el mismo Trabal y por supuesto que ni Cristi ni Queirolo tenían idea de los que era el MLN-T. De las declaraciones de los detenidos, incluso de las del propio Tino, solo les interesaba lo que tenía que ver con las tareas de represión.

J. M. —Pero Trabal era el jefe de la Inteligencia Militar...

H. A. P. —Sobre Trabal se ha escrito mucho y todos lo que han hecho aportan datos que aislados pueden ser ciertos, pero que se contradicen con otros que también parecen ciertos. También se aportan datos que no tienen nada que ver con la realidad, como que fue el creador de los escuadrones de la muerte. ¿Que era un hombre brillante intelectualmente? Sí, lo era si se lo compara con el resto de los mandos, pero no más que muchos de los que tuvo enfrente y algunos de los que tuvo a su lado, como Queirolo y Legnani. Todo lo que se dijo y se sigue diciendo acerca de la capacidad de los servicios de inteligencia es un puro invento: hasta el 14 de abril, Trabal tomaba mate en su oficina, igual que el resto. Lo que le pasó a Trabal fue que muchos de los planteos políticos del MLN-T le resultaban válidos, porque conocía la corrupción desde el otro lado, desde el lado de quienes la practicaban. Era un conspirador nato, un maniobrero total y se creyó que podía con todo y con todos. Era un narcisista absoluto y cuando en julio de 1972 conoció a Fernández Huidobro, encontró su alma gemela.

Yo en esa época no lo conocí, porque mis contactos eran Queirolo, Legnani y Méndez, pero después me confesó que había tenido en cuenta mis opiniones. A partir del IMES nuestra relación fue mucho más estrecha y me atrevo a afirmarle que era un poco iluso. En esa época él ya sabía que nunca sería general... Se creyó que el peso de la oficialidad joven estaría de su lado y la cagó, porque en cuanto los viejos los apretaron, lo dejaron solo. Por

eso buscó el apoyo de Ferreira Aldunate y Fernández Huidobro le hizo creer que a través del MLN-T, la CNT apoyaría el golpe. La CNT, el MLN-T y el Partido Comunista apoyaron los Comunicados 4 y 7 porque se creyeron que era la forma de parar el golpe que se venía... con un «golpe bueno». «Quédense», nos decía. Estás kolinos, le respondíamos, te van a colgar de las pelotas.

J. M. —Estando en Madrid, se entera del asesinato del Coronel Trabal en París...

H. A. P. —Por noticias de prensa nos enteramos de la muerte de Trabal en París. En esos momentos supimos que ocupaba el cargo de agregado militar en la embajada uruguaya y dimos por supuesto que quienes lo habían matado eran miembros del MLN-T. Luego, ya pasados algunos años y habiendo hecho recuento y recopilación de tantos y tantos recuerdos, he llegado a la conclusión de que quienes lo ejecutaron fueron los mismos que convirtieron en rehenes a quienes llevaron la voz cantante en las negociaciones entre el MLN-T y los militares que creyeron que era posible un «golpe bueno». No deja de asombrarme que haya aceptado un cargo que prácticamente era una degradación y la absoluta falta de seguridad con la que vivía. En mi relación con él, en algún momento le manifesté mi convencimiento de que sus ideas estaban más cerca del MLN-T que de la rosca a la que servía y a veces lo admitía. Creo que el MLN-T también opinaba así, por lo que lo descarto como su ejecutor y que él conocía esa situación. Le reitero lo que le dije: sigo pensando que políticamente fue un ingenuo al que le tocó en desgracia ocupar un puesto para el que no estaba preparado.

J. M. —Sus famosas carpetas desaparecieron de todos los ámbitos que él frecuentaba. ¿Usted sabe que estando en París, hizo varios viajes a Suiza para investigar cuentas bancarias numeradas de distintos uruguayos, entre los cuales estaban sus camaradas de armas? Uno de sus subordinados en el Servicio de Inteligencia me comentó que una de esas carpetas llevaba como contenido todas las tareas de inteligencia que él había llevado cuando dirigía la SIE y que seguía aportándole material aún estando lejos del país. ¿Quién lo podría haber ejecutado?

H. A. P. —Respecto a las carpetas, no sé si estas existieron porque nunca las vi. Es lógico que guardara información: el MLN-T le entregó mucha más de la que se cree, aparte de la que él pudiera guardar. ¿Qué parte de esa información podía ser por cuentas en Suiza? Pues sí, pero de ahí a creer que los suizos le iban a dar información. Lo pudo matar cualquiera, porque estaba regalado. ¿Quiénes apretaron el gatillo y quiénes dieron la orden?, a ciencia cierta no lo sé. Me inclino a pensar que no fue ningún tupamaro como ya le dije, porque desde la muerte de Artigas Álvarez se sabía lo que podía pasar.

Lo de la gente de Soca fue un aviso, ninguno había tenido un papel importante y aunque tenían a los rehenes y a las rehenas, por algo no los tocaron. Yo estoy seguro que algún día lo sabremos. El Ñato lo tiene que saber y seguro que se lo contó al Comandante Facundo para convencerlo de que hay que llevarse bien con los muchachos, para que no los deschenen y se caigan de los pedestales en que se han subido. La frase que él un día me comentó era cierta. Efectivamente, tenía más enemigos que amigos y cualquiera pudo hacerlo. Un solo individuo con una pistola era suficiente. Lo mataron aparcando el auto, sin ninguna medida de protección. Lo mismo opinaba Jessie Macchi, la primera vez que volví a Montevideo, en 1998. Para los dos también era un misterio el motivo por el que aceptó el traslado, a menos que quisiera suicidarse.

J. M. —¿Se anima a darme su opinión sobre el arsenal del Contador Saúl Feldman descubierto en octubre de 2009, en plena campaña electoral?

H. A. P. —Feldman perteneció al MUSP y como tal, recibió cursos de armas que yo les impartí cuando todavía estaba en la legalidad. Esos cursos fueron por iniciativa de Sendic cuando todavía funcionaba el Coordinador, estimo por 1963 más o menos. Feldman más adelante, habiéndose roto las relaciones MUSP-MLN-T, mantuvo una relación sentimental con Estela, una estrecha colaboradora mía entre 1964 y 1966. Como consecuencia de esa relación, Estela quedó embarazada y acudió a otro compañero, Pedro Lerena, al que le pidió ayuda económica para someterse a un aborto, ya que el padre, Feldman, no quería saber nada del futuro hijo. Pedro, que en aquel tiempo se hacía llamar Moro sa-

biendo de mi relación con Estela creyó que el padre de la criatura era yo y a punto estuvo de iniciarme un juicio político internamente, que quedó en nada cuando Estela reconoció que el padre era Feldman. Más adelante, Feldman formará parte de la microfracción y será expulsado del MLN-T en 1970. La microfracción nunca devolvió las armas que estaban en su poder, por lo que algunas de las encontradas en su casa podían ser las robadas en el Centro de Instrucción de la Marina.

J. M. —¿Espías, Topos, Informantes, de un lado y del otro, tiene idea de quién o quiénes actuaban en cada lado?

H. A. P. —Todo lo de los servicios secretos forma parte de la mitología uruguaya. Puedo decirle muy poco al respecto, y de haberlos tenido el MLN-T, yo me habría enterado, ya que por algo fui responsable del servicio de información. Tuvimos en la estructura policial un compañero, Abel Ayala, funcionario de Sanidad Policial y que figura entre los desaparecidos, seguramente ejecutado por el Comando Caza Tupamaros una vez descubierto. En las FFAA, salvo la gente de la Logia 1815, no hubo nadie más.

J. M. —Cuando el MLN-T copó el local de la firma Sudamtex en la entonces calle Lavalleja, hoy José E. Rodó, que terminó con el incendio del local, la prensa comentó la posibilidad de un acuerdo entre el MLN-T y la empresa, que de esa forma cobraba el seguro de miles de metros de telas que ya no se podían comercializar, por haber perdido calidad de diseño y colores, acordando entre ambos el reparto del dinero. ¿Usted sabe algo de ello? ¿Fue cierto? ¿Lo desmiente?

H. A. P. —Lo desmiento de plano. Lo desmiento rotundamente. El incendio del depósito de Sudamtex estaba inscrito dentro del Plan Cacao, de triste memoria.

J. M. —Volveremos a analizar nombres, pero quisiera preguntarle por un hecho en el cual usted fue acusado por sus ex compañeros, el tema de las libras esterlinas de la familia Mailhos.

H. A. P. —Esa es una verdadera patraña. El MLN-T tenía un código de conducta que lo aplicó sin miramientos cuando lo creyó necesario y si realmente me hubiese quedado con las libras o hubiese escamoteado parte del dinero que conseguíamos con nuestras

acciones, no solo se me hubiese quitado mis responsabilidades en el control de las finanzas, sino que se me hubiese pegado un tiro. Por menos de eso se hizo, y tiempo y oportunidades tuvieron. Cuando fui detenido por primera vez en junio de 1970, envié los datos exactos donde las libras quedaron escondidas.

En agosto de ese mismo año cayó Almería y entre setiembre y octubre, llegaron a Punta Carretas todos los que habían ocupado puestos de Dirección y nadie, absolutamente nadie hizo mención al hecho de que las libras no se habían encontrado. La primera noticia al respecto la proporciona Wassen cuando fue detenido, un año después, en el informe que proporciona al C1 del Penal. En esos momentos me comprometí a ir a buscarlas una vez producida la fuga, lo que se concretó alrededor del 20 de setiembre de 1971.

El compañero que me condujo lo hizo sin que necesitara ninguna indicación por mi parte, señal de que conocía las señas de la chacra. Allí me encontré con que solo existía la casa, habiendo desaparecido el molino y demás elementos identificativos, como restos de construcciones, árboles, etc. El terreno además había sido arado. Esa chacra había sido un local de las columnas del interior, bajo la responsabilidad de Sendic y Mansilla y el comando de la Columna 15, mediante una simulación de compra totalmente legal, se había hecho cargo de ella. En el corto tiempo que medió entre la «compra» y la caída de la chacra cuando fui detenido en junio de 1970, nadie de la Columna 15, salvo Alicia Rey Morales, llegó a conocerla, pero ella no fue designada para ir a buscarlas. Tuvo que ser gente que la conociera bien y no pudo ser otra que gente de las columnas del interior, en especial su anterior propietario, Néstor Sclavo.

J. M. —En el libro *La Piel del Otro* en la página 157 de la primera edición y en la 154 de la segunda, se dice:

...Si bien en aquel momento no tuve un trato directo, anduve detrás de varias cosas del Negro Amodio que son muy importantes. Las libras de Mailhos por ejemplo. Había una chacra cerca de Pando, desde donde se hizo y se planificó el operativo de Pando y ahí había muchas armas, armas y municiones, una cantidad de material que él había llevado, escopetas, instrumentos de medición, cosas así. Eso quedó metido en un sótano que nunca cayó, pero esa chacra fue intervenida por la Policía, había

una guardia y el Negro enterró parte de las libras, una cantidad grande en esa chacra. Estando él dentro de la cárcel, mandaba los planos para buscarlas y nunca las encontraron. Se llegó a arar la chacra, se hicieron unos movimientos increíbles porque hubo que subarrendar aquella tierra, estaba la cana ahí y nunca dimos con las libras. Que debajo de una piedra, que aquí, que allá, nunca dimos con las libras y con todo eso se fue creando cierto clima en torno al Negro, antes de la primera fuga, en el 70, en seguida que el cayó. Ese fue el primer conocimiento que tuve de él y al final una noche nos metimos y sacamos todas las armas que había ahí. Esperamos que uno de los milicos que estaban vigilando se fuera a un boliche, hubo un impasse y nos llevamos todo lo que había. Me acuerdo de la prolijidad que había, los paquetes, las armas en perfecto estado, unas rueditas para medir los kilómetros sobre los mapas, unos instrumentos que nunca había visto: todo eso era del Negro, él lo había guardado ahí, pero las libras nunca aparecieron. No me acuerdo de la cantidad, pero era una suma grande, un capital bastante grande, que siempre quedó en esas: de que están acá, están allá, pero en los lugares donde él decía nunca estaban; se aró el campo, se plantó el campo, se aró el campo, se movieron las piedras y las libras nunca aparecieron. Ese fue el primer dato que tuve, cuando él todavía estaba preso... Eso no tiene ningún asidero cierto, si se las quedó él, si la gente de la chacra las encontró o no las encontró... Porque de la gente de la chacra nunca más se supo, después se perdieron. Esa era gente del MLN-T pero gente muy superficial. También Gutiérrez Ruíz se quedó con libras, algunas las usaron para mantener *El Debate*, pero usaron muchas menos de las que recibieron...

Usted conoce el libro y el comentario, ¿qué opina al respecto?

H. A. P. —Mire, hay tres posibilidades: la primera, que la gente que figuraba como el personal doméstico de la vivienda, la Flaca Teresa y sus hijos las recogieran al conocerse mi detención y se las quedaran, ya que tanto ella como sus hijos desaparecieron. Teresa era una mujer del Cerro, casada con otro militante del interior al que conocíamos como El Ciego. Ella me vió esconder una bolsa en los restos de una conejera. La segunda, que las encontrara la policía y se las repartieran, y la tercera, que las encontraran quienes fueron a buscarlas y su hallazgo mantenido en secreto para cuando fuera necesario usar su desaparición. Según han afirmado Rosencof y Fernández Huidobro, ellos estaban elaborando un dossier sobre mí desde principios de 1970 y ello puede explicar por qué ni Sendic ni Mansilla, los responsables de las columnas

del interior a quienes pertenecían las libras, nunca las hubiesen mencionado en las numerosas ocasiones en que nos reunimos durante todos esos años.

¿Alguien puede creer que si me hubiera quedado con las libras habría tenido las responsabilidades que tuve antes, durante y después de El Abuso? ¿Qué habría administrado el dinero del rescate por Ricardo Ferrés y los más de cien millones de Berembau? Según lo que he sabido últimamente, las libras las recuperaron junto con las armas, tal como se cuenta en el libro de Fontana, y que la gente de la microfacción se las quedó, junto con las armas, cuando los expulsaron. Incluso me aseguran, ex compañeros de aquellos años, que el oro encontrado en lo Feldman viene de allí.

J. M. —El soldado Gómez, al que usted hizo referencia en este relato tuvo mucho que ver en el tiempo en que usted estuvo detenido en el Florida...

H. A. P. —Sí, sin dudas. Gómez se dió cuenta, desde el primer momento, que nuestra situación era muy jodida: no podíamos ir presos a ningún lado, ya que estábamos condenados de antemano y por otro lado, ordenar los papeles era imposible, él mismo participó en mis conversaciones con Alicia en ese sentido, pero los Capitanes S2 manejaban información que no provenía de la OCOA y que estaban archivadas en la misma oficina: Gómez las tenía y nos las puso sobre la mesa, y eso nos dio la solución: nuestro ordenamiento de los papeles se hizo sobre la base de otros papeles que existían fuera de la OCOA. La descoordinación era tal que nadie podía darse cuenta que nuestros identificados ya estaban presos y que los locales ya habían caído.

J. M. —Usted me ha relatado que, en ocasiones, patrullas de distintas unidades militares se encontraban en un domicilio y se tiroteaban entre ellas. ¿Esto con qué objetivo sucedía? ¿quedarse con el botín? ¿ser los primeros en llevarse los méritos?

H. A. P. —Eso pasaba como consecuencias de la descoordinación entre las distintas unidades, porque cada una iba por libre. Un detenido proporcionaba en una unidad la dirección de un local y ese local también era señalado por otro detenido en otra unidad. Se dio el caso de que varias unidades coincidieron en un mismo sitio. En otros, una unidad allanó el local y mientras estaba adentro, llegó otra unidad que desconocía el allanamiento.

Incluso el mismo local era allanado dos veces por los mismos, unos iban uniformados y otros de particular, yo diría que hubo de todo, se actuaba sobre la marcha y la coordinación no existía, pese a lo que se diga para hacernos creer lo contrario.

J. M. —Tuve la oportunidad de conversar mucho con el Comisario Alejandro Otero y él me relataba el procedimiento posterior al allanamiento. Recuerdo uno en especial: en un procedimiento policial donde detuvieron a la entonces mujer de Sendic, Violeta Setelich, en la calle Bolonia, en Carrasco, junto con otros integrantes del MLN-T que habitaban el lugar, un camión de la policía se llevó absolutamente todo de esa casa. Cuando estaban terminando de cargar, Otero miró hacia la esquina y había un camión de la Marina esperando que se fuera la policía, para terminar con lo que restaba de la casa. También me comentó que los policías que intervenían en los procedimientos le solicitaban quedarse con un televisor, un juego de cubiertos, ropa de cama, utensilios de cocina o una buena radio y que él les hacía un recibo con el nombre del policía y demás datos que luego remitía al Juzgado que intervenía en el caso. Supongo que eso pasaría también con las FFAA.

H. A. P. —Lo que es cierto es que se robaba de todo. Ignoro si lo que le contó Otero es real o es parte de la mitología que él se fabricó para no quedar fuera del relato, pero extender un recibo es reconocer que el robo existía, pero tenga en cuenta el nivel económico y social del escalafón militar en aquellos años: era muy bajo y además, un aspecto que tuvo mucho que ver y que no ha sido tratado en profundidad, que es el rechazo social hacia el *milico* y en cuanto pudieron se tomaron la revancha, porque no hay otra forma de explicar la tortura a detenidos luego de meses y meses en prisión y acceder a sus posesiones, hasta las cosas más insignificantes, era una muestra de revancha. Se llevaban todo y lo que no podían llevarse, lo rompían, lo destruían por el simple placer de hacerlo.

Le contaré una anécdota: en el Florida había un teniente de nombre Orosmán Pereira que un día me comentó, muy contrariado, que un vecino suyo había dejado de saludarlo —le hablo de junio o julio de 1972— y ¿qué querés, que te aplauda?, si sabe que sos milico y andás repartiendo leña, le dije. ¿Sabe qué me respondió? «Va a ser mejor que no caiga preso, porque lo pido

para mí...» Así eran las cosas. Pregúntele a Blixen ¿qué pasó con el abrigo que llevaba puesto cuando lo detuvieron?

J. M. —Sobre la tupamarización de las FFAA ¿Qué hubiera pasado si el resultado final hubiera sido distinto del que resultó entonces? ¿Los dirigentes del MLN-T sacarían algún documento reivindicando la labor patriótica de las FFAA? ¿O diciendo que las torturas jamás existieron? ¿O, que ese rumor era una nueva intromisión del imperialismo yanqui en la realidad uruguaya? ¿Cómo resolverían aquello de «vivos se los llevaron, vivos los queremos»? Porque tal vez sea muy escéptico, pero cómo iban a hacer los dirigentes del MLN-T para explicarles a quienes seguían en la pelea o como usted afirmó antes que «...mientras los dirigentes del MLN-T presos acuerdan con los dirigentes todavía en libertad trabajar junto a un sector de las FFAA en las comisiones de los ilícitos, la militancia del MLN-T ajena por completo a la toma de las resoluciones, cree seguir trabajando para la revolución...»

H. A. P. —La respuesta a esas hipótesis no me corresponde a mí, pero seguro que a Fernández Huidobro algo se le habría ocurrido, pero lo que sí le aseguro es que mientras duró la euforia, ante mis observaciones acerca de que cuando los mandos se enteraran de los procedimientos que realizaba el Florida, los paralizarían y ellos serían detenidos y sancionados, optaron por dejarme aislado.

Después de la intervención de Fasano y mi traslado al noveno de Caballería, mantuve mi relación con el Coronel Trabal, primero de manera personal y luego a través de mi padre. Él sabía que el golpe se venía y lo quiso parar. Y se sabía que el golpe se venía y no lo pararía nadie porque el Departamento de estado norteamericano estaba detrás del golpe, no para derrotar al MLN-T, que ya no existía, sino para imponer las medidas económicas de Milton Friedman, la famosa Escuela de Chicago. También lo dice Federico Leicht, pero a veces se confunde las conversaciones de la tregua con la investigación de los ilícitos económicos. Hubo dos niveles de negociaciones, en dos momentos diferentes y con distintos interlocutores.

No alcanzo a entender por qué, pero siempre se han mezclado los dos momentos. El primero es en junio de 1972 y cuya paternidad se atribuyen Fernández Huidobro y Rosencof, y tuvo como único fin detener la guerra, una guerra sin rival, porque las

FFAA ya no tenían rival, pero ellas, tan organizadas y preparadas después de El Abuso, como ha llegado a afirmarse, creen que el MLN-T mantiene un enorme poder y aceptan negociar una tregua y como es lógico poniendo sus condiciones: rendición incondicional y entrega de los dirigentes. A cambio, ofrecen parar la tortura y estudiar la situación penal de los detenidos, ofreciendo trato moderado a los que no estuvieran inmersos en delitos de sangre. Allí estuvieron Wassen, Rosencof, Fernández Huidobro y Manera y por parte militar Legnani como coordinador, ya que fue el que elevó el planteo, Cristi, Álvarez, Zorrilla, Zubía y Trabal... tendría que confirmar la lista, en otro momento.

Esa tregua y esas negociaciones tenían como único fin la rendición del MLN-T y la entrega de los dirigentes todavía en libertad y eso es lo que salió a plantear Fernández Huidobro, que se entrevistó afuera del Florida con Sendic. Salía del Florida en un vw que había pertenecido a un colaborador del MLN-T, en compañía de Calcagno, que hacía de chofer. Según cuentan se entrevistó con Sendic en varias oportunidades, del que recibió una contrapropuesta que era inaceptable, ya que se pretendía imponer el programa político, social y económico del MLN-T desde la condición de derrotados, de locos, pero es que a esa altura se había perdido toda la racionalidad. La situación que describe Blixen en la biografía de Sendic es real, el MLN-T a esa fecha no existía ni en Montevideo ni en el interior, pero se negaron a aceptarlo. Y de eso son responsables Sendic, Marenales, Engler y Mujica, si le hacemos caso a lo que el Pepe le contó a Campodónico. Fueron tres reuniones, la primera para acordar la tregua, la segunda para que el Ñato, con gran consternación por su parte, entregara la contrapropuesta y la tercera para recibir la negativa.

J. M. —¿Usted afirma «con gran consternación» por Fernández Huidobro?

H. A. P. —Sí, el Ñato era firme defensor de la rendición. Le salió la vena pragmática, el MLN-T esta deshecho y en lo personal era uno de los beneficiados, porque aparte de no tener grandes cuentas pendientes, tendría el gran mérito, ante las FFAA, de haber sido el interlocutor principal, todo un carrerón, si hasta puso a Engler en la mira de todos... ya le he dicho que con Legnani elaboró la lista de los más livianos, en la que él ocupaba el primer lugar y por

descarte confirmaba a los señalados por Píriz Budes, como el gallego Más que no figuraba en la lista, así que imagínese su estado de ánimo en esos momentos.

J. M. —¿Fueron solo tres reuniones?

H. A. P. —Sí, fueron tres reuniones, porque cuando el MLN-T recibió el NO acerca de su contrapropuesta, ejecutó a Artigas Álvarez. Era evidente que las posiciones eran irreconciliables, pero quienes decidieron, a sabiendas de que dejaban a los presos que habían estado negociando, sus compañeros, en una situación complicadísima, los dejaban de muestra, usando lenguaje carcelario, sin argumentación, era el fin, simple y llanamente.

J. M. —Usted dice muy enfáticamente que fue el MLN-T quién rompió las negociaciones...

H. A. P. —Evidentemente, aunque se ha pretendido mediante la historia que se inventaron y difundieron a través de Blixen, Lessa, Alvaro Alfonso, la misma Aldrighi y algunos más, echarle la culpa a otros, a la clase política en general, cuando esa fue una negociación *tête a tête* sin la participación de nadie más, rompieron las negociaciones tratando de imponer ellos, los derrotados, las condiciones políticas.

J. M. —Pero algo trascendió..., recuerdo las denuncias de Zelmor Michelini en el Senado.

H. A. P. —Sí, algo trascendió, porque dentro de las FFAA hubo quienes no querían que se negociara nada y lo filtraron. Son los mismos que hicieron seguir al vw de Calcagno hasta la casa de la calle Sevilla, hasta la casa de los Dubra, los que hicieron las fotos de Engler y las difundieron creyendo que eran las de Marenales.

J. M. —¿Sabe quiénes fueron?

H. A. P. —Trabal desconfiaba de Vadora.

J. M. —Bien, y volviendo a la *tupamarización* de las FFAA, ¿qué me dice?

H. A. P. —Corresponde a otra etapa de las negociaciones, que empiezan en agosto, cuando ya la bronca por la muerte de Artigas Álvarez empieza a bajar de intensidad. Pero antes tengo que hacer

otra precisión: fue tan disparatada esa acción, tan fuera de todo razonamiento más o menos político, que nadie se creyó que hubiese sido el MLN-T. No pueden ser los tupas, le dije a Legnani; lo mismo me dicen los demás, me respondió él. A nadie nos podía entrar en la cabeza una decisión así; era una provocación, tenía que haber sido alguien para boicotear la tregua, serán los propios líderes políticos del MLN-T, los timoneles criollos que perfilaban el futuro, los que después dirán que el MLN-T se quedó sin estrategia, por abrazar el militarismo, los que pusieron fin a una tregua iniciada por propia iniciativa, ejecutando además a un Coronel que nada tenía que ver con la represión ni con las torturas ni con nada de nada. Le tocó porque era un objetivo fácil. Es a partir de ese momento que entre los presos que permanecen en el Florida empieza a surgir la idea que lleva a las comisiones de los ilícitos: habían logrado meter en la cabeza de algunos oficiales que mientras nosotros nos matábamos, a los políticos, a los banqueros y a los especuladores no les pasaba nada.

J. M —¿No participó ninguna otra unidad?

H. A. P. —Yo le hablo del Florida porque es lo que conozco, pero por lo que he leído pasó en otras unidades. Leonardo Haberkorn lo cuenta en el cuartel de La Paloma. Se entró en tregua, esta vez real. Se dejó de torturar y de salir a la calle. Se perdonaron recíprocamente y se otorgaron inmunidades, se destinaron salas para las reuniones, se puso en libertad a presos que volvían al cuartel aportando documentación; presos de una unidad eran conducidos a otras para informar y para recibir información y Fernández Huidobro consiguió lo que no pudo conseguir dos meses antes: convenció a Sendic de que los milicos eran permeables y el propio Sendic entrará al Florida en agosto de 1972, por primera vez, acompañado por Efraín Martínez Platero. Me hablaba usted de la megalomanía de los dirigentes del MLN-T ¿Y qué me dice de los oficiales que se creyeron que podían actuar por cuenta propia, a espaldas de los mandos y sin tener idea de nada? «Ah! para eso estamos nosotros», les dijeron, «nosotros te vamos a dar la justa». Megalómanos eran todos. ¿Cómo lo iban a explicar? Ya se vería.

Lo importante era subirse al carro y a partir de ahí, difundir la idea de que había un sector progresista y se le llamó peruanista porque lo de Velazco Alvarado en Perú era más reciente, pero se

habló de nasserista. Trábal estuvo ahí, detrás de todo y de todos, engaño o trató de engañar a todos y le susurró al oído a Ferreira Aldunate que el elegido sería él. Colaboraron con las FFAA más de los que usted se cree, Ettore Pierre, Marenales, Manera, Fernández Huidobro, Mujica, José Lopardo, Julio Listre, Rosencof, Wassen, Aníbal Rondeau, David Cámpora y muchos más. En internet aparecen reproches de unos hacia otros, sin dar nombres, pero que refleja que se vivieron momentos muy movidos.

J. M. —¿Tiene una idea, aunque sea aproximada, del efectivo expropiado por el MLN-T en todos los asaltos a bancos, casinos, financieras y demás entre 1968 y 1972, que fueron los años de mayor actividad en ese sentido?

H. A. P. —Lo que me pide es imposible de cuantificar. Pasaron por mis manos cientos, muchos cientos de millones de pesos, más de tres mil millones que contabilicé y agrupé según las solicitudes que me llegaban. Eso fue así hasta febrero de 1972. Después dirán que se sospechaba de mí. El MLN-T nunca recibió ayuda del exterior, salvo unos pocos miles de dólares que aportaron los cubanos muy al principio y nada importante. Nunca se compraron armas, como se podría suponer. Las armas fueron siempre expropiadas. Nunca se tuvo acceso al mercado de armas porque nunca se pensó en constituir un ejército.

J. M. —Para cambiar de tema. Quiero su opinión sobre Mauricio Rosencof.

H. A. P. —Colaborador desde la época del Coordinador, pese a las discrepancias con el Partido Comunista, no abandonó sus filas hasta 1967, cuando los cubanos, a través de Arismendi y Ariel Collazo plantearon el ingreso del MLN-T a la guerrilla del Che en Bolivia. Fue el nexo entre el PCU y el recién nominado MLN-T por el cual el partido brindó alojamiento a los clandestinos en los primeros momentos de la clandestinidad. A su alrededor existía un grupo de artistas e intelectuales que se convirtieron en colaboradores valiosos, pero de escaso compromiso, manteniendo esa condición hasta la aparición del Movimiento 26 de Marzo... Su procedencia comunista sirvió, después de 1985, para ser acusado de ser un topo del PCU, de forma poco convincente. Si bien es cierto que el PCU quiso infiltrarse en el MLN-T, lo hizo indirecta-

mente a través del 26 de marzo, pero toda su trayectoria dentro del movimiento se ajustó a su disciplina, aunque hay que admitir que por su formación y su nula capacidad en lo militar, muchas veces sus planteos teóricos se acercaban a los del PCU.

Hasta la caída de Almería sus responsabilidades fueron de segundo nivel, pero las sucesivas caídas lo llevaron al Comité Ejecutivo y su labor en el proceso de reconstrucción fue valiosa y eficaz. Sabedor de sus carencias en lo militar y lo organizativo, asumió para sí la responsabilidad de liquidar las pretensiones de la microfracción y del sector sindicalista enquistado en varias columnas. Acosado al igual que el resto del Ejecutivo –Wassen, Marrero y Engler– por la campaña de acoso y derribo iniciada por Sendic y Fernández Huidobro desde antes de El Abuso, fue partidario de entregar la dirección a los viejos después de la fuga.

Fue el organizador de la movilización conocida como El Tejazo, la que se realizó sin que el equipo encargado de tomar las casas cercanas al Penal y conducir a los fugados estuviera al tanto, lo que hizo modificar sobre la marcha algunos recorridos. En setiembre de 1971 y marzo de 1972, su actitud evidenció una subordinación intelectual ante Sendic y Fernández Huidobro, lo que contribuyó en gran medida a que aquellos se hicieran con el control del MLN-T a partir del 16 de marzo. Es precisamente en esa misma reunión que Rosencof será designado responsable de la coordinación de las dos columnas del interior, precisamente a propuesta de Sendic, responsabilidad para la que era el menos capacitado. Sendic no tenía un pelo de tonto. Posteriormente coincidió con Fernández Huidobro en la iniciativa por la tregua, las comisiones de los ilícitos y el intento de peruanización de un sector de la oficialidad. En algunas de sus declaraciones públicas se ha atribuido participación en acciones en las que no tuvo responsabilidades, como bien dice Efraín Martínez Platero.

J. M. –Otro nombre: Candán Grajales.

H. A. P. –Formó parte de los sectores militar y de servicio de la Columna 15 y fue un valor importantísimo en su desarrollo. Como responsable de grupos de acción, asimiló perfectamente los criterios de la columna y trabajó con gran acierto en la formación y capacitación de los militantes a su cargo, lo que trajo como consecuencia la promoción de esos mismos militantes y la forma-

ción de otros grupos que hicieron que la Columna 15 mantuviera siempre una gran capacidad operativa.

En el regreso de la toma de Pando condujo con sangre fría la carroza en que trasladamos a Pucurull, herido por el disparo de una compañera en el Banco República hasta el servicio de sanidad establecido y salvó su vida. Ironías del destino: participó en la toma de la Comisaría portando una metralleta sin cargadores, porque se los olvidó. A raíz de mi detención en julio de 1970, pasó a integrar el Ejecutivo pese a que mi fantasma era Alicia Rey. Es a partir de ese momento, fundamentalmente durante el tiempo en que estuvo detenido en Punta Carretas, que su actitud personal comenzará a perder la modestia que lo había caracterizado y comenzará un período en el que su narcisismo lo llevará a cometer grandes errores, evidenciados en la propia adopción del Plan Hipólito, la forma en que fue procesado y las nulas previsiones adoptadas ese día.

J. M. —¿Y sobre Adolfo Wassen Alaniz?

H. A. P. —Nepo ingresó al MLN-T a finales de 1967, reclutado por Alicia Rey, a la que había conocido en la Facultad de Derecho. Recorrió todo el escalafón, desde colaborador a miembro del Ejecutivo, al que accede siendo responsable de grupo de acción. De carácter impulsivo, lo que estuvo a punto de costarle la vida, lo fue abandonando a medida que adquiría experiencia. Fue fundamental en el desarrollo de la Columna 15 y en la reconstrucción del MLN-T después de Almería. Su relación conmigo y con Candán fue muy cercana. Me recordaba siempre deberme la vida cuando resultó herido en el robo de armas del coleccionista Guidet. Polea de transmisión del comando de la columna con los militantes, participó en la formación del sector militar y en muchas de las más importantes acciones.

Tras su detención en 1971, la seguridad con que enfrentó los descabellados planes Tatú, del Segundo Frente y el Hipopótamo lo pusieron en la mira de Sendic y de Fernández Huidobro, quienes lo consideraban el responsable de que sus planes no se pusieran en marcha. Junto a Marrero, intentó que desde el Ejecutivo se controlara la forma anárquica con que las columnas del interior se conducían y trataron de retrasar la puesta en marcha de las acciones del mes de diciembre de 1971, que serán el prolegómeno

de la debacle de 1972, con la que colaboró activamente ya que acompañó en la planificación del Plan Hipólito pese a haber sido discrepante en su ejecución.

A partir del 15 de abril y tras la muerte de Candán, Blanco Katras y Schroeder Orozco, comenzó a distanciarse cada vez más de la Dirección y se culpabilizó de las muertes de sus compañeros. Detenido los primeros días de mayo de 1972 y señalado por Piriz Budes, quien dijo en sus informes la importancia que Wassen tenía dentro del MLN-T y que él, junto con Wolf eran los conocedores de la ubicación de la cárcel del pueblo, fue torturado en el Batallón 13 de Infantería. Allí comprobó que eran muchos los datos que las FFAA tenían para su ubicación y abrumado por las circunstancias y reprochándose la parte de responsabilidad que le correspondía, decidió que era necesario evitar la carnicería que se produciría si la cárcel no se rendía. Pero Píriz Budes proporcionó una información errónea, ya que el único que conocía la ubicación era Wolf, detenido en el Florida junto conmigo. Es entonces que Wassen decidió y solicitó entrevistarse con nosotros: con Wolf para convencerlo de la necesidad de que era necesario evitar una nueva carnicería y conmigo porque yo había sido en todo momento su compañero de confianza. Pudo haber solicitado ver a otros compañeros, pero no lo hizo. Dada la trascendencia de su decisión, consideró que mi opinión era la más importante.

J. M. —Ahora me interesa su opinión sobre su mayor crítico y enemigo: Jorge Zabalza.

H. A. P. —Otro dirigente histórico que no es tal, aunque ha tenido una responsabilidad enorme en el largo proceso de división del MLN-T iniciado en Punta Carretas en 1970, después de la caída de Almería. Fue el responsable del servicio de correspondencia que Sendic y los suyos mantuvieron con los militantes del interior, a espaldas del C1, servicio que se mantuvo a través de su padre. Coautor de los planes Tatú y del Segundo Frente, participó activamente en la campaña de acoso y derribo del Ejecutivo actuante a finales de 1971, tal como lo reconoce en el libro *La Piel del Otro*, en el que no ha vacilado en mentir para mantener la campaña de difamación en mi contra.

Después de 1985 intentó mantener vigentes los principios y métodos del MLN-T, tal como lo reconoce en *Cero a la Izquierda*

(Federico Leicht), lo que terminará por distanciarlo de quienes han sido los abanderados de la línea posibilista, encabezados por Mujica y Fernández Huidobro.

Aunque en sus escritos ha tratado de mantener una cierta crítica hacia el mal llamado militarismo, finalmente ha reconocido que todo el MLN-T lo fue, pero dejando de lado el papel que Sendic tuvo en su instauración, aunque lo menciona en la ya conocida carta a Carlos Caillabet. De la misma forma ha evitado referirse a la responsabilidad que a él y al mismo Sendic le caben en la debacle, con la puesta en práctica de los planes Tatú, Segundo Frente, Hipopótamo y del 72, que por cierto son los que conducen al cambio de estrategia que será el inicio del fin.

En varios de sus escritos se ha proclamado defensor de la verdad y ha argumentado acerca de la necesidad de conocer la verdad histórica acerca del MLN-T. Sin embargo, participa activamente en el mantenimiento de una mentira histórica, en la que su referente político y moral, Raúl Sendic, ha participado activamente. Zabalza borra con el codo lo que escribe con la mano.

J. M. —Vamos a cambiar de tema. Después de la caída del Hospital del MLN-T en la calle Coraceros, las FFAA vuelven un tiempo después, seguramente como consecuencia de declaraciones de detenidos y tras cavar, encuentran el cadáver de una mujer que costó mucho identificar. ¿Tiene idea del hecho y de quién era?

H. A. P. —Si no recuerdo mal, su nombre era Roxana Leal Rovira. Murió a consecuencia de una infección tras un aborto. Mientras yo fui dirigente, no se obligó a nadie a abortar. Esa decisión quedaba en manos de las compañeras. El hecho que usted menciona sucedió cuando varios *ayatolas* imponían sus criterios. El solo hecho de mantener oculto el cuerpo es prueba de los disparates que se cometían.

J. M. —¿Cómo ubica usted el atentado y muerte del Coronel Artigas Álvarez pocos días después de finalizado el tiempo de la tregua entre el MLN-T y las FFAA? ¿Fue una venganza por no alcanzarse el acuerdo? ¿Fue una actitud absolutamente desubicada o desorientada?

H. A. P. —Algo comentamos antes. Fernández Huidobro no consiguió convencer a Marenales y Sendic que la rendición era

preferible a la aniquilación total, máxime si se lograban algunas ventajas en el tratamiento jurídico de los detenidos. No contó con que a esas alturas los dos dirigentes estaban más cerca de la enajenación mental que de la cordura que debió guiarlos para poner fin a una situación que los desbordaba por los cuatro costados y lo obligaron a presentar contrapartidas que no podían ser ni siquiera consideradas. Cuando ya fue evidente que Marenales y Sendic habían aceptado la tregua nada más que para ganar tiempo e intentar reagruparse, lo que me habían negado a mí a principios de mayo, los generales Cristi y Álvarez llegaron a la conclusión de que se les estaba tomando el pelo.

Varios autores integrantes del oligopolio de la desinformación, han contado ese período con una mezcla de verdades y mentiras en tono novelesco que no vale la pena mencionarlo más que como anecdótico, pero las conversaciones fueron un verdadero disparate, digno de los Partes de Don Menchaca. Cuando Fernández Huidobro les manifestó a sus compañeros que barruntaba que las conversaciones se acababan, estos, sin decirle ni agua va, dieron la orden de ejecutar a un milico. Dentro de lo que dio en llamarse la autonomía táctica, es decir, el caos, hubo un grupo que manifestó estar en condiciones de llevar adelante el operativo, solo porque era fácil de ejecutar y nadie en el Ejecutivo preguntó de quién se trataba. Dio la casualidad que el milico elegido porque estaba regalado era Artigas Álvarez, hermano del Goyo.

Fue tan increíble, tan disparatado todo, que en un primer momento todos, me incluyo en este todos, nos inclinamos por pensar que la acción era obra de un grupo contrario a la posible tregua y que respondía a una provocación. Poco nos duró la idea, ya que el mismo MLN-T terminó adjudicándosela. La orden la dieron los antimilitaristas del Ejecutivo, entre los que se encontraba Sendic, que como es sabido, todavía hoy es considerado el líder político indiscutible.

J. M. —Cambiamos de tema. ¿Con qué fin se creó el *Movimiento de Independientes 26 de marzo*, cuando las estrategias entre el MLN-T y el propio Frente Amplio no coincidían?

H. A. P. —Se creó con la finalidad de ser el aparato político del MLN-T y darle cabida a una serie de personalidades que no podían tener encuadre en el MLN-T como Benedetti, Daniel Vidart y otros

de reconocida incapacidad en lo militar, como Rúben Sassano. Fue una especie de sumidero al que se fue integrando a gente que el MLN-T rechazaba o consideraba quemada o quemable. Esta gente, creyendo que por actuar públicamente podía defender los principios del MLN-T con impunidad, abrazó la idea con entusiasmo, tanto o más que la velocidad que emplearon en marcharse cuando las papas quemaban. Controlado en todo momento por el MLN-T, no sirvió para otro de sus objetivos, convertirlo en cantera de reclutamiento.

J. M. —Después de su partida en 1973, ¿cuántas veces regresó al país? ¿Recuerda alguna en especial?

H. A. P. —Recuerdo muy especialmente la primera, a finales de 1997. Llegamos al aeropuerto a la hora señalada. A poco de llegar vimos que el vuelo saldría con retraso. Pese a ello, nos acercamos a la puerta correspondiente. A medida que nos acercábamos, empecé a oír voces, entonando canciones que me eran conocidas y que me hicieron recordar viejos tiempos, cuando yo también las cantaba con mis hermanos y amigos comunes, en las sobremesas de los asados domingueros o en los campamentos playeros, regados con la añeja especial que llevábamos con los termos del mate.

Me mantuve a una distancia prudencial del grupo de uruguayos que esperaba el mismo vuelo que yo, mientras entonaban y desentonaban tangos conocidos, canciones de murgas que alguna vez me fueron cercanas y ahora me hacían sentir avergonzado. De pronto, uno de los empleados del aeropuerto se unió al grupo con entusiasmo y decisión, cantando las mismas letras y gesticulando al compás, lo que hizo aumentar el alboroto. Los curiosos se fueron acercando y formaron una barrera que me impedía verlos. Necesitaba estar seguro de que nadie del grupo podía reconocerme, por lo que me uní a los curiosos y empecé a rodear a los cantantes sin acercarme demasiado. De repente, no sé como, en el grupo de curiosos se hizo un vacío y me encontré solo, parado frente a mis compatriotas, cantando con ellos, sintiendo los abrazos que me llevaban al interior del grupo, mientras yo inútilmente trataba de impedirlo. Cuando lo conseguí, me dirigí adonde me esperaban Aurora y su hijo, que había registrado en video toda la escena y que de pronto me veían en una faceta que les era desconocida y que sonreían, no dando crédito a lo que habían visto. «Como si

te conocieran de toda la vida», me dijo Aurora. Sí, le respondí. Los borrachos son iguales en todos lados. Lo que no le dije fue lo que había pensado cuando estaba en medio: ¿cuántos de estos estarían dispuestos a matarme si supieran quién soy?

Por fin se anunció la salida. Por suerte nuestros asientos estaban lejos de los cantantes, muchos de los cuales intentaban mantener el jolgorio, que pese a sus esfuerzos, terminó por desaparecer. Llegamos a Ezeiza sin mayores novedades. Recogimos el equipaje y en un taxi fuimos al puerto para tomar el Ferry. El Ferry era un cascajo ferrugiento y ruidoso y cada metro que avanzaba parecía que sería el último. En mi condición de guía, fui mostrando a Aurora los detalles del río ancho como mar, hasta que empezamos a divisar Colonia. El Ferry terminó de toser y pudimos desembarcar.

Alquilamos un coche, un Daewoo y nos dirigimos a Montevideo. Por fin, ya estaba de vuelta, aunque fuera por pocos días. Cuando llegamos a Montevideo, la chimenea de ANCAP seguía encendida como la última vez que la vi. Los agujeros en las calles me dieron la bienvenida. Estaban en el mismo sitio en que los había dejado al irme, veinticinco años antes. Traía la dirección de mi hijo, en Camino Castro frente al Prado Viejo.

Estacioné en una calle que acaba enfrente y mientras Aurora iba a buscar a mi hijo, traté de contener mis emociones. Por fin los ví aparecer por el largo corredor, cruzar Camino Castro y llegar adonde yo estaba esperando a ese hijo al que una vez, treinta años atrás, había dicho adiós, para ir a enfrentarme a lo que yo creía mi deber histórico. Nos dimos un abrazo intercambiando algunas lágrimas y fuimos a buscar a mis hermanos.

Eran tantas las cosas que quería hacer, tantas las cosas que quería que Aurora comprobara por sus propios ojos que no quería perder ni un minuto. Estacioné a la sombra de la vieja Egam, la fábrica de aluminio, a esperar. Como a la media hora, Daniel apareció con mi hermano Pancho, el mismo que en 1972 intentó publicar mi libro en Buenos Aires y luego se convirtió en el más acérrimo opositor a que lo hiciera. «Olvidate», me dijo más de una vez, «bastante suerte tuviste, aprovechala», pero yo no podía olvidar y precisamente, parte del viaje era para eso, para no olvidar...

Estuvimos dando vueltas por el viejo barrio. Todo seguía igual, como si al irme el tiempo se hubiera detenido. Pero era solo una

ilusión: ya no estaban ni el Palmera ni el Nene Fornaro y la esquina del armenio Dicrán estaba vacía. No esperaron a que volviera. Solo me quedaban mis recuerdos. Cuando se hizo la noche, Pancho me llevó a su casa, escenario de nuestras trapisondas de niños desorientados, extraviados en medio de un montón de gente al que llamábamos familia, casa fruto del trabajo y del esfuerzo de nuestros viejos. Primero llegó Miguel y después Ángela, la Ñata que no me reconoció al verme y me creyó un amigo de Miguel, un cantante de folklore recién llegado a Montevideo. La ingenuidad de mi hermana fue tan evidente que me dio pena y le dije no le hagas caso, soy tu hermano. Entonces se echó a llorar y llorando se fue y volvió con Antonio, su marido, al que yo había visto por última vez una noche de 1966 en que a los dos, jóvenes enamorados, había sorprendido yo, agarrados de la mano, camino a nuestra casa. Poco a poco, la casa se fue llenando de gente a la que yo no conocía más que por nombres y a algunos, ni siquiera por eso.

Para todos fui un amigo de mi hermano de viaje por Montevideo. Y así fue hasta mi regreso: un amigo de visita. Con los hijos de Miguel y Ana fue diferente: todos me recibieron como lo que era, el tío ausente, querido a la distancia, pese a no conocerlo más que por fotos y referencias. Todavía conservo la pulsera que Fabiana, la hija mayor de Ana me anudó en la muñeca izquierda, luego de quitársela ella y colmarme de besos. Lo único que sé de ella es que está en Estados Unidos y que nunca más la veré.

La relación con mis hermanos ha sido siempre una mezcla extraña. No fuimos nunca una familia de esas que necesitan estar todos los días diciéndose lo mucho que se quieren para quererse realmente. Pienso que eso ha sido así porque nuestra madre no nos dio nunca su cariño expresivamente y eso es una carencia de los Amodio, salvo de mi hermana Dafne, la Ñata que es la persona más buena y generosa de toda la familia. Cuando dejamos de ser niños cada uno fue tirando para un lado y cada uno encarriló su vida como le pareció, sin que los demás le cuestionaran nada.

Yo fui la excepción, porque era evidente que yo andaba en cosas raras, pero tampoco de una manera exagerada. Creo que ni ellos ni yo mismo imaginábamos cómo sería la realidad. Aceptaron la clandestinidad del hermano mayor, al principio un simple delincuente y luego un personaje que ocupaba demasiado espacio. Nunca me reprocharon nada y hasta es posible que hayan lle-

gado a sentirse orgullosos de ser mis hermanos, pero la acusación de traición les jodió la vida más que a mí.

Gente que jamás quiso nada ni tenía intención de hacerlo, les retiró el saludo por ser hermano o hermana del traidor, pero la más jodida fue mi vieja. Para mi viejo que siempre tuvo una actitud comprensiva, incluso en los peores momentos, le fue más fácil. Salvo al inicio, antes de Fasano, mis hermanos intentaron echarme una mano, pero después se negaron siempre. Cuando destruyeron los papeles que tenía mi padre, lo hicieron pensando más en ellos que en mí y aunque dije que los comprendía, en el fondo me dolió demasiado y me fui alejando de ellos. La última vez que hablé con ellos fue por la muerte de mi padre. Lo de las cartas y la entrevista tiene que haber sido tremendo para todos.

Al día siguiente fuimos al cementerio, al panteón donde enterraron a mi madre y en el que también estaba mi abuela materna. Alguien había llevado a pastar a los caballos, los que iban de tumba en tumba, comiendo todo lo que encontraban. La imagen causó en Aurora una gran impresión. Esto no es nada. Vas a ver lo que es la miseria, de cerca, cara a cara, le dije mientras conduje el Daewoo hasta Aparicio Saravia, hasta el Cantegril. Lo atravesamos lo más lento que pudimos, con las ventanillas abiertas solo lo suficiente para que el olor entrara lo bastante y se nos metiera en las narices y las voces de los botijas que corrían desnudos a pedirnos limosna nos llegaran nítidas y nos persiguieran durante días y días, sobre todo cuando fuimos a visitar el Cementerio de los Elefantes. Esta es la otra cara de Montevideo, le dije a Aurora mientras recorríamos las avenidas, amplias, limpias, hasta perfumadas, bordeadas de mansiones construidas para mostrar al mundo la riqueza absurda, grotesca y escandalosa de sus propietarios.

J. M. —¿Es en esos momentos que sus ex compañeros dicen que estuvieron cerca de ejecutarlo?

H. A. P. —No. Ese hecho que menciona, está referido, según he podido comprobar, leyendo la biografía de Zabalza, en 1994, y yo volví la primera vez en el 97, el día de Navidad. Nos quedamos en un hotel de Malvín, cerca de la Rambla. Aparte de mi familia, me encontré con Susana, compañera de la escuela, la que hasta que se muera me tiene prohibido decir quién es, colaboradora del MLN-T y amiga de Jessie y fue la que nos puso en contacto. En el

Fernandito me encontré con Jessie el día de Reyes y ella esperaba a su amiga Susana. Se le apareció un tipo de barba y pelo canoso que le dijo ¿cómo estás, Cecilia? Al principio se creyó que yo era un tira o milico y no me dio pelota, hasta que le empecé a soltar datos de sus cartas y casi se desmaya. Nos comimos unas pizzas con cerveza y nos fuimos a Los Yuyos. De ahí salimos medio en pedo con una botella de Espinillar que casi acabamos en las rocas de Punta Gorda. Jessie se quedó dormida con la cabeza apoyada en mis piernas, después de contarme sus penas y miserias. Ni una lágrima. Mucho odio y mucha decepción. Ver a la otrora *femme terrible* convertida en una sombra a mi lado, a la luz de la luna montevideana fue el inicio de mi etapa de autocrítica que yo me había negado a hacer, porque creía que cuando la hiciera perdería la facultad de contar la verdadera historia. En los viajes siguientes no la ví por prudencia. Yo le había contado lo de mi separación con Alicia y a los pocos días lo supo medio Montevideo. Cuando teníamos que regresar, salíamos de Ezeiza y el Ferry había tenido un accidente en Colonia, por lo que cambiaron los horarios y yo no me enteré, así que llegamos tarde a Ezeiza, pese al esfuerzo del taxista que nos llevó desde el Puerto en un Renault 12 a 140 kilómetros por hora. Ahí sí casi me cago.

Mis otros viajes a Montevideo carecen de interés. Yo aprovechaba viajes de trabajo a Buenos Aires y me las ingeniaba para cruzar sin dejar rastros. Nunca avisaba que venía, siempre me aparecía por sorpresa y me iba sin dejar rastros. Visitaba lugares que me eran muy queridos o que habían sido importantes en mi vida. Busqué la forma de acercarme a las mujeres de mi vida y así pude estar cerca de Alba Bordoli cuando estaba en el INAU, pero no hallé rastros de otras como Beatriz y Lucilda. Paseaba por el Prado Viejo y la rambla de Pocitos, pero sobre todo por mi barrio: la placita Atahualpa, la esquina de Burgues y Larrañaga donde está el León de Caprera y el boliche de San Martín y Larrañaga, donde hice el primer contacto con Alicia a finales de 1965, cuando era la novia de Ismael Bassini, para integrarse a los Tupamaros. La casa de mi abuelo cuando se suicidó, en Dr. Magested, la casa de mi abuela materna en Pestalozzi y Mariano Soler y el panteón de los Schuler en el Cementerio del Norte donde estaba mi madre. Iba a ver a mi nieto jugar en la calle Itapúa y a mis sobrinos sentados en el jardín de Regimiento 9, como lo hice yo tantas veces.

Vine cinco veces a Montevideo, entre 1998 y 2007, cuando estalló la crisis económica que todavía nos zarandea y una gran editorial para la que trabajaba cerró su filial en Buenos Aires. Después comprendí que masoquearme no me servía para nada y dejé de venir.

J. M. –Volvamos un poco atrás, en la primera carta que usted envió en 2013, dijo que unos días antes de que fuera detenido por última vez, en mayo de 1972, Alicia Rey Morales se entregó a las FFCC en las cloacas de Montevideo, permitiendo de esa manera que lograran huir de la persecución conque eran acosados, un conjunto importante de integrantes del MLN-T, entre ellos el ex presidente (2010-2015), José Mujica Cordano.

H. A. P. –Sí, fue un gesto nunca reconocido. Es necesario para explicar el hecho la situación que se dio en aquellos días. El Abuso había saturado nuestra capacidad de alojamiento y se buscó el apoyo de colaboradores, que en esos momentos de euforia eran muy numerosos. Alicia y yo estábamos viviendo en un apartamento en la calle Nicaragua, muy cerca de un local de UTU. Teníamos asignada una habitación y el uso del cuarto de baño. La comida nos la proporcionaba la familia y nos la traía la hija del matrimonio, que era nuestra colaboradora. Nunca vimos a sus padres y creo que ellos no sabían a quiénes daban cobijo. La hija y su novio eran estudiantes de música, guitarra española concretamente y ensayaban a diario durante horas. Yo todavía salía muy poco a la calle ya que no había adaptado mi vista a las distancias largas y sufría mareos, lo que me provocaba angustia.

Una mañana en que estaba solo, en el local de UTU se produjo un enfrentamiento con la policía y el barrio entero fue acordonado durante toda la mañana, mientras un helicóptero sobrevolaba la zona. Yo ignoraba lo del local de UTU y creía que el helicóptero y las sirenas estaban motivadas por un rastrillo. Encerrado en la habitación estuve dudando si salir a la calle e intentar escabullirme o quedarme en el apartamento, lo que hice finalmente ya que si no había nadie, nadie podía abrirles la puerta. Para entrar y salir lo hacíamos acompañados por nuestra colaboradora, de la que no recuerdo su nombre. Al mediodía, Alicia regresó junto con ella y les relaté mis sensaciones vividas, fruto de mi todavía escasa

adaptación e integración. No era miedo, era angustia por no saber a dónde ir ni con quién contactar en esos momentos.

Otra mañana, a eso de las 10:00 llamaron a la puerta. Nuestra colaboradora abrió y entraron Alicia y un compañero al que no conocía, que funcionaba con el apodo de Danilo y al que nunca más veré, pero al que oí mencionar cientos de veces. He leído que ha fallecido... Este compañero sostenía a Alicia por la cintura, ya que estaba casi sin conocimiento. La pierna derecha, de la rodilla para abajo era un pingajo con vida propia. Como pudimos la acostamos en la cama sin que ninguno supiéramos qué hacer con esos huesos que asomaban a través de unos músculos tumefactos y ensangrentados. Danilo salió a buscar asistencia médica, pero lo único que trajo fueron unas cajas de Dolvirán, creo recordar. Los médicos no podrían atenderla hasta la noche y nos dijeron que le diéramos los calmantes cada cuatro horas.

Me contó lo sucedido: una camioneta pequeña les había dado un golpe del que la peor parte se la llevó Alicia. Él había intentado convencerla para llevarla a un hospital, amparados en la documentación que no levantaría sospechas, pero a lo que Alicia se negó temiendo que al ser un accidente de tráfico, la policía investigara. Además existía el riesgo de que el conductor de la furgoneta al ver que abandonaban el lugar precipitadamente, hubiera visto la matrícula de la Vespa de su propiedad. ¿Cómo entraron? le pregunté a Danilo. «Andando», me respondió. «Se agarró a mí y entramos por el pasillo como si no le pasara nada», me dijo. Danilo se marchó, prometiendo volver en cuanto fuera posible atenderla. Yo pasé la tarde a su lado, intentando aliviar su dolor, pero era imposible. Lo más que pude hacer fue secarle el sudor de la cara, acariciarla y agarrarle las manos en los peores momentos. El dolor no desapareció nunca, pero por momentos a juzgar por sus gestos y gemidos, aumentaba.

En el fondo de la casa, nuestra colaboradora y su novio seguían su rutina diaria. En algún momento tuve que pedirles que dejaran de tocar. Me era imposible soportar que la vida siguiera, indiferente a nuestro sufrimiento. Pero era así y así debía ser. Fueron ocho horas terribles. Por fin, ya anochecido llegó Danilo. Traía instrucciones: que tratáramos de inmovilizar la pierna sin moverla de la posición en que la habíamos dejado y que la sacáramos hasta la calle donde la recogería una camioneta que la llevaría a un local

con un berretín amplio, donde se la podía atender. Con dos barras de madera de las que se usaban para las cortinas y una sábana que cortamos en tiras la inmovilizamos lo mejor que pudimos. Fue tremendo, pero aún quedaba lo peor: llegar hasta la calle. Recorrimos el pasillo simulando que éramos una pareja de visita a la que la dueña de casa, nuestra colaboradora nos acompañaba hasta la vereda. De dónde sacó la fuerza necesaria y cómo lo hizo sin tan siquiera un gemido, es algo que hasta hoy me pregunto. En la camioneta la trasladamos en una camilla improvisada: dos tablones unidos entre sí y una frazada que los envolvía. En el camino la fuimos atando para poderla mover sin causarle más daño. Afortunadamente, tardamos poco en llegar.

Cuando el local ya estaba en poder de las FFAA supe que era un taller en la calle Constitución y que había sido el lugar adonde las fugadas de la calle Cabildo habían sido conducidas a través de la red cloacal. El berretín era un amplio sótano y para bajarla tuvimos que poner la camilla de punta, dado lo estrecho de la entrada. Resolvimos hacerlo con Alicia cabeza abajo para evitar que la inercia del cuerpo incidiera en la fractura. Entré primero para ser yo quien la recogiera. Pronto vimos que la maniobra era muy complicada ya que corríamos el riesgo de que yo no pudiera sostenerla y la camilla y Alicia se vinieran abajo. Tuvimos que sacarla y que dos compañeros bajaran a ayudarme. Recuerdo que bajaron Marenales y Arturo Dubra. El único gesto de Alicia era abrir y cerrar los ojos mientras se mordía los labios. Por fin, pasados unos minutos, bajó el médico.

Colocamos la camilla donde nos indicó, cortó los pantalones y desató los palos que le habíamos puesto. Examinó la fractura y nos explicó que dada la cantidad de calmante ingerida no era conveniente aplicarle anestesia, por lo que nos indicó cómo debíamos sujetarla mientras él procedía a enderezar la fractura. Entre Arturo, Marenales y yo la sujetamos mientras el médico, a ojo, puso los huesos en su sitio. Una vez esto, la enyesó desde la pelvis hasta el tobillo. «La pierna tiene que estar levantada por lo menos un mes», nos dijo. No sé si por un error de previsión, entre los materiales médicos no venía el taladro necesario para hacer en el talón el agujero preciso, por lo que se lo hizo con un taladro y una mecha del propio taller; fueron dos o tres segundos nada

más, pero todavía hoy, pasados más de cuarenta años, recuerdo el ruido y el olor de aquellos momentos.

El médico la visitó durante unos días, en los que fue indicando los cuidados que debíamos procurarle sobre todo en cuanto a los antibióticos y calmantes. Así durante algo menos de un mes la acompañé en aquel berretín, dándole de comer al principio y ayudándola para todo lo demás, higiene incluida. Cuando fue posible nos trasladaron a un local cercano al Piñeiro del Campo y al que volveré después de mi segunda fuga y en el que viviré los peores momentos a partir del 14 de abril de 1972. Cuando huimos por las cloacas, Alicia no estaba recuperada, había quedado con serias dificultades para desplazarse, por lo que tomó la decisión de entregarse como forma de que los demás pudieran ganar tiempo y no caer detenidos; una actitud heroica, realmente.

J. M. —El jueves 9 de octubre de 2014, en el semanario *Búsqueda* apareció un artículo referido a un ex Capitán del Ejército Asencio Lucero ¿Cuál es su evaluación sobre la nota?

H. A. P. —En primer lugar, que miente. En el noveno de Caballería se torturó como en tantos otros sitios y no sé por qué se adjudica el cargo de S2, que era de un tal Gómez. Cuando yo estuve allí el Jefe era un teniente coronel de apellido González y la mano derecha de Gómez era el teniente Abella, otra lumbrera. Abella me despertó una noche para preguntarme si era cierto que un detenido de apellido Brando podía tener la impunidad que decía por haber cedido su casa para negociaciones por la tregua. Cuando me dio más datos le dije que sí y lo soltaron, sin más, pero ya le habían dado bastante; yo había estado enterrado en su casa, en la calle Sevilla, casa que por cierto cayó porque Eleuterio Fernández Huidobro llevaba a Calcagno compartimentado, mientras otros milicos los seguían. La cobertura de esa casa la daban Brando y su hermana Silvia, la primera esposa de Galeano, en ese entonces compañera de Carlos Tikas, al que en 1969 yo no hice caso acerca de los despropósitos que en materia de seguridad cometían Sendic y el propio Fernández Huidobro y me pidió autorización para irse a la Argentina. Yo metí la pata posteriormente ya que informé al CE y Fernández Huidobro y el propio Sendic me dijeron que lo que pasaba era que el Pelos se quería rajar, que andaba jodido y que eran excusas, nada más. No me las tomé en

serio y una tarde en Garibaldi y Bvar. Artigas le dí el okay y nunca más lo vi. Después fui consciente de que tenía razón, pero ya era demasiado tarde.

J. M. —Volvamos al noveno de Caballería.

H. A. P. —Otro de los torturadores del noveno, fue un teniente que tampoco aparece en las listas y del que no recuerdo el nombre, que puede que sea Benítez y que fue procesado por la violación de una detenida. Este teniente necesitaba presentar un trabajo para el ascenso y me pidió que se lo hiciera. Era la época de Cámpora en la Argentina, que había decretado la amnistía para los presos y yo le hice, medio en joda, un plan de una supuesta invasión argentina para liberar al Uruguay, ya le digo, era un disparate, pero el caso es que se lo premiaron, no ascendió por lo de la violación a la detenida, que creo recordar no tenía nada que ver con nada, por eso lo procesaron, porque violaciones hubo muchas, rigurosamente silenciadas. Jessie tenía una lista como de treinta nombres, me dijo y era una de las cosas que ella más le reprochaba a nuestros ex, que no hubieran hecho nada contra una de las formas más rastreras de tortura contra las mujeres. «Por eso, porque fue contra las mujeres», me decía.

La aparición de Lucero ha causado cierta sorpresa, porque no es un personaje conocido. No ocupó titulares de prensa ni figura en ninguna de las listas de torturadores que circulan por internet. Pero como él hay cientos. En 1972, la tortura se admitió sotto voce y tenía respaldo parlamentario o sea que quienes las aplicaron se creían impunes y se apuntaron todos, salvo contadísimas excepciones que las hubo, por cierto. Quizás lo que más llame la atención de lo que dice es la naturalidad con la que admite las torturas, pero eso sí, manteniendo siempre el respeto por los derechos. Lucero es un ejemplo clarísimo del nivel intelectual y humano del aparato llamado a salvar al Uruguay, al precio que fuera, con tal de que la rosca pudiera mantener sus privilegios.

Nosotros también somos responsables de parte de esa dinámica terrible que vivimos, pero no es comparable ni en su magnitud ni en sus consecuencias. No trato de justificarnos, estoy planteando una realidad, se decía que era para salvar al Uruguay de influencias extranjeras, como si estuviéramos al servicio de la URSS, ocultando que a quien menos le interesábamos era a la URSS,

y se callaban que lo que preparaban estaba diseñado por el Departamento de Estado, con Henry Kissinger a la cabeza.

J. M. —Usted no puede desconocer que el MLN-T también violó los derechos humanos de los secuestrados, cualquier fuera su condición social...

H. A. P. —Sí, reconozco que el MLN-T violó los derechos humanos, pero honestamente creo que no hay punto de comparación entre uno y otro bando. ¿Por qué los violó? Porque estableció por sí y ante sí un código penal, por lo que podemos decir que legisló, asumió el papel de juez ya que señaló culpables y ejecutó las penas que impuso. En este aspecto y dadas las características de los gobiernos de Pacheco y de Bordaberry, hay grandes similitudes entre los dos bandos, pero hay una diferencia fundamental: los gobiernos de Pacheco y de Bordaberry estaban avalados por procesos electorales que mal o bien respondían a un concepto de nación o de país que era mayoritario y que estaba articulado a través de la Constitución, mientras que el MLN-T pretendía subvertir el orden para imponer un concepto de nación o de país muy indefinido, que respondía más bien a experiencias que le venían de afuera, a manera de ejemplo, y que no estaban avaladas más que por una inmensa minoría.

J. M. —¿Torturó el MLN-T?

H. A. P. —En sentido estricto, sí. Encerrar a un hombre en un cubículo reducido, en situaciones de higiene y salubridad muy escasas o casi nulas, dependiendo su seguridad de la voluntad de sus carceleros mientras soporta una condena que sabe indefinida, es una forma de tortura. Ahora bien, ¿esa forma de tortura es comparable con la que fueron infligidas por las FFAA? Yo pienso que no, incluso admitiendo como válida la necesidad de la tortura para evitar un mal mayor y que cesa cuando esa información se ha conseguido. ¿Pero ha sido así? Evidentemente que no. ¿Y qué decir de las sufridas por quienes ni por asomo tuvieron vinculaciones con el MLN-T ni con ninguna otra organización parecida, cuando ya esas organizaciones estaban no liquidadas sino arrasadas? ¿Es necesario hacer un inventario de los métodos de tortura que emplearon las FFAA para distinguir las diferencias? Yo creo que no, pero no quiero dejar pasar la oportunidad de mencionar a los

que crearon las condiciones que hicieron posible el enfrentamiento, que avalaron las torturas porque con ellas se defendían sus prebendas y se quedaron esperando que se las devolvieran cuando ya estaba en marcha la política dictada desde el Departamento de Estado Norteamericano.

J. M. —¿Junto a Alicia Rey Morales pensaron en algún momento fugarse del noveno de Caballería?

H. A. P. —Sí. Leyendo las declaraciones de Lucero encontré una foto antigua del noveno de Caballería. Digo antigua porque es como yo lo conocí. No sé como estará ahora porque nunca volví por allí, en cuanto ví la foto los ojos se me fueron a una ventana, que era la del cuarto de baño que usábamos mientras estuvimos allí. Nuestra habitación estaba enfrente y daba al patio de armas y aunque al principio la cerraron por fuera, terminaron por aceptar que era mejor dejarla abierta, para que pudiéramos ir al baño sin necesidad de llamar a nadie. La cerrábamos nosotros por dentro. Frente mismo a la puerta de la habitación había una escalera que unía las dos plantas con la azotea y en el rellano del primer piso nos pusieron un guardia armado. La cama de Alicia estaba en línea recta con los guardias y algunos jugaban con los fusiles por lo que decidimos no usarla por si se les escapaba un tiro.

Hubo un momento en que planeamos fugarnos descolgándonos por esa ventana, porque el General Cristi siempre tenía una excusa para retrasarnos. Mi madre me tejió una tricota de lana gruesa y nos llevó unos metros de tansa de la gorda. Con la lana de la tricota y la tansa fabricamos una cuerda. La garita de la guardia estaba lejos de esa ventana y además el edificio tenía una saliente que nos ocultaría.

J. M. —Un recurso descabellado sin dudas.

H. A. P. —Desesperado, más bien, ya teníamos los documentos de Trabal y la idea era irnos un sábado a la noche, después de la cena, porque los domingos por la mañana nadie se ocupaba de nosotros, calentábamos el agua para el mate con aquellos inventos eléctricos tan peligrosos, así que por lo menos hasta las 12 del domingo no se iban a enterar que no estábamos. En casa de mis padres nos cambiaríamos de ropa y de pinta, porque allí no nos iban a ir a buscar. La otra posibilidad era quedarnos en la casa de

Gómez, el asistente de Calcagno, pero al final no fue necesario ninguna de las dos. Quién me iba a decir a mí que un domingo de octubre, más de cuarenta años después estaría recordando aquellos momentos, conversando con usted.

J. M. —¿No le han pesado esos recuerdos mantenidos casi en secreto durante más de cuarenta años?

H. A. P. —Claro que me han pesado, pero al mismo tiempo son los que me han mantenido. Pese a todas las dificultades y a los impedimentos que tuve, nunca abandoné la esperanza de que un día se pudiera conocer la verdad, la verdadera verdad, la real, no la que se inventaron.

J. M. —Usted afirma que la historia oficial es un invento y no es el único que lo dice. En ese sentido iban sus cartas aparecidas el año 2013 y la propia entrevista que le hizo Gabriel Pereyra y que acá pudimos verla en el canal VTV.

H. A. P. —Efectivamente. Como ya le dije antes, el que motivó lo de las cartas fue Zabalza, que durante años ha mantenido la idea de que es el único defensor de la verdad, pero solo de la que a él le conviene para poder seguir manteniendo el prestigio de Sencic y él seguir a la sombra de su recuerdo, lo único a lo que tiene para agarrarse. Zabalza sabe, lo sabe desde 1972, que la acusación contra mí es falsa y que es uno de los secretos que se quiere llevar a la tumba. Y lo sabe también porque él formó parte, antes de que lo convirtieran en rehén por su participación en las negociaciones MLN-T-FFAA, de los comités de rescate de los compañeros que bajo tortura entregaron locales y salieron a la calle a señalar gente...

J. M. —¿Comités de rescate era el nombre que tenían?

H. A. P. —Bueno, no sé si ese era el nombre, pero sí el sentido que tenían. Se formaron grupos cuya misión era recibir testimonio de lo que cada uno había dicho, hacía acto de contricción y era perdonado. En algunos de los escritos de Zabalza lo dice sin dar nombres. Yo aseguro que a Marrero y a Wolf los perdonaron para poder seguir acusándome a mí.

En cuanto a las cartas, ese era el sentido y seguí insistiendo porque estaba seguro que al final alguno se sentiría tentado a publicarlas, pese a todos los impedimentos y presiones por evitarlo.

Debo decirle que a *El Observador* yo no le mandé las cartas porque desde Montevideo, los que sabían que las enviaría, no me lo pusieron en la lista... «es peor que *El País*», me decían, pero el haberse quedado fuera fue lo que los motivó y entonces publicaron el cuestionario. Yo no quería mandar la respuesta por internet, así que llamé a *El Observador*. Le dije a la telefonista que quería hablar con el Director y me preguntó «¿para qué?». Le dije es que quiero mandarle las respuestas al cuestionario de ayer. Soy Héctor Amodio Pérez ¿sabe quién soy?, a lo que me respondió «pues no, espere que le paso...» y me pasó con Gabriel Pereyra. Te quiero mandar las respuestas le dije, decime a nombre de quién y a qué dirección y me las dio. Estuvimos un rato charlando y ese mismo día las mandé, con el mismo remitente, André Tourain.

J. M. —*El Observador* publicó sus respuestas y diagramó un suplemento con todas las cartas al que agregó fotos tuyas, recientes y del pasado.

H. A. P. —Sí, tengo los ejemplares, me los envió Gabriel Pereyra junto con los testimonios de personas muy allegadas a él y también los de algunos ex compañeros que pretendieron cuestionar algunas de las cosas que dije. Les contesté a todos, creyendo que era el inicio de un intercambio de ideas que nos acercaría a la verdad, pero no hubo continuidad. Lo mismo pasó con Gabriel Pereyra y con *El Observador*. El diario se dio cuenta que de seguir adelante con la historia se iba a convertir en un elemento pernicioso para el gobierno y hechó el freno y embragó en marcha atrás y a Gabriel Pereyra le pasó algo parecido. Quiso escribir una historia sobre el ser humano, despojándome de los hechos políticos. ¿Y qué vas a escribir de mí si no sabés ni el día que nací?, le dije por fin. Así que se la tuve que contar, pero yo despojado de lo político, no soy nadie, así que no escribió nada o muy poco, aunque me consta que lo intentó. Vuelvo un poco atrás... Antes de eso, yo ya tenía decidido citar, bajo determinadas condiciones de seguridad, una entrevista amplia con gente de *El País*, *La República*, *Brecha*, *La Diaria*...

J. M. —¿Es cuando se publican las respuestas?

H. A. P. —No, no se publicaron porque el sobre nunca le llegó a Gabriel Pereyra. Alguien, bien en el Correo o en el propio dia-

rio se lo quedó. Como yo veía que no publicaban nada, como a los quince días volví a llamar y acordamos que les mandaría las respuestas y todas las cartas por internet. Las mandamos desde un sitio público, para no dejar rastros y llegaron todas, pero desordenadas, no en el orden en que las escribí y las envié. A partir de allí, la comunicación fue muy intensa y fluida. Yo me había quedado con la oficina de un cliente que se había evaporado y desde allí, desde su ordenador, dale que te dale, todos los días, diez, quince correos, ida y vuelta... Eso sucedió para despejar dudas, de si yo era en realidad yo o era otro. La verdad, fueron momentos bastante cómicos, porque todas las preguntas que tuve que contestar eran de risa y en el fondo lo que demostraban era que quien las formulaba no tenía ni idea del MLN-T ni de la historia reciente. Después, a partir de las reacciones que fueron dando, fui enviando las respuestas a *Brecha*, a *La Diaria*, a *La República*, a Fasano, creyendo que *El Observador* las publicaría, ya que desmentía algunas de las acusaciones que le hacían al diario y a Gabriel Pereyra, pero no fue así.

En un momento, Gabriel Pereyra me planteó lo de la entrevista. ¿Qué me vas a preguntar, si no tenés ni idea de lo que pasó?, le dije. Me puedo asesorar, respondió, y empezó a leer libros que yo había leído en España y él no sabía que estaban escritos. No es una crítica a Gabriel porque no hay más que entrar en internet para ver que la inmensa mayoría de los que opinan no tienen idea de nada. Es más, *El País* escribe editoriales acerca de cosas que desconoce y las afirman con tanta rotundidad que parecen ciertas, pese a que los documentos están al alcance de cualquiera. Le pongo como caso, los muertos de la seccional 20 del Partido Comunista porque siguen diciendo que a Wilfredo Busconi lo mataron desde la seccional, cuando están publicados los datos de la autopsia que demuestran que lo mataron sus compañeros y hace unos días, para caerle al ministro Eduardo Bonomi, recuerdan el asalto nuestro de 1968 al Casino de Carrasco y no tienen idea de lo que publican. Pero sigamos. Le pedí a Gabriel Pereyra que me enviara algunas preguntas que pensaba hacerme y le dije que no, que yo quería delante de mí a un hijo de puta que viniera a enfrentarse conmigo, otro hijo de puta traidor y la mar en coche... y al final, acepté, porque creí que durante la entrevista podía ir dando pie a que la historia se fuera desarrollando, pero no pudo ser.

J. M. —¿Qué motivos lo llevaron a esa conclusión?

H. A. P. —En primer lugar, el tiempo. En principio iba a durar seis días, que fue el tiempo por el que alquilé la sala. Grabamos el primer día y al siguiente se me dijo que grabaríamos otro día más, que al final se quedó en medio; en segundo lugar que Gabriel Pereyra traía un cuestionario ya preparado y con preguntas basadas en lo que se suponía que yo contestaría y como yo respondía otra cosa, se quedaba en orsay. Por eso dicen algunos que la entrevista estuvo acordada de antemano y no fue jamás así. No es una crítica a Gabriel Pereyra, lo mismo le pasaría a cualquiera en su situación, para rebatirme hay que conocer la historia y los que la conocen, no tienen interés, por eso han dejado de rebatirme. Se han borrado, cuando lo más sencillo, si estoy mintiendo, sería demostrarlo o al menos intentarlo. Pero no lo hacen, han convenido a Zabalza que lo mejor es estar calladitos.

J. M. —Por lo que usted está afirmando, ¿*El Observador* no respetó el acuerdo que hicieron?

H. A. P. —No, no quiero decir eso. El único acuerdo formal se cumplió al pie de la letra: se respetaría textualmente mis palabras, la entrevista tenía que reflejar mis palabras, una a una y nada más. Yo expuse lo de los seis días porque era el tiempo por el que tenía alquilada la sala y di por hecho que sería así, pero seguramente fue un error mío de apreciación. La entrevista se publicó tal como lo acordamos. Se dijo también que yo había cobrado por la entrevista y tampoco es cierto. La entrevista me costó dinero, unos mil euros entre una cosa y otra...

J. M. —Sigamos con los nombres: Donato Marrero.

H. A. P. —Marrero pasó a integrar el Ejecutivo poco antes de El Abuso, en sustitución de Berreta, que lo integraba como representante de la Columna del Interior. Este hecho lo convirtió automáticamente en otro elemento a batir, independientemente de su capacidad y de los errores cometidos por Berreta, quien además estaba sometido a la presión de los Pico y Pala desde Punta Carretas para que comenzara a cavar las tatuceras, aunque el resto del Ejecutivo opinara lo contrario. Opositor a los planes que se estaban fraguando, entendió que mi renuncia al Comando General

de Montevideo y mi negativa a participar en las tomas de comisarías de finales de 1971 debía ser acompañada por la suya propia al Ejecutivo, pero fue convencido por Wassen para que no lo hiciera con la esperanza de poder reconducir la situación.

Tras el 16 de marzo, su designación como responsable de la Columna 70 y el escaso valor que a dicha columna se le otorgaba, significó, en la práctica, una descalificación al trabajo que había realizado. Para usar términos militares, fue una degradación. Casado con una sobrina del Coronel Trabal, entre las torturas recibidas y las presiones del coronel para que colaborara de alguna manera eficaz, se prestó a salir a la calle vestido de soldado. Su contextura física, su altura y el parecido facial, hicieron que fuera confundido conmigo. El MLN-T nunca le reprochó su colaboración. A cambio, le prometió no desvelar su actitud. De haberlo hecho, la acusación se habría disuelto como un terrón de azúcar en agua caliente. Para mí ha sido imposible localizarlo o encontrar alguna noticia sobre él...

J. M. —Otro nombre del que me interesa su opinión: Rodolfo Wolf.

H. A. P. —Uno de los cuadros intermedios más valiosos del MLN-T, ocupó distintas responsabilidades en la Columna 15, a la que perteneció desde finales de 1968. Señalado por Píriz Buides como responsable de la Cárcel del Pueblo tras su detención por el Florida, fue torturado para conocer su ubicación. Al límite de su resistencia, en un descuido de la guardia se cortó las venas de ambos brazos. Colombo, médico del Florida, lo alojó en la enfermería y prohibió interrogarlo en ese estado, pero durante los interrogatorios, Wolf admitió que Wassen podía conocer la ubicación, por lo que oficiales del Florida, concretamente Camacho y Grignoli, lo trasladaron al Infantería 13, donde Wassen estaba detenido.

Al llegar, se encontraron con que Wassen había sido trasladado al Florida, ya que tras las torturas recibidas, los oficiales del Batallón 13 admitieron que Wassen nada les podía aportar, pero les había ofrecido la posibilidad de conseguir su entrega, previa conversación con Wolf y conmigo, detenidos en el Florida. Muestra de la coordinación existente en el ejército, el vw que conducía a Wolf se cruzó a escasos cien metros del Florida con el camello que conducía a Wassen.

Reintegrado Wolf al Florida, se produjo la ya conocida conversación que culminará con la caída de la Cárcel del Pueblo. Entre los tres, el único que conocía la ubicación exacta era Wolf, aunque no fue él quien la comunicó al teniente coronel Legnani, sino Wassen, para así evitar volver a ser torturado. Wassen lo consiguió, al menos en Infantería 13, no así Wolf que acabará señalando la ubicación de otros locales, entre ellos el hospital de la calle Coraceros, la farmacia de la calle Maldonado y el de la calle Constitución, tras lo que nuevamente intentó el suicidio.

Llamado a consulta para las negociaciones por la tregua, Fernández Huidobro, quien ya tenía la consigna de Sendic de dejar las cosas como están, le aconsejó aceptar la situación como irremediable, y le comunicó la acusación contra mí. En un primer momento se negó a hacerlo, pero pasados unos meses en los que el rechazo recibido por parte de otros presos le provocó un estado seriamente depresivo, terminará aceptando. Al igual que Marrero, no ha sido posible contactar con él.

J. M. —Otro nombre que estimo es, sin dudas, el más polémico: Mario Píriz Budes.

H. A. P. —Ingresó al MLN-T de 1968, aunque su actividad como colaborador se remonta a mediados de 1967. Participó en el desarrollo del sector político de la Columna 15 en sus inicios, pero de manera indirecta, ya que lo hizo bajo la responsabilidad de Pablo Blanco, cuando este era responsable del sector servicios de la columna. Después de Pando pasó al sector militar, en sustitución de Jorge Salerno, muerto en el operativo. Disciplinado y organizador, su trabajo fue eficaz y después del Abuso fue designado como coordinador entre el Ejecutivo y las columnas del interior. En esa tarea intentó convencer al propio Sendic y a los comandos que él controlaba, de lo descabellado de los planes propuestos por ellos y aparentemente lo consiguió. Digo aparentemente, porque tanto Sendic como quienes lo secundaban, a espaldas de la Dirección, continuaron con la construcción de tuceras y el estudio de las acciones encuadradas dentro del Segundo Frente. Su mayor enfrentamiento se produjo cuando la muerte de Pascasio Báez, propuesta desde el Caraguatá y aceptada por el Ejecutivo sin haber tenido en cuenta su oposición, a tal punto que fue Engler quien se desplazó a Maldonado para comunicar la ejecución.

En la reunión de marzo de 1972, el Ejecutivo emergente lo apartó de todas sus responsabilidades, lo que constituyó, al igual que con Marrero, su defenestración. Sin embargo, aceptó seguir su militancia en el interior, cumpliendo con las tareas que le fueron encomendadas. Según comentarios de Trabal, al ser detenido a finales de abril de 1972 ya tenía en mente lograr un acuerdo para conseguir su libertad a cambio de información y la iniciativa habría partido de él. Lo pongo en condicional, ya que con el paso del tiempo he podido comprobar cómo el coronel Trabal era capaz de afirmar una cosa y la contraria, según le interesara en cada momento.

Hay que recordar que la mentira también fue un arma de guerra, junto con la manipulación de las noticias en momentos en que se estaban haciendo pinitos en guerra psicológica. Lo que sí puedo afirmar es que la información fue muy amplia y a juzgar por los resultados, más que efectiva. Un detalle a destacar es la mezcla de sinceridad y cinismo con que rellenó páginas en las que mostró un conocimiento profundo de muchos militantes, tanto de base como de dirección y en las que no intentó en ningún momento descargarse de responsabilidades. Para que me crean tengo que admitir mis culpas, palabras de Píriz Budes, siempre según Trabal. Cuando Méndez me ofreció un acuerdo similar a finales de mayo si «le ordenaba los papeles» le pedí una entrevista con el Tino, con el que nos habíamos visto una sola vez, en 1969, tras la operación de nariz, labios e impresiones digitales que me habían realizado en el Viaducto, pero ya no estaba detenido. Con todo, la debacle ya estaba en marcha y era imparable. Se dice que las FFAA tenían una información precisa del desarrollo y del potencial del MLN-T. Si hubiera sido así, no habrían ofrecido acuerdos. Con sentarse a esperar habría alcanzado. Tino y yo lo sabíamos.

Durante mucho tiempo el MLN-T minimizó la influencia de Píriz Budes, porque era un desconocido total y adjudicarle la derrota a un personaje desconocido, carecía de credibilidad. Les era más rentable acusarme a mí, al que le exigían fidelidad al MLN-T pese a decir que me habían expulsado. Alfonso Lessa, uno de los integrantes del oligopolio de la desinformación, en su libro *Estado de Guerra*, cuenta que un coronel le manifestó que la información proporcionada por Píriz Budes fue la realmente importante. Lejos de profundizar en dicha afirmación, Lessa, que se autocalifica como incansable investigador, opina que dicho coronel segura-

mente se ha equivocado de nombre y que quería referirse a Amodio Pérez. Eso sí, sin aportar ningún elemento que lo fundamente.

J. M. —Un referente histórico del MLN-T: Jorge Manera Lluveras.

H. A. P. —Fundamental en la primera etapa, cuando el Coordinador. Responsable del grupo que proveníamos del partido Socialista, bajo su orientación fuimos conformándonos como adelantados al momento en lo organizativo y en lo operativo. Supo delegar responsabilidades y así fuimos aprendiendo seguridad y compartimentación. Su aporte técnico fue importante en el uso y fabricación de explosivos, mucho más que en la construcción de los famosos berretines, tarea en que se vio superado por compañeros con menor formación pero con más bagaje práctico.

Participé con él como responsable en muchas operaciones, desde la primera, la del robo de dinamita en Pan de Azúcar hasta la última, en la armería El Cazador. Entremedias, también hubo fracasos como el del rescate de Julio Vique, Nelson Santana y Atalivas Castillo. Aportó siempre sensatez y medida, por lo que sirvió para contener los impulsos a los que Sendic y Marenales eran proclives. Cuando las circunstancias nos obligaron a refugiarnos en Marquetalia luego de la detención de Nell Tacci, comenzó un proceso regresivo, asumiendo más responsabilidades que las que podía sostener y su machismo visceral lo convirtió en un freno para el desarrollo. No vivió el proceso de descentralización, ya que fue apresado a su regreso de Cuba en diciembre de 1968 y no se adaptó nunca al nuevo estilo de trabajo, por lo que su encuadre en el sector servicios se hizo problemático. Cuando El Abuso, vaticinó que el túnel se derrumbaría. Sin embargo, fue capaz de inventarse un artilugio para mantener el rumbo, que fue muy eficaz. Integró las comisiones por la tregua y de los ilícitos, razones por las cuales fue mantenido como rehén, pese a su escasa responsabilidad en los dislates cometidos a partir de enero de 1972.

J. M. —En una de sus cartas aparece una postdata dirigida a Nanette. Al principio pareció un mensaje en clave, dirigido a alguien muy cercano a usted. ¿Quién era o es en realidad Nanette?

H. A. P. —Es Teresa Labrocca, la compañera Lía. «Tengo un contacto para vos», me dijo el Ñato en Marquetalia, «para el servicio de Información, no sirve para el aparato militar», agregó. Me en-

tregó un papelito con los datos: lunes tal, hora tal en Millán y San Martín, Opel Kadett azul verdoso, vos con carpeta azul en la mano derecha, vereda de los pares... Llegó puntual, apenas unos segundos después de mí, como si me hubiera estado esperando. Hola, soy Gustavo, le dije a través de la ventanilla. Me dijo sí con la cabeza y con una mano me hizo señas para que subiera al auto.

«¿Adónde te llevo?», me preguntó. Vamos al Prado, le dije, y ahí hablamos. Fuimos por Millán, Suárez, 19 de abril y en Atilio Pelossi nos bajamos. Nos sentamos en uno de los bancos y nos pusimos de acuerdo: yo era Gustavo Casares Sienra, médico, tal como constataba en mis documentos y ella era la que era, Teresa Labrocca Rabellino, nos habíamos conocido días atrás en el Sarmoldi, que estaba cerca de la casa y fabricamos una coartada por las dudas. Hablamos de las formas en que podía colaborar: casa, auto, dinero, contactos y yo le hablé del servicio de Información, cómo funcionaba y para qué. Hablamos de seguridad, compartimentación y algunas cosas más. Me llevó de vuelta a Millán y San Martín, fijamos el contacto para el día siguiente y andando llegué al sótano de Concepción Arenal y Marsella, donde vivía y tenía el Servicio de Documentación.

«Malas noticias», me dijo Alicia, «detuvieron a Zenón, a Leandro y a alguno más, no sabemos». Al día siguiente se lo dije: ayer detuvieron a algunos compañeros, entre ellos Marenales, los otros son poco conocidos pero muy valiosos. Una pérdida muy seria. Durante unos días me hizo de chofer, siempre muy segura y puntual. Poco a poco fuimos entrando en confianza y empecé a darle pequeñas tareas: comprobar algún domicilio o conseguir algún material que se necesitaba. Cuando supimos que en casa de Candán, el relevamiento fotográfico del Casino estaba en su sitio, pensamos que no lo habían encontrado y decidimos empezar la planificación de su asalto.

Ya me habían integrado al Ejecutivo y con Gavino *Beto* Falero decidimos que el estudio de la zona lo haría yo. Tenemos que ir al Casino de Carrasco, le dije. «¿Cuándo?», me preguntó. Hoy mismo, si podés acompañarme, fue mi respuesta. Acordamos que pasaría la noche en su apartamento, porque la vuelta al sótano en la madrugada llamaría la atención, así que primero fuimos a su casa en la calle Bonpland. Después de cenar salimos, dimos unas vueltas para ver el panorama y me pareció reconocer un auto

de los tiras con chapa argentina. Estacionamos cerca y cada vez que alguien se nos acercaba, simulábamos ser una pareja de enamorados. Le tomamos la matrícula y Lía se pasó el día siguiente apostada frente al garage de Jefatura, pero ni rastros del auto. Por la noche volvimos al casino, pero el auto no estaba. Era un Ford Falcon, pintado de dos tonos de azul y a Lía se le ocurrió que podíamos dar un paseo por los alrededores y entonces vio la matrícula en un Fairlane. «Sos un fenómeno», le dije. Y nos fuimos.

Estuvimos horas en su casa hasta que hicimos un horario que cubría las posibles llegadas de los tiras al casino, horarios que nos dividimos entre Lía y dos colaboradores de Alicia, Julia Armand'Ugon, la hermana de Rutilio Bentancour y yo. Así los vimos llegar, los vimos irse y supimos cuándo levantaron la vigilancia. Entonces empezamos a ir varias noches a distintas horas y desde el bar, comenzamos a construir el plano de la zona. Lía era muy audaz, pero era una audacia muy controlada, fruto del conocimiento que tenía del entorno social en que se había movido siempre. Hija de un marino retirado, sabía cómo dar órdenes, como imponerse por su propia presencia. Llevada por esa audacia, consiguió ubicar la escalera que conducía al garage por el que teníamos prevista la entrada al edificio y después la escalera que nos llevaría a la sala del recuento del dinero.

Yo iba al sótano por el día, para seguir con la falsificación de los billetes de 100 dólares, por la tarde contactos y por las noches, Casino. Yo dormía en el living, en un sofá, hasta que una noche llamaron a la puerta. Yo me levanté y desperté a Lía que estaba en su dormitorio. Ella acudió a la puerta y pude oír la voz de un hombre. Después supe que era un periodista de *Época*, al que conocíamos como El Pulga y El Diente, Barrientos de apellido. Cuando Barrientos se marchó, Lía fue al dormitorio a avisarme y yo me dispuse a volver al living. Entonces ella me dijo «quédate», y yo me quedé. Comenzamos entonces una relación muy intensa, aunque corta en el tiempo.

Lía pasó a la clandestinidad a raíz del asalto al Casino, por una metida de pata mía, que le hice estacionar el Opel demasiado cerca del edificio, un día que fuimos a recoger la cartera que yo había «perdido» la noche anterior y le vieron la matrícula. Con Lía en la clandestinidad continuamos viéndonos a escondidas, hasta que ella me planteó que no soportaba esa situación, que me

necesitaba como hombre y como compañero y que no estaba dispuesta a continuar la farsa que manteníamos. Entonces me cagué, recién en ese momento fui consciente de que con mi actitud de macho había contribuido a crear en una compañera la ilusión de una relación afectiva que por mi parte nunca me había planteado.

Nos teníamos que ver porque ella estaba integrada en el servicio de Información, que lo dirigía yo, y eso empezó a crear problemas en su funcionamiento y entonces decidí que lo mejor era terminar con nuestros encuentros. No puede ser, le dije, tenemos que dejar de vernos. Era la primera vez que una mujer lloraba por mí y eso me conmovió profundamente, pero no me dio para más. Lía entró en un proceso depresivo profundo y la clandestinidad se le hizo muy difícil hasta que lo superó pero a costa de grandísimos esfuerzos, muy dolorosos, porque yo no la ayudé en lo más mínimo, pese a que me lo pidió varias veces. Finalmente, Candán la integró en un grupo de acción y no volvimos a vernos hasta que empezamos a preparar el asalto al Banco Francés Italiano, en marzo de 1970. Cuando nos fuimos del Banco, yo fui el último en subir a la camioneta conducida por Candán. A su lado iba una veterana, profesora del Liceo de Malvín que nunca supe como se llamaba, a su lado estaba Lía y apenas quedaba sitio para mí. Ella me agarró una mano y me dijo «gracias», ¿por qué, le pregunté, y me respondió «por todo, por todo...». Fue la última vez que nos vimos. Durante estos años he pensado mucho en ella. Todavía siento que necesito pedirle perdón. Lo siento, Nanette, nunca quise hacerte daño, solo fui un machista de mierda.

J. M. —¿Qué nos puede aportar en relación con los asesinatos por parte del MLN-T de Carlos Alberto Varela Ramírez y Roque Arteche?

H. A. P. —Sobre el primero, absolutamente nada. Desconozco totalmente el nombre y el caso. Es seguro que usted tenga más información que yo. Sobre el segundo sí, por cierto. Roque Arreche era un delincuente común que fue reclutado por Leonel Martínez Platero. Si no es el primero, es uno de los primeros *gambusas* con los que el MLN-T intentó realizar trabajo político. Al salir en libertad se le dio un contacto y una contraseña acordada previamente con el Ejecutivo. Yo era el responsable de la correspondencia con el exterior y fui el que hizo la conexión. Esa fue toda mi participa-

ción en este caso. No tuvimos más noticias hasta mayo de 1971 en que nos comunicaron que había causado una serie de problemas de gran importancia y que se habían visto obligados a ejecutarlo, prometiendo ampliar la información en cartas futuras. Sin embargo, no lo hicieron ni desde el Penal se reclamaron. La noticia se recibió sin grandes comentarios.

Todo lo que se dijo sobre este hecho después de 1985 son comentarios interesados que responden a la defensa de actitudes y comportamientos que en 1971 no se hicieron. En 1971 estábamos dispuestos a morir y a matar si era necesario y la ejecución de Arteché entraba dentro del código de conducta no escrito que todos dábamos por supuesto. Se permitió que la noticia fuera conocida por el resto de la población carcelaria, como aviso para que los que quisieran hacerse tupamaros supieran a qué atenerse. Es más, en ese submundo de las cárceles no se habría entendido otro final.

Cuando Wassen y Armando Blanco fueron detenidos en julio de 1971, fueron conducidos a mi celda, ya que como coordinador que era del Abuso era aconsejable que estuviéramos juntos. Hablando sobre la fuga, que era evidente que su concreción estaba basada en la discreción de los presos comunes, estuvimos analizando las dificultades del trabajo político con ellos y surgió el tema de Arteché. Fue así que conocí lo sucedido. Arteché, cuyo seudónimo era Raúl utilizó el arma que el MLN-T le había proporcionado para realizar pequeños atracos por su cuenta, que gastaba para su uso personal. Había descompartimentado el local donde vivía con miembros de su familia y había robado a los compañeros dueños de la casa.

Cuando se conocieron los primeros atracos por su cuenta, fue advertido por parte de su responsable, pero continuó con ellos. Cuando se conoció el robo en la casa donde vivía. Arteché la abandonó y se refugió en casas de colegas, que terminaron denunciándolo. El autor material de su muerte fue Armando Blanco y el Ejecutivo que la decidió estaba integrado por Wassen, Rosencof, Marrero y Engler. El Florida buscó su cuerpo en las cloacas cercanas al local de La Estrella en la calle Constitución, siguiendo las indicaciones dadas por Wolf, pero no lo encontraron.

J. M. —Recién hablaba del asalto del MLN-T al Banco Francés Italiano, sé que tiene algunas particularidades que merecen destacarse.

H. A. P. –Del Banco Francés Italiano, ya habíamos secuestrado a su presidente, Gaetano Pellegrini Giampietro, en setiembre de 1969. Lo hicimos como medida de apoyo a los huelguistas de AEBU. Lo esperamos en las cercanías del diario *La Mañana* de cuya empresa, SEUSA, creo era también presidente. Fuimos Candán, Wassen, Blanco Katras y yo, con un grupo de apoyo que ahora no puedo identificar. Lo traspudamos a otro vehículo que nos esperaba en el Cementerio Central, que se encargó de llevar el taxi utilizado hasta el Parque Rodó y lo entregamos a un grupo del interior por Lagomar, que en un carro de caballos lo llevó a otro sitio donde estuvo unos días, a la espera de trasladarlo a Montevideo.

Después de Pando, negocié su liberación por teléfono con los Manini Ríos. Llamaba desde teléfonos públicos en 8 de octubre, a cambio de una cantidad de dinero para una escuela de Villa García, que rechazó recibirlo y la publicación en los diarios *La Mañana* y *El Diario*, en la primera página, de un alegato del MLN-T diciendo lo que había pasado en la huída de Pando, etcétera. Dicho alegato lo escribimos Blixen y yo, en un apartamento de la calle Felipe Sanguinetti, entre Cabrera y 8 de Octubre. En la casa contigua a los apartamentos vivía una familia que nos tenía fichados y se encargaba de recorrer el barrio y nos avisaba si veían cosas raras. Los dueños del apartamento lo eran también de una casa de muebles que estaba en la esquina de Sanguinetti y 8 de octubre, sobre la avenida. Cuando tuvimos que dejar el apartamento, fui a retirar la fianza por el alquiler. Creo que me acompañó Candán. Nos devolvieron la fianza en efectivo, nos dieron la mano y nos desearon suerte. Otros que nos habían fichado. Volviendo al Banco, nosotros teníamos allí un compañero, Eduardo González Olivieri, quien nos proporcionaba talonarios de cheques de los supermercados Disco y nos había dado las firmas originales de los apoderados para falsificarlos. La Negra se encargaba de firmarlos y Candán y yo de cobrarlos.

Siempre nos acompañaban compañeros para darnos apoyo si era necesario, pero nunca tuvimos problemas, ya que íbamos sobre el cierre y los cajeros apenas cotejaban las firmas. Cuando falsifiqué los billetes de \$ 5.000 los pasábamos a través de las ventanillas ocupadas por compañeros o colaboradores. Este González Olivieri me hizo un plano detalladísimo del Banco y del acceso al tesoro, así como de las oficinas donde se guardaba documenta-

ción del Banco, altamente comprometida. Nos dio los nombres y los domicilios de los que tenían las llaves y dónde se guardaban.

Cuando tuvimos el plan casi dispuesto, lo invitamos a participar de una reunión para que aportara sugerencias acerca del modus operandi acordado. Era uno más del grupo. Elegimos la tarde de un día que nuestro compañero trabajaba por la mañana. Desde días antes estacionamos en la zona autos y camionetas para reservar los sitios necesarios y enviamos a un grupo de cuatro a una puerta lateral —el Banco ya estaba cerrado— provistos de documentación policial, con la excusa de que se había recibido una amenaza de bomba. Al funcionario que abrió la puerta hubo que meterlo para adentro a los empujones, porque en cuanto oyó lo de la bomba quiso salir corriendo. Tres lo acompañaron y fueron haciendo salir de sus despachos y escritorios al resto del personal, para reunirlos en un patio interior.

El cuarto compañero se quedó en la puerta y nos la fue abriendo a medida que íbamos llegando, de acuerdo al plan establecido. Nuestras compañeras ocuparon la centralita y se dedicaron a la labor de telefonistas. Una fue Teresa Labrocca y la otra, la profesora del Liceo de Malvín, de la que nunca supe cómo se llamaba y ahora no recuerdo tampoco su apodo. Era una mujer que bien podía ser la madre de muchos de nosotros.

Cuando ya no quedaba nadie sin controlar, les dije quiénes éramos y qué queríamos: las llaves para abrir las puertas y las cajas. Durante el estudio de la operación habíamos identificado a quienes las tenían y fuimos a ellos directamente. Los separamos del grupo unos pocos metros y les exigimos la entrega de las llaves. Recién allí nos dimos cuenta que uno de los tenedores de las llaves no estaba. Usando las que teníamos no llegábamos al tesoro, por lo que mientras se reunía el dinero de las cajas y la documentación que nos interesaba, fuimos en su busca.

Llamamos por teléfono para asegurarnos que estaba en su casa y le dijimos que esperara la llegada de una comisión policial al mando del Comisario Silva, por un asunto relacionado con el Banco. Nos pidió detalles y lógicamente, no le podíamos decir por teléfono el motivo de nuestra visita. Antes de salir en su busca con Blanco Katras y Cocco Pérez, aleccioné a las compañeras telefonistas acerca de lo que debían decirle a ese funcionario en el caso de que llamara pidiendo información: lo siento señor, la

señorita fulana no puede atenderlo, está con el comisario en el despacho del Director. Llamó dos veces y las dos veces las compañeras le dijeron lo mismo.

Cuando llegamos a su casa, un apartamento en la zona cara de Pocitos, nos abrió la puerta apenas sonó el timbre. Soy el comisario Silva, le dije al tiempo que le exhibía el carnet. El Director del Banco se ha suicidado en su oficina, le dije y me han enviado a buscarlo porque falta la llave que tiene usted. Queremos abrir el tesoro porque desconocemos el motivo del suicidio y a lo mejor es un asunto de plata, agregué. Voy por la llave, nos dijo. Con Blanco y Cocco Pérez nos miramos y no pudimos dejar de sonreírnos. Ya estaba hecho. Volvió con la llave y con su mujer.

Mientras se ponía el saco me dijo: «Comisario, me tiene que hacer un favor. Dígale a mi mujer que esto va en serio, que no es joda, porque se lo dije y no me cree.» Me dirigí a ella y le dije: señora, es cierto. El Director se suicidó, un tiro —me señalé la cabeza— y necesitamos las llaves —extendí la mano para que me la entregara— y a su marido, como es lógico. No íbamos a venir a que nos diera la llave del Banco, como usted comprenderá... La señora fue muy clara en su repuesta: «me lo creo porque me lo dice usted, Comisario».

Durante el viaje de vuelta nos pusimos a especular sobre las razones del suicidio, dinero, líos de mujeres... La respuesta del bancario fue muy clara: nada, nada de eso. Se mató porque es un inútil, un tarado. Eso es lo que es, un tarado. En cuanto llegamos al Banco y vio a todos reunidos, el Director entre ellos me dijo: «¿Son tupamaros, verdad? Ya me olía algo raro.» Mientras, los compañeros intentaron llegar al tesoro sin conseguirlo, fui a la entrada a enterarme de las llamadas recibidas. Muchas eran de la mujer del Director, que lo esperaba en su casa para acudir a una fiesta o reunión y fue atendida por nuestras compañeras de tan maravillosa manera que no sospechó nada de lo que estaba sucediendo. Siempre pensó que su marido se estaba echando una cana al aire.

Decidí que debíamos irnos. Llevábamos casi cuatro horas dentro del Banco y habíamos hecho todo lo posible. El que habíamos ido a buscar pidió para hablar conmigo: «tengo que pedirle un favor, que no se sepa que dije que el Director era un inútil» Lo miré y le dije: quedate tranquilo, no diremos nada, y así fue.

Cuando dimos a conocer la documentación, vimos que las consecuencias políticas superaban en mucho a lo económico y la repercusión, enorme. Sin embargo, nos dolió mucho haber dejado 96 millones de pesos al alcance de la mano. ¿Qué había pasado? Uno de los cajeros nos entregó una llave que no era. Estábamos seguros de que la que fuimos a buscar era verdadera, porque abrió la puerta señalada. Las otras, en la confusión, las mezclamos y no sabíamos a quiénes correspondían. No tardamos en saberlo, ya que ese hombre se vanaglorió de hacerlo y recibió un regalo del Banco. González Olivieri nos dio su nombre y en un momento resolvimos volver a intentarlo, porque pese a lo sucedido, las costumbres se mantuvieron. Nadie podía imaginar que lo volveríamos a intentar. Lo hicimos una vez, pero uno de los autos tuvo un accidente y uno de sus ocupantes, Cocco Pérez, precisamente, fue detenido por la policía, pero logramos rescatarlo, después abandonamos la idea.

J. M. —¿Qué me puede contar de su salida del Uruguay, junto a Alicia Rey Morales?

H. A. P. —El día 11 de octubre de 1973, por conversaciones con el teniente Abella, intuimos que nuestras horas en el Uruguay se acababan. Por la tarde, el Jefe del noveno el teniente coronel González, nos lo confirmó. Al día siguiente, acerca de las doce, oímos la corneta anunciar autoridades. Corrimos a la ventana: el viejo Cristi, le dije a Alicia. «¿A qué vendrá?» Me respondió, nerviosa. Nos trae los documentos, seguro, me oí decir, pero no era mi voz, era un suspiro que se me escapó. Pasados unos minutos llamaron a la puerta. El capitán Lucero estaba de guardia y nos condujo al despacho del Jefe. Allí, de pie, estaba mi rival en la larga partida de ajedrez que veníamos disputando desde un año antes, desde que Fasano me tendiera la encerrona con el MLN-T y Ferreira Aldunate. Sobre la mesa, dos sobres de oficina. Apenas darnos los buenos días, me entregó uno, con una señal en una esquina. «Este para usted», me dijo «y este otro para usted», le dijo a Alicia.

Ambos comprobamos que todo estaba en orden, mientras Cristi decía algo acerca del cumplimiento de la palabra dada. Nunca lo dudé, le mentí. ¿Cuándo nos vamos? le pregunté. «Mañana», me respondió. Necesito hablar con mi familia, respondí

yo. «De eso se encargará el teniente coronel», dijo Cristi. Eso fue todo o cuando mucho lo que recuerdo.

Poco después llegó mi padre con el teniente coronel. Acordamos que mi hermano Pancho iría a Juan Lacaze a buscar a María Fernanda, la madre de Alicia y a Nilda, la hermana, para despedirnos y que mi madre vendría a vernos con ellas. Finalmente, ni María Fernanda ni Nilda pudieron viajar, por lo que la despedida fue por carta. Poco rato después de irse mi padre, volvió el teniente coronel. «Esto debe ser suyo, por lo menos lo tenían sus compañeros», me dijo. Era un sobre con 500 dólares. Muchas gracias, le dije, es lo único que tenemos. Esa noche no dormimos, pero no nos importó. Durante la mañana hicimos vida normal, rehaciendo la valija varias veces y comprobando que el nuevo manuscrito, escondido bajo el forro del abrigo de Alicia, no se notaba.

A la hora de la comida nos avisaron que a las 5:00 h de la tarde vendrían a buscarnos. Avisados mis padres, llegaron con Daniel, al que hacía más de dos años que no veía. Mi padre me entregó su billetera con dólares y marcos que mi tío Mario le había entregado, junto con una nota en la que constaba el día, la hora y el lugar que nos encontraríamos en Madrid. La despedida fue emotiva, pero yo me sentía extrañamente distante, en un estado de alerta que me impedía pensar en lo trascendente que ese momento era para nuestras vidas. Le pregunté a Daniel si quería, en un futuro, vivir con Alicia y conmigo y nos dijo que sí. Le prometí hacerlo lo antes posible.

Los encargados de recogerlos fueron Queirolo y Méndez. Llegaron en un Fiat amarillo, al que subimos después de despedirnos de Abella y del teniente coronel González. Llegamos a Rivera por la noche y nos separamos de nuestros acompañantes para ir a comer. Luego, aunque separados, contratamos unas habitaciones para pasar la noche cerca de la estación de ómnibus. Cruzamos la frontera a pie. Alicia miró atrás para despedirse, me explicó. Yo no miré, no quise mirar atrás. Preferí mirar adelante, para darme ánimos y enfrentarme, una vez, más a lo desconocido, empezando otra vez de cero.

Entramos a Brasil con los documentos de Trabal tratando de no dejar rastros. En la estación, compramos los boletos hasta San Pablo, adonde llegamos después de un día de atravesar pueblos y más pueblos, recorriendo miles de kilómetros interminables, sin

dormir, acumulando un cansancio que ya nos era desconocido. Apenas llegados a San Pablo buscamos una oficina de Varig y compramos los billetes a Madrid. Teníamos que estar a las 21:00 h en Congonhas y ya no podíamos con nuestros huesos, así que buscamos una pensión para pasar las horas que restaban. Llamamos a nuestra familia para que supieran que estábamos bien, nos duchamos y comimos, intentando descansar. A las 17:00 h nos pusimos en marcha. Montevideanos, creíamos que conseguir un taxi sería cuestión de minutos. Nunca habíamos visto tantos autos ni nunca pensamos que tendríamos que pelear para conseguir un taxi. Cuando lo hicimos y dijimos «Congonhas» el taxista nos preguntó la hora del vuelo: «No arribaremos», fue su respuesta y trató de explicarme que Congonhas muito alejado y que estábamos trancados na rúa.

Al final, llegamos. Hicimos todos los trámites sin problemas y por fin ascendimos por la escalerilla. Lo habíamos conseguido. No sabíamos lo que nos esperaba, pero nos daba igual. Hicimos escala en Río de Janeiro para cambiar de avión y tras ocho horas de vuelo, llegamos a Madrid el día 16. Subimos a un taxi y le pedimos al chofer que nos llevara a un hotel. Muy amablemente, el chofer nos explicó que había un congreso médico y seguramente guiado por nuestro aspecto, nos sugirió alojarnos en un hostel, a lo que accedimos. Lo primero que hicimos fue averiguar dónde se encontraba el Hotel Plaza, lugar de encuentro con mi tío. Lo segundo, alquilar una máquina de escribir, para mecanografiar mi manuscrito. Inmersos en nuestra situación, creíamos que la situación de Uruguay sería conocida y que mi libro sería recibido con interés. Ni una cosa ni la otra. Los días de encuentro fijados eran los jueves, a las doce del mediodía y allí estuvimos dos veces sin que mi tío se presentara.

No nos habíamos visto desde 1963, en el entierro de su hermano Juan, pero nos reconocimos sin dificultad. Su aparición nos aportó algo de tranquilidad, ya que estando solos, sin conocer absolutamente a nadie y habiendo depositado en él nuestra confianza, la incertidumbre de los primeros días fue desapareciendo. Nos expuso sus planes, que no eran otros que aprovechar mi experiencia en la falsificación de documentos para colaborar con la red en la que él y su mujer trabajaban. Así fuimos conociendo parte de ese submundo que se movía fuera de la ley, que frecuen-

taba hoteles y restaurantes de lujo, pero que no adoptaba ninguna medida de seguridad.

Nos alquiló un apartamento en un barrio tranquilo y allí empecé mis primeros trabajos. Poco a poco nos fuimos dando cuenta que su relación, lejos de darnos tranquilidad, nos acercaba a un mundo absolutamente desconocido y peligroso. Yo ya estaba muy rayado y no era capaz de ver las consecuencias que una detención en España nos podría acarrear. En diciembre, cuando Alicia comenzó a sospechar acerca de su embarazo, una de las gestiones que había realizado fue positiva y empecé a trabajar en una imprenta.

J. M. —Voy a preguntarle por alguien que no era del MLN-T, pero que usted lo debe recordar perfectamente: Carlos La Paz Caballero.

H. A. P. —Estuvo un tiempo integrado al MLN-T, en Punta Carretas jugábamos en el mismo equipo, el Universal, yo sacaba los corners con la zurda desde la derecha y él los clavaba de cabeza. Después del Abuso, se emparejó con la mujer de Julio Rocatagliata, también fugado pero vuelto a detener. Fue uno de los temas que me tocó desenredar. La compañera me decía es que yo los quiero a los dos. Yo les planteé la necesidad de tomar una opción. Vaya hipócrita que fuí, mientras a Sendic le toleramos todo. Cuando lo detuvieron, largó un local y cayeron varios. Ya había pasado lo de Arteché, por lo que pidió quedarse en Jefatura. Estando yo allí esperando a que me trasladaran a Punta Carretas, me visitó para que intercediera por él, lo que no hice, aunque informé acerca de su solicitud.

Pienso que el MLN-T le quedó grande, como a todos los presos comunes. En realidad, se lo incluyó porque era íntimo de Arión Salazar, que estaba loco perdido, pero su celda era la más cercana al muro, y La Paz era el único que lo podía controlar. No conocí a ninguno capaz de ganarle al ajedrez. Era un maestro y ganaba todos los torneos. La Paz Caballero era un preso común, condenado por matar a su mujer. Tenía una particularidad muy especial: era un preso con códigos. Comprendió nuestra tarea, se enteró del túnel, ayudó en lo que pudo y se fugó con nosotros.

J. M. —¿Cuál era la relación con su familia antes y durante su actividad como integrante del MLN-T y desde el exterior a partir de 1973?

H. A. P. —Como toda familia, aunque mi madre nunca supo hacernos sentir su amor. Es un tema que ya hablé con mis hermanos y estamos de acuerdo, lo que no quiere decir que no nos quisiera, pero por alguna razón, no supo expresarlo. Cuando nació mi hijo en 1961, en lo que era el Sanatorio de lo que recuerdo se llamaba de Asignaciones Familiares en la calle San Martín y Martín García, nadie de mi familia visitó a Teresa, mi primera mujer, ni siquiera mi madre y eso que era su primer nieto. Cuando nos casamos, ella insistió en que lo hiciéramos por la Iglesia y movió todos los contactos para que fuera en el Santuario del Cerrito, a través de mi tío Roberto, que había estado muy vinculado a los curas. Todo por el *qué dirán los vecinos*.

Cuando me separé de Teresa, mi vieja se puso de mi parte, pero la separación la afectó mucho. A mi casa me llamaban Vivían Trías, José Pedro Cardozo, Héctor Rodríguez, Jorgelina Martínez, los Gatti, y eso la llenaba de orgullo, pero al mismo tiempo empezaron los signos de preocupación por mis actividades desconocidas.

Cuando la clandestinidad; que la foto del hijo mayor apareciera integrado a una banda de delincuentes, asaltantes de bancos, dar la cara en el barrio fue muy difícil. Se tomó la revancha cuando empezamos a aparecer como los Robin Hood uruguayos y entonces se convirtió en una Tupamara más. Dejó de votar a Herrera y se pasó al Partido Socialista y se iba a todos los actos que se hicieran. Se hizo amiga de las madres de otros clandestinos y cuando estuve preso, de las madres de los otros presos. Me visitaba todas las semanas. Resumen: ser la madre de Héctor, Ernesto, Gustavo, el Negro Amodio, era un orgullo. A mí me había puesto todas las trabas posibles, pero cuando mi hermana Ana y su marido empezaron a colaborar, ella los ayudó. Vivió el auge del MLN-T como suyo propio y la caída igual y que su hijo fuera tildado como el traidor que lo había destruido, acusado por los que ella había considerado también sus hijos, Edith Moraes, Heraclio Rodríguez, Ismael Bassini entre otros, fue un palo terrible. Cuando ya en el Florida me pudo visitar y conoció a Calcagno le dijo: «¿así que usted es el que salvó a mi hijo?» y le dio un beso con las lágrimas a todo correr. El gordo se emocionó y lloriqueó

también. Yo le conté toda la historia, paso a paso y un día fue a la casa de Erro y le contó lo que yo le había contado a ella. Erro le dijo que su hijo ya se la había adelantado y que él personalmente no me reprochaba nada. Quedaron amigos, pero con el resto de la gente lo pasó muy mal. Hasta que murió fue la madre del traidor y eso le hizo mucho daño.

En 1979 trajimos a mi madre y a mi padre a España. Ese fue el reencuentro. Mi madre llegó con una flebitis y casi no podía andar. Por ese entonces yo tenía un amigo argentino, cirujano, y se ofreció a operarla de contrabando en el hospital donde él estaba. En el reconocimiento me dijo que se nos quedaría en el quirófano, así que no hicimos nada. No se lo dije a ella y tampoco a mi padre. Mejoró algo y la llevamos de paseo a varios sitios y estuvo feliz, sobre todo por vernos contentos a nosotros. Cuando nos despedimos, yo sabía que era la última vez que la veía.

Mi viejo, como era un tipo vitalista, que siempre era capaz de ver el lado bueno de las cosas y olvidarse de lo jodido, estuvo sin problemas. Como la vieja se cansaba mucho, Alicia se quedaba con ella y yo salía con mi padre. Lo llevé a conocer los talleres gráficos con los que trabajaba, conoció gente importante que eran mis clientes y a comer por allí y la pasó muy bien. Siempre me preguntaba por mis asuntos y aunque estaba jubilado, no podía estar sin trabajar y se buscaba los mangos como fuera. Cuando murió mi madre, mi padre tenía un almacén en Ramón Márquez y Dr. Magested y ayudaba a la gente del barrio con el fiado. Era su forma de ser solidario. Tenía una clienta, Elida, con la que se volvió a casar, a los que trajimos en 1994.

Cuando el viejo se casó, mis hermanos no querían que Elida viviera en la casa que había sido de nuestra madre y el viejo se la vendió a Juan Carlos y repartieron la herencia en vida de mi padre. Este fue otro motivo de discrepancia con mis hermanos, porque yo entendí que la casa debía ser de mi padre mientras viviera y con quien él quisiera. Yo me negué a aceptar la parte que me correspondía y se la adjudicaron a mi hijo Daniel. Por entonces todavía Alicia y yo vivíamos juntos. Mis hermanos se creyeron que yo renunciaba a mis derechos porque me sobraba la guita y no por principios morales.

J. M. —Ustedes causaron grandes sufrimientos, propios y ajenos, tendrá que reconocérmelos.

H. A. P. —Eso es evidente. Creímos que por poner nuestras vidas al servicio de una causa que creíamos justa teníamos derecho a disponer de las vidas de los que valorábamos como enemigos y eso nos llevó a no valorar la vida de nadie, ni tan siquiera las de nuestros propios compañeros. Eso es para mí uno de los mayores horrores, con h y con o, que hemos cometido.

La acusación no me ha dolido por mí, sino por las personas que se han visto afectadas: en primer lugar las madres de Joaquín y de Marcos, que me consideraban como un hijo más; en segundo lugar algunos de mis ex compañeros que se tragaron la historia oficial de buena fe y en último lugar, mi familia, parte de la cual ha preferido su propia tranquilidad, aunque cargaran con el sambenito del apellido.

Lógicamente, las opiniones de gente que nunca estuvo en este lado de la orilla me la sudan, como se dice en España. Lo mismo las voces de los que dicen que me expulsaron o me dieron de baja y todavía hoy me reprochan haber luchado por nuestras vidas, pese a saber desde el primer momento que la caída de la Cárcel del Pueblo no fue obra mía. Marenales lo reconoció abiertamente en el año 2009 y lo dijo públicamente, creyó que la cárcel iba a caer, se equivocó el compañero. Con esas palabras Marenales desmiente también a Wolf, que dijo que yo lo había engañado.

Lo que Wolf deberá reconocer algún día, junto con Marrero, es que las cosas que me atribuyeron y se me atribuyen acerca de los locales y la gente en las calles, es que fueron ellos y que el MLN-T los perdonó a cambio de plegarse a la historia oficial. Pasa como con los militares, dentro del acuerdo que tienen, no puedo decir firmado porque estas cosas no se firman, está el tema Amodio, hay que mantenerlo como traidor para salvarse ellos.

J. M. —Antes habíamos hablado de la ética y usted me habló de una carta que había enviado a *El País* que jamás fue publicada y tampoco la respuesta de esta.

H. A. P. —Efectivamente. El 31 de octubre de 2013, en un editorial titulado *Rescribiendo (sic) la historia reciente*, con la firma de Antonio Mercader se puede leer:

Reapareció esta semana Héctor Amodio Pérez, el perenne acusado de traidor por los Tupamaros. Lo hizo para evocar el 44 aniversario de la toma de Pando, el sangriento episodio en donde intervinieron él y otros Tupamaros como José Mujica y Fernández Huidobro. En una nota de *El Observador*, Amodio Pérez recuerda el desvarío de aquel operativo y nos previene sobre que escribas y falsos historiadores intentan hacer con lo de Pando, falsificar los hechos, es decir, reescribir la historia reciente. En eso tiene razón Amodio Pérez, porque con la ayuda de tales escritores, los Tupamaros siempre buscaron presentar aquel fallido intento de copar una ciudad como otra de sus grandes hazañas bélicas. Eso ocurre porque como advierte Amodio Pérez, los Tupamaros van reescribiendo la historia a su gusto, al punto que no tardará en llegar un cineasta que hará con lo de Pando una película cuyos muchachitos buenos serán ellos...

Bueno, después de esto, cualquiera puede pensar que el diario *El País* es un firme defensor de la verdad y que batalla permanentemente para que esta resplandezca; pues no. Fechada el 6 de mayo de 2014 remití esta carta a *El País*:

Sr. Director de El País. En el editorial del pasado día 5 titulado *El relato a la uruguayaya* se critica, con razón, la falsificación de la historia de los últimos cincuenta años en el Uruguay... Lamentablemente, en esa falsificación de la historia no han participado solo los prestigiosos universitarios que usted menciona, valiéndose de todos los medios puestos a su alcance, sino también los medios de comunicación que impiden de manera sistemática, que el relato a la uruguayaya se vea cuestionado, impidiendo que las voces contra la historia oficial sean oídas. Pero la historia oficial no solo ha falseado la muerte del Capitán Busconi, en la seccional 20 del Partido Comunista y sobre la cual el editorialista pretende hacer recaer la responsabilidad sobre los militantes sitiados en esa sede, ignorando los dictámenes forenses, tanto civiles como militares, que señalan que el proyectil que lo llevará a la muerte provino de un arma militar y que lo penetró por detrás, cuando Busconi, vestido de civil, se dirigía al local sitiado, luego de abandonar el vehículo del noveno De Caballería de donde provino el disparo... Flaco favor hace *El País* al conocimiento de la verdad... Por si lo anterior no fuera suficiente, hoy me he desayunado, en el sentido más literal de la palabra, con Wilson, el blanquero, que con la firma de Javier García publica *El País* en su sección de opinión, del que transcribo los párrafos segundo y tercero... En 1971 Uruguay entraba en un tobogán democrá-

tico rumbo al principio autoritario si no se paraba por un líder popular, democrático y republicano. Ese era Wilson. Mientras él peleaba para salvar la libertad, desde el FA y el MLN-T (Mujica y otros incluidos) lo acusaban de oligarca y de estar financiado por una petrolera. Una porquería sin igual. Si Wilson gana la plata que nos afana, repetían estos incalificables. Hicieron todo para que ganara y fueron en los hechos funcionales a Bordaberry y a los golpistas futuros. Le robaron la elección que había ganado, vino el golpe de Estado, el exilio y la tragedia autoritaria. Si los que lo insultaban se hubieran preocupado de la democracia y no de bombardearla a ella y a su mejor líder, no habríamos padecido 12 años de dictadura. Eso solo merecería que se dedicaran a lo suyo sin usar su nombre. Luego vino la salida de la dictadura. De los dirigentes Frentistas que hoy lo invocan, alguno andaba de congresos médicos o sucuchando debajo de la cama y otros pactaban la prisión de Wilson. Bien claro: les servía que estuviera preso para que no compitiera y robarle unos votitos. No importaba si era progresista o si tenían coincidencias o no. Lo primero era juntarse con los militares golpistas para asegurarse que todos los dirigentes pudieran hacer campaña para la elección de 1984, menos Wilson. El partido que hoy lo invoca y usa su nombre en forma indecente, empezando por Tabaré Vázquez, lo metió preso para que no fuera candidato y obviamente, seguro Presidente de la República. Porque Wilson no hubiera ido preso si las fuerzas políticas no hubieran pactado su prisión. No fueron los carceleros, fueron los que le abrieron el paso y le pusieron la alfombra al carcelero.

Como he tratado de dar a conocer en varias oportunidades, después de la fuga de setiembre de 1971, se acordó en una reunión del Comité Ejecutivo del MLN-T integrado por Wassen, Rosencof, Engler y Marrero al que asistimos Alicia Rey Morales y yo como integrantes del Comando General de Montevideo, no procesar ninguna actividad que cuestionara el proceso electoral en ciernes. Pero no se decidió solo eso: ante la posibilidad de que el gobierno de Pacheco Areco no reconociera los resultados electorales, se resolvió encomendar a Engler la función de representar al MLN-T en el equipo que se formó a instancias del Coronel Montañez, junto al Partido Comunista en el llamado Comando Antigolpe, que tendría la misión de aislar Montevideo. Pero hubo más: Julio Marenales, único de los antiguos dirigentes que no tenía encuadre definido, fue designado como enlace con Wilson Ferreira Aldunate, el que en todo momento estuvo informado de la situación, ya

que se contaba con su promesa de que si finalmente él resultara vencedor en los comicios, los planteos políticos del MLN-T se tendrían en cuenta.

Lo de que le robaron las elecciones, está dentro de lo posible, pero nadie ha podido demostrarlo. En esos momentos, un triunfo de Ferreira Aldunate, para el MLN-T era un paso adelante, pese a que internamente se dijera lo contrario. Pero no fue este el único acuerdo entre el MLN-T y Wilson Ferreira, la misma noche del 14 de abril de 1972 estaba prevista una reunión entre Ferreira Aldunate y Fernández Huidobro. El desastre de la puesta en marcha del Plan Hipólito impidió que la reunión se produjera. El motivo de esta era coordinar la presión sobre el gobierno de Bordaberry para intentar su renuncia, tal como se había desarrollado sobre el de Pacheco Areco en julio-agosto de 1970.

El interrumpido diálogo de abril se retomó en julio, cuando el actual ministro salía del Florida para convencer a Sendic de la necesidad de aceptar la rendición incondicional a cambio de ciertas mejoras judiciales y la promesa de estudiar algunos puntos políticos y sociales, para lo que se requería apoyo parlamentario, apoyo que se entendía que Ferreira Aldunate estaría dispuesto a conceder, una vez que le fue transmitida la información falsa de mis reuniones con los mandos militares.

Ferreira Aldunate se metió de lleno en la idea, porque creyó participar en un proceso de paz que le proporcionaría réditos futuros: apoyaba al mismo tiempo a las dos fuerzas enfrentadas. Lo que Ferreira no supo es que el MLN-T ya estaba destruido y que un sector de las FFAA, contrario a la tregua, realizaba vigilancia y seguimientos a los vehículos del Florida y llevaban a Fernández Huidobro a entrevistarse con él.

Fracasada la tregua, será el Coronel Trabal el que continuará los contactos, cuando comenzó a gestarse la idea del «golpe bueno», a la peruana, surgida en las sobremesas tras las comisiones por el tema ilícitos. A partir de noviembre de 1980, el Departamento de Estado de los EEUU comenzó a preocuparse por la situación de la dictadura uruguaya y será el muñidor de los acuerdos que perviven hasta hoy, prisión de Ferreira Aldunate incluida, condición impuesta por los militares para retirarse de los primeros planos. Wilson aceptó. Fue preso y renunció a ser candidato. No le que-

daba otra. Esta es parte de la historia real, que la historia oficial oculta. Con las complicidades necesarias, claro está.

J. M. —Cuando ustedes eran detenidos, ¿qué figura penal les correspondía y de qué forma era tramitada?

H. A. P. —A todos se nos acusaba de asociación ilícita y atentado a la Constitución, cualquiera fuera el grado de integración y de responsabilidad dentro de la estructura del MLN-T. Aparte, según las evidencias en cada caso, a cada uno lo que le pudiera corresponder: rapiña, secuestro, asesinato, etc. Aparte de los delitos genéricos, asociación ilícita y atentado a la Constitución, los demás delitos eran difíciles de probar, bien por la carencia de testigos o de pruebas materiales. Pero ya con los genéricos teníamos para muchos años.

Ante los Jueces, nadie admitía haber cometido delito alguno y la falta de pruebas hubiera obligado a la puesta en libertad de la inmensa mayoría de los presos. Cuando eso se hizo evidente, se comenzó a aplicar el internamiento en cuarteles, en cumplimiento de las Medidas Prontas de Seguridad. La policía utilizó para ello la Cárcel Central.

No hubo nunca una norma establecida para actuar ante la Justicia, salvo la preconizada por Sendic y que solo él la puso en práctica y que tenía que ver con los artículos 5 y 6 de los Convenios de Ginebra de 1929, por los cuales los prisioneros solo estaban obligados a dar su nombre y grado. Desde un punto de vista legal, es evidente que a partir de la declaración de estado de guerra interno de 1972, los Convenios de Ginebra no se respetaron, pero tengo que reconocerle que haberlos invocado hubiera sido de una hipocresía enorme.

Creo que la responsabilidad colectiva, desde el punto de vista legal nos cabía a todos en cuanto a formar parte de una asociación ilícita para delinquir. Acerca del resto de los delitos cometidos creo que la responsabilidad no es penal, sino moral.

J. M. —Cuénteme sobre el acuerdo entre los militares afines al General (R) Liber Seregni, el Partido Comunista y el MLN-T.

H. A. P. —En mi manuscrito de 1972 me refiero a este tema tal como lo conocí entonces. Hoy conozco que dentro del plan estaba incluido el posible triunfo electoral de Wilson Ferreira Al-

dunate con el conocimiento por su parte, tal como lo expongo en mi carta dirigida al diario *El País* que hace un rato mencioné. El militar de Seregni, tal como usted lo denomina y que participó en las reuniones, fue el Coronel Montañez. Es cierto que en un primer momento ellos se adjudicaron un papel preponderante, pero luego admitieron ceder competencia al MLN-T y al Partido Comunista.

El plan no se cumplió porque los resultados electorales lo hicieron inviable: ganó Bordaberry, pese a que se dijera que hubo fraude. Evidente que esto se hizo sin que el Frente Amplio tuviera conocimiento, ya que era una operación clandestina. Dentro del MLN-T, la figura de Seregni no tenía una gran consideración. Todo lo contrario, se desconfiaba de su figura.

Cuando se empieza a cambiar la historia real, la figura de este comenzará a ser ensalzada hasta alcanzar cotas de héroe o de mártir, según cada cual, más por torpeza de los golpistas que por méritos propios. Usted podrá valorar el aporte que hizo el Partido Demócrata Cristiano de aquel entonces y de Juan Pablo Terra a la consolidación del Frente Amplio. Yo solo le puedo decir que nunca ninguno de los dos fue tenido en cuenta por el MLN-T.

J. M. —Volvamos a los años siguientes de regreso al sistema democrático. Usted estaba fuera del país y su «etiqueta» se mantenía tal cual una decena de años atrás...

H. A. P. —Cuando en 1986 comenzaron a llegarme a través de mi familia, noticias acerca de las reflexiones políticas de mis ex compañeros y que dentro de ellas se mantenía la historia de mi responsabilidad, la traición y todo lo demás, realicé mis primeros intentos para dar mi versión de los hechos. Hasta esos momentos, mi relación con la familia se había mantenido dentro de los cauces normales. Mi relativamente buena situación laboral y la modestia de mi estilo de vida me permitió pagar mediante créditos, los pasajes a mi hijo en un primer intento de vivir juntos y a mis padres en un par de oportunidades para visitarme.

Las diferencias entre los modelos sociales y económicos entre España y Uruguay tuvo como consecuencias que nuestra forma de vida se asimilara a la de una clase media alta, lo que se convirtió en causa de las primeras diferencias: mis hermanos me reprochaban que les pidiera ayuda para defenderme, defensa que ellos conside-

raban innecesaria y en la que yo insistía porque no tenía problemas económicos para vivir, me decían. Cuando insistí, las diferencias fueron en aumento a tal punto que cuando mi padre, ya viudo me visitó en 1992, le impidieron traerme las copias de toda la documentación que yo había acumulado durante mi detención en el Florida y en el noveno de Caballería. Cuando a finales de 1997 viajé al Uruguay por primera vez y visité a mi padre en la casa en que vivía por entonces, en la calle Ramón Márquez, me confesó que dicha documentación había sido destruida para preservar la tranquilidad de la familia.

Nunca abandoné la idea de desenmascarar a los creadores de la historia oficial, para lo que tuve que centrarme fundamentalmente en los sucesos anteriores a 1985. Mis posibilidades de recibir información, cortados los vínculos familiares, quedaron reducidos a su mínima expresión y fueron posibles porque fundamentalmente mis hermanas violaron la consigna familiar. Cuando los sucesos del Hospital Filtro mantuve correspondencia con ellas, alguna de las cuales se mostraba partidaria de la ETA, pero tenía un desconocimiento total acerca de esta como organización política. Que yo calificara a la ETA como organización terrorista me causó recibir más de una carta con las que comprobé que en Uruguay se la consideraba una organización revolucionaria que luchaba por la libertad del País Vasco. Ocultando que su método de lucha fundamental era la colocación de explosivos que se llevaban por delante a todo lo que encontraban a su paso, fueran policías, guardias civiles, militares o simples transeúntes que pasaban por allí. Años después, pero ya por sucesos producidos en España, sabré que los sucesos del Hospital Filtro se produjeron para pagarle a la ETA la financiación recibida en aquellos años, así como la colaboración habida entre las dos organizaciones para la construcción de berretines.

Cuando la edición de *Cero a la Izquierda*, supe de lo dicho por Zabalza a través de la prensa, a través de internet. Yo conozco a Zabalza bastante bien y he seguido sus meandros ideológicos durante estos últimos años con sus idas y venidas, desmintiendo un día lo que había dicho una semana antes. No dudé de que lo que le dijo a Federico Leicht sea cierto en parte, pero oculta la responsabilidad que le cupo a él en el proceso de destrucción del MLN-T, como cómplice de los que después lo dejaron tirado, sin

siquiera agradecerle los servicios prestados que fueron muchos, y él lo sabe. Se ha agarrado a la figura de Sendic, porque de algo se tiene que agarrar para poder mantenerse en el candelero. Cuenta parte de la historia más o menos real del MLN-T, pero oculta lo fundamental: todo lo que sucedió entre julio de 1970 y octubre de 1972.

J. M. —Vuelvo un poco atrás e insisto con este nombre: Wilson Ferreira Aldunate.

H. A. P. —La figura conocida de Wilson Ferreira es totalmente falsa. Desde 1970, cuando la propuesta de canje de secuestrados abortado por la caída de la calle Almería, mantuvo relaciones a través del Senador Pedro Zabalza, quien se entrevistaba con Alicia Rey Morales en una oficina de Domingo Carlevaro. Hubo un momento en que se creyó que Pacheco Areco no se podría sostener y que se formaría un gobierno de concertación en el que Wilson tendría un papel relevante. En esos momentos de gran represión callejera, se decidió que Zabalza hijo contactara con su padre en Punta Carretas y me traspasara a mí los informes recibidos y yo los enviara al Comité Ejecutivo. Es posible que el Senador Pedro Zabalza no fuera totalmente fiel a las palabras de Wilson, pero lo que yo informé es que estaba muy preocupado porque el MLN-T valorara los esfuerzos realizados por él y su grupo para que se efectuara el canje.

Otro aspecto que las circunstancias no permitieron profundizar, fue el apoyo que el MLN-T proporcionaría a ese gobierno de concertación y más concretamente a la figura de Wilson. Se mencionó la posibilidad de un apoyo condicionado al cumplimiento de determinados puntos. Entre octubre de 1970 y el mismo mes de 1971, el enlace entre Wilson y el MLN-T fue el Senador Zabalza.

Después del apoyo crítico al Frente Amplio y con la fuga ya realizada, se acordó la formación del grupo antigolpe y se decidió no procesar acciones u otras actividades que pudieran tener consecuencias negativas en las elecciones de noviembre. Una de las medidas adoptadas fue informar a Wilson, siempre a través del Senador Zabalza, pero nos encontramos con que Wilson quería hablar personalmente con el MLN-T, por lo que se designó a Marenales como enlace con él. Marenales dejó establecido un sistema de contacto con su familia para situaciones de emergencia (se temía

un secuestro o un atentado por parte de algún grupo de los escuadrones) y se designó a un grupo de legales para efectuar tareas de vigilancia sobre su domicilio. Este sistema se activó solo una vez, a finales de 1971, porque Wilson se retrasó mientras se dedicaba a relaciones extraconyugales con la esposa de uno de los Diputados de su grupo. Tanto el MLN-T como Wilson justificaban esas reuniones por puro pragmatismo, ya que se consideraba que eran posibles acuerdos y pactos en determinadas circunstancias.

A partir de marzo de 1972, cuando la paranoia de Sendic y Fernández Huidobro les hizo creer que el triunfo era cuestión de meses, se decidió sustituir a Marenales para jerarquizar la relación. En lenguaje interno, una relación al más alto nivel. A Marenales se le había encomendado la Columna 45 o de servicios, una función más acorde con sus capacidades. La misma noche del 14 de abril de 1972 estaba citada una reunión entre Wilson y el actual ministro Fernández Huidobro, que obviamente no se realizó. A partir de ese momento y dado el caos organizativo, los contactos se suspenden pero las actuaciones públicas de Wilson, con su apoyo a las medidas del gobierno de Bordaberry crearon un gran malestar que yo personalmente expuse a Gutiérrez Ruiz la tarde en que ambos coincidimos en el local de la calle Constitución, para interrogar al fotógrafo policial, Bardesio.

A partir de julio de 1972, Wilson se mantuvo al tanto de las conversaciones por la tregua a través de la familia Dubra, más concretamente a través de Elsa Dubra, quien fue durante algunos meses correo oficial entre Fernández Huidobro y el exterior del Florida. A través de ella le llegó a Wilson la información de que yo estaba conspirando para dar un golpe, información que luego Federico Fasano confirmará y entre todos montaron la estratagema de mi manuscrito escrito en hojillas de fumar, seguramente inducidos por el Coronel Trabal.

A esas alturas, noviembre de 1972, comienza a hablarse del «golpe bueno» o a la peruana, gestado entre el MLN-T y el Coronel Trabal, con la excusa de parar el golpe que se oteaba en el horizonte. En el libro de Alfonso Lessa *Estado de Guerra*, en las páginas 324 a 327 de la edición de 2010 se dice cómo Wilson se estaba preparando para ser presidente, enancado en el proyecto del Coronel Trabal, habida cuenta de que Bordaberry no renunciaría y por lo tanto la posibilidad de llamar a elecciones era inviable. Claro está

que nadie menciona al Coronel Trabal, cuya sombra ya empezaba a proyectarse, porque de hacerlo, la imagen de Wilson quedaría como siempre fue: un ambicioso y un oportunista.

En mi carta al diario *El País* lo dejo claro. Ignoro los contactos en el exterior. Un tema para investigar y sobre el que al día de hoy mi información solo la puedo calificar de preliminar, es cómo y cuándo se inician las conversaciones que culminarán con el fin de la dictadura, el acuerdo MLN-T-militares y la imposición de las FFAA de la prisión y la renuncia a la candidatura de Wilson y que conducirá a la presidencia de Sanguinetti en 1984.

J. M. —¿Puede adelantarme algo acerca de esa información que usted califica de preliminar?

H. A. P. —En 1984, un año antes de la amnistía, Ernest Siracusa, embajador USA en Uruguay cuando el golpe de 1973, se encargó, junto a Colin Bobelis, jefe de la agencia uruguaya de la CIA, de ir preparando el fin de la dictadura, que culminará con el pacto del Club Naval. En dichas reuniones se acordó la prisión de Wilson Ferreira —aceptada por él e impuesta por los militares— y dar paso a Julio María Sanguinetti y reabrir el camino cerrado doce años antes. Los EEUU ya no necesitaban a los viejos generales, dado que su misión estaba cumplida. A su sombra se habían impuesto en Uruguay las teorías de Milton Friedman, tal como se habían impuesto en el resto de América Latina.

Los dejaron a un costado del camino y algunos todavía hoy están entre rejas. El documento base para esta afirmación no será desclasificado hasta 2024. La información me fue proporcionada por quien fuera compañero sentimental de mi primo Andrés Amodio Martínez, fallecido en EEUU en 1987. Este hombre, agente de la CIA hasta hace pocos años, asegura que Andrés ignoró su condición de agente americano, pero que en repetidas ocasiones le habló de nuestro parentesco. Prometió enviarme un álbum de recortes de periódicos que una de sus hermanas le enviaba, cada vez que mi nombre aparecía en ellos. Todavía lo estoy esperando.

J. M. —Cuénteme del secuestro de Gaetano Pellegrini Giampietro.

H. A. P. —Quizás esto pueda servir como autocrítica, pero en 1972, más concretamente hasta mediados de junio de ese año, en que Wassen me comunicó que yo era el cabeza de turco elegido,

yo los habría rebatido, punto por punto. Sin embargo, hay algunos errores de apreciación y que en aras del compromiso asumido pretendo aclarar y rectificar... Dicen ustedes que la expulsión de la microfracción fue una simple purga, disfrazada con discrepancias tácticas y estratégicas... Este es un tema que conozco bien ya que fui comisionado por el Comité Ejecutivo para intentar resolverlo. Después de Pando, donde fue detenido Fernández Huidobro, el Comité Ejecutivo me traspasó la atención de un sector muy amplio, la Columna 5, que hasta ese momento era de su responsabilidad. La situación interna después de Pando y la negociación para liberar a Pellegrini Giampietro me tuvieron muy ocupado, tampoco ese sector nos reclamaba una atención urgente, ya que estaba ajeno por completo al accionar del MLN-T, aunque gozara de financiación y dispusiera de locales.

Precisamente, en uno de esos locales estaba Pellegrini, custodiado por gente con un bajísimo nivel de integración, sin que nadie, ni siquiera el mismo Fernández Huidobro, conociera la dirección del local. Al principio pensamos que eso era un gran error, pero que tendría una fácil solución. Cuando sorteando varios obstáculos conseguí contactar con los responsables del local y empecé a conocer las condiciones de seguridad en que se encontraba el secuestrado, nos dimos cuenta de la enorme irresponsabilidad de Fernández Huidobro: bajo unas carpa instalada en el comedor de una casa en la que se realizaban reuniones de estudiantes para organizar volanteadas y pegatinas, el MLN-T mantenía secuestrado a uno de los jefes de la patronal bancaria y principal accionista de SEUSA, editora de dos importantes diarios de tirada nacional.

Cuando trasladé esa información al Ejecutivo, resolvimos trasladarlo inmediatamente, pero la gente del local se negó al traslado, aduciendo razones gremiales. Tuvimos que trasladarlo casi a la fuerza y cuando me entrevisté con Pellegrini para comunicarle su pronta liberación, supe que en el local anterior se había discutido su ejecución, al haber levantado AEBU la huelga bancaria... una cosa de locos... El Ejecutivo, una vez liberado Pellegrini, creyó que el tema de la microfracción estaba resuelto. A mí me parecía que poner locales y armas a disposición de gente que usaba los medios que el MLN-T les proporcionaba para dirimir sus disputas gremiales y sindicales que nada tenían que ver con la línea del

MLN-T, era un verdadero disparate, habida cuenta de la precaria situación de grupos de acción verdaderamente contrastados.

Por fin, luego de meses de discusiones con la flor y nata de la microfracción, Romans Lederman, Héctor Méndez y Sofía Faget, que me permitieron conocer más a fondo la situación, propuse al Ejecutivo la reabsorción de parte de la Columna 5 en las demás columnas de Montevideo. Aceptado mi planteo, varios grupos aceptaron la reabsorción y se integraron, la mayoría en la Columna 15. Otros se negaron, pero terminaron aceptando, luego que el Ejecutivo, con el apoyo de los comandos de columna, se planteara su expulsión. Es con ellos que se formó la Columna 25. Pero fue un engaño, ya que continuaron manteniendo contacto fuera de los cauces organizativos y se convirtieron en una tendencia interna. Cuando esto fue detectado, ya que recibimos informes de algunos de ellos que querían ser miembros del MLN-T y dejar de discutir las cuotas de poder a nivel sindical, propuse su expulsión, lo que no conseguí por la oposición de Sendic y la tibieza con que Mansilla y Efraín Martínez Platero consideraron la gravedad de la situación y creyeron que era preferible tenerlos dentro que fuera.

J. M. —¿Entiende que el apoyo y la simpatía popular así como las negociaciones con otros grupos políticos incluyera aceptar totalmente sus procedimientos?

H. A. P. —A los uruguayos nos gusta jugar al caballo ganador y mientras el MLN-T superaba distintas alternativas: 22 de diciembre, Pando y caída de Almería, es decir, mientras íbamos ganando, nos sobaban apoyos. Es cierto que entre medias hubo fugas espectaculares, pero también hubo secuestros y ejecuciones y el apoyo no disminuyó.

Cayó en picada a partir del 14 de abril, cuando los colaboradores que hasta ese día nos ofrecían sus casas y se molestaban si dormías en otra, se pusieron en la piel de Ivette y Martirena y nos cerraron sus puertas, algunas veces, literalmente en las narices. Las FFAA torturaban y no hicieron ningún esfuerzo en negarlo o siquiera desmentirlo. Los asesores norteamericanos, que orientaron su accionar las convencieron de que el miedo, el terror, démosle su justo término, era un arma fundamental.

El tema de las conversaciones con otros grupos o con sus líderes, entraba dentro del juego oportunista de la acción política. Se

realizaban para ver si se sacaba algo a favor, ya fuera una promesa para un futuro apoyo, una información que se creía valiosa o una neutralidad forzada por el peso político y sobre todo militar que se nos adjudicaba ¿Ferreira Aldunate compartía las ideas del MLN-T? No, pero las veía con simpatía. Se prestaba al juego de las entrevistas porque la historia le enseñó que algunos movimientos habían llegado a tomar el poder y no fuera a ser que por mantener sus «inalterables convicciones democráticas» él se quedara afuera.

J. M. —En esta realidad, acontecida en el Uruguay de los años setenta, ¿quién puede afirmar que no hubo desbordes por ambos lados?

H. A. P. —Ya le dije que el MLN-T violó los Derechos Humanos... eso es así, pero el empeño demostrado por las FFAA en destruir los sistemas políticos y sindical solo se puede explicar por dos razones: una, aniquilar toda posible resistencia a la imposición de las medidas económicas que los asesores norteamericanos del Goyo Álvarez y compañía tenían entre manos y otra que tiene que ver con el desprecio que la sociedad uruguaya consideró al milico, cualquiera fuera su graduación, aunque estuviera más predispuesta a tolerar que alguien se hiciera soldado para ganarse la vida.

El vacío social alrededor de quienes elegían la carrera militar era notorio y esto creó en ese sector un resentimiento generalizado hacia los sectores de población con un mayor nivel intelectual. Cuando esos militares se encontraron en situación de imponer su fuerza, cuando el Poder Legislativo les dio carta blanca para entrar a sangre y fuego en las casas, sin más elementos que los conseguidos por tortura y permitió que a simples ciudadanos abatidos en las calles se les pusiera un arma en las manos para justificar los balazos recibidos, todo ese resentimiento afloró y se encuentra detrás de muchas conductas y muchas muertes.

J. M. —¿La estrategia del MLN-T entró en contradicciones al planificar al mismo tiempo el Plan Cacao y darle su apoyo crítico al Frente Amplio?

H. A. P. —El Plan Cacao y el apoyo al Frente Amplio son contradictorios, porque responden a momentos políticos diferentes, no se nos puede criticar por militaristas y también por haber intentado influir en lo estrictamente político, lo más que le puedo

admitir es que se diga que el apoyo crítico fue oportunista, lo pensé en 1971 y lo sigo pensando hoy.

En cuanto a la juventud de los dirigentes, creo que esa afirmación está influida por la historia oficial, que ha achacado los errores cometidos a la juventud de sus dirigentes, para ocultar que los cambios estratégicos fueron creados e impulsados por los más viejos: Sendic y Marenales, que en 1971 tenían 46 y 41 años, respectivamente, y apoyados entusiastamente por Fernández Huidobro con tan solo 30, Candán y Engler, ambos de alrededor de 35 y Rosencof de 39.

Cuando yo, tan militarista como se dice que era, renuncié al Comando General de Montevideo en diciembre de 1971, por oponerme a los planes que se fraguaban, tenía 34 años. La primera Dirección, la de 1966, Sendic tenía 41, Fernández Huidobro 24 y Rivero 31. No quiero aburrir con los números pero en 1971, el Ejecutivo actuante era el número 11, y lo formaban Rosencof con 37 años, Wassen con 33 y Marrero y Engler con edades similares. El número 12, el de la debacle de 1972, Rosencof tenía 39, Fernández Huidobro 30, Candán y Engler 35. Sendic y Marenales ya pasaban con exceso los 40, y fueron tanto o más responsables que los más jóvenes.

Nunca se discutió si proseguir con la lucha armada o dejarla de lado, tal como se ha insinuado, hubo un cambio estratégico, pero ese cambio estratégico vino por transformar el teatro de las operaciones, dando prioridad a la guerrilla rural y ese no fue un pecado de juventud, en cuanto al texto que me envió, pertenece a la fundamentación elaborada por Fernández Huidobro y que está en la génesis de la debacle, ni el Ejecutivo en esos momentos ni el Comando General de Montevideo estaban de acuerdo, y por eso la campaña de acoso y derribo contra sus integrantes, entre los que me encontraba yo. Por cierto, según el Ñato y sus aliados ya habíamos alcanzado las condiciones necesarias para pasar a otra etapa, y esto es lo que se oculta, pasar a otra etapa era pasar al enfrentamiento directo, sin la más mínima preparación, ni en armas ni en lo humano, porque nunca se pensó en construir un ejército, lo nuestro era una labor de desgaste, de minar los cimientos del sistema.

J. M. —Previo al 6 de setiembre: el C1, la máxima dirección, se hallaba en el Penal de Punta Carretas y el llamado Plan Cacao fue resuelto por ella basándose en datos que venían de afuera. Por ese

hecho cabe especular o que la Dirección histórica había perdido capacidad de análisis o los informes que les hacían llegar eran distorsionados.

H. A. P. —En este punto se cometen algunos errores. El C1 se encontraba en Punta Carretas porque el C1 era el organismo de dirección de los presos y nunca tuvo el carácter de máxima dirección del MLN-T. Dada nuestra condición de ex miembros del ejecutivo, nos reuníamos para discutir y comentar acerca de la información que nos llegaba por los abogados o los familiares. A través de Inés Capuccio nos llegaba la información oficial, lo mismo que de Cabildo y a través de ella, remitíamos algunas de las conclusiones que sacábamos en nuestras reuniones diarias... era una forma de sentir que incluso estando preso algo se podía aportar. Lo grave fue que algunos miembros del C1 se creyeron en posesión de la justa y se molestaron, llegando incluso a formar otra organización dentro del MLN-T, cuando sus planteos no eran tenidos en cuenta por la máxima dirección, que era la que estaba fuera de los muros del penal.

Inmediatamente a la caída de Almería y fracasado el intento de Sencic de aceptar la negociación planteada por el ministro Fleitas, tras las sucesivas caídas de los grupos de dirección, el Ejecutivo formado por Rosencof, Blixen y Marx Menéndez, rápidamente desbaratado por la detención de Blixen, ya estaba recibiendo de Punta Carretas las piezas que le faltaban para ir armando nuevamente el puzzle. Pero rearmar el puzzle, reconstruir el aparato, tenía como carencia la imposibilidad de diseñar un plan de actuación. No había tiempo y como en Punta Carretas el tiempo sobraba, en una tarde y una noche Fernández Huidobro extractó Argelia, año uno, lo fundamentó, lo planteó en el C1, se aprobó como aportación teórica y se remitió a los compañeros fuera del Penal.

J. M. —La fuga de setiembre hizo que los históricos retornaran poco a poco a la Dirección, porque ya los centros de poder internos se habían distorsionado. Otro documento del MLN-T hallado por las FFAA, a posteriori de la derrota militar, reconocía que algunos integrantes de la Dirección que habían fugado el 6 de setiembre del Penal de Punta Carretas, habían cometido el error de *volver a las bases* en lugar de retomar sus cargos anteriores, porque su presencia iba a producir *duros encontronazos*, como se produje-

ron a partir del mes de diciembre de 1971, ante cada una de las decisiones tomadas por la Dirección de los *advenedizos*

H. A. P. —Ningún miembro del C1 volvió a ocupar puestos en la dirección, salvo Wassen, que solo estuvo presos dos meses. Los históricos Manera y Marenales llevaban detenidos tres años, Fernández Huidobro dos y Sendic y yo uno. Fernández Huidobro y Sendic pidieron ellos ser integrados en grupos de base para conocer al MLN-T, según dijeron y era claro que los conceptos de trabajo de Manera y Marenales los excluía de la dirección... y aunque Sendic me propuso para el Ejecutivo, yo consideré que era más necesario en el sector servicios, ya que teníamos por delante los billetes de cinco mil pesos y los de cien dólares. El documento que menciona es un análisis de la situación interna en determinado momento, el MLN-T era una organización clandestina, que no podía reunirse todos los días para hacer balance de la situación.

J. M. —Entonces no se discutía...

H. A. P. —Claro que se discutía y las conclusiones se elevaban al organismo superior, por escrito, hasta llegar al Ejecutivo, aunque tengo que admitirle que ese no fue proceso homogéneo, no recuerdo haber discutido ese documento, lo cual no quiere decir que no haya existido; lo que sí le aseguro es que en la reunión que hicimos a mediados de setiembre para discutir los encuadres, lo decidido fue por unanimidad.

J. M. —Otro documento del MLN-T capturado por las FFAA analizaba los planes tácticos a aplicar durante 1972 y a pesar de reconocer un cambio en la coyuntura política con la presencia del wilsonismo y del Frente Amplio, profundizaba en la lucha contra las FFAA con el fin de ir obligando, de esa manera, a las fuerzas políticas a definirse por o contra el MLN-T y su estrategia violentista. Algunos dirían que ideológicamente ubicaban el tema en «... agudizar las contradicciones del sistema».

H. A. P. —El documento que me menciona es el mismo del que hemos hablado antes, es el llamado Plan del 72, elaborado por Fernández Huidobro y en su momento muy aplaudido por Zabalza, aunque años después le confesó a su compañero Caillabet que estaba arrepentido de haberlo hecho. El Plan del 72 era un verdadero disparate, ya que no solo dejaba a un lado la realidad política y social del Uruguay, sino que desconocía la propia realidad interna

del MLN-T. Fernández Huidobro, uno de los artífices de la historia oficial no metió la pata por joven, la metió porque se masturbaba mentalmente.

J. M. —Una estimación hecha por las FFAA concluida la guerra con el MLN-T, estimaba en 1.500 armas largas y 2.400 las cortas, con un promedio de 110 proyectiles por cada una, el armamento del MLN-T y aproximadamente en 2.000 el aparato armado en pleno apogeo, abril de 1972. El MLN-T creyó que por la vía vulnerable podía amortiguar ese traspie. Dejó correr el rumor de *sectores peruanistas* en el Ejército, de que la tarea del MLN-T dentro de los cuarteles había surtido efecto y ahora se venía la investigación de los ilícitos económicos contra la clase poderosa, de que había cuarteles enteros amotinados contra los mandos, de que había tregua y negociación entre la dirección del MLN-T y los Generales.

H. A. P. —Ni sumando las armas desde 1963 a 1972 me salen esos números. Otra cosa es que se inflen para hacer creer que las FFAA vencieron en una guerra a un ejército, porque no hubo guerra ni ejército, ya lo dije antes y lo reitero: nos habíamos convertido en una fantochada y nos corrieron a ponchazos. La tortura tuvo una importancia capital y la Columna 70 fue un colador total. Nunca debió existir conexión entre el frente de masas legal y el aparato clandestino y de haberlo, debió ser por arriba, nunca a nivel de bases. Eso contribuyó mucho a la pérdida de los valores en seguridad, porque aunque sus integrantes se consideraban miembros del MLN-T, para este no lo eran y dejó la retaguardia descubierta.

En cuanto a los sectores peruanistas, a los que me he referido en otros momentos, aunque la denominación no sea exacta, existieron. Que las comisiones por los ilícitos económicos funcionaron, funcionaron, y que se produjeron detenciones como la de Jorge Batlle y otros menos nombrados, es cierto. Que esas comisiones estaban formadas por oficiales y presos Tupamaros que entraban y salían de los cuarteles en coches camuflados y que concurrían a entrevistarse con periodistas y políticos afines, es cierto. Que a algunos detenidos por los ilícitos se los sometió a torturas en presencia de Tupamaros, miembros de las comisiones, es cierto. Que Sendic participó de reuniones en las que se discutió un plan para ser detenido y con su detención dar por finalizada la guerra que nunca existió, es cierto. Que el Coronel Trabal pretendió ser un aglutinador de esa corriente en la interna militar, es cierto. Que el

Coronel Trabal creyó que aún careciendo de fuerzas a su mando, contando con el apoyo del MLN-T, —llegaron a hacer la lista de los que serían puestos en libertad para ocupar puestos de gobierno—, es cierto. Que el Coronel Trabal y el MLN-T contaron con el apoyo de Wilson Ferreira Aldunate, es cierto. Que Fernández Huidobro entregó a Ferreira Aldunate una copia falsa de mi manuscrito de 1972 en la que se habían borrado todas las referencias sobre sus vinculaciones con el MLN-T, copia que sería dada a conocer en cuanto el «golpe bueno» se concretara y así lavar su imagen, también es cierto. ¿Qué más puedo decir?

J. M. —Debemos ir poniendo punto final a este recuento de la historia nacional...

H. A. P. —He intentado, dentro de las limitaciones de mi situación, clarificar las condiciones en la que nació, creció y desapareció el MLN-T. Seguramente surgirán contradicciones entre mis propias palabras, ya que son producto de muchos años de reflexiones que contra mi voluntad me seguiré haciendo, debatiéndome en la duda acerca de cómo hubiera sido mi vida de no haber sido Tupamaro y agitar el dilema de añorar lo perdido, siendo consciente de que lo que hoy soy proviene de lo que dejé atrás.

Epílogo

Quisiera, en la medida de mis posibilidades, que estas líneas, producto de mis reflexiones, sirvan para ayudar a resolver el complicado panorama político y social de Uruguay. Lo hago porque estoy convencido de que todos los que hemos tenido participación en la vida política en los últimos sesenta años (1955-2015) somos los únicos que podemos resolverlo.

Estoy hablando a título personal. Yo, que he dedicado esos mismos sesenta años a la militancia sindical y política, más de cuarenta de ellos empeñado en demostrar que la acusación de traición que pesa todavía sobre mí es falsa, reconozco que ese empeño, válido en lo personal, no contribuye a resolver el panorama.

Para empezar, creo que los comentarios de muchos lectores acerca de que a nadie le interesa lo que pasó hace cuarenta y pico años, que todas las polémicas son fruto del capricho de unos viejos que estamos para el arrastre, es un grandísimo error. Lo que pasó hace cuarenta y pico años es la base sobre la que se sustenta el entramado actual. Digamos que son los cimientos, y todos sabemos que sobre cimientos débiles, no se puede construir. O al menos, no se debe, ya que corremos el riesgo de pasarnos la vida apuntalando el techo y las paredes. Creo que eso es lo que nos pasa.

Durante años hemos oído aquello de «como el Uruguay no hay» y lo de «Uruguay, la Suiza de América». Con esas palabras, que estaban basadas en los evidentes avances sociales introducidos por los gobiernos de José Batlle y Ordóñez, se ocultaban las enormes diferencias sociales existentes. También ocultaban que esos mismos avances sociales se basaban en una prosperidad económica que las dos guerras mundiales nos habían propiciado. Como Suiza, nuestra prosperidad dependía del dolor ajeno.

Esos mismos avances sociales nos hicieron creer que el Estado era un ente abstracto, casi sobrenatural, y de él lo esperábamos todo, casi o tanto como los creyentes lo esperaban todo de sus dios. Los uruguayos nunca fuimos conscientes de que el Estado

somos todos. Acabada la guerra de Corea, que apenas nos dejó réditos, ya que los americanos sustituyeron la lana y el cuero por el nylon, las diferencias sociales empezaron a agravarse y no supimos resolverlas. Contribuyó a ello que los medios de producción estaban en pocas manos, las mismas manos dueñas de los medios de comunicación y que ocupaban los puestos de gobierno, bien directamente o por interpósitas personas.

Un grupo de uruguayos pensamos –y creímos– que podíamos cambiar el mundo, sin tener en cuenta nuestras realidades y nuestras condicionantes, impulsados más por el rechazo a lo establecido y pensamos –y creímos– que si los cubanos habían hecho *su* revolución nosotros también podríamos hacer *la nuestra*, sin analizar las diferencias políticas y sociales que nos separaban. Nos quedamos solo con el foco...

Tampoco fuimos conscientes de las fuerzas a las que nos enfrentaríamos. Eramos jóvenes y creíamos poder con todo. Como dijo el recordado Manuel Picón, creímos que hasta dios era uruguayo.

Es evidente que nos equivocamos. Yo, particularmente, me siento responsable de las muertes que se han producido y de haber contribuido a acelerar el proceso que desembocó en la dictadura. Pero no nos equivoquemos. No fuimos la causa, fuimos la excusa. La dictadura era inevitable, como lo fue en Chile y como lo fue en el resto de América Latina. No lo digo yo, lo dice Naomí Klein en su libro *La teoría del shock*.

Para encubrir nuestros errores –pluralizo– se crearon historias, se inventaron teorías, unas políticas y otras militares, y se buscaron culpables. A mí se me adjudicó la mayor culpabilidad, como antes se me adjudicaron las mayores hazañas. Ni lo uno, ni lo otro.

Es a raíz del tema de los desaparecidos –asesinados, esa es la realidad– parece que por fin entra en tela de juicio la historia oficial, si bien es cierto que algunos que hoy la cuestionan han sido sus sostenedores hasta ayer mismo. Me refiero a Samuel Blixen, Clara Aldrichi, Álvaro Alfonso, Alfonso Lessa, por nombrar a los más connotados, que han seguido el camino iniciado por Silva y Caula en 1986.

Todos han sido propagadores de la historia oficial, basada fundamentalmente en la fábula creada por el MLN-T y firmes defensores de Eleuterio Fernández Huidobro. Para ello se han vertido ríos

de tinta para alabarlo y encumbrarlo, aunque se oculta que lo que hoy se le reprocha es más que sabido desde hace años.

He tratado de poner en su debido lugar la historia del MLN-T. Me queda el dejo amargo de los muertos de un lado y del otro, en un proceso llevado adelante por quienes creímos, con los elementos que entonces teníamos, que la lucha armada era el camino correcto para resolver los conflictos sociales en nuestro continente.

Mi aporte al conocimiento de la otra historia del MLN-T, que puede decirse es la otra historia de nuestro país, la considero fundamental, porque arroja luz sobre episodios y conductas que la historia oficial ha pretendido ocultar, falseando los hechos o en el mejor de los casos, ocultándolos, para encumbrar a unos hasta cotas altísimas, en desmedro de otros que, como en mi caso, he sido calificado como el responsable de la derrota militar de la organización guerrillera urbana más importante a nivel mundial en la década de los sesenta del siglo pasado.

Organización que debió gran parte de su prestigio a quienes hemos tenido la responsabilidad de crear y desarrollar uno de los núcleos fundamentales de esa organización guerrillera, la Columna 15.

Creo que estamos dando un paso importante para esclarecer algunas incógnitas de nuestra historia. ¿Estaba el MLN-T en condiciones de procesar en el Uruguay de entonces la revolución social que preconizaba? ¿Su fulminante derrota fue fruto de un planteo erróneo, tanto en lo militar como en lo político? ¿O, como pretende la historia oficial, esa derrota se debió a la traición de quien fuera durante casi una década un personaje fundamental en su desarrollo?

Evidentemente no: ni las condiciones nacionales y menos las internacionales, lo hubiesen permitido. Si a ello le agregamos la desmesura rayana en el aventurerismo que marcaron los meses posteriores a la fuga de setiembre de 1971 y que culminan con las acciones del 14 de abril de 1972, la verdad aparece cruda y descarnada.

Me opuse, mientras tuve oportunidad de hacerlo, a que ese aventurerismo se convirtiera en un arma de destrucción interna, llegando a renunciar al Comando General de Montevideo, cuando todavía creía que todo se debía a «errores de apreciación» de compañeros a los que aún en la discrepancia, consideraba dignos de respeto.

Dignos de respeto en la creencia de que compartíamos anhelos comunes y que me llevarán, en un inútil y postrer gesto, a solicitar la baja y ser enviado a Chile, con la ingenua ilusión de que ese gesto tuviera la capacidad de reconducir la situación.

Como demostrarán los hechos posteriores, la suerte estaba echada. La descomposición interna, los delirios de grandeza de Sendic y Fernández Huidobro, secundados por la paranoia de Marenales, habían convertido al MLN-T en la antítesis de lo que internamente se creía y se proyectaba hacia el exterior: una organización sólida, indestructible.

Lo que ignoraba era que en el mismo momento en que mis discrepancias fueron recibidas, se iniciaba el proceso de mi defenestración personal —¿o ya se había iniciado en Punta Carretas, a raíz de mis enfrentamientos con Sendic?— que culminarán con la acusación de haber entregado la Cárcel del Pueblo, mantenida incluso cuando el responsable de haberlo hecho, ya lo había reconocido. Habrá que esperar a 2009 para que esto fuera reconocido, nada menos que por Julio Marenales.

Después vendrán otras acusaciones, una más disparatada que la anterior, en un vano intento de ocultar las responsabilidades propias y tapan los grandes errores estratégicos, tanto en lo político como en lo militar. El mismo Julio Marenales, que se ha jactado de ser el impulsor de mi condena, en declaraciones a *Posta Porteña* el 10 de setiembre de 2010, haciendo uso de lo que sabe acerca de quienes lo acompañaron en aquellos tistes años, arroja dudas sobre varios de mis excompañeros, algunos de los cuales afirmo son los que han salido a *marcar gente*.

De mi intervención a través de las cartas de 2013 he recogido insultos y nuevas acusaciones, pero ningún hecho importante que desmienta mis palabras, salvo el intento de Haberkorn referido a Enrique Rodríguez Larreta, al que según se relata, ayudé a detener, pese a no conocerlo ni haber integrado el susodicho el MLN-T, ya que fue detenido como integrante de otra organización.

En este trabajo aporto hechos y datos nuevos, relevantes todos ellos y que pueden conducir a que la historia del Uruguay de los últimos cincuenta años pueda ser conocida como fue en realidad, llena de claroscuros pero real al fin y al cabo, para que cada personaje ocupe el lugar que le corresponde por sus aciertos y por sus errores, lejos de la versión almibarada, casi folletinesca, que

la historia oficial nos plantea, y que solo persigue mantener inalteradas las figuras de quienes hasta hoy se han mantenido en los pedestales erigidos a los héroes y que sus nombres se pronuncien con respeto y casi con devoción.

Sin embargo, el nombre de Héctor Amodio Pérez es sinónimo de traición y de vergüenza. Se pone como elemento válido para acusarlo que negocié mi libertad y la de mi compañera, Alicia Rey. Sin embargo, se oculta que es recién en junio de 1972, un mes después de ser emitida mi condena, que acepté «ordenar los papeles de la OCOA», una vez que mi compañero Wassen me comunicara la decisión del Comité Ejecutivo de mantenerme como «cabeza de turco», como chivo expiatorio de culpas ajenas.

¿Podía el MLN-T exigirme que no negociara mi libertad cuando las razones para condenarme eran falsas? Y más todavía: ¿se puede hoy mantener dicha acusación, una vez que nadie ha podido demostrar una sola de las acusaciones que tan ligeramente se han vertido?

Hoy sabemos que una gran patraña se tejió a partir de mayo de 1972, pero que tiene sus raíces meses antes. Y en esa gran patraña han tomado parte muchos, unos por acción y otros por omisión.

Es hora de destejerla.

Apendice Documental

DOCUMENTO No. 1

Solicitud de desafuero del Senador Enrique Erro formulado por la Justicia Militar Carpeta 674/973

COMISIÓN DE CONSTITUCIÓN Y LEGISLACIÓN
DE LA CÁMARA DE SENADORES

TESTIMONIO

En Montevideo, a los veintidós días del mes de junio de mil novecientos setenta y dos a la hora 8, estando en interrogatorio el Oficial Encargado Teniente Segundo Armando Méndez, comparece una persona citada la que después de haber prometido bajo palabra de honor decir la verdad, el Oficial de referencia pasa a interrogarla de la siguiente manera:

PREGUNTADO: Por su nombre, patria, edad, estado civil, profesión y domicilio:

CONTESTO: Héctor Amodio Pérez, oriental, 35 años, casado, fotograbador, Regimiento 9 1680

PREGUNTADO: Desde cuando y con que alias integra el MLN-T

CONTESTO: Desde 1964 y con el alias de «Ernesto» y «Gustavo»

PREGUNTADO: Si le comprenden las generales de la ley para con el interrogador

CONTESTO: Que no

PREGUNTADO: Si conoce al Senador Enrique Erro

CONTESTO: Si, efectivamente

PREGUNTADO: Si lo conoció personalmente

CONTESTO: Que si

PREGUNTADO: En que oportunidad conoció personalmente al Senador Enrique Erro

CONTESTO: Fue a fines de 1969. El había estado vinculado en años anteriores a José Mujica Cordano, quién al encontrarlo le propuso colaborar con el MLN-T en carácter de informante, cosa

que él aceptó. Fue entonces que el Comando de la Columna 15 que yo integraba como responsable del sector Servicios, decidió que el contacto con el Señor Enrique Erro lo realizara Teresa Labrocca, alias Lía quién lo mantuvo por espacio de dos o tres meses, Como la información que el Señor Enrique Erro suministraba era más de carácter político, se decidió que fuera para conectarlo Alicia Rey Morales, alias Carmela quién luego deja de verlo por falta de tiempo. Estos contactyos duraron mes y medio aproximadamente, Es entonces de fines de 1969 hasta mi detención en junio de 1970 que los contactos los realizo yo personalmente.

PREGUNTADO: **Quienes eran los integrantes de la columna 15 en ese momento**

CONTESTO: Candán Grajales, alias Hugo; Alicia Rey Morales, alias Carmela y yo.

PREGUNTADO: Donde realizó esos contactos

CONTESTO: En la casa del Señor Enrique Erro

PREGUNTADO: Si era Usted clandestino en ese momento

CONTESTO: **Si** señor, yo soy clandestino desde diciembre de 1966

PREGUNTADO: El Señor Enrique Erro era integrante de la organización o colaborador de la misma

CONTESTO: Yo lo conectaba como colaborador

PREGUNTADO: ¿Qué tipo de colaboración prestaba el Señor Enrique Erro?

CONTESTO: Él pasaba información de índole política general, situación de los partidos tradicionales pero fundamentalmente con lo que tiene que ver con acomodados y negociados por industriales y políticos que él conocía.

PREGUNTADO: Si recuerda algún caso particular de esa información.

CONTESTO: Sí señor, recuerdo los siguientes: En lo que tiene que ver con la industria frigorífica; la participación directa de Charlone y Peirano Facio en unos negocios de exportación de Frigoríficos del Cerro; la participación de Segovia en la venta de propiedad horizontal en el Palacio Díaz; el aumento del boleto de ómnibus de Cutcsa y la extensión del recorrido de la línea 114 hasta Lagomar cosa que Cutcsa pagó comprándole **CX44** Radio Panamericana y con un cheque por cinco millones de pesos de los cuales su secretario se quedó con uno y después lo denunció

al Presidente Gestido el que le pidió la renuncia; que el anuncio de la construcción de un parque en el Club de Golf tenía como finalidad que los dirigentes de ese Club le proporcionaran una coima para que no adoptara esa medida.

PREGUNTADO: Si los contactos que hacía con el Señor Enrique Erro fueron regulares en cuanto a lapso de tiempo que transcurría entre uno y otro y la hora y el día en que se desarrollaban

CONTESTO: Lo veía una vez a la semana los días martes, alrededor de las diez de la mañana.

PREGUNTADO: Si fue objeto de algún tipo de violencia personal durante la realización del presente interrogatorio

CONTESTO: No

PREGUNTADO: Si tiene algo más que agregar

CONTESTO: No

En este estado el Señor Oficial Interrogador mando suspender el interrogatorio.

Leída por el deponente su declaración se ratifica de su contenido firmando después del Señor Oficial Interrogador por ante mi que certifico. Conste.

El Oficial Interrogador (fdo.) Teniente Segundo Armando Méndez; (fdo.) Héctor Amodio Pérez. El Secretario (fdo.) Sargento Raúl Moreira.

DOCUMENTO No. 2
Carta de Héctor Amodio Pérez
a Federico Fasano

Petiso:

La forma periodística se la das vos. No hay problemas por eso. Lo que te pido que tengas en cuenta es que hay una real oposición de dos líneas de trabajo: en una estaba Sendic y en la otra estaba yo. Ni Sendic ni yo estábamos solos obviamente, pero la responsabilidad del trabajo la asumo yo y nadie más.

Te digo esto porque de ninguna forma estoy dispuesto a que lo que yo haga, diga o piense sirva para contener una falsa imagen. Otra cosa: como leerás en el prefacio, esto no quiso ser un análisis político, eso queda para el próximo que estoy pensando y para el que espero también tu colaboración.

Sobre las acciones, no puse nada porque alarga mucho el escrito y no tengo facilidades para escribir. Lo que puedo hacer es sobre el cuento *Actas Tupamaras* cambiar los seudónimos por los nombres verdaderos, pero no creo que sirva y el riesgo es mucho. Como va con mi firma, no tengo más remedio que sacar los de la negociación entre el MLN-T y las FFAA porque sino me cortan la cabeza. Te reitero pedido de reserva absoluta, con todo, pero en especial con Pierrri que fue detenido y puesto en libertad, pero trabaja con oficiales de las FFAA en investigaciones de delitos socioeconómicos.

El libro sobre análisis lo tendrás pronto para enero más o menos. Acordate: suavízalo pero que no pierda el sentido. Chau.

HÉCTOR AMODIO PÉREZ

DOCUMENTO No. 3
Libro de Héctor Amodio Pérez de 1972
(Según su propia versión)

Los últimos cinco años de la década del 50 fueron preámbulo de una etapa muy importante en la vida del Uruguay; una etapa signada por el accionar del MLN. Durante esos cinco años se asistió en lo interno a las mayores movilizaciones obrero-estudiantiles hasta la fecha, como resultado de la crisis económica pero fundamentalmente política que ya se hacía evidente.

Se asiste también pero sin demasiado asombro al triunfo electoral del partido nacional, después de 93 años de oposición. En lo externo, se da fundamentalmente el triunfo de la Revolución Cubana, hecho que unido a lo anterior motivará formas organizativas nuevas en la izquierda uruguaya.

A partir de 1960 se hace evidente que al Partido Nacional tampoco encuentra soluciones a los problemas económicos, políticos y sociales de ese entonces; y esa izquierda uruguaya carente de iniciativa y de espíritu revolucionario cree que ha llegado su turno. Sin embargo, no logrará unificarse, y paradójicamente, uno de los motivos fundamentales que lo impide es el mismo que sirvió para alentar ese proceso: el enfoque que los dos sectores mayoritarios (el Partido Socialista y el Partido Comunista) hacen de la Revolución Cubana y el uso táctico que hacen de ese hecho. Dejaré deliberadamente de lado, aunque sin desconocer su importancia, el papel negativo que desempeñaron las respectivas direcciones en su momento. Se crean entonces, dos conglomerados de izquierda: la Unión Popular (vertebrada por el Partido Socialista) y el FIDEL –Frente Izquierda de Liberación– (por el Comunista). Ambos apoyan la revolución cubana, participan con su militancia y sus oradores en todos los actos propiciados por el Coordinador de Apoyo a la Revolución Cubana (controlado por los comunistas) colocan grandes cartelones con los retratos del Che y Fidel en sus estrados, pero la diferencia radica en que mientras el FIDEL orienta toda su campaña electoral sobre el ejemplo cubano, el partido socialista a través de la UP hace un planteo de tipo nacionalista dejando a los cubanos como elemento de segundo orden. Los dos

son planteos sectarios y oportunistas porque las dos organizaciones ni siquiera esbozan el problema de fondo: la revolución en el Uruguay.

En forma paralela aparecen una serie de organizaciones de tipo estudiantil que realizan atentados contra militantes de izquierda y residentes judíos. Sus acciones nunca salieron de las páginas policiales, pero motivaron acuerdos de defensa mutua entre organizaciones judías (Mapam, Mapai y Mordejai Anilevich) con grupos de autodefensa del PS y del PC. Años después un sector del Mordejai Anilevich se incorporó al MLN. Se llega entonces a las elecciones de 1962 con un movimiento popular en auge pero con una crisis latente: tanto en el Partido Socialista como en el Partido Comunista, corrientes internas se movilizan y aparecen como avanzadas revolucionarias aún antes que el fracaso de esos conglomerados se contabilicen en votos al terminar el escrutinio de 1962. La crisis está planteada pero adopta formas distintas en el PC y el PS. En el primero, la división es total, no solo ideológica: un sector de la Unión de Juventudes Comunistas es separado y otros se desafilian y dan nacimiento al MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). En el PS la división es solo ideológica, ya que la dirección no podía sobrellevar otra crisis que se sumaría a la creada por el absoluto fracaso electoral de la UP y soporta (incluso en su seno: Raúl Sendic era miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialista) a un sector de opinión de enorme peso político interno que coincide ideológicamente con el sector escindido del PC.

Aparecen coincidencias rápidamente con un sector que se separa del Movimiento Revolucionario Oriental (MRO) que estaba integrado al FIDEL y con la Federación Anarquista Uruguaya (FAU). El grupo que se separa del MRO adopta el nombre de Movimiento de Apoyo Campesino (MAC). El elemento aglutinador es indiscutiblemente Raúl Sendic, prestigiado a través de su trabajo sindical en el interior del país, une a ese prestigio el respeto que su vida personal impone; humilde, austero y honesto, es decir, la antítesis del dirigente de izquierda tradicional. A principios de 1963 se hacen las primeras reuniones conjuntas. Es evidente que habrá muchas dificultades para armonizar, aunque más no fuera, a esos sectores tan heterogéneos, a lo que hay que agregar la total inexperiencia que había en todo sentido para encarar trabajos de tipo clandestino. Se leyó *Guerra de guerrillas* del Che y del uruguayo

López Silveira, que muy poco aportaron en cuanto a lo organizativo y se empezó a trabajar.

En 1963 comienza a funcionar el Coordinador, organismo donde estaban representados los grupos que se planteaban la lucha armada para procesar la revolución en el Uruguay. Su integración se decidió que fuera de un representante por sector y con Sendic como miembro nato. Así el MIR eligió a Rodríguez Beleti; el MAC a Eleuterio Fernández Huidobro; la FAU a Mauricio Gasti y el PS. a Jorge Manera. Y como representante de un sector no perfectamente identificable, al que se llamaba genéricamente los independientes concurría Mario Navillat.

Las funciones de este Coordinador eran: discusión política entre sus integrantes a efectos de ir logrando acuerdos mínimos y básicos, que dieran cohesión organizativa y que cada representante trasladaba a su sector, y la elaboración de un plan de acciones. Esta tarea era fundamental que se realizara, ya que el Coordinador era la expresión de lo que era la organización en este momento: una suma o federación de corrientes ideológicas.

Pese a lo claro de la necesidad, no se cumplió, ya que cada tendencia trató de imponer sus puntos de vista con prescindencia de las razones de los demás, y lo que es peor, muchas veces se llevaron al Coordinador problemas que le eran totalmente ajenos y que eran motivados por rencillas o desacuerdos entre militantes que provenían de las mismas organizaciones cuyas tendencias se reunían en el Coordinador, enfrentamientos que se daban fundamentalmente en el plano sindical.

Pese a las dificultades, se hicieron algunos acuerdos y se procesaron algunas acciones. Dos de ellas se realizaron en forma conjunta (participaron militantes de todos los sectores) siendo la más importante el robo de fusiles en el Tiro Suizo y una armería en la calle Galicia. Esta forma de acción traía aparejada muchas dificultades de toda índole, por lo que se optó por el criterio de que cada sector realizará las acciones con sus militantes (que eran fundamentalmente de pertrechamiento) dejando autonomía para la realización de acciones motivadas por problemas políticos o sindicales, o de apoyo a movimientos revolucionarios de otros países. La aplicación de estos criterios hizo que el peso del accionar recayera en los militantes del PS y del MAC, ya que FAU y MIR

eran totalmente inoperantes y solo se dedicaron a criticar lo que se hacía o se dejaba de hacer.

A consecuencia del Tiro Suizo, Sendic pasa a la clandestinidad y prácticamente no concurre más al Coordinador, dedicándose al reclutamiento en el interior. Desaparece entonces del Coordinador el elemento moderador, produciéndose así duros enfrentamientos.

Se funcionó así durante 1963 y 1964, en medio de una crisis de división siempre latente y que recién se concretará a principios de 1965 con la separación de FAU del Coordinador y la desaparición de este. Durante ese lapso, el único grupo que funcionaba pura y exclusivamente en función del Coordinador era el MAC y el segundo término el Sector del PS. Aunque este último siempre actuó con prescindencia de la dirección del partido, las demás tendencias reclamaban la desafiliación de los militantes del partido socialista de los registros partidarios, en contradicción con una expresa resolución de ellos.

Veamos cuál era la situación. Todas las tendencias, si bien estaban trabajando en el Coordinador, estaban muchas veces enfrentadas por problemas tácticos a nivel sindical e incluso ideológico. Al no haber acuerdos al nivel de las direcciones políticas, que era donde esos acuerdos podían lograrse, se convirtió el Coordinador en una olla de grillos. La dirección más criticada, y muchas veces con razón, era la socialista. Tanto el MAC como el MIR y FAU temían que el partido socialista capitalizara para sí el accionar impulsado por el Coordinador, por lo que pedían que los socialistas que representaba Manera renunciaran al partido, en forma especial Raúl Sendic. Esto nunca fue aceptado por los socialistas, dado que entendían que de hacerlo se verían privados de una importante cantera de reclutamiento y que actuaban y seguirían actuando con total prescindencia del Comité Ejecutivo del partido, cosa absolutamente cierta.

Como se dijo anteriormente, la dirigencia socialista no controló nunca la militancia de sus afiliados en las tareas impulsadas por el Coordinador; intentó hacerlo dos veces: la primera después de un fallido asalto a un banco en Avenida Rivera y Arrascaeta, donde son detenidos Julio Vique, Nelson Santana y Atalivas Castillo, tres dirigentes de UTAA (Unión Trabajadores Azucareros de Artigas) afiliados al PS y la segunda en circunstancias similares en

setiembre del mismo año, cuando son detenidos Julio Marenales y Jorge Manera.

Las dos veces la respuesta fue negativa por parte del delegado del PS ante el Coordinador, primero Manera y luego Héctor Amodio Pérez, que sustituyó a Manera cuando este fue detenido. El Comité Ejecutivo en signo evidente de su debilidad, no controló ni expulsó a esos afiliados. Esta actitud debe encargarse o interpretarse también como una maniobra oportunista ya que ante las presiones de las base para que radicalizara su política, contestaba que se estaba haciendo, en clara alusión a Sendic y su gente.

El MAC y el MIR aceptaron los argumentos dados por los socialistas, no así FAU que resolvió abandonar el Coordinador, junto con Mario Navillat. Se resolvió entonces disolver el Coordinador (Sendic no estaba presente) y que cada Sector actuara con total autonomía. Esta resolución le es comunicada a Sendic en Bella Unión por Rodríguez Belletti, quien le informa que se disolvió todo, lo que provoca un viaje urgente de aquél a Montevideo.

Se cita entonces una reunión a la que asisten Sendic, Héctor Amodio Pérez y Tabaré Rivero por los socialistas; Rodríguez Belletti y Germán Vidal por el MIR; Mauricio Gatti por la FAU y Eleuterio Fernández por el MAC. Asiste también pero sin otro motivo que para tomar conocimiento de las resoluciones y aclarar la posición del Comité Ejecutivo Socialista, José Díaz.

Se separa entonces así oficialmente la FAU y se disuelve el Coordinador. Se nombra un comité ejecutivo provisorio integrado por Sendic, Fernández Huidobro y Rivero, que comienza a trabajar de inmediato a los efectos de reorganizar los perspectivas aparatos. Se echan entonces las bases de lo que sería el movimiento Tupamaro. Se habían recorrido dos años en los que se había recogido alguna experiencia, se habían procesado algunas acciones propagandísticas y había un clandestino (Raúl Sendic) y seis presos: los tres cañeros, Manera, Marenales y Alberto Giménez.

1965 comienza entonces con un cambio estructural bastante de fondo. El Comité Ejecutivo provisorio designa a Antonio Saravia, integrante del MIR como cuarto miembro. Hasta allí el MIR era la única organización que no tenía un integrante en el Comité Ejecutivo. Visto así, aparentemente ese Comité Ejecutivo era otro Coordinador. Nada más inexacto. Este Comité Ejecutivo comenzó a redactar un reglamento interno bastante rígido para el

momento, y que le permitía controlar bastante a fondo los problemas de línea política y disciplinarios. Divide cada sector en células de seis integrantes cada una y pone a su frente a los militantes más firmes a razón de un responsable militar y un responsable político y las aísla unas de otras, comenzando a practicar lo que se comenzó a llamar compartimentación.

Elabora un modesto plan de finanzas con asaltos de poca consideración pero de fácil concreción (no hay que olvidar que los únicos dos asaltos a bancos intentados fallaron y en los dos hubo presos) a fin de poder llevar delante la compra y/o alquiler de algunos locales. Se comienza a hablar del Sector Servicios (logística) pero dejando su concreción práctica para una segunda etapa.

Se concretan algunas operaciones financieras en forma rápida y se alquila una casa en José L. Terra y Larrañaga y un sótano en San Fructuoso y Marsella. Esto fue muy importante, porque permitió que las células tuvieran un local fijo y seguro (al que se llamó el Club, en José L. Terra y Larrañaga) y el sótano se usaba como depósito de lo conseguido en los asaltos, que hasta esa fecha era llevado al domicilio de Tabaré Rivero, en la calle Domingo Torres, en el Prado.

A cada célula se le asignó día y hora fijos de reunión y se controlaban directamente todos los movimientos a fin de que el vecindario no sospechara. Se puso para asegurar esto un cartel, como si aquello fuera una academia de enseñanza mercantil.

El panorama durante los primeros seis meses del 65 era muy auspicioso. Se habían cumplido todos los planes elaborados, la moral y la disciplina internas eran excelentes y los responsables políticos y militares habían llevado adelante una muy buena labor. Los primeros se habían preocupado de llevar adelante un acelerado programa de formación marxista, se profundizó el estudio de los materiales elaborados por los cubanos y se incentivó la discusión de temas políticos nacionales. Los responsables militares trabajaban fundamentalmente en lo que tenía que ver con la capacitación técnico-militar.

A pesar de lo auspicioso del panorama, se decidió seguir trabajando para adentro, es decir, seguir impulsando las tareas de consolidación. Para eso se formaron a iniciativa del Comité Ejecutivo dos organismos nuevos que se llamaron coordinadores: uno político y el otro militar, que se integraron con los responsables

políticos y militares de cada célula y que funcionaban semanalmente con un miembro del Comité Ejecutivo. Fernández Huidobro en el político y Tabaré Rivero en el militar. Aproximadamente en la misma fecha (junio 65) son liberados Manera, Marenales y Giménez. A este último se le da de baja por su comportamiento negativo en la policía (interrogatorios: delató a Manera) y en la cárcel. Manera y Marenales comienzan a trabajar en forma legal en el diario *Época* cuyo administrador, Andrés Cultelli era un integrante de la Organización y facilitó todos los trámites. En la organización se integraron fundamentalmente al sector servicios, aunque participaron en algunas acciones menores.

En esta época se alquila un local en José L. Terra y Gustavo Gallinal que se asigna al Sector Servicios (puesto a andar) bajo la responsabilidad de Manera. Como hecho circunstancial hay que destacar que Alberto Giménez era hombre de confianza de Sendic y que cuando se decidió su separación, Sendic se retiró de la reunión lo que provocó algún resentimiento pasajero, pero que marca el inicio de una actitud que se hará constante en Sendic: su total ausencia de autocrítica. Pese a esto la unidad interna es firme; todos los sectores aportan todo lo que tienen, siendo pilares siempre el sector del MAC y del PS.

A esta altura se comienza a dar instrucción militar a un importante grupo de las Juventudes Socialistas, a expreso pedido del Comité Ejecutivo del Partido. Se resuelve dar satisfacción al pedido, pensando que eso permitirá reclutar a esa gente en forma más efectiva.

En este período, las acciones realizadas seguían siendo de perrechamiento, que no eran firmadas como Tupamaros, cosa que se hacía con las acciones que se consideraban de propaganda. Dentro de este tipo de acciones, dada la coyuntura internacional, casi todas eran motivadas por la situación cubana o vietnamita. Destacándose entre ellas Moor McCormack Lines; Coca Cola; City Bank; Bayer. Todas estas acciones se realizaron mediante uso de explosivos, que eran preparados por Mejías Collazo, que había hecho cursos en Cuba, como militante del MRO. A esta altura, los cubanos tenían como hombre de confianza a Ariel Collazo, por lo que muchos integrantes del MRO habían viajado a Cuba; Jessi Machi, Rubén Sassano, Jorge Zabalza, Mejías Collazo, Antonio Lerena, Eduardo Trimboli, Líbano Rodríguez, Soledad Barret, en-

tre otros. Todos realizaron cursos de capacitación que fueron totalmente inútiles más adelante, ya que consistieron en instrucción de guerrilla rural. Con la excepción de Trimboli y Soledad Barret, los restantes se integraron al MLN-T.

A raíz de esas series de acciones de tipo internacional, se realiza un planteo al Comité Ejecutivo por parte del Coordinador Político, que consiste en:

1) Tupamaros es una organización que se propone procesar la lucha en el Uruguay.

2) Sin desconocer la importancia de las razones políticas que motivaron los últimos operativos realizados, se entiende que es fundamental realizar acciones que respondan a la problemática interna por:

a) necesidad de lograr apoyo en la población, en especial la clase obrera;

b) necesidad de una mejor inversión de hombres y medios;

c) existen en nuestro país motivos suficientes como para realizar acciones simpáticas para importantes sectores de la población.

Terminaba dicho planteo proponiendo: acción contra emisora Radio Carve (en conflicto con su personal; contra Manzanares (cadena de almacenes también en conflicto). Dicho planteo fue aceptado por el Comité Ejecutivo y los operativos se realizaron. Ese planteo indica además el inicio de una concepción nacionalista.

Se orienta entonces el trabajo del coordinador político hacia la elaboración de un plan de estudios para todos los militantes, encaminado hacia la capacitación histórica-nacional, con aportes de estudios sociológicos. Esta labor respondía a una necesidad interna muy importante: el 90 por ciento de los militantes activos eran de extracción clase media baja, por lo que estaban alejados de todo lo que no fuera la temática nacional, aunque no dejaban totalmente de lado a la situación internacional.

Esta orientación nacionalista, encarada como un encuadre cetero del accionar de los tupamaros, generaría, sin embargo, una nueva crisis interna, que culminará en la Primera Convención Nacional, en febrero de 1966, con la separación del MIR y del grupo de las Juventudes Socialistas.

Estos dos grupos estaban formados por una corriente fuertemente intelectual, con escaso espíritu popular, desarraigado del sentir nacional. Hicieron del marxismo un esquema, y trataron

de explicar la situación nacional de acuerdo con las experiencias vividas en Rusia y en China en sus respectivos períodos revolucionarios. Sus planteos fueron además siempre de tono doctoral y muchas veces con marcado tono divisionista.

Los otros sectores, formados por los militantes más sacrificados cerraron filas ante lo que creían un ataque interno a la organización y prepararon así su contragolpe. Este fue orquestado por Sendic, Huidobro y Amodio en el domicilio del segundo, luego de pacientes reuniones que se realizan entre noviembre de 1965 y febrero de 1966.

Simultáneamente, por esos meses se toma contacto con cuatro argentinos que habían integrado la Organización Argentina Tacuara. Ellos eran Joe Baxter, Daniel Rodríguez Primón, Andrés Cataldo y José Luis Nell **Tachi**. La conexión se logró a través del MIR, precisamente, que tenía integrado a Abraham Guillén, quien a su vez se había conectado con los argentinos a través del diario *Época*.

A todo esto, el movimiento Tupamaros no había hecho conocer en forma clara su ideología, ya que públicamente había distribuido unos pocos panfletos en relación a las acciones procesadas. Esto hizo que durante mucho tiempo (la ausencia de definición política) y el hecho de que los volantes marcaban una tendencia nacionalista hizo que los militantes izquierdistas, acostumbrados a profundas declaraciones marxistas-leninistas, identificaran al movimiento como una corriente de extrema derecha. Esto fue corriente en la militancia comunista, cuyo Comité Central alentó deliberadamente esa visión.

Este riesgo había sido previsto por lo tupamaros, pero se había deliberadamente eludido las definiciones teóricas e ideológicas. Se prefirió propagandear un método de acción político-militar inédito en el Uruguay y después hacer las definiciones. Es decir, se opta por el camino contrario al seguido por los partidos tradicionales de la izquierda, que habían navegado en ríos de tinta y montañas de papel. Al promediar enero del 66 la crisis es evidente, máxime teniendo en cuenta que ninguna de las partes hizo esfuerzos para evitarla. Antes bien, se trabajó de tal forma que los planteos se hicieron prácticamente irreductibles.

A fines de febrero de 1966 se realiza la convención nacional en un rancho del Balneario San Cristóbal en el kilómetro 28 de la Ruta Interbalnearia. Las discusiones duran dos días (el último fin

de semana). El terreno era propiedad de Violeta Setelich y la construcción la habían realizado Sendic y algunos *peludos* de UTAA. Ese mismo rancho y los montes cercanos fueron utilizados desde 1964 para realizar reuniones numerosas pero fundamentalmente para guardar vehículos robados en Montevideo. Allí se repintaban y blindaban, manteniéndolos ocultos.

También se planificó bajo la dirección de Manera, Amodio y F. Huidobro el rescate de Vique, Santana y Castillo del tren que los trasladaría de Montevideo a Artigas. La operación era muy sencilla, ya que en esa época el traslado de detenidos se hacía junto con el pasaje corriente o como se suponía en este caso, en un vagón con un compartimento especial. La operación fue estudiada en este aspecto por Amodio, que viajó durante dos meses a Artigas todos los lunes, decidiéndose, con la colaboración de un operario de AFE (Administración de los Ferrocarriles del Estado) que se aflojaría en un rincón del compartimento, las tablas del piso suficientes para pasar rápidamente al exterior en la estación de AFE en 25 de Agosto, en el Departamento de Florida, a poco más de 100 km de Montevideo.

Manera se encargó de la organización de la evacuación de los fugados y Fernández Huidobro del estudio de las rutas. Era todo muy sencillo y sin riesgos, pero la persona que tenía que confirmar el traslado no lo hizo y el operativo se frustró.

En las discusiones se delinearón desde el primer momento de las dos posiciones:

A. La sustentada por el MIR y el sector de las Juventudes Socialistas, que consistía en que como cuestión fundamental debería encararse la formación de un partido político que tuviera como orientación política al marxismo-leninismo, que debería ocuparse principalmente de las tareas del frente de masas, editar un diario, etc. Deberá elegirse una dirección política, que será el órgano máximo de dirección y al que se subordinará toda actividad militar; el aparato armado se disminuirá en sus efectivos dejando solo los necesarios a fines de conseguir los fondos necesarios para el mantenimiento del partido y procesar las acciones que el partido ordenase.

B. La forma de lucha principal es la lucha armada, a la que se subordinarán todas las demás; la dirección será político-militar y se elegirá entre los mejores militantes; el marxismo-leninismo se acepta como un método de análisis socio-político y no como

un dogma esquemático; la orientación política será encaminada a la solución de los problemas que afligen al país. Dentro de esta línea, si bien no se dejará de lado la solidaridad con las otras organizaciones políticas de izquierda, no se supeditarán a las concepciones políticas que se le pretenda imponer por parte de esas organizaciones en el marco de posibles acuerdos sobre problemas concretos; en lo internacional, se mantendrá también una política de solidaridad revolucionaria, pero manteniendo también independencia en ese sentido; los militantes podrán militar en cualquier organización política o sindical, pero supeditarán sus actividades en estas a las necesidades de la organización.

Esta última ponencia fue aprobada en mayoría. Pese a que nada más que su lectura evidenciaba lo encontrado de sus alineamientos (por lo cual toda discusión era inútil) esta se dio y en forma muy dura. Solo Rodríguez Belletti trató de atemperar los ánimos pero sin éxito.

Los partidarios de la ponencia A acusaban a los de la B de «pequeños burgueses impacientes»; «aventureros», «putchistas», etc. Estos a su vez contestaban con algo que estaba muy cerca de la verdad; los miristas y juventudes socialistas no habían desarrollado ningún tipo de militancia productiva, más bien podía decirse que habían tenido una actitud contemplativa ante el trabajo de los demás, y era evidente que las dos organizaciones que compartían lo expuesto en dicha ponencia aspiraban a ser ellos la dirección política, por lo que tenían una vocación dirigentista de tipo burocrático.

El último domingo de febrero de 1966 se culmina con la etapa de crisis divisionista que se había gestado a mediados del 65. Las organizaciones presentes se comprometen a mantener el secreto de todo lo conocido en común así como los resultados y la realización de esa reunión; el MIR se compromete también a devolver las armas y explosivos que tenía en custodia, ya que eran de la organización, y ellos la abandonaban. Esta última parte del acuerdo no se cumplió nunca.

El Movimiento Tupamaro asimiló muy bien esta crisis; es más, puede decirse que salió de ella superado. Se liberó del lastre que significaban dos organizaciones completamente anodinas en su militancia y cultivadoras de un chauvinismo político exasperado. Se encara entonces una etapa de reorganización interna que co-

mienza por: efectivizar en el Comité Ejecutivo a Sendic, Rivero y Fernández Huidobro (no se nombra a un cuarto miembro ya que están representadas las dos que aún permanecen, el MAC y el sector socialista), dado que se entiende que el resultado de la convención ha sido un respaldo a su actuación y se designa a Manera, Marenales y Amodio para organizar un plan de trabajo a nivel servicios y de infraestructura. El Comité Ejecutivo profundiza la vinculación reciente con los dos últimos puntos por ser de gran importancia posteriormente.

La comisión formada por Manera, Marenales y Amodio entienden que para darse un pleno desarrollo en lo militar, es necesario desarrollar el sector servicios prioritariamente. Es necesario montar laboratorio de explosivos, afianzar el taller mecánico y de armas, montar un servicio de recarga de municiones y un taller para la falsificación de documentos. En cuanto a infraestructura, se divide en humana y locales. En cuanto a la humana, se considera necesario proceder a un plan de instrucción que abarque capacitación física y técnica lo más amplia posible. Los meses venideros ven la concreción de esta directiva: se hace judo y karate, se dan cursos de explosivos y armas, se enseña a conducir a todos los militantes y se dan cursos de primeros auxilios.

En cuanto a los locales, se aconseja que se dedique un local a cada servicio, para evitar que la caída de un local desmorone el aparato, y teniendo en cuenta la inversión que eso supone, se proponer realizar un operativo en un banco para cubrir dichas necesidades. Dicho operativo se cumple con éxito (Banco Caja Obrera Sucursal Uruguayana) obteniéndose 303.000 pesos. Esta acción fue muy importante internamente, ya que no solo la suma era importante para ese momento sino que además de eso levantó la moral en grado sumo, ya que la acción evidenció mucho ingenio y audacia (se estuvo dentro del banco más de una hora, a puertas cerradas, habiendo entrado al banco con uniforme de la guardia metropolitana, antes que llegara el verdadero). Durante esa hora se dejó entrar al toma consumo de UTE (Usinas y Teléfonos del Estado) y como el cajero llegó tarde, el banco abrió 15 minutos más tarde, y para no llamar la atención todos los campanas se ubicaron en la puerta con los clientes y atrasaron sus relojes, y se ingeniaron para convencerles que se hora era la correcta).

En cuanto a la vinculación con los argentinos de Tacuara, esta culminó con su integración efectiva a mediados de 1966, pero manteniendo ellos la posibilidad de conexión con su organización en la argentina. En el movimiento Tupamaro su integración se dió en distintos encuadres: Baxter funcionaba en el coordinador político; Nell Tachi y Cataldo en grupos de acción y Rodríguez Primón en el laboratorio de explosivos. Previamente a esta integración, el Comité Ejecutivo produjo un informe donde hacía un análisis de la trayectoria de los argentinos y su evolución desde la extrema derecha a su concepción marxistaleninista, su estadía en China, etc., así como también el aporte que ellos podrían hacer al movimiento considerando su experiencia, fundamentalmente en lo militar. En este último aspecto se hacía mucho hincapié. Hay que considerar que en ese momento los integrantes del Movimiento Tupamaro carecían de experiencia en ese sentido, y se creyó que los argentinos con su aporte llenarían esa carencia. El tiempo demostraría lo equivocado de ese análisis; pero, prescindiendo de ésto, que recién se tendría evidencias a mediados de 1967, su integración fue bastante costosa.

Veamos las causas: el movimiento, como se dijo, tenía un alto porcentaje de integrantes provenientes de clase media baja y con una modestia muy acentuada: vivían y actuaban en forma modesta y austera a todos los niveles.

Los argentinos desentonaban en todos los aspectos; vivían y vestían con comodidad y elegancia, hablaban en forma doctoral y fundamentalmente, lo que más chocaba, era su propensión a aparecer siempre sabiendo más y a emitir juicios apresurados, con pocos elementos. Para rematar ésto, propusieron que se llevara a Abraham Guillén a dar algunas charlas al club (J. L. Terra y Larrañaga) sobre problemas de estrategia revolucionaria. Se aceptó, luego que los argentinos le hicieran a Guillén mucha propaganda. Los resultados no podían ser más negativos: pedante y charlatán como ninguno, mitómano y falsario, nunca pudo aportar nada. Culminó su hazaña escribiendo en 1969 un libro *Estrategia de la guerrilla urbana* tomando como base los documentos del MLN-T y los análisis críticos internos. Pese a estos problemas la integración se fue logrando, y a mediados de 1966 se hace un análisis y balance de lo realizado, que culmina con una reorganización interna, y ellos son encuadrados en las cinco células que se forman, separán-

dolos entre sí. Veamos cuál era ese análisis: el balance; la reforma organizativa.

La situación política, económica y social era favorable al movimiento, ya que la crisis se había acentuado, con su secuela de huelgas, conflictos y represión lo que posibilitaba entonces oportunidad de accionar, con su secuela de fogoneo para los militantes y también de reclutamiento y propaganda; había quedado evidenciado que el Partido Nacional no constituía garantía seria en cuanto a solucionar la crisis. Es más, la había acentuado, y el partido colorado era ya demasiado conocido como para que se alentaran esperanzas. Pero había una alternativa que, de darse, podía traer como consecuencia un retroceso en el accionar de los Tupamaros, que era el triunfo electoral del General Gestido.

El balance indicaba que se habían cumplido los planes previstos dentro de las coordenadas previstas y con aceptable efectividad. En cuanto a la capacitación se habían logrado avances importantes.

Como consecuencia, había que prepararse: conseguir fondos suficientes para que si ganaba Gestido, pudiérase entrar en receso militar pero con posibilidades firmes de fortalecerse en lo interno, y si lo que se daba era el triunfo de cualquier candidato blanco o colorado, era necesario llegar a esa etapa lo más fuerte posible. El desarrollo del movimiento era cualitativo; numéricamente los tupamaros eran 52 en todo el país (setiembre 1966), con la mitad en Montevideo.

Se decide entonces: organizar esos militantes en cinco células de seis integrantes cada una, que en lo sucesivo funcionarán en dos tandas de tres cada una buscando con esto mayor agilidad y facilidad de movimientos. En las operaciones donde fuera necesario invertir más de tres integrantes, funcionaría la célula completa. En cuanto a las finanzas, se decidió realizar un operativo en un banco de la zona suburbana de fuerte concentración granjera y que en determinadas fechas movilizaba fuertes cantidades y proceder, a fin de año, cualquiera fuera el resultado electoral, a un operativo en FUNSA (Fábrica Uruguaya de Neumáticos S.A.), que reportaría 6.000.000 pesos. Posteriormente se decidiría realizar la misma madrugada del acto electoral, un operativo en una armería, eligiéndose entonces la Del Cazador.

El banco elegido reportó 450.000 pesos y la armería, además de los pertrechos, un enorme impacto publicitario cuando se conocieron los detalles técnicos. El acto electoral culminó con el triunfo del Gral. Gestido. La cuota de esperanza fue enorme, a tal punto que pese a lo sencillo del operativo FUNSA, se planteó por parte del Raúl Sendic que no se realizara. Pese a que se entendió lo correcto del planteo, se decidió realizarlo dado que un operativo de ese monto obligaba a esperar un año para tener otra oportunidad. Se estaba en la primera semana de diciembre de 1966 cuando se tomó esa decisión y en forma simultánea se suscita un problema de muy graves características. Desde un par de meses antes, Tabaré Rivero venía teniendo una serie de problemas con su compañera Elsa Garreiro, que culminaron con la ruptura de relaciones. Esto, que no tendría nada de anormal ni extraordinario, si no hubiese sido porque Rivero comenzó a perseguirla en todo sentido, lo que creó disconformidad en otros militantes, sobre todo en Héctor Amodio Pérez, que había mantenido hasta ese momento una gran amistad con Rivero. Además, este estaba utilizando una motoneta que había sido robada, para movilizarse en sus tareas de militancia, cosa que era conocida y aceptada. Pero en una oportunidad, que concurrió a visitar a una mujer (que después se supo era su compañera desde su rompimiento con Elsa Garreiro) fue detenido por la policía, dado que la motoneta carecía de la chapa de matrícula, anomalía que Amodio, que había sido encargado de la falsificación de la documentación, le había hecho notar; pero además ese día olvidó esa documentación en la casa de su nueva compañera. Si bien consiguió huir de la policía, lo hizo después de haber dado su documentación y su dirección, por lo que debió pasar a la clandestinidad. Toda esta serie de errores, el único que la conocía era Amodio, que no había planteado nada en forma orgánica y se había limitado a criticarlo personalmente.

Pero una noche, Fernández Huidobro cita a una reunión urgente a Marenales, Manera, Rivero y Amodio y concurre él también, haciendo entonces un planteo en el sentido de que no se podía tolerar, bajo ningún sentido, que se estuviera hablando mal de uncompañero de dirección, sobre todo cuando lo que se decía era injusto. A todo esto Rivero dijo que evidentemente era objeto de una persecución interna, y culmina pidiendo sanciones para sus detractores, a lo que Amodio responde haciendo una

minuciosa enumeración de todos los errores que Rivero había cometido. Esto trajo como consecuencia que la reunión sufriera un viraje total, culminando con el reconocimiento por parte de Rivero de sus actitudes equivocadas, y pide ser sancionado, cosa que se resuelve recomendar al Comité Ejecutivo. A los pocos días, fue separado del organismo donde funcionaba y queda sin militancia hasta el 22/12/66, en que la organización pasa a la clandestinidad.

En la mañana del 22 de diciembre se inicia una nueva e importante etapa en la organización. A las 7.00 de la mañana se pone en movimiento todo un complejo mecanismo que culminaría con el asalto de los funcionarios de FUNSA que pasaban a pocos metros de un portón abierto, sin armas y sin custodia. La camioneta Chevrolet se dirigió a Propios y Gral. Flores a recoger el equipo operativo, cuando es detectada por un amigo del dueño (la camioneta era robada), quien llama a la policía. Se dirige al lugar un coche patrullero, iniciándose un intenso tiroteo, que culmina en Burgues y Bella Vista con la muerte de Carlos Flores, que había empuñado una pistola Mauser 7.63 con culatín y que se encasquilló cuando le tiró el tercer balazo al patrullero y que rozó la cabeza del conductor policial.

Los otros dos artilleros tenían otra Mauser que también se trabó y una pistola subametralladora Uzi calibre 9 mm con 4 cargadores. Se aunaron entonces una serie de factores que impidieron la huida de la camioneta, pese al superior armamento y al uso de dos granadas. Los factores fueron: la camioneta Chevrolet al huir debía sortear todos los inconvenientes del tránsito, cosa que al patrullero no le ocurría ya que aprovechaba, al mantenerse a unos 50 metros atrás, el camino abierto por la camioneta; estos vehículos son de amortiguación dura lo que impidió sistemáticamente apuntar bien; y por último la inexperiencia en ese tipo de acción (era el primer enfrentamiento). Un párrafo aparte merece el uso de las granadas; el arrojarlas con el vehículo en movimiento impidió que fueran colocadas en zonas vulnerables del patrullero, a lo que se debe agregar que eran de dinamita y estaba en mal estado, por lo que se quemaron sin explotar.

Cuando la policía identifica al muerto, comienza a detener a sus vinculaciones familiares. Su esposa, entonces, más por resentimiento que por afán de colaborar con la policía denuncia a varios amigos, los que son detenidos.

Dos de ellos (Héctor Nieves y Araquel Saradonian) adoptan una actitud colaboracionista (no son torturados). En esos momentos la compartimentación era casi nula, dado que los militantes provenían de organizaciones políticas legales, donde todos se conocían por nombre y apellido y si bien se usaban seudónimos, ese conocimiento anterior los anulaba. Se producen entonces las detenciones de Raúl Domínguez y Rivera Yic al ser señalados por Nieves y Saradonian, y casi automáticamente todos los militantes de Montevideo, con excepción de seis a los que los detenidos no conocían, entran en la clandestinidad.

El movimiento queda entonces en una situación muy deficitaria, ya que pierde tres locales que habían sido muy importantes (José L. Terra y Larrañaga, José L. Terra y Gustavo Gallinal y Agraciada y Galicia) se hace imposible funcionar en los domicilios particulares, como se hizo cientos de veces, no se pueden usar más los vehículos de los que pasan a la clandestinidad, con lo cual se pierden las posibilidades de movilización independiente, y por haber actuado con imprevisión se cuenta con solo 127.000 pesos.

Pero la imprevisión, fruto de la inexperiencia, hizo que fuera realmente difícil esta primera etapa de la clandestinidad, ya que no se tenían locales propios que fueran seguros y en cantidad suficiente como para cubrir las necesidades. Solo había un rancho en el km 23 de Av. Italia, en el Balneario Solymar y un sótano en Gonzalo Ramírez y Juan Paullier. En cada uno de estos lugares se alojaron muchas veces hasta 12 militantes, mientras algunos dormían en casas de amigos con simpatías hacia el movimiento.

Unos días después se consigue una casa en Espartero y Feliciano Rodríguez, donde se reúnen Sendic, Marenales, Manera, Fernández Huidobro y Amodio para considerar la situación. De los cinco, el último en ser individualizado por la policía era Amodio, por lo que hasta ese día, 5 de enero, había centralizado, junto con el argentino Andrés Cataldo, las labores de conexión con los nuevos clandestinos, muchos de los cuales pasaban los días en las playas.

En esa reunión se resuelve entrevistar a José Díaz, del Partido Socialista, a los efectos de plantearle la necesidad de colaboración; emitir un comunicado a la opinión pública donde se expliquen los hechos y se expongan brevemente los propósitos de los tupamaros, que desde ese momento pasan a denominarse Movimiento de Liberación Nacional; medidas a tomar para sobrellevar

la situación planteada, que se entiende sumamente difícil y se plantea como objetivo inmediato la simple subsistencia (dadas las características del país, que veintitrés clandestinos eludan la acción policial se considera un éxito militar y político).

Por ello es que no se repara en quién pasa a la clandestinidad ni qué puede aportar en la nueva etapa, ya que cuantos más clandestinos haya, mayor el desprestigio policial. Antes de esa reunión Amodio se había reunido con José Díaz y le había planteado la necesidad de colaboración y él quedó en transmitir la solicitud al Comité Ejecutivo. Dado que había pasado bastante tiempo sin recibir esa respuesta y que Amodio había pasado a la clandestinidad, se resolvió enviar como emisario a Germán Vidal, quien se entrevista con Díaz y transmite la respuesta del Partido: no solo no hay ayuda, sino que exige las renuncias de Manera y Marenales y que se les proporcione los nombres de los demás militantes del partido en el MLN-T para darles de baja.

Esa respuesta evidencia bien a las claras la mala fe y la deshonestidad del Comité Ejecutivo de esa época, ya que mientras hacía gárgaras con la palabra revolución, se negaba a colaborar mínimamente con un movimiento que había iniciado la lucha armada en el Uruguay. En clara muestra de oportunismo no pide la renuncia de Sendic, a quien todavía no se vincula con el MLN-T ni las de Rivero y Amodio, a quienes la prensa todavía no vincula al Partido Socialista.

Entonces se resolvió que todos los clandestinos y quienes lo fueran a ser en los próximos días renunciaran públicamente, no proporcionar los nombres del resto de militantes afiliados al Partido porque eso sería como denunciarlos públicamente. Es así que renuncian Sendic, Manera, Marenales, Alicia Rey, Amodio Bassini y Rivero.

Esto motivó una ruptura de relaciones con la dirección del partido, que se prolongó hasta 1968. Paralelamente, se informó a los afiliados al Partido colaboradores del MLN-T, de las decisiones adoptadas y de las causas que las motivaban. Esos afiliados plantearon en el seno del partido ese asunto, acusando a la Dirección de contrarrevolucionaria. Se llegó entonces a una situación muy difícil para esa dirección, ya que para mantenerse en el poder había jugado con el apoyo a Sendic y su gente llamaban a los Tu-

pamarnos, pero en el momento que se les pidió colaboración, se negaron a hacerlo.

En lo interno, pese a lo precario de la situación, los noveles clandestinos se adaptaban bien. La única excepción la constituyeron los argentinos, quienes se procuraron enterraderos sin compartirlos con nadie. Baxter planteó en varias ocasiones asilarse en las embajadas francesa o mexicana y terminó yéndose a Cuba pretextando estar en condiciones de conseguir su ayuda, y aunque sabíamos que no era cierto, se le dejó, para que no terminara convirtiéndose en un problema interno. Para el pasaje pidió prestados \$50.000 a una persona en nombre de la Dirección del MLN-T y a nosotros nos dijo que lo había conseguido a título personal.

De los tres argentinos que quedaron, el único que trabajaba para el MLN-T era Cataldo. Rodríguez Primón se marchó enseñuida a la Argentina, pretextando su incorporación a una organización en Buenos Aires y Nell Tachi estaba a lo suyo.

El panorama político estaba entonces convulsionado y el MLN-T se había convertido en el centro de la atención pública. Es cuando se inician las relaciones con el Partido Comunista. El Comité Central, a través de Mauricio Rosencof (quien después se integrará en el MLN-T y ocupará la Dirección a partir de agosto de 1970) ofrece alojamiento para la Dirección del MLN-T.

Se analizó dicha propuesta y se valoró como muy positiva, habida cuenta de la asumida por el Partido Socialista y porque podía significar el abandono de las posiciones conservadoras del Comité Central del Partido Comunista. Pero, pese a esas valoraciones positivas, también podían constituir una estrategia del PC para aislar a los miembros de Dirección del MLN-T entre sí y del resto de las bases, por lo que se resuelve no aceptarla, y como contrapropuesta, se plantea que esos enterraderos sean para alojar a los militantes de base, cosa que el PC acepta.

Es así como durante enero y febrero de 1967, la casi totalidad de los militantes clandestinos del MLN-T se entierran en casas de afiliados comunistas, a quienes se les oculta la situación real. Creían estar dando alojamiento a militantes comunistas en situación comprometida, ya que la policía estaba realizando allanamientos a domicilios de dirigentes gremiales.

También la Federación Anarquista colaboró con algunos locales, pero fundamentalmente con la confección de documentación

falsa. Es entonces que gracias a dos organizaciones con las que no mantenían relaciones, se sobrelleva la primera y más dura etapa de la clandestinidad.

Durante enero y febrero de 1967 los únicos que no se entierran son: Sendic, Fernández Huidobro, Manera, Marenales y Cataldo (que oficia de enlace junto con un legal: Carlos Tikas Flechas). Además, en tareas de enlace y de atención de los clandestinos que están en el sótano de Gonzalo Ramírez y Paullier funcionan Leonel Martínez Platero y su hermano Efrain, María Elia Topolanski, Rubén Dibentancourt Brum y los hermanos Líber y Aníbal de Lucía.

Con los pocos documentos falsos que se tenían se compraron dos terrenos en los balnearios Solymar donde se construyeron dos ranchos que se conocían como el 2 y el 3. El 2 lo compró Sendic y construyeron el rancho Manera, Marenales y Huidobro, apartándose de sus funciones específicas de dirección, pero se prefirió ésto para ganar en compartimentación, ya que se entendía que la debilidad en ese sentido era la razón de la situación que se vivía. Se adopta como norma en el funcionamiento el que cada uno supiera nada más que lo necesario para funcionar correctamente. Esto se consiguió al fin pero no sin esfuerzo, ya que muchos comprendían la necesidad de la compartimentación, pero no la practicaban; es decir, tenían una comprensión intelectual de esa necesidad.

Se comenzó también una política de austeridad motivada no solo por razones económicas sino fundamentalmente políticas. A tal punto se llevó adelante esa norma de conducta que hasta la policía reconoció ese hecho públicamente. Esto no quiere decir que si por razones de funcionamiento era necesario invertir mucho dinero en alquileres o ropas eso no se hiciera, aunque después se comiera mal.

Esta norma de conducta a la que se llamó proletarización precipitó los problemas de esa índole con los argentinos Nell Tachi y Cataldo, que exigían un apartamento en Montevideo. Como se les contestó que no era posible ni por razones económicas ni de funcionamiento, pidieron que se les autorizara a realizar un asalto a un banco para solventar esos gastos, a lo que también se les contestó que no. Superados los primeros meses de clandestinidad, se analiza lo logrado. La meta que se fijó el 6 de enero de 1967 fue subsistir; y era evidente que en abril se había logrado. Era necesario entonces trascender esa etapa, y si los años anterior-

res se había trabajado para adentro, acumulando fuerzas, ahora era necesario crecer, trabajando hacia afuera. Pero ¿cómo hacerlo? Todos tenían ideas al respecto, pero nadie estaba seguro de que fueran las mejores. Se comienza por realizar una reorganización interna, fusionando en los grupos a legales y clandestinos.

Las razones eran: Primero, se pensaba que el clandestino, por su calidad de tal, perdía contacto con la realidad social que lo rodeaba, por lo cual los legales debían ser en ese sentido los ojos y oídos de los clandestinos y segundo, los clandestinos no debían moverse demasiado, por lo que los legales debían ocuparse también de los abastecimientos. Esta integración de los grupos, que aparecía como muy buena en la teoría, fracasó totalmente en la práctica.

Como los locales estaban en los balnearios y los legales trabajaban y estudiaban, no podían estar en contacto diario con los clandestinos y como todos estaban acostumbrados a un funcionamiento basado en largas discusiones, los problemas no se resolvían y se trasladaban de semana en semana. La otra medida que se tomó fue realizar una serie de reuniones con delegados de esos grupos, en las que se discutía el problema de crecimiento, a fin de aunar criterios.

El defecto de funcionamiento antes citado hizo que en los grupos el trabajo de crecimiento se discutiera muchísimo sin que se concretara nada. Además, el problema del reclutamiento se magnificó en su importancia y en sus dificultades; se notaba además una contradicción, ningún integrante de grupo se animaba a consentir el reclutamiento de alguien a quien no conocía, y no podía conocerlo por la compartimentación.

Pasaban así los meses sin que fuera posible que se insinuaran resultados satisfactorios, y el MLN-T se debatía en tensiones provocadas por la actitud democratista de los legales por un lado, y en cierta forma la impaciencia de los clandestinos, quienes veían pasar los meses sin haber tenido oportunidad de hacer algo productivo. Estas tensiones aumentaban considerablemente por la inactividad en materia militar, ya que no se accionaba. Esto era así porque la expectativa creada por la presidencia de Gestido era evidente, y una acción del MLN-T hubiera sido totalmente rechazada a nivel popular, y aunque las finanzas eran muy escasas no se quería reaparecer con un asalto a un banco.

Por lo tanto, siguió siendo el trabajo interno lo que pautó la actividad hasta julio de 1967, por las condiciones políticas del país. Hasta esa fecha, se consolidó una buena infraestructura material. Para las necesidades de esos momentos, puede decirse que había sido positivo.

El punto más alto de los enfrentamientos provocados por las contradicciones internas lo constituyó el suscitado entre Alicia Rey y Amodio Pérez, como responsables de un local en Solymar, donde además vivían Elsa Garreiro, Andrés Cataldo y Nell Tachi. En ese local, funcionaban Luis y Leonel Martínez Platero, Aníbal de Lucía y María Elia Topolanski. El enfrentamiento se debió no solo a los diferentes criterios para el enfoque del trabajo interno, sino que tuvo como elemento primordial la conducta personal de Nell.

Nell era una personalidad totalmente nociva para el MLN-T. Pedante en sus planteamientos, soberbio en sus actitudes, pretendía hacer gala de una cultura política que no era otra cosa que la repetición de esquemas muchas veces contradictorios, pero hechos en tono doctoral. Pretendía llevar un ritmo de vida que no se correspondía con nuestra organización, llevando a su novia a los locales donde él vivía. Como eso no pudo hacerlo en el local de Solymar, se las ingenió para que Leonel y María Elia, que se habían casado, le ofrecieran su casa, apoyados por el resto del grupo. Nell se las ingenió para que el Comité Ejecutivo lo trasladara de local y cuando Alicia Rey y Amodio se enteraron, Nell ya se había mudado.

Elevaron entonces un informe al Ejecutivo sobre la actuación del grupo responsabilizando fundamentalmente a Nell por su conducta disolvente y se opusieron a que se mudara a un local donde no sería controlado y finalizaron pidiendo fuera dado de baja antes de que su conducta provocara mayores daños. El Comité Ejecutivo de entonces, Sendic, Manera, Marenales y Fernández Huidobro consideró que el informe se debía a cuestiones personales.

Antes de que esas conclusiones les fueran comunicadas, Nell estaba preso. ¿Qué había pasado? Estaba reclutando estudiantes, a quienes les dijo quién era y dónde vivía. Tal era su método de trabajo. Tenía en su poder cuando lo detuvieron planos de la zona de los balnearios donde se había montado infraestructura y distintos boletos de ómnibus de la zona.

La detención de Nell costó la mayor parte de la infraestructura y la clandestinidad de los hermanos Platero, de María Elia Topolanski y de Aníbal de Lucía. Este hecho, lejos de aclarar el panorama, lo enturbió más aún, porque el Comité Ejecutivo reconoció el error que habían cometido pero no llevó la discusión al grupo, por lo que el resto del grupo siguió defendiendo a Nell a cada momento.

Para hacer más complejo aún el panorama interno, se recibe por parte de Ariel Collazo y Rodney Arismendi, de forma separada pero aduciendo ambos ser representantes de los cubanos, un planteo tendente a incorporar al MLN-T al foco que luego instalaría Che Guevara en Bolivia. Ambos emisarios coinciden en sus apreciaciones: no hay condiciones en el Uruguay para la lucha armada y menos con el carácter urbano que se pretende, es necesario apoyar el nuevo foco, etc.

Una vez más se advierte que detrás de los planteos existe la intención de eliminar al MLN-T del panorama político. Por parte de Ariel Collazo para detentar en exclusiva su condición de super revolucionario y por parte del PC para continuar con su posición centralizadora.

La dirección del MLN-T, pese a estas consideraciones, decidió trasladar a las bases dicho planteo, quienes resolvieron no aceptarlo, por considerar erróneas las apreciaciones sobre la realidad uruguaya y por estar convencidos de que su puesto de lucha era nuestro país. El único que consideró aceptable el planteamiento fue Mejías Collazo, quien finalmente también desistió.

Sin embargo, pese a esta posición adoptada por unanimidad, la situación interna, lejos de mejorar, empeoró. A mediados de agosto, Cataldo y Elsa Garreiro plantean su deseo de integrarse a una organización argentina y el Comité Ejecutivo resuelve aceptar la solicitud. Ambos, a esas alturas, no veían con claridad el desarrollo del MLN-T y estaban siendo **trabajados** por María Elia Topolanski, Leonel Martínez Platero y Tabaré Rivero, que constituían un grupo que cuestionaba a la Dirección, pero fuera de los organismos correspondientes.

No se plantean las críticas, sino que se utilizan las conversaciones informales, los corrillos entre tarea y tarea para ir deslizando críticas, fundamentalmente hacia Manera y Marenales. La tónica maledicente fue empleada fundamentalmente por Topolanski y

Rivero, pero aunque en menor grado, participaron de ella los hermanos Martínez Platero y Aníbal de Lucía.

Si bien las críticas eran al Comité Ejecutivo, tenían dos destinatarios directos: Manera y Marenales. Las causas objetivas eran la inactividad del MLN-T y los errores que en la discusión de los problemas cometieron, tanto Manera como Marenales, quienes aplicaban en las discusiones un esquematismo total.

Las causas subjetivas eran considerar como improductiva toda la actividad desarrollada hasta ese momento para reflotar las infraestructuras, junto con las penurias económicas que tenían como consecuencia el hacinamiento y la mala alimentación. Las causas eran reales y hubiesen tenido fácil solución en un clima interno de armonía, pero no fue así. Tabaré Rivero, que ocultó siempre detrás de su apariencia humilde y tímida una gran ambición personal, guardaba demasiado rencor por su separación del Comité Ejecutivo.

María Elia Topolanski no le iba en zaga en cuanto a su ambición, pero tenía una menor experiencia personal, por lo que Rivero pudo utilizarla sin dificultades. El tandem Rivero-Topolanski funcionó durante meses, hasta que Rivero, a propósito de un tema en discusión, acusa a Alicia Rey y a Amodio de obsecuentes con la Dirección.

Si la Dirección, pero especialmente Manera y Marenales soportaron durante meses las conspiraciones del grupo, Rey y Amodio elevaron de inmediato un informe al Comité Ejecutivo. En esas fechas, Sendic estaba en Cuba, por lo que aparte de los ya nombrados, el Comité Ejecutivo lo formaba Fernández Huidobro. Los tres mantuvieron una reunión con Amodio y Rey y les reconocieron conocer la situación pero que hasta el momento habían carecido de elementos precisos.

Es decir, sabían que algo pasaba, pero miraban para otro lado. Pero ahora, tienen los elementos que les faltaban. La solución la plantea Marenales: citar a un simposio de todos los clandestinos, que se realizará los días 24 y 25 de diciembre de 1967, para discutir el informe presentado, siempre y cuando Amodio y Rey acepten realizar dicho planteo.

Amodio y Rey aceptaron y las discusiones se polarizaron entre nosotros ellos y Rivero y Topolanski. El resto de los asistentes, Leonel y Efraín Martínez Platero, Ismael Bassini, Hebert Mejías

Collazo, Gabino Falero, Aníbal de Lucía, Graciela Jorge Pancera, Heraclio Rodríguez, Edith Moraes y los tres miembros de la Dirección asisten como meros espectadores, pese a que ni Rivero ni Topolanski pueden levantar una sola de las acusaciones. La reunión terminó sin que se extrajeran conclusiones, y todo quedó como enfrentamientos personales. Rivero siguió aprovechando cada oportunidad para aparecer solícito y buen compañero y Amodio y Rey fueron los que quedaron en peor situación. La actitud del Comité Ejecutivo fue tan equivocada, que los únicos beneficiados fueron Rivero y Topolanski. Evidentemente, la experiencia Nell Tachi no había servido para nada.

En esos días, la situación personal de Amodio era tan mala, que planteó al Comité Ejecutivo se le diera de baja y se le enviara a la Argentina, aprovechando los contactos traídos por Sendic. La respuesta fue negativa, porque aquí se le necesitaba. Lo que Amodio nunca supo fue si lo necesitaba el MLN-T o solo el Ejecutivo, para circunstancias como la del simposio. Se resuelve que Amodio se dedique full time a la falsificación de documentos, problema que a esa altura no estaba resuelto aún, por lo que se muda a otro local, aliviándose en algo las tensiones.

Ante esa situación que se vivía, el Comité Ejecutivo había centralizado en forma absoluta todo el trabajo de reclutamiento, que había sufrido un considerable aumento al amparo de las condiciones políticas existentes luego de la muerte del Presidente Gestido.

A raíz de un enfrentamiento casual con una patrulla policial de Canelones que buscaba a unos ladrones de autos, resulta herido un agente, aunque no de consideración. Se resuelve entonces enviar una carta abierta a la policía, que se publica en el diario *Época* dada la considerable influencia que tenía allí el MLN-T.

El factor decisivo fue que en esos momentos el Director era Carlos María Gutiérrez, quien había prometido que la carta se publicaría aunque clausuren el diario. Y así fue. Pero como *Época* estaba integrado (a nivel de Consejo Directivo y de Redacción) por militantes de varias organizaciones políticas, se clausuraron también las publicaciones y los locales partidarios de esas organizaciones, que en la práctica fueron declaradas fuera de la ley. Esas organizaciones eran el Partido Socialista, el MIR y la Federación Anarquista Uruguaya. Más tarde se clausuraría al Partido Trotskista.

El gobierno de Pacheco entonces sancionó a todos por igual, ya fueran pro o antitupamaros, dejando sin militancia política a varias decenas de miles de uruguayos, sin analizar que aparte de la publicación de la carta, toda la actividad de esas organizaciones era estrictamente legal. La medida era exagerada y solo favoreció al MLN-T.

Al comenzar 1968, la situación interna no ha mejorado prácticamente nada: la Dirección está prácticamente absorbida por la atención del crecimiento, mientras la base (constituida por los clandestinos, ya que ningún legal tiene una real integración) se dedica a pequeñas tareas de orden doméstico, que la gastan y desmoralizan. Transcurren así enero y febrero en un clima de escepticismo: la base comienza a cansarse de realizar planteos sobre su situación, que nunca la Dirección los discutió a fondo, y la Dirección comienza a desconfiar de quienes tienen una actitud crítica hacia ella, identificando crítica con falta de compromiso.

Al aumentar entonces el crecimiento, aumenta en forma paralela y simultánea el volumen de trabajo de la Dirección con lo que tiene que dejar de lado sus tareas específicas: análisis de la situación general para organizar y formar a los militantes. Durante esos dos meses Manera era el chófer que conducía a Marenales y Fernández Huidobro a realizar una serie enorme de contactos callejeros (cada uno de ellos realizaba no menos de 10 contactos por día), mientras Sendic hacía lo mismo pero en ómnibus.

Se van creando entonces dos niveles internos bien identificados: la dirección y la base, separados entre sí por un gran vacío que nadie sabe cómo eliminar. Al subjetivismo propio de la situación se suma una inmadurez personal y política evidentes en todos los militantes, fueran de base o de dirección.

Esto queda patentizado en marzo de 1968, que se realiza la Segunda Convención Nacional, con la asistencia de todo el Comité Ejecutivo y de representantes de los distintos locales (que se llamaban cantones) donde vivían o funcionaban clandestinos y tres o cuatro legales. ¿Qué pasó en marzo de 1968? La dirección produjo un voluminoso informe sobre el grado de desarrollo y perspectivas del MLN-T, que nadie está en condiciones de discutir y analizar por falta de elementos, es decir, la base no conoce al MLN-T, por lo que debe confiar en ese informe, y así lo hace.

Como forma organizativa se propone el centralismo democrático, copiándose textualmente páginas enteras de libros de Lenin, que

eran desconocidos para la gran mayoría, y se hace un paralelismo entre la organización bolchevique y el MLN-T totalmente esquemático. El MLN-T tenía una militancia medianamente activa compuesta por sus clandestinos que no llegaba a 30 y según el informe de la Dirección 250 periféricos (legales) que no incidían en nada, ya que su integración es muy relativa aún. El centralismo democrático se presenta como la panacea para la solución de los problemas internos, pero dado el grado de desarrollo y de formación política de los militantes, se convierte nada más que en una conjuración mágica que elimina todas las discusiones.

Desde marzo del 68 hasta fines del mismo año, toda discusión queda eliminada, todo se ordena y todo se cumple en aras del centralismo democrático. En la convención, la discusión de este aspecto se realiza desganadamente, todos quieren trabajar más y discutir menos, pero las posibilidades son muy pocas.

Al tratarse el problema de la Dirección, se reelige el mismo Comité Ejecutivo. Nadie está conforme con su actuación, pero es evidente que no hay recambios. Luego de la Convención y ante el empuje del crecimiento, se resuelve descentralizar alguna tarea. Había ingresado al MLN-T un gran contingente proveniente del sector estudiantil, con preponderancia de elementos trotskistas. Como era un sector con buenas posibilidades materiales, descompartimentado entre sí y cohesionado por su militancia anterior, se entiende conveniente mantenerlo tal como ingresó, designando a un clandestino para que aporte experiencia y organización. Aquí el ejecutivo comete un error cuyas consecuencias se harán sentir durante todo 1969: designa a Tabaré Rivero para esa tarea, teniendo en cuenta su experiencia (que es real, ya que lleva cuatro años de militancia), pero olvidando los enormes errores cometidos por él, impulsado por su ambición y su egocentrismo.

Olvidó la dirección del MLN-T que una organización revolucionaria (en el grado de desarrollo en que se encontraba el movimiento) necesita algo más que saber tirar con pistola o fusil (lo que no quiere decir que deban ser teóricos de la revolución), necesita conocer los lineamientos generales básicos en lo estratégico y en lo táctico, por lo menos para luego de discutidos, lograr una organización coherente en lo ideológico. Y esa tarea debe realizarla quien no aspire a convertirse en líder de un sector, como Rivero había demostrado.

El MLN-T crece en cantidad pero no en calidad. No se forma a los nuevos integrantes y los viejos se van gastando y desmoralizando. Es necesario encarar ese aspecto antes que la situación sea más grave. Pero quien tiene que ver ese problema con claridad (la Dirección) no puede hacerlo, ya que está alienada en realizar pequeñas tareas que no se animaba a delegar en militantes de base por su inexperiencia objetiva, pero que al no realizarlas tampoco está en condiciones de adquirirla.

Ese círculo vicioso que envolvía a la base y que impedía que esta se desarrollara, la Dirección no lo advertía. Los militantes de base sí, quizás porque eran los que sufrían las consecuencias; pero descreídos de sus posibilidades y cansados ya de realizar planteos que la Dirección sistemáticamente dejó de lado, no realizaron ningún esfuerzo contra ese estado de cosas.

A mediados de mayo del 68, Amodio, Rey Morales y Alfredo Rivero Cedrés (hermano de Tabaré Rivero) que quizás por funcionar juntos entre sí y separados del resto habían logrado mantener una mayor objetividad de criterios, que les permitía análisis más cercanos a la realidad, elevan al Comité Ejecutivo un planteo donde se analiza la situación y se proponen soluciones.

Sintéticamente, ese planteo decía:

1) la experiencia de 1967, indica que es posible la permanencia del MLN-T, pese a los golpes recibidos;

2) que esa experiencia no ha sido gratuita, sino más bien ha costado muchos sacrificios a todos, tanto en lo material más elemental como en lo afectivo (separación de los familiares, abandono de posiciones alcanzadas con trabajo y estudios pacientes);

3) que esos sacrificios, lejos de ser un peso para los clandestinos los ha fortalecido y convertido en ejemplo para muchos que se han planteado integrarse al MLN-T;

4) que no alcanza con ser sacrificados para estar en condiciones de contribuir al proceso revolucionario, sino que además debe adquirirse la necesaria capacidad técnica y política para contribuir a la formación de los nuevos militantes (aclarando que capacidad política se refiere a claridad para llevar adelante la línea de la organización);

5) que esa capacidad no existe en los militantes, pero como lo indica la experiencia general del MLN-T, esa experiencia se adquiere en la práctica;

6) que para que esa práctica se dé, es necesaria una política de consecución de nuevos locales y materiales, a fin de dotarse de los elementos imprescindibles que posibiliten la desconcentración de los clandestinos en los locales y la descentralización de tareas y responsabilidades;

7) que esta tarea debe emprenderse de inmediato sin esperar a tener todos los elementos materiales para formar a los militantes, sino que debe hacerse paralela y progresivamente, teniendo en cuenta además la urgencia con que debe atenderse la formación de los nuevos militantes (se llamaban periféricos) a fin de que no se sientan descreídos de sus posibilidades de aportar al proceso, ya que era evidente el crecimiento cuantitativo, mientras el cualitativo era casi nulo.

Como se ve, este planteo lleva implícito un concepto organizativo basado en la descentralización de tareas y responsabilidades, que será el concepto que pautará el desarrollo del año 1969, y que se discutió en octubre de 1968 nuevamente, ya que si bien el anterior planteo el Comité Ejecutivo lo aprobó y dio a conocimiento de la base, nunca lo puso en práctica. Es que para hacerlo era necesario algo más que un entendimiento intelectual del problema. Era necesario tener la convicción de su necesidad, cosa que no era posible en Manera y Marenales, cuyas concepciones organizativas se basaban en un rígido centralismo.

De todo el planteo propuesto, lo único que se concreta es un asalto a un banco con un monto de algo más de \$1.000.000, que solo alcanza para las más urgentes necesidades.

En julio de 1968, el MLN-T llevaba 19 meses de clandestinidad, había perdurado y había crecido, aunque ese crecimiento fuera solo peso muerto, y logrado expectativas y simpatías en los sectores más esclarecidos del pueblo, aunque en general no había logrado aún trascender con su accionar la imagen delictiva que el grueso de la población tenía del MLN-T. Es cuando la Dirección se plantea el secuestro de **Pereyra** Reverbel y lo hace a instancias de Sendic. La Dirección ya lo tiene resuelto, pero antes decide consultar con algunos militantes (clandestinos y legales) dado que el paso a dar compromete a toda la organización y el Ejecutivo no quiere darlo sin respaldo.

La fundamentación es bien clara y sencilla: la política del presidente Pacheco es realmente antipopular y Pereira Reverbel es uno

de sus consejeros con gran influencia en ese sentido; viene llevando en UTE una política antisindical bien definida, había matado unos años antes a un canillita en Artigas por vender una publicación dirigida por un chantajista que lo acusaba de homosexual, lo hizo con alevosía y premeditación y la justicia lo puso en libertad. Los objetivos que se plantean con el secuestro son también sencillos: demostrar la vigencia de MLN-T; cuestionar al régimen deteniendo por unos días a uno de sus hombres más importantes y salir a la luz pública con una acción de neto corte político.

La fundamentación y los objetivos son compartidos por todos los consultados, con la excepción de Amodio, que entendía que el MLN-T no estaba en condiciones de sobrellevar una campaña represiva como la que se desataría, con pocos locales y superpoblados, que se arriesgaría todo lo conseguido hasta ese momento por realizar una acción de consecuencias imprevisibles y cree preferible realizar una serie de acciones menores de tipo propaganda armada, aprovechando la coyuntura propicia fundamentalmente en los sectores sindical y estudiantil, lo que permitirá ir fogueando en la acción a los periféricos, lo que a largo plazo será mucho más beneficioso.

Su posición quedó en minoría y se decidió procesar el secuestro. El montaje de la operación y su planificación insumieron todo el mes de julio. Como en todas las acciones realizadas hasta ese momento se cuidaron los más mínimos detalles, lo que permitió que los imprevistos que se presentaron se resolvieran fácilmente. Se puso tanto énfasis en que Pereyra Reverbel tenía que ser secuestrado con vida, que en el Land Rover que lo conducía, para que no reconociera ni la zona ni el vehículo que haría el último trasbordo, Bassini le aplicó una inyección de pentotal. Esto le produjo un vómito que casi lo asfixia, cosa que el mismo Bassini evitó, con respiración boca a boca. Pereyra Reverbel nunca supo que Ismael Bassini le salvó la vida de esa manera. Por lo demás, el resto se desarrolló tal como se había planeado y los resultados propagandísticos eran los deseados.

Muy cerca se estuvo de que las salvedades que Amodio había planteado se cumplieran también: el día que Marenales y Fernández Huidobro resuelven liberarlo (Manera se encuentra en Cuba y Sendic en el interior) la policía estaba realizando un rastrillo por la zona donde estaba el secuestrado y fue necesario evacuar un

local donde vivían siete clandestinos con abundante armamento y explosivos. Inexplicablemente, la policía no allanó dicho local, por lo que se recuperó posteriormente.

La liberación provocó casi tanto impacto como el secuestro, ya que en una ciudad como Montevideo, saturada de autos de la policía y militares, el MLN-T se movió con toda precisión y pasó a convertirse de una organización criminal a una organización política.

Y el empuje de crecimiento fue más importante también, y con consecuencias más graves, ya que internamente nada había cambiado y las responsabilidades contraídas a nivel popular eran enormes a partir de esa acción. Simultáneamente, comienza a plantearse un nuevo problema, que no era nuevo en realidad, pero que sale a la luz dadas las condiciones internas: es lo que se dio en llamar el problema de las mujeres, que era en realidad la subestimación (inconsciente, es verdad) que Manera y Marenales evidenciaban hacia las militantes, en forma fundamental hacia las clandestinas.

Hacia mediados de setiembre, estalla la crisis. Alicia Rey, luego de una discusión con el Comité Ejecutivo, pide la baja del MLN-T, considerando que su militancia no es considerada por la Dirección y hace un análisis del papel al que se relega a las mujeres.

De forma simultánea, Sendic renuncia al Comité Ejecutivo, con las siguientes consideraciones: un dirigente revolucionario debe ser un cuadro político militar, y él no lo es, en razón de que sus compañeros del Ejecutivo no lo dejan participar en las acciones que se procesan, en virtud de su peso político, a lo que se agrega el malestar por no haber sido consultado para la liberación de Pereyra Reverbel. El Comité Ejecutivo no acepta las renunciaciones y cita a una reunión a la que concurren Marenales, Fernández Huidobro, Falero, Sendic, los hermanos Martínez Platero y Rivero Cedrés, Topolanski, Bassini, Mejías Collazo, Violeta Setelich, Alicia Rey, Andrés Cultelli, Heraclio Rodríguez Recalde, Edith Moraes y Amodio. Esta reunión se cita en principio para el 24 de setiembre.

Transcurren dos días de discusiones violentas muchas veces, y debido a la dificultad de los temas tratados y lo enredado de las formas, se cita nuevamente para el 30 de setiembre y culmina finalmente el 2 de octubre.

A esta reunión se la conoce como el Simposio de Octubre y marca un momento muy importante en la historia del MLN-T, ya que si bien el hecho circunstancial que la motiva son las renun-

cias, a medida que se discuten estas se evidencia que el problema es mucho mayor y lo que se discute no son las renunciaciones, sino los hechos que las motivan, de lo que surge nítidamente un cuestionamiento al Comité Ejecutivo.

La renuncia de Sendic no es aceptada pese a que Fernández Huidobro hace una reseña crítica muy dura de la actuación de Sendic en el Comité Ejecutivo, y de su posición surge con claridad que él estaba por aceptarla. El otro miembro del Ejecutivo, Marenales, no discrepa del planteo de Fernández Huidobro y agrega un detalle importante: una vez liberado Pereyra Reverbel, Sendic les planteó la renuncia y no se le acepta.

Dice que Sendic, al haber puesto en conocimiento de la base su renuncia sin conocimiento del resto del Ejecutivo, lo está coaccionando. Es muy difícil saber si Sendic especuló o no con ese elemento, pero es un hecho innegable que esa coacción existió. Ningún militante de base concebía la Dirección sin Sendic, y fue la base quien lo mantuvo en la Dirección.

La consideración de la renuncia de Alicia Rey no fue menos violenta. Aquí también Marenales y Fernández Huidobro acusan de deshonestidad, argumentando que se ensucia la discusión con el planteo de la renuncia. Sendic, inexplicablemente, aporta poco a la discusión, aunque muchos de los elementos que se manejan, refuerzan algunos planteos suyos. Amodio consideró que los motivos de las renunciaciones pueden desaparecer si se discute primero el problema de fondo, que es el método de trabajo del Comité Ejecutivo y la forma organizativa que ese método de trabajo trae aparejada.

Así se hace, y entonces surgen tres posiciones bien definidas: la de Fernández Huidobro y Marenales, netamente centralistas, la de Amodio y Rey, que presentan un plan de descentralización similar al presentado en el mes de mayo, pero mejorado en muchos aspectos, recogiendo la experiencia de los últimos meses y la de Sendic, que aboga por una autonomía táctica: una línea política general para todo el MLN-T y autonomía para llevarla adelante.

En la discusión se hacen coincidir las dos posiciones últimas, por lo que se discute sobre los extremos: centralismo rígido o autonomía. Dado el grado de desarrollo en esos momentos, ninguno de los dos extremos es viable.

El primero, porque eliminaba las posibilidades de desarrollo y el segundo porque es condenar al fracaso a los militantes, ya que

sin formación o muy escasa, sin la colaboración o tutela de los militantes con experiencia, poca cosa pueden hacer.

Tan convincentes eran Marenales y Fernández Huidobro enumerando los déficits formativos de los militantes de base que ellos mismos apoyaban el centralismo rígido, sin que comprendieran que hasta que ese centralismo no se rompiera, los déficits no se superarían. Finalmente se propone, por parte de Cultelli, una forma sumamente ambigua que no define las distintas posiciones pero que las contempla todas: El Comité Ejecutivo buscará las formas que permitan una descentralización progresiva, etc., que es aprobada. Ante esta resolución se resuelve no considerar la renuncia de Alicia Rey.

Al día siguiente, el Comité Ejecutivo comienza a dar los primeros pasos para llevar a la práctica lo acordado. Se divide la Organización en dos columnas, que se denominan Columna 1 y Columna 2 y designa a los respectivos comandos: Aníbal de Lucía, Leonel Martínez Platero y María Elia Topolanski en la Columna 1, Falero Montes de Oca, Ismael Bassini y Graciela Jorge Pancera en la Columna 2.

Amodio y Rey, quienes desde el mes de mayo venían planteando planes de descentralización y cuyos trabajos en sus respectivos sectores era francamente bueno, no fueron tenidos en cuenta. Para llevar adelante sus planes, se designa a compañeros que hasta el día anterior eran partidarios del centralismo rígido. La Columna 1 será atendida desde el Ejecutivo por Marenales y la 2 por Sendic y Fernández Huidobro.

El 8 de octubre se produce un hecho que no dejando de ser lamentable, incidirá de manera fundamental en el desarrollo futuro: son detenidos Marenales y Leonel Martínez Platero. El día 11 Fernández Huidobro le plantea a Amodio la necesidad de integrarse al Comité Ejecutivo en sustitución de Marenales. A ese pedido Amodio respondió que aceptaba sustituir a Marenales en su sector, pero no en el Ejecutivo, habida cuenta del cuestionamiento que se le hacía, que si no se reflejaba en críticas, era evidente que existía, tanto desde la base como desde el mismo Ejecutivo. Fernández Huidobro argumenta que en lo tocante al Ejecutivo no es así y pone como ejemplo que la misma incorporación es prueba suficiente, y finalmente acuerdan que lo hará en forma provisional, hasta la llegada de Manera de Cuba, que se producirá en diciembre.

En la primera reunión que participa en el Comité Ejecutivo se le informa que se ha resuelto dividir la organización en siete columnas y del plan de desarrollo que se quiere llevar adelante: es, detalle más, detalle menos, el plan de descentralización que Amodio y Rey habían presentado en el simposio. Se requerían varios millones de pesos para el incremento de locales. Había una buena operación en ciernes pero no se sabía qué había ocurrido con ella, ya que el mismo día de la detención de Marenales se allanó la casa de Candán Grajales, quien tenía debajo del pie de una ampliadora, un relevamiento fotográfico del Casino de Carrasco.

Puestos en contacto con su familia, sabemos que el relevamiento permanece allí, pero al retomar el estudio se comprueba un refuerzo de las medidas policiales, señal de que el relevamiento había sido detectado y vuelto a dejar en su sitio, para montar una ratonera en el Casino. Esas medidas se mantuvieron durante unos veinte días, y al desaparecer se comenzó a reestudiar la operación, que se realizó con la dirección de Falero y Amodio en la madrugada del 6 de noviembre, aproximadamente.

El monto fue de algo más de \$6.000.000, que se distribuyeron a razón de \$700.000 por columna y dejándose el resto en depósito para el Ejecutivo. Esta operación vino a capear un poco la situación planteada por la caída de Marenales, sindicado públicamente como miembro de la Dirección, por lo que la policía hablaba de golpe durísimo al MLN-T. En realidad, con la proyección de lo sucedido posteriormente, no es aventurado concluir que la detención de Marenales se convirtió en algo positivo, ya que con él en la Dirección la descentralización, base del desarrollo del MLN-T en 1969, hubiera sido imposible. A mediados de diciembre cae una chacra en Pando, donde son detenidos Bassini, Falero y Pedro Dubra, que constituían el comando de una de las columnas recientemente formadas, por lo que los integrantes de esta se refunden en otras, al no existir recambios para el comando.

Este golpe fue calificado por la policía como de golpe mortal, lo que si bien era exagerado, era de una gran dureza. Se perdió un comando íntegro, en el que estaba Falero, un hombre con una gran experiencia militar y seguro tanto en la planificación como en la ejecución, Bassini, en ese momento único experto en explosivos y gran cantidad de materiales. Esto viene a reafirmar lo erróneo del antiguo método de trabajo y las dificultades con que

habrá que enfrentarse para superarlas. Pocos locales atestados de militantes, en los que funcionan servicios y grupos de acción y para peor no se habían previsto recambios en puestos fundamentales como el de Bassini.

Pero además se habían cometido gruesos errores en materia de seguridad, de los cuales Sendic era responsable en un noventa por ciento, ya que él era el responsable del funcionamiento del local. Cuando esto se le planteó por parte de Amodio y Fernández Huidobro, Sendic reaccionó como hacía siempre que se le señalaba un error: airadamente y criticando al que lo criticaba. Si bien Sendic compartía (tenía que compartir el planteo de fondo, dada su posición en el Simposio de octubre) se negó a aceptar la crítica y los mismos errores provocaron la caída de otro local y varios militantes en julio de 1969.

Quizás el que más haya aprovechado esta experiencia haya sido Fernández Huidobro, pero luego cometió el error, inconscientemente y por inexperiencia y apresuramiento, de transformar la descentralización en autonomía. 1969 se inicia con perspectivas muy auspiciosas. En los últimos días de diciembre se tuvo información de que en el Juzgado de Instrucción de Primer Turno estaban depositadas las armas que la policía había incautado en los procedimientos contra el MLN-T.

La acción se realiza bajo la responsabilidad de Tabaré Rivero, participando gente de su columna que no tenía experiencia anterior. Aunque con dificultades, la descentralización está en marcha. Las acciones que se llevan a cabo así lo demuestran, no solo por los resultados materiales, sino también por los formativos. Manera no llega en la fecha prevista, por lo que Amodio permanece en el Ejecutivo de forma interina.

Hacia finales de enero se hace un somero análisis de la situación: subsisten cinco de las siete columnas creadas anteriormente, correspondiendo las 1, 5, 10 y 15 a Montevideo y la restante, la Columna 7, al interior; se ha avanzado en materia de servicios, el crecimiento no ha mermado y nuevos militantes van haciendo su experiencia aumentando su capacitación. Es de hacer notar que la Columna 7 tiene sus fuentes en el interior, pero se desarrolla también en Montevideo.

Se comienza a redondear entonces una forma organizativa que se mantendrá hasta principios de 1971: cada columna será una

organización en pequeño, con su comando de dirección y su base dividida en tres sectores diferenciados y compartimentados entre sí: sector militar, sector servicios y sector político o de reclutamiento. Cada integrante del comando controlará uno de estos sectores; es el nacimiento de la especialización, que pretende salvaguardar la Organización de los golpes represivos. Este fue sin duda alguna el más grande acierto del Comité Ejecutivo. A mediados de febrero, Fernández Huidobro presenta un documento, que luego se conocerá como Documento 4 que explicita y fundamenta la forma organizativa y lanza algunas pautas de trabajo futuras.

Pero el Documento 4 tuvo una serie de lagunas y contradicciones que desde el Ejecutivo no se percibieron. Se creyó estar alcanzando un acuerdo que luego se demostró que no era real, ya que se aplicó en sus respectivos sectores según la interpretación de cada unos, salvo en el caso de Sendic, que nunca dió a conocer ese documento a sus bases.

Se dio entonces la paradoja de que un documento que pretendió ser la base del desarrollo del MLN-T a nivel nacional sirvió para fundamentar los conceptos más contradictorios. Cuando esto se advirtió, esos conceptos contradictorios se habían institucionalizado. Como consecuencia de esas distintas concepciones, las columnas que dependieron de Fernández Huidobro tuvieron como finalidad preponderante la formación de sectores políticos mantenidos en la militancia sindical y estudiantil, sin fortalecer sus sectores militar y de servicios, que la que dependía de Sendic fuera un todo indiferenciado e indiferenciable, mientras que la Columna 15 formó un gran aparato militar y logístico, utilizando al sector político como cantera de reclutamiento, lo que le permitió, durante un período de tiempo bastante prolongado, llevar el peso del accionar del MLN-T. Esto fue consecuencia de un estilo de trabajo que se impuso desde el comando de la columna, basado en la especialización pero con responsabilidades colectivas, con real funcionamiento en equipo, evitándose la creación de feudos, cosa que ocurrió en las demás columnas.

Al regresar Manera de Cuba se le integra al Comando de la Columna 5, pero no llega a incorporarse, ya que es detenido casi de inmediato. Se resuelve modificar la integración del Ejecutivo, incorporando a Efraín Martínez Platero, que estaba en la Columna 1 y que será responsable de ella, Víctor Mansilla, que de la Co-

lumna del Interior pasa a atender la 15 en reemplazo de Amodio, que pasó a coordinar el Sector Servicios, continuando Sendic con la Columna 7 y Fernández Huidobro con las 5 y 10.

Se realizan entonces en febrero dos acciones que motivaron un extraordinario nivel de simpatía popular: la financiera Monty el Casino de San Rafael. Este último, por el monto, que ascendió a \$54.000.000, y por el posterior ofrecimiento de devolver \$6.000.000, que correspondían a los empleados, cosa que no se hizo por la prohibición expresa del gobierno a los empleados (esos seis millones los pagó luego el Casino después de corto conflicto).

El escándalo provocado por la Monty fue mayúsculo, y si provocó nada más que la renuncia de Frick **Davies**, dirigente de la financiera y ministro de Ganadería (cargo al que renunció, no así al de la financiera) fue nada más que porque en sus libros figuraban demasiados integrantes del gobierno como para que alguien se animara a investigar a fondo. De nada valió el incendio que ordenó el Directorio del Banco de Crédito (que regentaba la Monty) de los archivos de la misma: miles de volantes publicitaban los nombres de Jorge Batlle, **Pereyra** Reverbel, Pintos Risso, Venancio Flores entre los más connotados hombres del gobierno como beneficiarios directos de los negocios que allí se realizaban.

A mediados de marzo se produce una crisis en la Columna 5 que casi provocó la separación de Tabaré Rivero, que si no se concretó fue por la incapacidad del Comité Ejecutivo para llegar al fondo de los problemas cuando estos eran difíciles. Y este lo era, porque Rivero inició, desde su posición como responsable del Sector Militar de su Columna, una campaña contra Sendic y Amodio, en la forma velada y sutil que le era característica.

Como el Comando de esa Columna no funcionaba correctamente, se separó de sus puestos a los tres integrantes, con lo que las responsabilidades se diluyeron. Si la situación se hubiera analizado correctamente, se habría visto que la descentralización se iba convirtiendo, poco a poco, en autonomía, ya que ni el Ejecutivo controló el trabajo de Fernández Huidobro ni este al comando. Esa falta de análisis de la Dirección que solo habría sido un déficit a subsanar se convirtió en su estilo de trabajo. Esto hizo que no solo las columnas tuvieran orientaciones distintas, sino que además impidió que la experiencia recogida en una columna sirviera a las demás.

El MLN-T se fue transformando en una federación de columnas aliadas, que coordinaban su accionar a nivel del Ejecutivo, perdiendo este su calidad de equipo, llegándose a creer que una columna funcionaba correctamente porque procesaba acciones, sobre todo si eran espectaculares, descuidando aspectos fundamentales como la formación, entendiéndolo en su sentido más amplio.

La falta de control llegó incluso a lo material, a tal punto que los \$54.000.000 de San Rafael se agotaron en agosto. De cualquier forma, era evidente el avance alcanzado en lo cualitativo en el sector militar y la influencia que se detectaba en algunos sectores en lo sindical. Tampoco el Ejecutivo dio línea clara en ese sentido. No porque no la tuviera, sino que omitió hacerlo, pese a que varios comandos lo reclamaran. Esa omisión permitió que se ambientaran corrientes internas que opinaban que el accionar del MLN-T en lo militar debía estar pautado por los conflictos sindicales (la misma posición que había mantenido la FAU en 1964).

Esta línea era más fuerte en las columnas cuya base era predominantemente reclutada entre los militantes sindicales y estudiantiles. Esto obligó a separar a Mejías Collazo del Comando de la Columna 10, quien se marchó a los grupos de acción de la FAU y asegurar de la Columna 5 a todo el sector sindicalista, como se le llamó entonces, y formar con ellos una nueva columna, la Columna 25.

Cuando estalla la huelga frigorífica la tendencia sindicalista plantea acciones de apoyo a la misma, proponiendo una serie de atentados que el Ejecutivo no acepta. Pero unos días después la policía allanó y destrozó varias viviendas de huelguistas, por lo que se decidió contestar con acciones similares, allanando los domicilios de los políticos responsables de la orientación económica del país, a quienes se responsabilizaba de la huelga.

Por una serie de errores en cadena, el único que se realizó fue el de Manuel Flores Mora, que así, aislado, perdió toda significación. Fue necesario entonces realizar la toma de Radio Sarandí, para explicar lo sucedido y sus motivaciones, al mismo tiempo que se apoyaba la huelga y se explicaban los fines estratégicos del MLN-T. A esa altura la ineficacia policial alcanzaba ribetes casi cómicos, lo que redundaba en beneficio directo de la Organización.

Cuando estalla la huelga bancaria, sus funcionarios son militarizados e internados en cuarteles. Se presenta entonces una

situación propicia para el MLN-T: Peirano Facio, orientador de la política económica del gobierno, que tiene cuantiosos intereses en la banca y que resultó ser uno de los beneficiados por la huelga frigorífica, es un claro objetivo para el MLN-T. Se le asignó el objetivo a la Columna 15 pero unos días antes de la realización, uno de los integrantes de la columna y que iba a participar en la acción es detenido con documentación relativa a la operación, lo que la hace fracasar.

Se resuelve entonces secuestrar a Pellegrini Giampietro, uno de los duros de la patronal bancaria, cuya libertad se pensaba negociar por la solución del conflicto. Esto no se logra porque la Dirección del Sindicato, controlada por el Partido Comunista, maniobra una asamblea que se realiza 24 horas después del secuestro y pone fin al conflicto.

La dirección del MLN-T resuelve no liberarlo. Muchos funcionarios bancarios han sido despedidos y otros detenidos. La patronal bancaria, en la persona de uno de sus integrantes, vinculado a intereses financieros internacionales, sufrirá también las consecuencias del conflicto. Finalmente se lo liberará a cambio de la publicación en *La Mañana* de una serie de comunicados posteriormente a la toma de Pando. A pesar de algunos golpes recibidos (cayeron dos laboratorios, fueron detenidos doce militantes de primera línea) el accionar del MLN-T había sido de gran continuidad y se recogían muestras de arraigo popular. De una forma no muy clara ni definida, se elabora una tesis de Dualidad de poder y Hostigamiento. Pero ni la situación política ni el desarrollo interno permiten que ambas tesis se consoliden en la práctica, aunque se realizan acciones de ese tipo.

Se decide entonces volcar todo el accionar de la Organización en una acción que evidencie el desarrollo organizativo y se inscriba en la línea del Doble Poder y de cuestionamiento al régimen. Nada mejor que la toma de una ciudad que permita, además, resolver algunos problemas financieros.

Pando reúne todas esas condiciones, además de permitir una rápida evacuación del lugar. Sin embargo, una serie de desperfectos mecánicos hicieron perder unos minutos de tiempo en plena retirada, lo que permitió la intervención policial cuando ya se estaba abandonando la zona de peligro. La acción policial se dió con especial dureza, el MLN-T pierde tres militantes y son deteni-

dos diecinueve. A ese saldo negativo se contraponen la toma de la ciudad que se realiza a la perfección.

De los sesenta millones conseguidos en el inicio solo se recuperaron siete. Puede decirse que el balance militar es negativo y durante algunos días también lo es el político. Los días posteriores a Pando los medios policiales hablaban del golpe mortal al MLN-T. Era, sin ninguna duda, el golpe más fuerte de cuantos se habían recibido, pero el desarrollo alcanzado le permitió recuperarse y mantener la continuidad operativa, que recayó momentáneamente en la Columna 10, la única que en Pando no sufrió bajas.

Su accionar se orientó a la consecución de dinero y armas, objetivos que si no se alcanzaron con holgura, lo fueron en cantidades suficientes para paliar algunos déficits. Pero era necesario realizar una operación que no solo resultase ventajosa en lo material, sino que evidenciara la permanencia del MLN-T como organización.

Se elige para ello la casa central del Banco Francés e Italiano, cuyo directorio estaba implicado en una serie de maniobras de las cuales se tenía conocimiento, así también como del lugar donde las pruebas de esas maniobras se encontraban. El comando de la Columna 15 se encargó de la planificación y su sector militar de la ejecución. Se lograron todos los objetivos menos el financiero, ya que por un error en el uso de una de las llaves no se pudo abrir el tesoro. Allí dentro, a la vista pero por una abertura por la que no se podía llegar al dinero, quedaron \$96.000.000.

Cuando la prensa publicó los detalles de la operación, se vio que el MLN-T seguía con una potente estructura militar, aunque internamente se estaba gestando una crisis que culminaría recién en enero de 1971, pero cuyas raíces se encuentran en las Columnas 5 y 25 y cuyos síntomas aparecen en octubre de 1969, inmediatamente a la acción de Pando.

En esta oportunidad, el comando de la Columna 25, integrado por Carlos Rodríguez Larreta, Fernando Romans Lederman y Sofía Faget, secundados por algunos militantes de la Columna 5, entre los que se encuentran Susana Alberti, Héctor Méndez y de Vargas Saccone, entre otros, se habían constituido en portavoces del sector sindicalista e inician una campaña contra el Comité Ejecutivo por lo que ellos llaman conducción suicida, tratando de aprovechar la supuesta debilidad de la Dirección después de Pando. Aunque Tabaré Rivero no participó de las discusiones, fue

evidente que muchos de los argumentos que estos manejaban le pertenecían.

Al ser detenido Fernández Huidobro en el operativo de Pando, el Comité Ejecutivo envió a Amodio a interiorizarse del estado de ambas columnas. Luego de algunas reuniones con sus respectivos comandos, Amodio propuso la disolución de ambas columnas como tales y la integración de sus militantes en las Columnas 1, 10 y 15. Las razones eran bastante simples: el Comando de la Columna 5 estaba desarticulado al haber sido detenido en Pando y a los pocos días uno de los designados para su reemplazo, Héctor Clavijo, y no había quien los sustituyera, ya que el resto de su único grupo operativo había sido detenido o abatido. El Sector Servicios casi no existía y el Sector Político era muy numeroso pero que no aportaba, dada su configuración, militantes al MLN-T.

En la Columna 25, la situación era aún peor: allí no había una columna como tal, todo era un sector político donde el conocimiento mutuo era total, se daban contactos horizontales a diario y las reuniones de sus integrantes en los locales que como columna tenían asignados se utilizaban para discutir los problemas que se daban en los sectores gremial y estudiantil.

Ambas columnas contaban con locales, en algunos casos mejores, que las columnas operativas. Costaba creer que la situación fuera esa, no se comprendía cómo la Columna 5, con más de un año de trabajo, hubiese conseguido tan poco internamente y que la Columna 25 casi no existiera. Surgían de esa situación errores que Fernández Huidobro como responsable de esas columnas había cometido y del propio Ejecutivo, que no controló el trabajo de uno de sus integrantes. En realidad, y eso se supo después, como consecuencia de esta situación, el Ejecutivo nunca había controlado, en conjunto, el trabajo que sus miembros realizaban en las columnas a su cargo. El trabajo había quedado mayoritariamente librado al buen criterio de los comandos respectivos, y como estos tenían a su vez distintas concepciones, el desarrollo y sus formas eran heterogéneas. La primera reacción del Ejecutivo fue no aceptar la propuesta de disolución, por creer que el informe de Amodio era exageradamente pesimista, pero luego de varias reuniones lo aceptó, rindiéndose a la realidad.

Cuando el Ejecutivo comunicó a los comandos esa decisión, lo que quedaba de la Columna 5 lo aceptó sin más, negándose

el comando de la 25 a acatarla. ¿Cuáles eran las razones? Los sindicalistas creyeron ver en una simple medida administrativa una maniobra de la Dirección para liquidarlos como tendencia interna, cuando en realidad el Ejecutivo no tenía idea de que esa tendencia existiera.

Elaboraron entonces varios informes donde se acusaba al Comité Ejecutivo de aventurerismo y de impedir la discusión interna acerca de la línea política y a este propósito presentaron un plan que, según ellos, colocaría al MLN-T en la línea correcta. El Ejecutivo hizo un planteo de respuesta y lo difundió internamente junto con el planteo de los sindicalistas y esperó. A los pocos días, la respuesta de los comandos fue unánime: la base pedía la expulsión de todos aquellos que no acataran la resolución de absorción. Cuando los que se negaban a aceptarla vieron que la posición del Ejecutivo era de firmeza y que fuera de su sector no contaban con apoyos, acataron la absorción.

Pese a ello, y como consecuencia de las desviaciones constatadas en las discusiones, Amodio propuso la expulsión de Méndez, Ledermans, Rodríguez Larreta, Faget y Ferreira Scaltriti. El Ejecutivo se opuso, sancionando a Méndez con una suspensión de seis meses. Todos ellos, sin embargo, junto con algunos más, serán expulsados en enero de 1971 por el Comité Ejecutivo que asume la dirección en agosto de 1970.

Los dos primeros meses de 1970 se dedicaron fundamentalmente a conseguir dinero y armas, ya que se pensaba concretar un plan de acciones a partir de marzo, que evidenciara el afianzamiento del MLN-T como organización revolucionaria, pensándose combinar acciones propagandísticas y denuncias políticas con acciones puramente militares. Es así que en marzo la Columna 15 realiza la fuga de la Cárcel de Mujeres, que dirigieron Candán y Alicia Rey y la Columna 10, con la colaboración de Almirati, el robo de la caja fuerte de Mailhos, que arrojó como resultado más de \$100.000.000 en libras de oro y lingotes, así como la documentación allí existente. Estas dos acciones elevaron considerablemente el peso político del MLN-T, de forma especial la acción de Mailhos, ya que esta familia, una de las más ricas del país, está desprestigiada como consecuencia de su política antisindical.

Al conocerse la denuncia del robo, Pacheco Areco decretó la detención, bajo el Régimen de las Medidas de Seguridad del dueño

de las libras, por la comisión de algunos pequeños delitos económicos, en lo que pareció sería el comienzo de una investigación profunda, lo que en realidad no ocurrió. El MLN-T entregó los libros incautados al juzgado correspondiente junto con un informe elaborado por el contador Cámpora, y nadie se preocupó más del tema. Pero antes, la familia Mailhos había hecho llegar al Penal la oferta de otros \$100.000.000 a cambio de los libros, oferta que la Dirección del MLN-T decidió rechazar, por considerar que el MLN-T debía tener una conducta intachable en su honestidad y moral revolucionaria. El gobierno dictó una serie de medidas tendentes a impedir la negociación de las libras y lingotes, pero pagando una comisión del 10 por ciento se colocaron buenas partidas en las casas de cambio.

En jefatura se había formado una Brigada Especial (así era su nombre) que dirigía el comisario Morán Charquero, secundado por los subcomisarios Villar y Besson. Esta brigada, ante la ineficacia mostrada por los Cuerpos de Inteligencia, se hizo cargo de algunos procedimientos antitupamaros, empleando la tortura como método, lo que provocó una investigación parlamentaria y judicial.

Se decidió ejecutar a Morán Charquero y sus ayudantes, pero solo el primero fue ubicado, y aunque el montaje fue muy difícil, se realizó una mañana en plena Rambla. Esta acción benefició en Jefatura a los Cuerpos de Inteligencia y la Brigada Especial fue disuelta. Salvo raras excepciones, como en el caso de algunos detenidos en la calle Almería en agosto de 1970, no se aplicó en Jefatura ningún tipo de apremio físico ni moral hasta mayo de 1972. Por la misma época, se produjo en Montevideo una entrevista entre Sendic y uno de los hermanos Peredo (no era más que un emisario) que vino a buscar apoyo para reactivar el foco boliviano, y muchas libras se enviaron a Bolivia, vía Chile.

Se extendía así a Bolivia, como antes a Argentina, la órbita de influencia del MLN-T, influencia que se daba no por la imposición de determinada línea política ni de un estilo de trabajo, sino en el aporte de experiencia y como en este caso, apoyo económico y que en el caso boliviano fue fundamental, como lo reconoció Chato Peredo en una carta dirigida al MLN-T y que este dió a conocer los primeros días de agosto. Mayo se invirtió en la preparación de la acción del Centro de Instrucción de la Marina (CIM) y que fue realizada por la Columna del Interior y dirigida por Mansilla, quien había reclutado tiempo antes a un marinero, Fernando

Garín, que prestaba servicios en esa unidad y que jugó un papel fundamental antes y durante la realización del operativo.

Cuando este se concretó, el MLN-T respondió a la conducta que la Marina, más concretamente el CIM, había tenido en el conflicto de UTE meses antes. No era, como se pretendió por parte del Ministerio del Interior, un ataque a las Fuerzas Armadas (el Ministerio del Interior quería involucrarlas en la lucha anti-subversiva) sino que era una acción de respuesta a los plantones y apaleamientos que los obreros en conflicto habían soportado. La Marina nunca dio a conocer el inventario completo de las armas, municiones y granadas que los tupamaros se llevaron del CIM en tres camiones de la propia Marina, pero era más que suficiente para provocar la conmoción creada, que superó con creces a la que el propio MLN-T tenía prevista.

La policía desató entonces una serie de operativos a la búsqueda de las armas, sin éxito, pero deteniendo a tres militantes, dos de ellos gravemente heridos y uno muerto, Hernán Pucurull, estando desarmado y que según el dictamen del forense, murió desangrado por falta de asistencia. Por parte de testigos se supo que los heridos lo fueron cuando salieron del rancho en que se encontraban, desarmados y con las manos en alto. Se tuvo conocimiento, además, de que el procedimiento lo realizó la Guardia Metropolitana. La Dirección decidió entonces que se tiroteara a miembros de ese cuerpo. A esa altura, la represalia estaba consolidada como línea de acción.

En esos momentos se pensó, por parte de políticos y militares, que el MLN-T con el armamento recién adquirido encararía una escalada en su accionar, y de forma simultánea se produjeron dos incidentes en los dos cuerpos militarizados de la Policía, que se negaron a salir a la calle, lo que cumplieron durante algunos días. Este hecho pasó inadvertido para el MLN-T, que había sido tomado por sorpresa por los acontecimientos.

En ese momento se produce un hecho que indica bien a las claras el peso militar y político del MLN-T. Un abogado de los insurrectos de la Guardia Republicana solicita, por intermedio de los presos de Punta Carretas, un contacto entre la dirección del MLN-T y el grupo político que dirigía el ex presidente del consejo de Gobierno, Alberto Heber.

Este contacto se aceptó, concurriendo por el MLN-T Víctor Mansilla y por el grupo de Heber los diputados Héctor Gutiérrez Ruiz y Alberto Gutiérrez Chirimello, quienes realizaron el siguiente planteo: el sector que ellos representan ve con simpatías la labor del MLN-T, a quien comparan con los contingentes armados de Aparicio Saravia; entendían conveniente mantener estrechos contactos para profundizar en el conocimiento mutuo que permitiera llegar en el futuro a acuerdos de fondo; a tales efectos solicitan una tregua de 45 días en los que ellos, con las fuerzas que contaban en los Cuerpos Policiales y en las Fuerzas Armadas promoverían el derrocamiento del gobierno de Pacheco Areco y cuando ello se diera, se conversaría con el MLN-T acerca de un plan de gobierno común, amnistía para los presos del MLN-T y la integración de algunos a nivel de gobierno.

La Dirección, a excepción de Amodio, recibió el planteo con gran entusiasmo y decidió aceptarlo pero con una tregua de veinte días. Para oponerse, Amodio argumentaba que no creía en la honestidad de los hermanos Heber, que habían llevado desde el gobierno una línea netamente antisindical y estaban implicados en la quiebra del Banco Transatlántico, que la propuesta era nada más que un señuelo para conseguir una tregua que los prestigiaría políticamente y opinaba que era una decisión demasiado importante para adoptarla sin consultar a los Comandos de Columna. Los argumentos de la otra parte, de manera fundamental los de Sencic, eran claramente oportunistas: el MLN-T no tenía previsto realizar ninguna acción en esos veinte días por lo que en realidad no concedía nada y por otro lado la negociación era secreta, con lo cual el MLN-T no arriesgaba nada negociando con los Heber.

A los pocos días el diario *El Debate*, que pertenecía al grupo de los Heber viola el secreto de las negociaciones, anunciando la tregua. Pese a ello, la dirección mantuvo los contactos y contribuyó a financiar el diario, pero lo ocultó a los comandos, tal era el malestar por la ruptura del secreto. Demás está decir que el golpe no se produjo.

Se decide entonces incluir dentro del plan de acciones el Plan Satán, elaborado en Punta Carretas por los presos y que consistía en el secuestro de varios diplomáticos extranjeros que serían propuestos en canje por presos del MLN-T en momentos en que la coyuntura política le fuera favorable. De acuerdo a los contactos

que se mantenían con Gutiérrez Ruiz y Chirimello se creyó que ese momento había llegado y se encargó a los comandos de las columnas la planificación de los objetivos asignados y la construcción de las que después se llamarían Cárceles del Pueblo.

El 2 de julio acabó el plazo otorgado y como prueba inequívoca de que era así, por la noche se procesaron acciones de desarme de agentes policiales, con un saldo de varios de ellos heridos y uno muerto, lo que provocó un bajón importante en la simpatía popular y constituyó un error desde el punto de vista político, ya que las víctimas eran agentes de seccionales, que no participaban en la represión.

El 28 de julio se llevó a cabo el secuestro del Juez de Instrucción Pereira Manelli, quien en su juventud había sido socialista pero que en su actuación como juez que entendía en la casi totalidad de los procedimientos contra tupamaros actuaba con arbitrariedad y cometiendo además gruesos errores jurídicos. Era además conocida su afición a llegar a acuerdos con delincuentes de alto vuelo, siempre y cuando estos pagaran las coimas estipuladas.

Los objetivos eran conocer los medios por los cuales el Poder Ejecutivo presionaba al Poder Judicial impidiendo la liberación de varios procesados por causas menores; conocer las razones de por qué dicho juez había condenado por delitos exagerados a algunos militantes y en definitiva advertir al Poder Judicial de que el MLN-T seguía su actuación con gran atención. Estos objetivos se cumplieron en su totalidad y fueron muy esclarecedores acerca de la independencia del Poder Judicial, lo que se convirtió en un gran impacto propagandístico.

El 28 de julio daría comienzo al Plan Satán, pero una serie de inconvenientes hizo que algunos objetivos no se montaran a tiempo, y como debían ser simultáneos para que el secuestro de un diplomático no alertara al resto, se concretó solo el de Pereira Manelli, ya que no era relacionable.

El viernes 31 se secuestra a Díaz Gomide y Mitrione, pero fracasa el de Gordon Jones, quien a los pocos días abandona el Uruguay. En la correspondencia que el Ejecutivo mantiene con los presos a través de Amodio, único responsable de las comunicaciones con el exterior del penal, comunica su intención de realizar un nuevo secuestro una vez que se haya planteado el canje de Díaz Gomide y Mitrione por todos los presos políticos, como

forma de presionar al gobierno para conseguir el canje, dado que se especula con que las presiones de Brasil y de EEUU, serán lo bastante fuertes como para que un nuevo secuestro incline la balanza de lado del MLN-T y si eso no sucede, los secuestros se inscribirán dentro de la línea de hostigamiento al gobierno.

En esos momentos comienzan a producirse una serie de divergencias entre los presos y la Dirección. Los presos tenían un órgano de dirección, que aunque no tuviera más que facultades internas, su opinión era importante, ya que reflejaba la opinión de 200 presos, aproximadamente.

En ese órgano de dirección interna, estaban Manera, Marenales y Fernández Huidobro. Amodio, dada su condición de preso reciente, se integra de forma inmediata. En esos momentos, Manera, Marenales y Fernández Huidobro coinciden en que:

1) era muy difícil que tanto los EEUU como Brasil no advirtieran que la liberación de 200 tupamaros significaría la caída del gobierno de Pacheco Areco;

2) ante esa posibilidad, la presión que pudieran ejercer, se amortiguaría;

3) no era comparable la calidad de los tupamaros presos con los presos recientemente liberados por el mismo Brasil, ya que estos eran procesados por delitos menores;

4) por todo ésto, es conveniente presentar el canje por un lote seleccionado;

5) ante la eventualidad que Pacheco se negara tajantemente a negociar, no plantear el canje, porque sería contraproducente tratar de cambiar la finalidad de los secuestros en hostigamiento en vez de canje, convirtiendo el canje en un objetivo fracasado;

6) de ninguna manera presionar con la muerte de los secuestrados;

7) es preferible plantear el canje, y si este no es aceptado, transformarlo en un objetivo a largo plazo. Amodio apoya esa posición, ya que salvo matices coincide con su opinión cuando todavía ocupaba la Dirección. El Ejecutivo, en carta del propio Sendic les contestó en forma desmesurada, no aceptando las sugerencias y alrededor del 4 de agosto se lanza la propuesta de canje por todos los presos, pero sin dar plazo para su aceptación, utilizando una frase muy ambigua donde se dice «que de no aceptarse la propuesta, se hará justicia».

El miércoles 5 parece que el gobierno transa y se advierte un verdadero vacío de poder, a tal punto que Ferreira Aldunate y Manuel Flores Mora solicitan entrevistarse con la Dirección, que no se concreta porque la Dirección es detenida el viernes 7. El miércoles por la noche el Ministerio del Interior anuncia una recompensa de un millón de pesos a quien proporcione informes que arrojen resultados positivos, y el MLN-T decide el jueves realizar acciones contra delatores que habían informado sobre sucesos anteriores, para evitar las posibles colaboraciones. Estas acciones, que consistían en la ejecución de los delatores identificados no se realizaron porque debían lanzarse el viernes por la noche, luego del secuestro previsto para la mañana, que se cumplió sin inconvenientes.

Esa misma mañana la policía, explotando un dato menor, casi rutinario, allana el apartamento de la calle Almería, domicilio de Candán y donde esa tarde se reuniría el Ejecutivo para analizar la situación. El Ejecutivo era la primera vez que se reuniría allí, por lo que Candán los esperaba en la esquina para conducirlos, pese a que Mansilla, Sendic y Martínez Platero conocían la ubicación, pero no las señales de alarma. Dentro del apartamento ya estaban detenidos Asdrúbal Pereira y Edith Moraes, quienes alcanzaron a colocar la señal de peligro, que fue vista por Candán a las 13,45, quien decidió esperar al resto del Ejecutivo y alejarlos de la zona, ya que la reunión sería a las 14,00. A las 13,55 Candán es reconocido y herido en un tiroteo al intentar huir, en momentos en que llegan en una camioneta Bidegain y Picardo, quienes oyen el tiroteo y al ver a un hombre joven con un arma en la mano le ofrecen ayuda, creyéndolo un tupamaro, y son detenidos los dos.

Pocos minutos después llegan Sendic y Martínez Platero, quienes al ver la camioneta de Bidegain y Picardo rodeada por la policía, piensan que si los dos fueron detenidos, podía producirse un rastrillo en la zona, y deciden ir al apartamento a dar el aviso, siendo detenidos también. Casi al mismo tiempo llega Mansilla, quien al ver el despliegue policial abandona la zona, siendo el único miembro de la Dirección que no es detenido. Al poco rato llegan Alicia Rey y Gabriela Jorge Pancera, quienes traían los pedidos de contactos de Ferreira Aldunate y Manuel Flores Mora.

Estas tenían como contraseña para entrar al edificio, efectuar una llamada telefónica, sistema que ya no se usaba más, pero que no les había sido comunicado. La policía había bloqueado el telé-

fono, y Rey y Jorge, pensando en un desperfecto común, al no ver ningún movimiento sospechoso en el lugar (y además agotadas por el trajín de esos días) deciden entrar al edificio siendo detenidas.

Así, sumando casualidades y errores cometidos por los tupamaros, la policía asestó un golpe durísimo al MLN-T y fortaleció la posición del gobierno. A la misma hora en que se producían las detenciones, Pacheco Areco estaba almorzando con sus allegados y asesores, donde, seguramente, estaba analizando su dimisión, según los informes posteriores.

El viernes por la mañana circuló la versión de que el MLN-T había concedido plazo hasta las 24.00 del mismo viernes, pero ese comunicado, si existió, no lo emitió el MLN-T. A las 24.00 del viernes, Pacheco Areco se dirigió a la población, anunciando su resolución de no aceptar el canje; al día siguiente el ejecutivo previsto para esas circunstancias (Mansilla, Blixen y Menéndez) emite un comunicado donde conceden al gobierno un plazo hasta el domingo a las 12.00. De no aceptarse, Mitrión será ejecutado, cosa que se cumple el domingo a las 21.00. El lunes, ante este hecho, se suspenden por 20 días las garantías individuales por un acuerdo parlamentario, desatándose así una campaña propagandística totalmente negativa para el MLN-T y una bastante dura represión.

El ejecutivo suplente es detenido el mismo domingo; se produce entonces un vacío de dirección en el MLN-T hasta que dos días después, por un acuerdo de los comandos de columna, se designa a Wassen (Columna 15), Rosencof (Columna 10) y Berreta (Columna interior) en forma interina, hasta que sea posible consultar a los miembros de la dirección recientemente detenidos, consulta que recién se realiza en setiembre, cuando aquellos son conducidos al Penal, y se ratifica esa Dirección.

En el ínterin se produce en el MLN-T una lucha por la dirección, ya que la Columna 1 que no estaba integrada a ese ejecutivo provisional, por un acuerdo del que participó su comando, resolvió no aceptar a dicha Dirección, propiciando así una división del MLN-T encabezada por Elida Baldomir, la que fue detenida poco después, lo que si bien disminuyó el poder de esa fracción, no evitó que ella siguiera existiendo, aumentando la situación de caos que la caída de las dos direcciones y varios integrantes de comandos de columnas provocara.

En forma simultánea, aquellos mismos integrantes del sector sindicalista inician una lucha interna contra el nuevo Ejecutivo, aprovechando la caída de los que ellos llaman vacas sagradas. El martes 11 de agosto, veinticuatro horas después de la suspensión de garantías individuales, y a 72 horas de que Pacheco anunciara su determinación de no negociar con delincuentes, se inicia una negociación entre el gobierno, representado por su Ministro Fleitas y el MLN-T representado por Sendic.

Aparentemente la iniciativa partió del Juez de Instrucción de 5.º turno, Manuel Díaz Romeu, pero la intervención de Fleitas (Ministro de Cultura) y del Ministro del Interior, Antonio Francese, que aunque no apareció vinculado directamente debía estar en conocimiento de todo, ya que Sendic realizó entrevistas en la propia Jefatura con los detenidos en Almería y luego fue conducido en un vehículo policial al penal de Punta Carretas, custodiado por el 2.º Jefe del Departamento 4 de la Dirección de Inteligencia, subcomisario Pablo Fontana y por el oficial inspector Pedro Panizzolo, le concedieron carácter oficial.

En el penal Sendic se reunió con Manera, Marenales y Fernández Huidobro a solas, mientras en un patio exterior, bajo la lluvia, Fleitas, Fontana, Panizzolo, el Director de Instituciones Penales Coronel Fortunato, esperaban los resultados de la entrevista.

¿Qué había sucedido? Díaz Romeu le planteó a Sendic la posibilidad de que el MLN-T liberase a Dias Gomide y Claude Fly y la policía pasaría de inmediato a todos los detenidos al Juez, con lo que los detenidos se evitarían todos los problemas derivados de la suspensión de garantías. Sendic, como era lógico, no podía resolver, por lo que consultó con los detenidos junto con él en Almería y entre todos se decidió que Sendic viajara al Penal para consultar a quienes con él habían integrado direcciones anteriores y para que los presos de Punta Carretas se pusieran en contacto con la nueva dirección afuera.

Sendic era partidario de la negociación por considerar que el MLN-T no estaba en condiciones de soportar la represión que se desataría en medio de la suspensión de garantías; se sabía que eran más de cien los detenidos y entre ellos se encontraban quienes conocían todos los lugares donde estaban los secuestrados, ignorándose cuántos podrían soportar el pentotal y las torturas con que se les amenazaba. Manera, Marenales y Fernández Huidobro

manifestaron en principio su desacuerdo, lo que motivó que Sendic se retirara disgustado del Penal, no sin antes recordarles a sus compañeros que su opinión era compartida por la gente de Almería. La discusión suscitada fue muy dura, y al fin de la misma le comunicó a Fleitas lo siguiente: sobre la base de la propuesta traída por Sendic se elaboraría una fórmula de negociación que conformara a las partes; esa fórmula se elaboraría en el Penal, en una reunión más amplia, para lo que se pedía autorización para realizarla; los presos actuarían solo como intermediarios, ya que la dirección afuera es la única que está en condiciones de decidir.

La autorización se consiguió y Fleitas pidió que la respuesta estuviera pronta en 24 horas, a lo que se respondió que era imposible: se precisarían por lo menos 3 días, con lo que la respuesta estaría el viernes por la noche. En la celda 281 se reunieron entonces Marenales, Manera, Fernández Huidobro, Amodio, Mujica, Leonel Martínez Platero, Falero, Pablo Blanco, Heraclio Rodríguez, Bassini, Zabalza, informando Huidobro y Marenales lo discutido con Sendic y fundamentalmente su discrepancia, la que fue más tarde la opinión mayoritaria.

Solo Amodio se manifestó de acuerdo con lo propuesto por Sendic, ya que los acontecimientos se habían desarrollado tal como él los había previsto, y si precisamente Sendic quien antes fue el que más discrepó con lo sustentado por Amodio, temía el desarrollo de los acontecimientos, era necesario aconsejar a la Dirección afuera que la propuesta se aceptara. Lo que se resolvió fue informar todo lo desarrollado en las discusiones, la opinión de los presos de Jefatura y la de los presos de Punta Carretas, esta última desarrollada y fundamentada extensamente, terminando con la frase siguiente: «la Dirección son ustedes y a ustedes les corresponde decidir».

Tal como era lógico esperar, la Dirección nueva, con mucho desconocimiento de la real situación interna del MLN-T, pagando tributo a su inexperiencia de dirección y fundamentalmente motivada afectivamente, rechazó la propuesta. Durante esos 20 días de suspensión de garantías se detuvieron a 43 militantes, 20 de ellos de primera línea y solo el temor policial por las represalias de los tupamaros (no se torturó), la ineficacia del pentotal, y la propia ineficacia policial hizo que el desastre fuera mayor.

Era sí el golpe más duro que el MLN-T había soportado en toda su historia y la nueva dirección asumía la responsabilidad de dirigir una organización caótica, dividida y desconcertada; siendo los miembros de esa dirección, casi inexpertos y resistidos por amplios sectores, los que asumían la responsabilidad de sacar al MLN-T del tembladeral que la improvisación del Ejecutivo anterior lo había metido.

Hacia el 20 de agosto, Rosencof, en nombre del Ejecutivo, en carta firmada Leonel, informa sobre la situación del MLN-T, informe que trasunta un optimismo exagerado que podía responder, dadas las circunstancias, o bien a desconocimiento de la situación real, o bien a una vieja característica de Rosencof, de ver las cosas mucho más fáciles de lo que después la práctica demostraría que eran, en un intento de mantener la moral de todos pintando paisajes floridos. En esa misma carta se plantean las dificultades que como dirección nueva tienen, proponiendo que los presos de Punta Carretas actúen como asesores.

Esa asesoría que en principio parecía lógica y hasta indispensable se transformó luego en total dependencia, lo que motivaría que: 1) desde setiembre hasta fines de 1970, la orientación político-militar se desarrolló en el Penal, haciendo que el MLN-T cometiera gruesos errores y se planteara marchas y contramarchas y 2) a partir de enero de 1971, en que esa dependencia se comienza a romper por parte de la Dirección, muchos de los ex-dirigentes intermedios, como Zabalza, Bidegain, Picardo Estévez, y alguno del Ejecutivo, como Sendic y Mansilla, comenzarán a mirar con desconfianza lo actuado por los nuevos, discreparán más adelante y terminarán por (en los hechos, ya que se nunca lo plantearon) retirarles la confianza.

En el correr de esa última semana de agosto y dentro del marco de la dirección compartida se elaboró en el Penal un documento donde se desarrollaba la línea que a juicio de la Dirección dentro del Penal debería llevarse adelante en lo inmediato, y se concretizaba en un plan de acciones que se dió en llamar Plan Cacao. Ese documento se elaboró fundamentalmente con el aporte de Fernández Huidobro y contó con la aprobación de Manera, Marrenales, Falero, Bassini, Martínez Platero, Mujica y Pablo Blanco. No contó con la aprobación de Amodio por considerar este que

dicho plan se apartaba de la línea que el MLN-T venía procesando y que no existían posibilidades materiales de concretarlo.

Con el cacao se trata de convertir, se dice en el documento, al MLN-T en una organización ofensiva, luego del golpe del 7 de agosto, y como objetivos a largo plazo se plantea la dualidad de poderes y la posibilidad de que el Cacao sea la futura base del canje. Dice textualmente ese documento: «es evidente que los rehenes no les resultaron suficientes para el canje o la amnistía. Si no les alcanza y no negocian, no perdemos nada. Habremos avanzado en la línea de hostigamiento y habremos dado una condigna respuesta al régimen».

En esas líneas se sintetiza toda la fundamentación del Plan Cacao y sobre ellas se centró la discusión y las discrepancias de Amodio, que serán más adelante compartidas por Sendic, Candán, Mansilla, Blixen y Efraín Martínez Platero.

Esas discrepancias eran: 1) es un error replantearse el canje como objetivo, después de la experiencia del Plan Satán y del indudable fortalecimiento del gobierno de Pacheco; 2) los medios por los que se plantea llegar al caos son absolutamente impolíticos y terminarán por enajenar el resto de apoyo popular que aún se conserve, ya que las acciones que se proponen son sabotajes a las líneas de alta tensión, voladuras de puentes y vías férreas, incendios de locales y depósitos de empresas extranjeras, voladuras de centros de reunión de la oligarquía, etc. La influencia que en dicho plan había ejercido el libro *Argelia año B* era innegable, ya que las acciones propuestas son las mismas que en dicho libro se indican como las realizadas por los grupos guerrilleros argelinos en sus inicios, y se hacía por parte de Fernández Huidobro un paralelismo entre la situación política argelina en 1954 y la del Uruguay en 1970.

El ejecutivo del MLN-T aprobó dicho plan y lo puso en práctica. Los resultados fueron desastrosos: la quema de Susamtex trajo aparejada una campaña propagandística negativa y creó a nivel popular un gran desconcierto, a tal punto que los simpatizantes sindicales del MLN-T pensaban que el incendio había sido provocado por la policía; murieron militantes por inexperiencia y desapreñción en el uso de explosivos (no había gente capacitada); esa inexperiencia hizo que muchas bombas fallaran y no se concretaran los objetivos de la acción lo que daba pie a que se

pensase que el aparato militar del MLN-T estaba liquidado, y cuando explotaban se ponía en grave riesgo la vida de inocentes, en muchos casos trabajadores.

Hacia fines de setiembre ya se vislumbraban los resultados negativos del Cacao, dentro y fuera del MLN-T. Internamente se comienza a notar que dicho plan es una desviación metodológica, lo que aumenta la desconfianza que muchos tenían ante el nuevo Comité Ejecutivo, y este no encuentra mejores argumentos que admitir que se elaboró en Punta Carretas, lo que si bien conformó a algunos a otros les afirmó en la desconfianza, hecho que los sindicalistas supieron aprovechar, ahora secundados por María Elia Topolanski, quien aspiraba a integrar el Comité Ejecutivo.

Fuera del MLN-T se nota un bajón evidente en el apoyo popular y por primera vez merma el reclutamiento. Es así que en los primeros días de octubre Sendic pide una reunión para discutir y analizar el Plan Cacao. A esa reunión concurre él, Mansilla, Candán, Huidobro, Manera, Marenales, Efraín Martínez Platero, Blixen, Mujica y Amodio. ¿Qué plantea Sendic? El Cacao es un plan se que aparta de la línea del MLN-T, es impopular y debe abandonarse de inmediato y encarar un plan de acciones que reconquiste el apoyo y prestigios pedidos.

Esta posición es compartida por Candán, Martínez Platero, Mansilla, Blixen y Amodio, discrepando los restantes, quienes no adjudican importancia a los posibles saldos negativos inmediatos. Amodio plantea dura crítica a los que hoy comparten sus discrepancias y pese a compartirlas desde antes, tal como surge de la discusión, no dijeron nada, y propone que a su vez se analice la conducción del plan Satán, cosa a la que Sendic fundamentalmente se opone, por considerar que es perder tiempo; y que lo que Amodio pretende es que se discutan situaciones personales.

Dado el carácter que adquiere la discusión, se plantea suspenderla y seguirla por la tarde. Al mediodía se produce una requisa de la guardia y por un error de Zabalza, se encuentra a Amodio una nota comprometedora, y Amodio es castigado por las autoridades, con la pérdida de recreo por cinco días, no concurriendo por consiguiente a dicha reunión.

A los tres días, Amodio se entera por bromas con otros presos, que le fue aplicada una sanción por parte del Ejecutivo del Penal, consistente en ocho días de suspensión del funcionamiento a

partir del día que recobre los recreos. Es así que le pide a Candán aclaraciones al respecto y este le reconoce como cierta esa versión y que la sanción fue propuesta por Sendic. Ante esto, Amodio pide se considere su baja del funcionamiento del Penal y que se informe a la Dirección afuera detalladamente, para que se adopte una resolución definitiva, cosa que no se aprueba.

Desde este momento queda patentizada la separación entre Sendic y Amodio, que se irá agudizando en el futuro, fundamentalmente desde enero de 1971. De cualquier forma, la propuesta de Sendic en dicha reunión es aprobada y se envía como sugerencia que se inician acciones simpáticas a nivel popular, siendo así que se realizan repartos de leche y alimentos en Cantegriles, se allanan domicilios de patrones que mantienen conflictos con sus personales, etc.

Analizando estas incidencias en perspectiva, se puede concluir en que Sendic nunca estuvo de acuerdo con el Plan Cacao, pero dejó que se llevara adelante para que cuando los errores fueran notorios, aparecer él proponiendo fórmulas salvadora. Y es a partir de allí que Sendic, estuviera donde estuviera, fuera considerado por todos los que ignoraban estas incidencia internas, como un hombre imprescindible en la Dirección.

El éxito logrado con esas acciones simpáticas (que se llamaron Operación Remonte) fue muy bueno y se prolongaron hasta fines del 70. Anteriormente y en plena campaña gubernamental para fomentar el turismo, la policía da a publicidad un supuesto documento tupamaro, llamado *verano caliente* y en el que se anuncian medida contra los turistas.

Esto provocó enfrentamientos a nivel de gobierno, ya que mientras el Ministerio de Turismo promocionaba los viajes al Uruguay, el Ministerio del Interior difundía documentos alarmistas en tal sentido. Más tarde se sabría de un desmentido del MLN-T sobre la autenticidad de ese documento, pero lo que nunca se dijo por la policía fue que en ese documento se acusaba a los intereses turísticos argentinos, a los que estaba unido Jorge Batlle, de ser responsables de esa campaña.

A mediados de noviembre se vislumbra la concreción del «Frente Amplio» y se plantea por parte de Sendic que se distribuya públicamente una proclama de apoyo crítico al mismo, proclama que él elabora.

Los objetivos eran: apoyar antes que nadie dicho frente para que si se concreta no quedar aislados de esa masa que ve las elecciones como una real alternativa; con el apoyo del MLN-T el Frente Amplio sabrá que sus simpatizantes lo apoyarán, con lo que se podrá tratar de crear una fuerza legal que represente al MLN-T en dicho frente; si el frente no se concretara, el MLN-T aparecerá como el abanderado de la unidad popular. Esa proclama de apoyo fue enviada al Ejecutivo quien la aprobó y dio a publicidad sin discutirla internamente, lo que provocó, dado lo escabroso del asunto, muchos problemas internos, pero sin consecuencias graves. También, y a iniciativa de Sendic se intenta que UTAA sea la fuerza legal que represente al MLN-T en el frente, cosa que no se concreta por discrepancias con los cañeros, creándose más adelante el Movimiento 26 de marzo.

Diciembre será un mes muy agitado: se envía desde el penal un plan de fuga al que se denomina Plan Gallo, elaborado por Almiratti y Amodio y que el Ejecutivo decide poner en práctica de inmediato y se reciben en el Penal dos informes: uno sobre el grupo sindicalista al que se denominará microfracción y cuya expulsión se está estudiando, a la luz de las informaciones que un militante del MLN-T de apellido Lucas, infiltrado en la microfracción proporciona al Comité Ejecutivo; y el otro donde analizando que el año 71 será un año electoral se propone desarrollar la línea que se llamará de justicia revolucionaria y que le permitirá al MLN-T no bajar el ritmo del sector militar sin comprometer o sin arriesgar el apoyo conquistado, en un año tan difícil como se prevé que será el 71, fundamentalmente en lo político.

Alrededor del 20 de diciembre son detenidos en la calle Juan José Novoched Sosa y Horario Ramos. Ambos iban en una camioneta y llevaban fotos recién tomadas del cónsul brasileño para ser enviadas a la prensa. Díaz Gomide estaba en la casa de Novoched, pero como la policía recién la allanó diez horas después de detenerlo, en la mañana fue evacuado del lugar, quedando en lo que era su celda unos quinientos millones de pesos en joyas de las robadas en la Caja Nacional, pero como el allanamiento tuvo resultados negativos, también se recuperaron.

Se llega así a fines del 70 con una situación más que medianamente buena, habiéndose recuperado el prestigio perdido por los golpes y errores cometidos y estando afianzada la dirección en sus

responsabilidades. En los primeros días de enero del 71 se elabora en el Penal la tesis sobre Dualidad de poderes, tomando como base el informe del Comité Ejecutivo acerca de la aplicación de la línea de la Justicia Revolucionaria.

Dicha tesis fue elaborada por José Harari, abogado de Candán, a pedido de este. Y luego fue sintetizada por el propio Candán y Fernández Huidobro. Antes de enviarse para afuera como proposición fue muy discutida por Sendic, no porque no estuviera de acuerdo, sino porque Sendic tenía poca confianza en Harari, a quien consideraba un sinvergüenza.

En realidad, dicha tesis no daba para grandes discusiones ya que era una síntesis del capítulo escrito por Trotski en su Historia de la Revolución Rusa y aportaba experiencias recogidas en otros países por distintos movimientos revolucionarios.

Dicha tesis se envió como aporte teórico al Comité Ejecutivo, quien lo aprobó y la hizo imprimir para que se difundiera a todo nivel en el MLN-T, ya que sería la base ideológica en la que se sustentaría el accionar futuro. Simultáneamente, el Comité Ejecutivo informa acerca de algunas medidas reorganizativas que condujeron a formar el equipo de Dirección con Wassen, Rosencof, Henry Engler, Piriz Budes y Marrero. Dentro de las medidas reorganizativas se planteó el ordenamiento del interior, trabajo en el que según el informe, Berreta había trabajado mal, por lo que era suplantado por Marrero, un hombre con gran capacidad organizativa y de formación de cuadros.

En su informe, además, el Ejecutivo valoraba que el principal déficit del interior era precisamente en esos dos aspectos: organizativo y de formación y se hacían algunas apreciaciones críticas hacia la forma en que los anteriores comandos del interior encararon esos aspectos.

A esa altura, con la excepción de Rosencof, todos los miembros del Ejecutivo provenían de la Columna 15, hecho que no pasó desapercibido para los militantes de las columnas del interior presos en el Penal y quienes ya, motivados por las diferencias surgidas entre Sendic y Amodio, habían tomado parte por aquel, y veían, no sin recelos, que en la práctica, afuera, se aplicaran criterios de trabajo con los que ellos discrepaban.

Es a partir de este momento que los militantes del interior comienzan a reunirse periódicamente en el Penal, organizados en

grupos de trabajo, elaborando planes y documentos pero, fundamentalmente, para analizar meticulosamente los trabajos que el Ejecutivo informa que se van llevando adelante en el interior.

Cada uno de los planes y documentos por ellos elaborados fue enviado al Ejecutivo con el consentimiento de la dirección del MLN-T en el Penal; pero, lo que no se sabía y recién se supo en el mes de julio, era que esos mismos planes y documentos eran enviados como aportes y sugerencias de trabajo a militantes de comando y de base del interior, quienes al recibirlos se lanzaban a aplicarlos, provocando así que muchas veces lo que ellos hacían estaba en contradicción con los planes generales que el Comité Ejecutivo elaboraba. Cuando el ejecutivo constataba esa anomalía debía intervenir para corregir lo actuado, lo que fue contribuyendo para que mucha de la gente del interior comenzara a perderles la confianza, ya que no comprendían cómo se podía dejar de aplicar una sugerencia de Sendic, que firmaba esos documentos con el seudónimo Pico y Pala.

Para agravar aún más esa situación, Sendic comenzó a criticar que los planes que ellos elaboraban no se cumplían, y esas críticas en más de una oportunidad, no llegaban a manos del Ejecutivo sino que iban directamente a los militantes del Interior, ya fueran del comando o de base.

Alrededor del 5 de enero se comunica por parte del Ejecutivo que están prontos los secuestros del embajador inglés, del francés y del argentino, que se realizarán simultáneamente, dando comienzo a la aplicación de la línea de justicia revolucionaria, y aportando elementos que fundamentaban esa posición.

La respuesta que se envió desde el Penal decía que no se entendía qué relación podían tener tres embajadores extranjeros con la Justicia Revolucionaria, que tenía que ser plicada por problemas uruguayos exclusivamente. Cuando en el penal se esperaba aún la respuesta a ese planteo, se informa por las radios del secuestro del Embajador Inglés. Con esa decisión el Ejecutivo materializaba su independencia en cuanto a la conducción del MLN-T, hecho que contribuiría a agravar las diferencias con Sendic, Zabalza, Mansilla, Picardo, Bidegain y a través de ellos con los presos interior.

A mediados de enero se pone en funcionamiento todo el andamiaje necesario para concretar la fuga o Plan Gallo, y en forma simultánea se expulsa a la microfracción, contándose entre los

expulsados a todos los integrantes del sector sindicalista: Rodríguez Larreta, Romans Lederman, Ferreria Scaltriti, Pablo Recagno, Héctor Méndez, Sofía Faget y otros, a quienes se suma María Elia Topolanski, quienes antes de ser expulsados pusieron armas y municiones fuera del alcance del MLN-T, quedándose además con varios locales y vehículos. Pocos días después se sabría en los corrillos de estudiantes que se planeaba una fuga desde el Penal y se daban algunos detalles del plan.

¿Qué había ocurrido? Los integrantes de la Micro, pensando que la fuga de los viejos dirigentes del MLN-T acabaría definitivamente con sus posibilidades de cambiar la orientación del movimiento tupamaro, decidieron delatarla indirectamente, y el 5 de febrero, en forma casual el plan se descubre por la policía y el Ministro de Brum Carbajal, que suplantara al General Francese en el Ministerio del Interior, se apuntaba un tanto muy importante.

Mientras que en el Penal se formaba una comisión que planificara una nueva intentona de fuga, formada por Almiratti, Amodio y Falero, el MLN-T desataba una furibunda campaña de propaganda armada: todos los días se hacían presentes en un comedor popular, obra en construcción, fábrica o cine un grupo armado que luego de una arenga política distribuía folletos de propaganda.

Estas acciones eran llevada por delante por los GAF (Grupos de Acción en Formación), que eran un escalón intermedio entre los CAT (Comandos de Apoyo Tupamaro) y los grupos de acción o militares, que se encargaban de las acciones de mayor envergadura. Los CAT, en forma paralela, se dedicaron a atentar con cócteles molotov contra los clubes del oficialismo y a realizar volanteadas y pintadas de muros con consignas que al MLN-T le interesara difundir. Así se hizo con la consigna «La Metropolitana con los ricos, los tupas con el pueblo», que se hizo difundir en forma simultánea con la iniciación de una campaña contra los agentes y oficiales de la Guardia Metropolitana, que consistió en allanarles sus domicilios, quitarles armas y uniformes, exigirles que abandonaran sus puestos, obligarlos a mudarse de barrio, etc., culminando con represalias mortales cada vez que un tupamaro moría en un encuentro con la metro.

En forma simultánea se inició una campaña similar contra los integrantes de la Dirección de Información e Inteligencia que llevó en ambos casos a anularlos como cuerpos represivos. A estas

acciones se superpusieron secuestros como el del Fiscal del Gobierno Berro Oribe, cuyas declaraciones, que fueron publicitadas por los Tupamaros, causaron un escándalo de proporciones en momentos en que el gobierno levantó una medida totalmente inútil como fue la de prohibir que se informara sobre MLN-T. Luego se secuestró a Ferres, un industrial complicado en la quiebra fraudulenta de un complejo económico encabezado por él, Pereyra Reverbel nuevamente y otro industrial, Berembau.

La comisión encargada de la fuga elabora un plan que a primera vista parece descabellado, pero que asegura limpieza en cuanto a su realización y permitirá que se fuguen tres veces más militantes que con el fallido Plan Gallo. Consiste en unir en el Penal 27 celdas mediante boquetes y en excavar desde fuera un túnel de 437 metros de largo utilizando para ello la red cloacal.

El Comité Ejecutivo lo aprobó y en marzo se comienza a practicar los boquetes y a excavar el túnel. Aproximadamente por esta fecha desaparece un colaborador del MLN-T de apellido Ayala, que trabajaba en Sanidad Policial y que proporcionó a los Tupamaros miles de direcciones, fotos y demás datos de los archivos policiales correspondientes a funcionarios de todas las reparticiones policiales. Se comienza entonces a concretar lo que ya se sospechaba: existe en el Uruguay el escuadrón de la muerte, cosa que se confirmará luego con la desaparición de Castañeto, ex militante del MLN-T y la muerte de Ramos Filippini, ex procesado por asistencia a la asociación.

También en marzo, el Comité Ejecutivo se entera que la dirección de la microfracción, integrada por Rodríguez Larreta, Topolanski y Lederman, había decidido ejecutar a los miembros de la dirección del MLN-T, aprovechando que conoce uno de los locales donde se reúnen, que quedaba en Garibaldi 2190.

El MLN-T reacciona y secuestra durante cinco días a Rodríguez Larreta, convenciéndole así de la inutilidad de la medida contra el Ejecutivo y proponiéndole un statu-quo que luego la microfracción aceptará. El MLN-T no quería agregar al ya complicado panorama un enfrentamiento con la microfracción. Mientras tanto, y durante los meses siguientes, los presos del interior acentúan la actividad de sus grupos, ante la perspectiva de una fuga. Es así que en mayo aproximadamente elaboran (a iniciativa de Sendic, quien se inspira en *Guerra de Guerrillas* del general Grivas) un plan

al que se llamó Plan Tatú y que consistía en la construcción de refugios subterráneos en montes, chacras y estancias propias o ajenas, para ser utilizados como base de operaciones, depósitos de armas, etc.

El ejecutivo recibió dicho plan y respondió que podía ser una línea de trabajo futuro, pero que en esos momentos, no encajaba con los planes del MLN-T, que se encaminaban a la formación de núcleos sólidos en las ciudades donde se contaba con militantes firmes, y que por cierto, estos no abundaban, a lo que la gente del interior contestó airadamente iniciando otra polémica interna que a nada positivo conduciría.

Es que lo que se discutía eran detalles concretos o aspectos muy parciales de un plan de trabajo, sin ver que lo que se estaba enfrentando eran dos criterios, dos métodos de trabajo distintos, dos concepciones de lo organizativo y formativo distintos. Mientras los militantes del Interior creían que organizar era nada más que formar grupos y que para formar a los militantes alcanzaba con darles cursos de armas, explosivos y darles un pico y una pala para hacer un pozo, la dirección entendía que los grupos decían ser lo más homogéneos posible y eso no se lograba sin un cuidadoso proceso de selección que llevaba su tiempo, y que además de esos cursos era necesario darle a los militantes nuevas nociones de funcionamiento, seguridad y clandestinidad, discusión de los documentos donde se especificaban los planes y la línea política a efectos de que cada uno adquiriese conciencia del papel que debía asumir y dejara de verse como un peón.

Esta polémica se prolongó durante 30 días, suspendiéndose alrededor del 15 de junio sin que las dos partes se pusieran de acuerdo. Era evidente que, para cualquiera que analizara la situación en forma objetiva, que el MLN-T estaba dividido entre Montevideo por lado y el Interior por el otro. Nadie vió o quizás no se pudo ver el peligro que ese hecho representaba para el MLN-T, y si alguien lo intuyó careció de los elementos necesarios para llegar al fondo del problema.

Alrededor del 7 de julio llega al penal Adolfo Wassen, que había sido detenido cinco días antes. Wassen era miembro del ejecutivo desde agosto del 70. Cuando ingresó a la Dirección era, sin duda, el de mayor experiencia global y contrabalanceaba su naturaleza demasiado impulsiva con un respeto por lo organizativo

que lo convirtió en uno de los pilares del resurgimiento tupamaro después de Almería. A su llegada proporcionó a la dirección de los presos abundante información interna que desataría nuevamente la lucha de tendencias siempre latente, y que, como no podía ser de otra forma, se materializó en un durísimo enfrentamiento entre Wassen y Sendic. Nuevamente se discutió en forma equivocada y si bien Wassen vió la necesidad de que se discutiera a nivel de las concepciones organizativas, le faltó a su argumentación el peso que a Sendic le sobraba: el peso del mito. Allí, a propósito de los informes de Wassen, quedó patentizada la división interna que existía, por lo menos dentro del Penal, y era evidente que para los militantes del interior fundamentalmente, pero también para muchos de Montevideo, las opiniones de Sendic eran ley.

Wassen informa además que la fuga demorará muchos meses aún, ya que son muchos los problemas técnicos a superar, y que si bien el aporte de Almiratti, fugado poco antes del Juzgado había contribuido a solucionarlos, restaban algunos aspectos no resueltos aún y que ante eso, se había decidido hacer la fuga de la Cárcel de Mujeres, ya que el MLN-T necesitaba procesar una acción de carácter espectacular y sin sangre antes de las elecciones, y no había otra posibilidad que esa fuga, y que los trabajos ya habían sido iniciados, avanzándose a razón de mts. 0,80 por cada 12 horas de trabajo, por lo que se calculaba que a fines de julio se concretaría.

Es entonces que Amodio planteó al organismo de Dirección en el Penal la idea de realizar la fuga desde adentro, aprovechando las facilidades que el desorden funcional y administrativo otorgaban. En realidad, esa idea era fruto de las especulaciones que Amodio había realizado con Almiratti durante tantos meses. Pero con la idea solo no alcanzaba, era necesario presentar un plan que contemplara todos los aspectos, y así lo hizo. El mismo contó con la cerrada negativa de Manera y el escepticismo del resto, o sen Marenales, Sendic, Candán, Fernández Huidobro y Mujica. Pero como nadie de ellos, a no ser Sendic, que quería tomar los muros de guardia, tenía otro plan sustitutivo, se nombró un equipo cuyo responsable era yo para que trabajara en la elaboración final del plan que sería enviado a la Dirección afuera para su aprobación o no. La comisión se integraba además con Blanco Katras, Zabalza, Picardo y Mansilla. Se elaboró el plan, se envió a la dirección quien lo aprobó con la condición que los trabajos no comenzaran

antes de que se concretara la fuga de Cabildo. Cabildo se hizo el 29 de julio y los trabajos en el penal comenzaron el 11 de agosto y culminaron el 6 de setiembre, con lo que fue la acción más espectacular, efectiva y limpia del MLN-T.

Curiosamente, o quizás no tanto, los que aparecieron como cerebros, tanto externa como internamente, fueron los mismos que se oponían a que se hiciera, y todos ellos narraban con lujos de detalles la parte que les había correspondido hacer, como si de ellos hubiese dependido todo, olvidándose de los verdaderos héroes, que fueron lo que dejaron el alma en el túnel: Rodríguez Recalde, Arturo Dubra, Clavijo, Leal, Tiscernia, Arguiñarena, Campbell, Bandera, Gregori y Sawchuck. Algunos días antes de concretarse la fuga, Wassen le planteó a Amodio la decepción que con respecto a Sendic tenía, lo que le hacía dudar de si sería conveniente que el Comité Ejecutivo renunciara en pleno (en caso de que la fuga se concretara, ellos lo tenían dispuesto así) para entregar la dirección a los viejos, que era como se los conocía a los primeros clandestinos.

La respuesta fue que se opondría, porque hasta la fecha era evidente que los que conducían al MLN-T tenían en su haber un saldo altamente positivo; que algunos hacía ya dos años que estaban presos y se habían formado en una organización distinta, con otros métodos de trabajo, y que necesariamente tendrían que sufrir un proceso de adaptación, como en el caso de Manera, Marales y Fernández Huidobro; que algunos, como Candán y el propio Fernández Huidobro habían experimentado una evidente desviación hacia el teoricismo, apartándose muchas veces de la realidad del MLN-T y del país, por una tendencia a asimilar a nuestra realidad lo que los clásicos revolucionarios planteaban en sus textos; que en el caso de Sendic y Fernández Huidobro había que analizar los errores (reconocidos incluso por ellos) que en la conducción de las columnas habían incurrido; que en su caso personal, solo se creía en condiciones de trabajar en los servicios. En síntesis, que había que analizar a los viejos despojados de todo aspecto mitológico.

Al producirse la fuga entonces, el MLN-T llega a su máximo punto de prestigio y poderío político, pero paradójicamente comienza la etapa de su destrucción, ya que traslada al seno del aparato la división existente en el penal, división que se patentiza,

por lo menos para Amodio y Wassen cuando el Comité Ejecutivo resolvió citar, alrededor del 10 de setiembre a Sendic, Candán, Fernández Huidobro, Amodio y Wassen para discutir la integración del nuevo Comité Ejecutivo (por el Ejecutivo concurren Rosencof, Marrero y Engler). Rosencof informa del estado del MLN-T, las carencias que como dirección tienen ellos y propone que se nombre otra dirección entre los allí presentes, además de proponer, pero solo a título personal, algunos cambios organizativos.

Sendic y Candán se mostraron de acuerdo con la proposición tal como se presentaba, mientras que Fernández Huidobro, partidario de la fórmula, adelantó que no aceptaría su integración. Solo Amodio se mostró contrario a la fórmula en forma categórica, y lo hizo con los mismos argumentos que antes le había manifestado a Wassen, y en cuanto a los cambios organizativos manifestó creer que ninguno de los fugados (quizás con la excepción de Wassen, ya que había estado solo sesenta días preso) estaban en condiciones de opinar en forma objetiva y seria, ya que era honesto reconocer que un informe sumario como el recibido no significaba conocer el real nivel del MLN-T. Sus apreciaciones no gustaron a Sendic, quien fundamentó largamente las bondades de la fórmula presentada, y aunque no discutió los argumentos, fue evidente su malestar. Finalmente, como Fernández Huidobro, solicitó ser enviado a un grupo de base.

Finalmente, se resolvió dejar las cosas como estaban y realizar un reunión después de las elecciones, para discutir los cambios que fuesen necesarios, siempre que se entendiera así. A los pocos días el Comité Ejecutivo decidió reintegrar al seno del mismo a Wassen, integrando a Amodio al Comando General de Montevideo como responsable del sector servicios. El Comando General quedó integrado entonces por Alicia Rey como responsable de la columna 10, Gabriel Schoeder por la 15, Amodio como coordinador de los servicios de ambas columnas y por el Comité Ejecutivo lo hacía Wassen. En las primeras reuniones de este organismo se procedió a encuadrar en Montevideo a un número de fugados considerados imprescindibles para paliar algunas carencias fundamentales y destinar así al interior al grueso de la gente con experiencia asentada, tanto en lo militar como en lo organizativo, cumpliendo así con una directiva emanada de la Dirección, que había decidido volcar el máximo de esfuerzos en el interior, con

el fin de sacarlo del estancamiento en que se encontraba. Se creía entonces que encuadrando en las dos columnas en que el interior se dividía a gente que tradicionalmente militó en ese sector, como Sendic, Zabalza, Picardo, Bidegain, Melo, etc., pero con serios déficits en lo organizativo y en su capacidad para formar nuevos cuadros, con gente que provenía de la columna 15, que era fuerte en esos aspectos, se lograría un buen trabajo.

En Montevideo se tenía como línea de trabajo el fortalecimiento interno, evitando procesar acciones que llevaran o propiciaran un golpe de estado, ya que se quería que el proceso electoral, de no cumplirse, fuera por responsabilidad del gobierno o de los sectores golpistas; nunca que la responsabilidad, ni siquiera indirectamente, fuera del MLN-T, a fin de no enajenar la opinión de los muy amplios sectores de la población que esperaban las elecciones con expectativa y esperanza. Era necesario entonces poner el acento en lo formativo y organizativo, así como en algunos planes de desarrollo, fundamentalmente en lo que se refería a la política del frente de masas, de lo que se encargaba un sector conocido como columna 70, que controlaba desde el ejecutivo Rosencof y a cuyo comando se integró Candán.

Muy rápido fue evidente que el aluvión de clandestinos que produjeron las fugas, si bien constituía un aporte, en muchos sentidos eran causas de serios problemas organizativos, de funcionamiento y de infraestructura que los integrantes de comandos de columnas no estaban en condiciones de solucionar por dos razones: una de orden práctico, ya que sencillamente el tiempo no daba y la otra, que costó mucho esfuerzo eliminar, era la superedificación y la sobrevaloración hacia los fugados en general que evidenciaban los integrantes de los comandos en particular y la militancia en general. Si a esto se le suma el individualismo que naturalmente se crea en la cárcel y que muy pocos de los fugados fueron conscientes de ese problema, se podrá tener una idea aproximada del desorden interno.

Se resolvió entonces disolver el Comando General para aprovechar mejor la experiencia que Rey y Amodio tenían en lo organizativo y se los incorporó al comando de la columna 10, volviendo Schoeder al de la 15, y que desde el Ejecutivo controlaban Marrero y Wassen respectivamente. Al ejecutivo se integró Pirez Budes, para controlar el trabajo en el interior.

A fines de octubre, cuando parecía que las posibilidades del Frente Amplio eran mayores, se coordinó con un sector de militares vinculados al general Seregni y con el Partido Comunista un plan que se entendía como de contragolpe, para el caso de que el triunfo electoral del Frente Amplio, ya fuera nacional o departamental, no fuera tenido en cuenta. Se forma entonces una comisión que funcionó hasta que el acto electoral la disolvió, que integraban el coronel Castela por los militares, Jaime Pérez por el Partido Comunista y Engler por el MLN-T. Dicho plan los militares pretendieron controlarlo ellos, asignándole al MLN-T funciones secundarias, cosa que en principio se estaba de acuerdo; pero luego, al ver que en caso de que el contragolpe se efectuara y fuera exitoso, los militares seregnistas quedarían como dueños de la situación, se resolvió exigir mayor participación. Fue así que los militares se encargarían de la toma de la base aérea de Carrasco con lo que impedirían la llegada de fuerzas del interior, y el MLN-T se encargaría de controlar los accesos a Montevideo, y en conjunto se controlaría la base de Laguna del Sauce. El Partido Comunista se encargaría de las movilizaciones de masas y ocupación de fábricas, ya que decían tener 200 hombres armados.

Inmediatamente de las elecciones, se vio que todo el panorama político era favorable al MLN-T: denuncias de fraude por un lado y por otro lo que se entendía como fracaso del Frente Amplio y por lo tanto, fracaso del método electoral. No se sabe quién será el Presidente, pero lo que se sabe es que cualquiera que sea deberá encontrar al MLN-T más fuerte que nunca, tanto en lo político como en lo militar. Esto era válido fundamentalmente si el triunfo electoral le correspondía a Ferreira Aldunate, el cual podría entonces crear una distensión social que tendiera a crear condiciones políticas poco favorables al MLN-T e incluso llegar a plantear una negociación.

En ambos casos, era necesario crear entonces antes del 10 de marzo una situación tal que de triunfar Ferreira Aldunate lo hiciera en una situación política tal que no le permitiera maniobrar con la distensión y de negociar debería hacerlo con un MLN-T sumamente fuerte.

Como primera medida, el Comité Ejecutivo designa nuevo Comando General, integrado por Alicia Rey como responsable de la columna 15, Amodio por la 10 y Candán por la 70. Desde el ejecutivo se hace cargo Marrero. Marrero trae la siguiente direc-

tiva: comenzar a procesar acciones que replantearan el problema de la lucha armada. En lo posible acciones espectaculares, que se procesarán sin muertes. La situación de las dos columnas militares de Montevideo (la 10 y la 15) no era, a esa altura, como para estar satisfechos. Durante el período inmediato a Almería se había conseguido en los militantes un gran tesón y un gran empuje. Pero solo con tesón y empuje no se forman cuadros.

Esas dos cualidades, positivas en sí mismas, y que fueron además fundamentales para sacar adelante al MLN-T en el período de agosto/70 enero/71, al no canalizarse correctamente se convirtieron, sino en peligrosas, por lo menos fueron la causa de muchos errores. Es decir, lo accidental, lo que sirvió en un momento excepcional, se hizo norma. Al descuidarse la verdadera formación integral, se impidió el mejor desarrollo de los militantes.

Los que eran a esa altura (agosto/70) viejos en el MLN-T perdieron, por imperio de las circunstancias, algo tan fundamental como las normas de funcionamiento clandestino, resintiéndose al máximo la compartimentación. Se optó por las soluciones fáciles, cualquiera fuera el problema a encarar, sin ver las consecuencias que esas soluciones fáciles podían acarrear. La gente se acostumbró así a no pensar, a no analizar los pasos que se daban. La Dirección de ese momento no solo no vio esas carencias, sino que alentó esa forma de trabajo, llevando a los grupos a un accionismo deformante y creyendo «que los cuadros se forman en 3 meses» como decía Wassen. Lo que se había hecho de setiembre 71 a diciembre, no era suficiente para eliminar esas deformaciones, aunque algunos pasos positivos se habían dado en lo que tenía que ver con la clandestinidad.

Muy poco era sí lo conseguido en cuanto a conseguir que los militantes se ubicaran políticamente, analizando los objetivos no solo en su faz militar. Esta carencia es fue una de las causas fundamentales del progresivo deterioro del MLN-T: al no analizar los hechos, se dejó de ver los errores que se cometían, y los que tuvieron como método hacerlo encontraron incomprensión y aislamiento. Con este panorama en Montevideo, lógico era suponer que en el interior la situación era aún más deficitaria. Pese a ello, el Ejecutivo aprobó un plan de acciones que sugiere Sendic y fue transmitido por Piriz Budes, y es el siguiente: el 22 de diciembre el interior tomaría la localidad de Quebracho y se lanzaría luego

una proclama, la que más adelante se propagaría en el interior tomando las radios de Minas y Durazno y en Montevideo por Sarandi y Universal.

Luego, en Montevideo, se tomarían tres seccionales policiales y el Collar tomaría Soca. Todo ésto acompañado por movilizaciones promovidas por la columna 70 a través del 26 de Marzo. También se incluían secuestros dentro de la línea de Justicia Revolucionaria, como el de Juan Carlos Peirano Facio por lo del Mercantil y el comisario Macchi, por las actividades del escuadrón de la muerte, y por los ataques del diario *Acción*, a su redactor responsable, lo que además permitiría averiguar las últimas negociaciones de Jorge Batlle. El plan era de una gran envergadura, y aunque debía cumplirse entre fines de diciembre y mediados de febrero, las dificultades eran enormes a simple vista y tanto Rey como Amodio así lo plantearon, resolviéndose que se haría lo que se estuviera en condiciones de hacer.

El interior no pudo hacer Quebracho, pero posponiendo la fecha se logró tomar Constancia, así como también el aeropuerto de Paysandú, el radio-faro y una cantera de calcita, donde se consiguieron explosivos, detonadores y mecha. En otros puntos del país aunque se intentaron no se lograron los objetivos.

En Montevideo, tal como era previsible, las cosas no andaban bien y se cometieron gruesos errores de seguridad y planificación, que hicieron fracasar los objetivos o los convirtieron en negativos para el MLN-T: el secuestro de Peirano fracasó porque el chofer de uno de los vehículos no controló y venía siendo seguido por un coche policial (en el tiroteo murió el cadete Castiglioni), la Seccional 27 fue la única que se procesó y un error del responsable del grupo la hizo fracasar; de las otras dos Seccionales una hubo que darle al grupo la orden de no llevarla adelante ya que el plan era incompleto y la otra se montó pero no salió por errores de los responsables; Soca se tomó pero con un saldo político negativo.

Pese a todo, los informes que venían del interior eran alentadores y pareció que el Segundo Frente, como se llamaba, se consolidaría en forma rápida y exitosa. Sin embargo, en el correr de enero y febrero se vió que no era así: las detenciones de militantes y la pérdida de locales en el interior se tornó incesante, los grupos se desbarataban a las pocas horas de concretar (exitosamente o no) un operativo. Otros desaparecían sin haber concretado nada.

Las causas eran dos: la endeblez de la infraestructura y la poca formación y experiencia de los militantes. No se vió o no se quiso ver que Montevideo, la selva de cemento como la llamaba Sendic, había costado dos años de trabajo y cientos de millones de pesos el montaje de la infraestructura y para la formación de los militantes no alcanzaba con mandar gente con experiencia desde Montevideo si después su trabajo caía en el vacío. Esto se daba en gran medida porque todos los responsables de grupos, pero fundamentalmente los integrantes de los comandos y coordinadores del interior estaban convencidos a priori de que en las ciudades nada se podía lograr y había que irse al monte.

En el Ejecutivo estaban convencidos de lo contrario, pero se insistió en accionar en el Segundo Frente tal como estaba planteado y Montevideo se convirtió así, en abastecedor de todo lo que aquél exigiera, tanto en hombres como en armas, municiones y materiales, que fueron pasando, y no poco a poco, a manos de las FFAA. El gran argumento de Sendic era que en las ciudades se producían el 95 por ciento de las caídas en el Interior. Esto era cierto. Pero lo que Sendic no quiso ver fue que la mayoría de esas detenciones, se produjeron por gruesos errores de seguridad que no los toleraba ni Montevideo.

Era evidente que el Segundo Frente se abrió con apresuramiento. Internamente el MLN-T no estaba en condiciones de atenderlo, ya que si los grupos instalados en el interior no estaban en condiciones actuar para formarse y pertrecharse, no se podía pretender que Montevideo, que ya de por sí tenía su propia problemática que atender, se dedicara no solo a ella sino que también debía conseguir lo que del interior se reclamaba. ¿Y eso que era? Botas, ropa, armas, municiones. Las botas y las ropas se podían comprar pero las armas y las municiones, no. ¿Cómo se resolvió esto? Montevideo se comenzó a desprender de su armamento...

Nadie, ni desde el Comité Ejecutivo ni en los comandos del interior planificó ni pensó cómo se iba a organizar el Segundo Frente y el esfuerzo que le iba a costar a la Organización. Y en esos momentos la Organización existía solo en Montevideo. Así, sin que nadie lo notara se trasladó el centro de la atención interna de Montevideo al interior del país. Al principio, los ideólogos del Segundo Frente estaban convencidos de que se podían abastecer directamente, pero estaban convencidos subjetivamente, porque

a no ser la comida, **TODO** lo demás se pedía a Montevideo, que debía enajenar su aparato para atenderlos y así y todo no alcanzaba. Marrero, en el Comando General, insiste en un planteo que yahizo varias veces; hacer la reunión que se pensó efectuar después de las elecciones para cambiar la Dirección. La opinión de Amodio y Rey fue que los déficits no eran de los hombres, sino de los planes. Al insistir Marrero acerca de la necesidad de encarar el plan aprobado recientemente y que el Ejecutivo actual no lo considera viable, dado el nivel de desarrollo alcanzado, **Amo-dio** renuncia al Comando general. El 1 de marzo se realiza en Montevideo un simposio del Interior para analizar la situación y desarrollo del Segundo Frente. Asisten Sendic, Almirati, De Lucía, Domínguez, Piccardo, Bidegain y Fernández Sola por los comandos del Interior y Piriz Budes por el Comité Ejecutivo. Como es lógico, todo gira en torno a la opinión de Sendic, quien plantea entonces lo que todos esperaban; deben abandonarse las ciudades del Interior por parte de los clandestinos, quienes se irán a los montes junto con los militantes legales integrantes de los grupos de acción, dejando en las ciudades los servicios de apoyo logístico y abastecimiento. Nada más sencillo, aparentemente.

Todos apoyan menos De Lucía, quien entiende que es mucho lo que aún puede y debe hacerse en las ciudades, sin descartar totalmente la ida a los montes, pero haciéndolo en forma progresiva y paralelamente al asentamiento en zonas urbanas a fin de montar los servicios de apoyo y enlace necesarios, que hasta esa fecha no existían. Sin embargo, la ida a los montes se puso en práctica, sin que este requisito fundamental, se hubiera cumplido. De Lucía tiene como respaldo de su posición su propia experiencia en Paysandú, realizada pacientemente y con criterios de clandestinidad y funcionamiento sólidos. Pero es muy poco, evidentemente como para poner en duda la opinión de Sendic, aunque este no presente un plan de trabajo, sino que se limite a elaborar la idea. Después vendrá la fundamentación, citando experiencias de Grivas en Chipre y de Mao en China. Pero nadie ha enseñado a organizar a través de un libro, ni nadie aprendió leyéndolos. Solo los que han pasado años organizando y construyendo eran capaces de darse cuenta lo disparatado del planteo, y lamentablemente Sendic nunca organizó nada. Eso lo lleva a tener desprecio por lo organizativo, que se trasuntó, como no podía ser de otra manera,

en la formulación empírica de sus planes. Sendic logra así imponer sus ideas en el interior y se convierte en líder indiscutible de ese sector, y aunque para poner en práctica la ida a los montes (Plan Tatú) aún falta el consentimiento del Comité Ejecutivo, este sabe que de no otorgarlo, arriesga una división en el seno del MLN-T, y es indiscutible que ese detalle nunca pasó inadvertido para Sendic.

¿Qué hizo entonces el Comité Ejecutivo? Optó por la salida más fácil. Prefirió la unidad aparente a la real, y citó para el 15 de marzo de 1972 a Sendic y Picardo por el interior; Candán y Alicia Rey por el comando General de Montevideo (Amodio había sido detenido el 24 de febrero), Marenales por la columna 7 y Fernández Huidobro por su condición de viejo, ya que en ese momento no ocupaba ningún cargo de dirección y por el Ejecutivo van Marrero, Rosencof, Wassen y Engler. Los motivos de la reunión son elegir nuevo Comité Ejecutivo y tomar conocimiento de la resolución del simposio del interior.

Rosencof plantea la integración de los organismos de dirección que propone el Comité Ejecutivo: Candán, Fernández Huidobro, Rosencof y Engler. El Comando General de Montevideo por Alicia Rey, Wassen, Marenales y Becca, siendo Candán el responsable desde el Ejecutivo. Rosencof y Engler atenderán el interior; Fernández Huidobro el secretariado, de nueva creación. Si bien puede decirse que el deterioro organizativo interno era pronunciado, la decisión del 15 de marzo es el principio del fin. En toda la historia del MLN-T y seguramente que en ninguna organización, ni tan siquiera en la más pequeña empresa de producción se debe haber producido jamás un trastocamiento de funciones de la magnitud que se produjo a partir de esa fecha.

Veamos: el Comité Ejecutivo: Candán, del comando de la columna 70 al Comité Ejecutivo para atender el Comando Gral. de Montevideo; Rosencof, de atender la columna 70 pasa a atender el interior; Engler, de atender el Collar o columna 7 también al interior; Fernández Huidobro, de responsable de un grupo de acción de la columna 7 a atender el Secretariado.

Veamos el Comando General de Montevideo: hasta ese momento en la capital funcionaban tres columnas, dos de las cuales, la 10 y la 15 son columnas militares, y la columna 70 que se encargaba de todo lo que concierne al trabajo de frente de masas. A partir del 15 de marzo se crea la columna 45 o de servicios, que se forma con

los servicios que se sacan de la 10 y de la 15, y se resolvió también que la columna 7, que antes dependía del Comando General del Interior, ahora dependa de Montevideo.

Así es como Wassen se hace cargo de la columna 15 (función en la que anteriormente había cometido gruesos errores y a quien se le atribuía la responsabilidad de haber deformado el sector militar de esa columna llevándolo al accionar por el accionar mismo, desprovisto de toda fundamentación política); Rey, que antes atendió la 15 pasa a la 10; Becca responsable de la 7 y Marenales de la 45.

La creación de la 45 responde a la necesidad de agilizar el funcionamiento de las columnas militares y de coordinar en forma racional toda la producción. Este pasaje de columna, aparentemente tan sencillo, no lo es en realidad. Supone mucho más que una simple medida administrativa de Marenales. El resultado de esa combinación no podía ser otro que el que se dio en la práctica: desde el 15 de marzo no hubo servicios en el MLN-T. Funcionaron nada más que aquellos que le hacían por sí solos, como sanidad y documentación, pero así y todo lo hicieron a media máquina.

Amodio había sido detenido el 24 de febrero. En esos momentos integraba el Comando General como responsable de la columna 10 y se había hecho cargo de la planificación de la fuga que se proyectaba desde Punta Carretas. Esa tarea se la asignó el Ejecutivo a expreso pedido de los presos del Penal. El día antes se había secuestrado a Nelson Bardesio.

Una de las primeras resoluciones del nuevo Comando General es entonces que la columna 10 (Rey) se haga cargo de la concreción de la fuga, o Plan Gallo y que la 15 (Wassen) se haga cargo de las acciones de justicia revolucionaria que surgieron de las declaraciones de Bardesio, y que se llaman Plan Hipólito. Pero la situación entra a tornarse difícil y compleja, ya que la reorganización que quiere impulsarse, que se estima imprescindible adoptar para encarar la aplicación de la línea táctica para el año 1972 entra en contradicción con los planes inmediatos Hipólito y Gallo.

Esa situación no pasa inadvertida ni para el Ejecutivo ni para el Comando General de Montevideo, pero todos, acuciados por las urgencias impuestas, no analizan las consecuencias que esta situación puede acarrear. El 12 de abril se concreta la fuga y al día siguiente Candán plantea a Amodio su nuevo encuadre: responsable del Servicio de Información, ya «que es necesario organizar

de una vez por todas el Servicio y que el MLN-T no dispone de otro más capaz». Amodio planteó dudas acerca de la integración de los organismos de dirección y sobre la situación interna y acordaron discutir las en una reunión que se fijaría alrededor del 16 o 17. El 14 de abril es el día en que el MLN-T pone en marcha el plan Hipólito, que consiste en la ejecución de los responsables de algunas de las acciones llevadas adelante por el Comando Caza Tupamaros, conocido vulgarmente como escuadrón de la muerte. Todas las declaraciones de Bardesio así como las investigaciones que el MLN-T lleva adelante a partir de ellas indican nombres y responsabilidades coincidentes. Se concretan entonces los operativos contra Guzmán Acosta y Lara, sindicado por Bardesio como el creador de los Comando Caza Tupamaros, contra el subcomisario Delega y contra el capitán de Corbeta Motto, sindicados por Bardesio como los torturadores y responsables de la muerte de Castagneto. Fracasas otras: contra Miguel Sofía, acusado por Bardesio en participar en la muerte de Castagneto y contra Campos Hermida (Jefe el Departamento 5).

Doce horas después el MLN-T contabiliza un saldo totalmente adverso: ocho muertos y muchos detenidos. ¿Cómo fue posible que dos hombres con la experiencia militar de Wassen y Candán no calibraran el riesgo que significaba no poder coordinar los operativos en un lapso tan corto de tiempo? Si no lo percibieron antes, ¿cómo fué que a las 10.00 de la mañana no dieron orden de levantar los operativos que aún no se habían concretado, cuando ya Montevideo estaba saturada de represión? ¿Cómo fué posible que hubo grupos que estuvieron apostados durante horas a la espera de los objetivos, siendo esta la causa por la que murieron dos militantes en el Cerrito de la Victoria, esperando a Miguel Sofía? ¿Cuáles fueron las razones por las que estuvieron reunidos Candán, Blanco y Schoeder? Era evidente que se había actuado en circunstancias donde el desorden organizativo y la improvisación fueron los signos dominantes, analizando todo con superficialidad. Esto hizo que no se calibrara cabalmente las repercusiones que tendrían las acciones, que estas se llevaran a la práctica en forma poco planificada y cometiendo gruesos errores desde el punto de vista militar que si no tuvieron consecuencias más graves aún fue por casualidad, que se subestimara al enemigo

a tal punto que en un día como ese el MLN-T siguió funcionando como si nada hubiese pasado.

El 14 por la noche, Engler y Rosencof, los dos miembros del Ejecutivo que quedan en libertad (Candán muere y Fernández Huidobro es detenido) resuelven incorporar a Marenales a la Dirección en una muestra más del apresuramiento e improvisación con que se actuaba. Marenales hacía un mes que estaba en el Comando General, donde su trabajo aún no había dado buenos resultados y su conocimiento de la organización era muy relativo, ya que desde su ubicación de responsable del sector servicios de la columna 7, lugar donde estaba desde noviembre de 1971 era muy parcial su posibilidad de conocimiento interno. Marrero y Rey estaban en mejores condiciones que él, pero seguramente debe haber influido mucho la especie de sometimiento intelectual en que Engler se encontraba con relación a él. Entre los tres resuelven acelerar la difusión de las declaraciones de Bardesio para que quede claro el motivo de las acciones de ese día y desvirtuar así las razones por las que el Poder Ejecutivo solicitaba el establecimiento del Estado de Guerra, y que quedara entonces el gobierno como defensor del escuadrón de la muerte.

Pese a que esas declaraciones tuvieron repercusión parlamentaria, el Estado de Guerra fue decretado, y el Comité Ejecutivo por un lado, el Comando General de Montevideo y el del Interior analizan la situación. Marenales, Engler, Rosencof, Rey, Wassen y Becca, coinciden así que es necesario poner el acento en el enfrentamiento al escuadrón pero ahora desde el punto de vista político, cesando todo accionar militar. Amodio, presente en el local donde se toma esa decisión es consultado y coincide en esa conclusión. **Ronsencof** viaja entonces a entrevistarse con el Comando General del Interior para coordinar la aplicación de esa resolución.

Se necesita una gran movilización propagandística, ya que la situación es cada vez más confusa, pero las dificultades internas son enormes. El Comité Ejecutivo resolvió integrar al Comando General, en sustitución de Marenales como responsable de la columna de servicios, a Wolf, que hasta esa fecha era responsable político del comando de la columna 15. Nunca había tenido nada que ver con los servicios. El comité ejecutivo resolvió además continuar con la reorganización. En este panorama, la situación

interna comienza a tornarse dramática dado que los locales comienzan a caer uno tras otro, minando la infraestructura en forma alarmante y la caída de los militantes continúa sin cesar. Ningún local ofrece garantías ya que a juzgar por los resultados nadie soporta los interrogatorios.

Los cambios organizativos, el pasaje de gente de una columna a otra, del interior a Montevideo y viceversa, más el afloje que hubo durante muchos meses en materia de seguridad, hacía que prácticamente la compartimentación no existiera. A esto hay que agregarle un factor muy importante, como es que desde la muerte de Morán Charquero en 1970 ningún militante del MLN-T debió soportar apremios en los interrogatorios, y cuando las FFAA lo hacen, se encuentra con gente ablandada en este sentido, pero lo que es peor desmoralizada por una situación que la desborda y la arrastra pero que no entiende.

Cuando Rosencof regresa del Interior, las noticias que traen confirman la situación del caos organizativo imperante: el Comando General del Interior resolvió iniciar el hostigamiento a las FFAA, en un intento por detenerlas en su accionar y ablandar sus procedimientos, en total contradicción con la línea del Comité Ejecutivo, que expresamente había dejado de lado acciones de ese tipo. Rosencof no pudo entrevistarse con nadie del Comando General del Interior, y se enteró de esa resolución por un responsable de un grupo de acción que iba a participar en un operativo, en esos días. Marenales y Engler se reúnen con el Comando General de Montevideo, e invitan a participar a Amodio, que se encontraba viviendo en dicho local. La opinión es unánime: es imprescindible detener esas acciones.

El Comité Ejecutivo tiene previstas una serie de reuniones con distintos líderes políticos para informarles de los motivos del Plan Hipólito y asegurarles que el MLN-T no propiciará un enfrentamiento contras las FFAA. Esas entrevistas se realizan en momentos en que Rosencof trata inútilmente de conseguir contacto con el Comando General del Interior. Dentro del plan de agitación propagandística y antes de partir hacia el interior, Rosencof se entrevista con Gutiérrez Ruiz, alrededor del 20 de abril, con quien coordina un simulacro de secuestro a los efectos de que mantenga una conversación con Bardesio y luego, en la Cámara de Diputados, plantee una investigación sobre el escuadrón de la

muerte y pida el levantamiento del Estado de Guerra. El simulacro se plantea para el sábado 21, pero Gutiérrez Ruiz no concurre, por lo que se le entrevista otra vez y se concreta el 24. La entrevista con Bardesio se produce, pero luego Gutiérrez Ruiz no cumple lo acordado, por lo que los objetivos no se alcanzan.

El 26 de abril, cuando el inicio del hostigamiento en el interior ya comenzó, los resultados negativos son evidentes. Aprovechando una reunión del Comando General de Montevideo a la que concurre Marenales, Amodio planteó lo que a su juicio es una necesidad impostergable; retirar toda la militancia de la calle, dejando solo los contactos imprescindibles para preservar la gente y con ello los locales; suspender la reorganización hasta tanto las circunstancias lo permitan; que el Ejecutivo y el Comando General de Montevideo analicen la situación interna como requisito fundamental antes de plantearse accionar, ya que a esa altura se habían perdido cuadros fundamentales como Blanco Katras y Schoeder Orozco en el comando de la columna 15, Candán en el ejecutivo, en la columna 10 se había perdido casi toda la infraestructura y en general nadie sabía cuántos ni quiénes estaban detenidos, y como último punto, pero no por ello menos importante, analizar la responsabilidad de Sendic en la situación creada en el interior.

Marenales reaccionó como siempre lo hizo cada vez que alguien planteaba algo distinto a lo que él pensaba y sostuvo que el momento no era propicio para ponerse a discutir. Sin embargo, bien pronto cambió de opinión cuando los argumentos de Amodio fueron iletantables: «¿no es el momento de discutir cuando en el MLN-T existen objetivamente dos organizaciones, con dos direcciones y dos líneas diferentes?» «¿No es el momento de discutir cuando por esa línea de hostigamiento suicida habían muerto compañeros inútilmente?» «¿No es el momento de discutir cuando todos sabemos la debilidad militar y organizativa del Interior, cuando todos sabemos que los compañeros pasan hambre y frío y de muchos de ellos no se tienen noticias desde hace días, cuando todos sabemos que los compañeros van al combate con las municiones contadas, y cuando en Montevideo, en esta misma reunión, ya no se habla de accionar o no para aprovechar o no determinada coyuntura política, sino que se prevé la necesidad de accionar por simple solidaridad?»

«Cuando el 15 de marzo el ejecutivo transó ante Sendic, lo hizo buscando mantener la unidad del MLN-T. Puede decirse que el interés era plausible, pero lo hizo por el camino más fácil y por debilidad: no dijo lo que pensaba, no enfrentó esa resolución que todos ellos sabían equivocada. Y si después de discutir se hubiese llegado a la conclusión de que se debía transar, hoy serían dignos de ser respetados en su decisión, pero de la situación es tan responsable Sendic como el Ejecutivo que le permitió hacer lo que quiso, y si ustedes continúan en esa línea, también lo serán». En ese momento, Wassen, Becca, Wolf y Rey, coincidieron con esas apreciaciones y el propio Marenales reconoció que «a Sendic se le debe sancionar».

Entre el 26 y el 28, el ejecutivo resolvió incorporar al organismo a Raúl Sendic, «para poder controlarlo» según fundamentó Marenales. A esas alturas, ya muy pocas esperanzas se podían tener de que se rectificaran rumbos y así se lo manifestó Amodio a Engler, uno o dos días después. Engler trasladó el planteo al ejecutivo, donde se resolvió que Sendic y Marenales discutieran con Amodio y Rey «para aclarar los problemas». Y ¿porqué discutir con Amodio y Rey si todo el Comando General de Montevideo coincide con sus apreciaciones? ¿De qué le sirve al MLN-T que Amodio y Rey aclaren sus dudas si las mismas seguirán en la cabeza de los que hoy tienen que sacar la organización adelante? El Comité Ejecutivo podrá alegar muchas razones de orden interno, administrativo, etc., para haber disuelto en esos días el Comando General de Montevideo, pero lo hizo justamente en esos días, eliminando el único organismo que en esas circunstancias podía controlarlo.

De cualquier forma, ya Montevideo estaba en esos días planteándose acciones contra las FFAA. Primero se intenta aplicar un mínimo de selectividad en la elección de los objetivos, pero eso no es posible dado el caos interno: se perdió todo el material del servicio de información, los grupos no existen, no hay locales, la gente anda desconectada, pero con lo que anda a mano se deciden acciones.

Los objetivos ya no importan, con tal de que sean de las FFAA. Sin embargo, pasan los días sin que los operativos se concreten y que los militantes caigan en la demanda, lo que sin embargo no es inconveniente para que el ejecutivo presente dos nuevos cambios organizativos.

El 7 de mayo se hace la reunión de Amodio y Rey con Sendic y Marenales. A pesar de que la situación es cada vez peor, que los locales y los militantes caen produciendo un efecto como el de la bola de nieve, Sendic pinta un panorama optimista de la situación, y Marenales, que hace unos pocos días habló de cortarle la cabeza no lo contradice.

A partir de ese momento se terminó la división del MLN-T: Sendic impuso su orientación, integraba el Comité Ejecutivo y solo faltaba salir a la calle. Que no hubiera grupos, locales, armas ni municiones no era problema para los dirigentes del MLN-T: se actuaría con lo que hubiera y desde donde se pudiera. «Y si no hay armas, usaremos granadas»... Muy bajo había caído la experiencia militar del MLN-T cuando se planteaba el hostigamiento en la ciudad en base a granadas con más de treinta metros de radio de acción y sin que ningún integrante de los grupos de acción estuvieran capacitado para arrojarlas.

Y que no hubiera explosivos... «Bueno, le decimos a Manera que haga».

El 17 de mayo la situación era realmente angustiada, habiéndose perdido toda la infraestructura de las columnas 10 y 15, y esa noche conversando con Rey, Mujica y **Wolf Amodio** les comunica que pedía la baja al Comité Ejecutivo. El 18 por la mañana Rey le plantea a Engler la situación pocas horas después que se conozca la muerte de los cuatro soldados de guardia en lo del Comandante en Jefe del Ejército.

El 20 el Comité Ejecutivo llamó a Amodio para discutir su pedido de baja, y la reunión fue tan breve como violenta. Amodio sabía de antemano que sería así, pero nunca esperó la soberbia y mala fe de que Marenales y Sendic tuvieron durante la discusión. Amodio entendía que el Comité Ejecutivo debía renunciar, pero convencido de la imposibilidad de que eso se diera y sabiendo que con ellos en la dirección ningún cambio era posible, optaba por irse. Sus argumentos quedaron allí, sin respuesta, pese a todo: el Comité Ejecutivo cometió gruesos errores, tanto políticos como militares por haber actuado con superficialidad, por haber permitido desde el propio Comité Ejecutivo la destrucción del MLN-T; la misma responsabilidad le cabe al Ejecutivo anterior, ya que por no discutir a fondo los problemas alentó las actitudes

divisionistas de Sendic, propiciando salidas de conciliación que ambientaron el caos.

Sin embargo, para el ejecutivo todo estaba bien: no había locales, armas, dinero y los pocos militantes con experiencia estaban desconectados, pero, a juicio del Ejecutivo, todo se solucionaba con un cambio de mentalidad. Lo fundamental es convencer a la gente que no hay más locales ni base de operaciones, que de ahora en adelante se funcionará en la calle y se actuará a los ponchazos. Esto era, precisamente, de lo que nadie tenía que convencer a Amodio, ya que era una realidad que rompía los ojos: no quedaba MLN-T, ya era una realidad.

Lo que los genios militares del MLN-T no eran capaces de comprender era que cualquiera sea la forma de actuar (incluso a los ponchazos) era necesario organizarlo: siempre se necesita una forma organizativa y que no bastaba con decir el ejército tortura si no se tomaban medidas de seguridad. Pero para esto hay que organizar (mal que les pese a los desorganizadores) porque para eso hay que saber primero cuántos son, dónde están nucleados y si están libres o presos los militantes. Alrededor del 10 de mayo es detenido Piriz Budes en Durazno, miembro del Comando General del Interior; el 19, es detenida Rey; el mismo 19 Rosencof (Ejecutivo) y Marrero, del comando de la columna 70; el 20 es detenido Wassen; el 23 Amodio y Wolf, quienes el mismo día intentaron suicidarse, ambos atendidos a tiempo, aunque Wolf insistirá dos días después.

Los interrogatorios continúan, y Wassen que estaba detenido en el 13 de Infantería, es llevado al Florida donde estaba Amodio, porque al ser interrogado sobre la ubicación de la Cárcel del pueblo manifestó que quería hablar con Amodio. La primera reacción de Amodio fue atribuir ese pedido de Wassen a una maniobra para ganar tiempo, por lo cual no le asombró. Le llevó unos cuantos días darse cuenta de sus intenciones: Wassen sabía que al complicarlo a él, al cabecilla sedicioso, el interés de los interrogadores se pondría en Amodio y no en Wassen. Hasta ese momento, cientos de detenidos lo habían hecho responsable de todo, pero directamente, nadie tan sutilmente como él.

Tan es así, que cuando Amodio le dijo que no podía dar esa información porque no la sabía, le respondió que lo único que quería hacer era consultarlo. ¿Consultarlo, cuando sabía perfec-

tamente que había pedido la baja y para terminar diciendo que «Wolf sabe la dirección?» Hasta hoy, nunca supe a ciencia cierta quien fue, si Wassen o Wolf, quien dió esa dirección, pero si fue Wolf fue inducido por Wassen. Wassen conocía esa dirección, y tuvo la habilidad y sangre fría suficientes para involucrarnos. Claro que se ofreció para negociar.

Pero ¿quién era para el ejército Adolfo Wassen Alaniz, comparado con Héctor Amodio Pérez? Nadie, y el ejército nos llevó a los dos: a él a negociar y a mí como garantía de que no hubiera resistencia. Como era de esperar, después los diarios dirían que el entregador fui yo (solo *El Diario*, de la noche siguiente a la caída de la cárcel del pueblo desmentiría luego la versión y diciendo que había sido yo el negociador, transcribiendo incluso el diálogo entablado). Este hecho aparentemente sin importancia, le sirvió a la dirección para ponerse a salvo de cualquier crítica: me convirtió en traidor. Yo sé que quienes me conocen bien no han podido creerlo. Pero ¿cuántos lo han hecho como la única manera, hasta lógica, si se quiere de explicarse la debacle del MLN-T? Cuando llegaron a mí los primeros rumores de mi traición no le di importancia, confiando en que los integrantes de la dirección pondrían las cosas en su lugar.

Lamentablemente, hoy debo pensar que no quisieron hacerlo, porque el rumor fue en aumento y ya no era que había entregado la Cárcel, sino que además, vestido de soldado y como integrante de patrullas, había señalado (e incluso detenido) a varios militantes, entre ellos al mismo Marenales, quien además me había reconocido. Todavía pensé que ese rumor desaparecería o se destruiría solo por absurdo y retorcido, pero al parecer, cuando se necesitan explicaciones, cuanto más absurdas y retorcidas, más creíbles son. Y debo pensar que no quisieron hacerlo, porque en una oportunidad que estuvimos juntos, Mujica, Marenales y yo, quedó bien claro que Marenales no estaba seguro de haberme visto y que Mujica no lo creía; que yo no negocié la Cárcel y que cuando acepté ir fué porque se me aseguraron garantías para todos los habitantes de la casa, incluyendo a Wassen, a Wolf y a mí; que cuando fuí detenido no quedaba nada, ni de los locales ni de militantes que yo hubiera podido haber señalado; que yo, como todos los militantes, no estábamos preparados para soportar los interrogatorios y reconocí que yo lo estaba en menos medida por la desmoralización en que me encontraba, pero que mi

información no le costó al MLN-T ni un local y ni un compañero detenido. ¿Por qué Wassen no informó la verdad con respecto a la Cárcel? ¿Por qué Mujica y Marenales dejaron que el rumor siguiera creciendo después de haber hablado conmigo? ¿Por qué Marenales, Engler y Sendic me han condenado a muerte cuando son los que realmente saben que el rumor es falso. ¿Con qué autoridad Marenales, Engler y Sendic han condenado a militantes por la información dada en los interrogatorios cuando ellos gozaron de garantías cuando fueron detenidos? ¿Con qué autoridad Efraín Martínez Platero, integrante del Comité Ejecutivo después de la detención de Sendic puede mantener o apoyar esa resolución cuando también goza de garantías? Estas son interrogantes que habrá que buscarles respuestas. El MLN-T que nació a partir de los Tupamaros, está muerto. Esta muerte rápida y estrepitosa no se explica solo por el poderío militar que pretendió enfrentar. Menos aún por la acción de un traidor. Ni siquiera se podría explicar por la acción de estos dos factores mancomunados. No empieza a morir con las detenciones, las delaciones, las muertes. Había empezado a morir mucho antes. En pleno proceso de crecimiento y engrandecimiento estaba gestando y desarrollando los gérmenes, los errores que a partir de febrero, marzo, abril de 1972, se empiezan a manifestar fatalmente.

Es verdad que el MLN-T no tenía su ideología definida. Lamentable es reconocerlo. Tampoco es fácil de lograr para una organización clandestina. La pureza ideológica había que construirla continuamente y mantenerla. Su grado de desarrollo beneficia a cualquier organización política en su accionar exterior. La presenta con claridad y pureza a los ojos del pueblo. Pero una organización aún con gran impureza ideológica, puede seguir creándose y actuando internamente de forma constructiva, y así también va creando su ideología. Sin embargo, lo que no puede hacer es avanzar en ningún sentido, ni hacia afuera ni hacia adentro, cuando no tiene acuerdo entre sus integrantes respecto de su línea política. Mientras unos hablan de la toma del poder y otros, cada día, trabajan apenas para la supervivencia (los golpes demostraron que ni para eso). Mientras se hacen grandilocuentes planes estratégicos, a la vez que se derrocha energía en acciones cuya necesidad cuestionaba esos planes estratégicos. También se vuelve inoperante al no tener definida su línea táctica. Sus militantes, aque-

llos que la tendrán que aplicar, sufren los vaivenes, las marchas y contramarchas del caos de la Dirección. Sin dudas, ese caos, ese desorden y quienes eran los responsables de evitarlos, determinan la muerte del MLN-T, mucho más que su falta de pureza ideológica.

Al MLN-T no lo hicimos solo los Sendic, Manera, Marenales, Fernández Huidobro, Amodio. A nosotros nos cabe gran parte de la responsabilidad de su muerte, a unos por lo que hicieron y a otros por lo que no supimos hacer. Lo que hay que rescatar, para poner las cosas en su sitio, es que en el MLN-T se reunieron muchos hombres y mujeres que dieron muestras reiteradas de generosidad, humildad, desprendimiento y amor al Uruguay y a su pueblo. Muchos de ellos, su inmensa mayoría, desconocidos. Héroes anónimos que la historia, que es implacable y a la que no le alcanzan las buenas intenciones, no los recogerá en sus libros. Pero ellos, los desconocidos, lucharon y murieron con fe y amor por los objetivos del MLN-T que desgraciadamente les sobrevivieron, y que esperan, hoy como ayer que los uruguayos los logren para su propia felicidad.

